
¿ME DAS UN
NOSOTROS?
CARLOTA MANZANO

¿ME DAS UN NOSOTROS?

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

¿Me das un nosotros?

Carlota Manzano

©septiembre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo

Capítulo 1



«Lo que no buscas, te encuentra. Lo que no esperas, llega. Cuando una puerta se cierra, siempre hay otra salida para continuar. Seguro que os habéis encontrado muchas veces en esas situaciones. Pensar en que todo pasa por algo es la clave; ser realmente consciente de lo que tiene un gran valor en la vida y luchar por ello, es el camino correcto».

Gwen

Estaba terminando de recogerme el pelo cuando escuché unas pisadas rápidas. Alguien se acercaba corriendo y sonreí al saber perfectamente de quién se trataba.

Uno, dos, tres… la puerta se abrió de golpe.

—¡¡Gwen!! ¡¡Ya has llegado!! —gritó Suri.

Me giré hacia ella y me reí con ganas, frenándola un poco y apretándola con cuidado entre los brazos cuando se abalanzó sobre mí.

—¡Síií…! ¿Cómo te has enterado? ¡Has sido muy rápida!

—¡Te han visto al entrar! —Rio.

—Hola, cariño —le dije, dándole besos en las mejillas. Los recibió encantada, devolviéndomelos—. ¿Dudabas de si llegaría a tiempo? —le

pregunté con diversión— Bajo ningún concepto me perdería tu cumpleaños, nada podría retenerme ni hacerme llegar tarde. —Le hice un guiño.

—¡Faltan cuatro días! —Aplaudió saltando frente a mí.

—¿Y cómo van los preparativos?

—Muy bien, quiero enseñártelo todo —habló emocionada—. Ya he empezado a decorar la piscina.

—Estoy deseando ayudarte. —Le coloqué el pelo detrás de las orejas—. Estás preciosa, Suri. No quiero que te hagas tan grande. —Hice un puchero en broma.

—Yo quiero ser como tú. —Soltó una carcajada.

—No corras tanto. —Jadeé, poniendo los ojos en blanco, alargando sus risas.

—¿Hace mucho que estás en el pueblo? —Quiso saber acelerada.

—Un poco más de media hora. En cuanto he dejado el equipaje en mi casa he venido directa hasta aquí caminando, para daros una sorpresa. Al entrar solo tuve tiempo de saludar rápido a Ezra y a los clientes, cuando vuelva a ver al primero voy a darle una buena colleja por chivártelo. —Le sonreí haciéndole cosquillas.

—¡Voy a avisar a papá! —Se escapó entre risas.

Salió de la misma forma que entró. Desapareció por el pasillo, emocionada, alterada y feliz. Como ya habéis interpretado, por la mención a nuestro padre, Suri era mi hermana pequeña. Estaba a punto de cumplir los ocho años, entre nosotras había mucha diferencia de edad porque nuestros padres me tuvieron a mí muy jóvenes.

En cuanto Suri nació y tuve en brazos el bulto tan pequeñito que era por aquel entonces, me conquistó por completo. Aún recuerdo, como si lo estuviera viviendo, cómo me agarró de un dedo con firmeza, con su manita,

mientras me miraba atenta, con sus ojos preciosos, muy abiertos y espabilados. Me robó el corazón al instante y continuaba haciéndolo.

Fui yo la que le puse el nombre. Convertimos en una costumbre que le explicara el motivo por el que elegí Suri para ella, no podía hacer un cálculo aproximado de todas las veces que, a lo largo de los años, me había pedido que se lo repitiera una y otra vez. Todavía hoy día, de tanto en tanto, sacaba el tema. En todas esas ocasiones siempre se quedaba embobada escuchándome, a pesar de que se lo sabía de memoria…

«La etimología del nombre de Suri (su origen, su historia, su evolución y su significado a lo largo del tiempo) se remonta a los antiguos orígenes persas. Deriva de la palabra persa "sur" que significa rojo. Suri simboliza la belleza vibrante y cautivadora de una rosa roja. Se asocia con esa flor porque tiene una profunda representación en la cultura persa, donde la rosa es un emblema del amor, la pasión y la elegancia. Y en hebreo significa princesa. Todo eso fuiste tú para mí en cuanto te vi por primera vez».

Apartando ese recuerdo, dejé el bolso dentro del armario y salí de la sala que estaba destinada a los trabajadores, para sus descansos y para guardar sus pertenencias. Seguí la dirección que había tomado mi hermana y volví a sonreír al escucharla al otro lado de la puerta del despacho de mi padre.

A punto de agarrar el pomo, me quedé con la mano suspendida en el aire cuando se abrió de golpe.

—Hija. —Mi padre me recibió con una gran sonrisa.

—¡Te lo he dicho, pero no me creías! —le dijo Suri, dando unos saltitos a su lado.

Mi padre y yo reímos, mientras me refugiaba en sus brazos.

—Bienvenida, cariño. —Me dio un beso en la cabeza.

—Gracias, papá. —Se lo devolví, pero en la mejilla—. Tenía muchas ganas de veros.

—Y nosotros. No te esperábamos hasta un día antes de… ahora no me acuerdo qué teníamos que hacer —habló pensativo, ocultando la diversión por el nerviosismo de Suri. Apreté los labios.

—¡¡Papá!! —se quejó la pequeña, dando un golpe en el suelo con el pie.

—¿Eh? ¿Qué pasa, hija? —Bajó la cabeza. Continuó haciéndose el despistado.

—¡Por mi cumpleaños! —Le recordó indignada.

—¡Cómo iba a olvidarme de esa fecha tan importante! —Rio acercándosela al cuerpo—. Desde hace semanas me acuesto y me despierto escuchando lo mismo, incluso sueño con ello, oyendo tu voz, contándome tus planes.

—Jooo… —Hizo un puchero.

—Estoy de broma, cariño. —Le acarició la mejilla, consiguiendo que a mi hermana se le iluminara la cara—. Más o menos… —añadió en un tono tan bajo que solo lo escuché yo. Me hizo un guiño y sonreí— ¿Cómo ha ido el viaje? Tendríais que haber venido más tarde para no conducir de noche.

—No pasa nada, queríamos llegar cuanto antes. Tranquilo, ha ido muy bien. No se nos ha hecho pesado —respondí.

—Me alegro —asintió mi padre—. Pues venga, os quiero fuera de aquí.

Al lugar al que se refería, en el que estábamos, era la taberna propiedad de mi padre. Hacía muchos años que era suya, desde que mi abuelo se jubiló. Fue él, mi abuelo, el que la abrió y le dio vida desde su juventud. En el pueblo era un sitio que todo el mundo conocía, lo frecuentaban a cualquier hora del día. No era el único negocio de mi padre, ya os hablaré de ese tema en otra ocasión.

Nuestra familia era muy querida y respetada, Suri y yo, o más bien a la inversa para seguir el orden, habíamos crecido en un ambiente muy

hogareño. Así eran todos los habitantes del pueblo en el valle en que vivíamos.

Yo, por intervalos de tiempo, me alejaba debido a mi trabajo, por el que me veía obligada a pasar algunas temporadas fuera. Precisamente acababa de finalizar una de ellas y como siempre me sucedía, cuando regresaba me llenaba de vitalidad. Este era mi verdadero hogar, el que me hacía sentir cómoda y querida en cualquier parte.

—No vas a echarme —le advertí a mi padre, con un guiño—. Voy a salir a ayudar a Ezra. ¿A qué hora entra Maddi?

—Hija, acabas de llegar —negó con la cabeza.

—Por eso mismo, no tengo nada mejor que hacer que estar con vosotros. —Coloqué la mano en su brazo, devolviéndola la sonrisa.

—En unos diez minutos estará por aquí Maddi, como mucho. Anoche estuvo hasta el cierre.

—Perfecto. Por la tarde te librarás de mí, he quedado con Izan para ver a Mel.

Maddi trabajaba en la taberna. Ella y Ezra se encargaban, junto a mi padre, de los clientes y de que todo funcionase a la perfección. Cuando yo estaba en el pueblo, me unía a ellos siempre que podía, porque durante el tiempo que no tenía que viajar, en ocasiones trabajaba a distancia desde la comodidad de mi casa.

Los dos eran buenos amigos míos, nuestra relación empezó a asentarse y a tomar forma cuando mi padre los contrató. Hasta entonces nos llevábamos genial, cada vez que nos veíamos por el pueblo hablábamos e incluso más de una vez nos tomábamos algo porque nos conocíamos de toda la vida: Maddi y yo éramos de la misma edad, Ezra tenía dos años más que nosotras. Que formaran parte de la taberna terminó por unirnos de una forma muy especial.

Referente a Izan y a Mel, ellos ocupaban el primer puesto en mi lista de amigos, por igual. Siempre habíamos sido inseparables, así se referían a

nosotros las personas del pueblo que nos habían visto crecer. Mel tenía su vida hecha aquí, en cambio, Izan era mi compañero de aventuras. De ahí que mi padre se hubiera referido a mi regreso en plural y yo le hubiese contestado de la misma forma, porque Izan había viajado conmigo.

—Ya tengo la primera batalla perdida —se quejó.

—Exacto, vete acostumbrando para las siguientes. —Reí—. ¿Estás muy liado? —Señalé el interior del despacho.

—Estaba agrupando la documentación que me ha pedido Ernesto, en cuanto la tenga salgo para su despacho.

Mi padre rechazaba la facilidad de enviar correos electrónicos o de utilizar cualquier otra vía que no le hiciera desplazarse. Era de la vieja escuela, como siempre me decía cuando le sacaba el tema. Ernesto era el asesor que llevaba todo lo relacionado con sus negocios.

—De acuerdo, pues continúa y vete tranquilo —le dije.

Alargué el brazo hacia Suri y me agarró de la mano enseguida.

—Eso, papá. Las chicas nos encargamos de la taberna —le aseguró.

—No sé yo si eso me relaja o me inquieta, señorita —habló con humor él.

—Te prometemos que cuando vuelvas todo continuará en su sitio. ¿A qué sí? —Me miró Suri.

—Te está tomando el pelo. —Se lo revolví y nos reímos los tres.

Le di otro abrazo y besé a mi padre, antes de que se encerrara en el despacho. Suri y yo recorrimos el pasillo, directamente hacia la zona principal de la taberna.

—Ni una muestra de cariño, esta me la apunto. Has entrado como un huracán —comentó divertido Ezra, al vernos aparecer.

—Y no la vas a tener, ¡tú has sido más rápido al ir a buscar a mi hermana para chafarme la sorpresa! —Me hice la ofendida, dándole un golpecito en el hombro.

—Lleva días muy nerviosa y ya sabes, entre tú y ella, la pequeña es mi debilidad. —Me hizo un guiño.

Solté una carcajada cuando me abrazó y me levantó en el aire. Me agarré a sus fuertes hombros, devolviéndole la muestra de afecto.

—Bienvenida de nuevo. —Me sonrió.

—Gracias, tenía muchas ganas de volver. —Imité su gesto.

—¡Por mí! —nos interrumpió Suri y nos reímos.

—Por supuesto, preciosa —le aseguró Ezra.

—¿Qué tal todo? —Me interesé.

—Sigue igual desde los cuatro días que hace que no hablamos —respondió.

—¿Qué hago? —Quiso saber, Suri, impacientándose.

—Iba a vaciar el lavavajillas. —Le lanzó la sugerencia Ezra.

—Ya es mío —dijo con un gritito, pasando por su lado.

La observé sonriendo, mientras se lavaba las manos para empezar a trabajar. A Suri le encantaba sentirse útil en la taberna, le ponía entusiasmo a todo lo que se le proponía.

—Pensaba que Abel lo llevaría un poquito mejor, siento que continué decaído. —Bajé la voz al hablarle a Ezra.

—Espero que se le pase pronto. Ya le he dicho que al final se dará cuenta de que el cambio ha sido para mejor —comentó pensativo.

—Podemos vernos aquí esta noche para tomar algo, así entre todos le levantamos el ánimo. Voy a quedar con Izan y Mel —le sugerí—. Mi padre estará a cargo de la barra y mientras le ayudemos…

Era un decir y la intención que teníamos siempre que nos reuníamos el grupo en la taberna, porque de lo que queríamos hacer, a lo que nos dejaba mi padre… siempre nos impedía que nos moviéramos de la mesa para que no dejáramos de disfrutar, lo que no quería decir que en ocasiones lo ignoráramos si era necesario. A favor de la situación, diré que él se las apañaba estupendamente llevando para delante a todos los clientes. Ellos también lo ponían muy fácil.

—Estaría genial, Abel lleva varios días encerrado en casa. No le apetece nada —negó Ezra, con la preocupación reflejada en la cara.

—Dile que he llegado y que no acepto un no por respuesta. —Le hice un guiño.

—Conociéndote, no lo hará. —Rio—. Gracias, Gwen.

—No digas tonterías. —Le rodeé la cintura con el brazo y colocó el suyo sobre mis hombros—. Que le hayan despedido no es el fin del mundo, tiene que darse cuenta rápido y estar agradecido por haberse librado del idiota de su exjefe. —Le sonreí.

Hasta hacía unas semanas Abel trabajaba en el pueblo más próximo al nuestro.

—Eso espero, que no dure mucho más —asintió.

—¡¡No me lo puedo creer!! —gritó alguien y buscamos con la mirada a Maddi, divertidos.

—¡Síií…! —dijo Suri, levantándose de golpe. Había estado agachada, liada con el lavavajillas.

—Pero ¡si hablamos ayer por la mañana y no me dijiste que ibas a venir ya! —continuó Maddi, rodeando la barra.

—Quería sorprendernos. —Suri salió en mi ayuda y le lancé un beso, ganándome una de sus sonrisas con las que se me caía la baba.

—Para el cumpleaños de mi hermana estaré ahí, pero no sé decirte el día exacto que vuelvo, puede que me retrase, bla, bla, bla… —Rio Maddi, repitiendo lo que le dije.

Nos unimos a sus risas, y Suri también al ver que estaba de broma.

—Te he echado de menos. —Me abrazó.

—Y yo. —La apreté, dándole un beso en la mejilla.

—Joder, ¡qué subidón! —habló animada—. Princesa, estás muy contenta, ¿no? —Se dirigió a mi hermana.

—Mucho —respondió emocionada, asintiendo.

—Tenemos que celebrarlo en condiciones. —Me dio con la cadera Maddi.

—Como siempre. —Sonreí—. Esta noche, Ezra y yo estábamos hablando de eso.

—Estupendo. ¡Fiesta! —Rio abrazándonos a los dos.

Suri se unió al abrazo conjunto y nos mojó las ropas allá donde colocó las manos. En cuanto me dejaron libre, salí a la zona de las mesas para ir saludando a los vecinos que estaban repartidos entre ellas. Recibí sus muestras de cariño y sus buenas palabras de bienvenida, así como la alegría que les provocaba que estuviera de vuelta.

Capítulo 2



—¿De veras te gusta? —insistió Suri.

—Clarooo… la zona está quedando preciosa —la animé, observando sonriente la piscina.

Después de cerrar la taberna al mediodía, habíamos venido directamente con nuestro padre a la casa familiar, donde vivían él y Suri, para comer los tres juntos. La decoración de la piscina, que ya me había enseñado varias veces, consistía en globos que colgaban a diferentes alturas. Estaban sujetos con cuerdas atadas a las ramas de los dos árboles que cruzaban de un lado al otro la piscina. Nuestro padre había hecho un buen trabajo, y Suri también había empezado a colocar por el borde de la piscina diferentes figuras y adornos hechos por ella.

—Me encanta, cariño. —Bajé la mirada hacia ella.

—Esta tarde continuaré, me ayudará Inés.

Se refería a la chica que cuidaba de ella mientras nuestro padre trabajaba. En verano normalmente Inés solo venía algunas tardes y algún día del fin de semana, cuando mi padre quería darle un respiro de la taberna a Suri, lo que no evitaba que mi hermana fuera de todas formas dando un paseo con Inés. Durante el curso escolar era muy diferente, los horarios variaban mucho para cumplir con los descansos y los estudios de la pequeña.

Inés era muy buena chica, dulce y simpática. Hacía de canguro para sacarse un dinerito mientras asistía a sus clases en el pueblo vecino. Aunque

el nuestro era bastante grande en extensión y población, y no faltaba ninguno de los servicios esenciales y necesarios, sí que era cierto que allí había un poco más de variedad para cursar grados superiores.

La suerte era que estábamos muy bien comunicados por la línea de autobuses que pasaba constantemente, y tampoco se perdía mucho tiempo en el trayecto. Durante el curso escolar, Inés regresaba los mediodías, por lo que muchas de las tardes que estaban juntas, tanto Suri como ella, las dedicaban a estudiar en la casa de mi padre.

—Mañana estaré contigo todo el día —le dije.

—¡Vale! —Dio un saltito—. En mi fiesta de cumpleaños haremos una batalla de globos para ver quién explota más. Antes de que papá los llenara de aire, metí una sorpresa en cada uno —continuó ilusionada.

—¡Qué emocionante! Yo también querré intentarlo.

—¡Tú no puedes! —Rio con ganas.

—¿Por qué? —Jadeé.

—Porque nos los explotarás todos y nos dejarás sin juego —habló divertida—. Y seguro que Izan y Mel te siguen.

—¿Y si fallamos a propósito? —Le hice un guiño.

—Entonces hay trato —afirmó con la cabeza, varias veces.

Solté una carcajada cuando me ofreció la mano, la que le agarré.

Me pilló por sorpresa su abrazo, no estaba preparada. Todos los que había recibido y dado hasta este momento los había anticipado para poner la posición correcta.

—¿Estás bien? —me preguntó enseguida, al notar la tensión de mi cuerpo.

—Sí, cariño. —Le di un beso en la cabeza, haciendo un esfuerzo por no variar mi expresión.

—Te he hecho daño.

—¿Por un abrazo? —Arqueé una ceja—. Voy a tener que recordarte mi aguante. —Puse una expresión traviesa y soltó un grito.

Salió corriendo, entre risas, alejándose de mí. Aproveché ese momento para llevarme la mano al costado, con una mueca de dolor.

—¡Chicas! ¡A comer! —nos llamó nuestro padre desde la cocina.

—Me he salvado —dijo divertida, Suri, al pasar de vuelta por mi lado.

—Por poco tiempo —le advertí, provocándole otro grito.

Riendo, me dirigí a la cocina para ayudar a sacar a la mesa del porche los platos y todo lo que íbamos a necesitar. Entre los tres lo hicimos rápido y nos sentamos a comer.

—En cuanto acabes, ve a descansar —me pidió mi padre.

—Es mi intención porque Izan pasará a recogerme a las seis y media para ir a ver a Mel. Todavía no sabe que hemos llegado. —Sonreí.

—¡Le vais a dar otra sorpresa, como a nosotros!

—Si no se ha enterado ya por la gente del pueblo —comentó mi padre, con tono divertido.

—Lo dudo porque si no, tendríamos muchas llamadas y mensajes suyos. Izan no me ha dicho nada —negué.

—Está muy rico, papá —habló Suri, con la boca llena de comida.

—Gracias, cariño. —Acompañó a sus palabras con un guiño.

Comimos mientras mi padre me explicaba las novedades que había en el pueblo. Para bien o para mal, al conocernos todos y al él tener la taberna donde la información volaba de unos a otros, siempre estábamos al tanto de lo que sucedía.

Yo respondí a todas las preguntas que me hicieron: mi padre sobre mi trabajo y la rutina, mi hermana sobre lo que habíamos hecho, Izan y yo en nuestros ratos libres. En total habíamos estado un par de meses fuera, tiempo que en otros viajes se alargaba.

La comida estuvo buenísima, tal y como había adelantado mi hermana. Mi padre era un excelente cocinero, todo lo que tocaba lo convertía en una obra de arte deliciosa. Después del postre y de un café rápido, me despedí de ellos, descartando varias veces el ofrecimiento de mi padre para llevarme en coche.

La excusa que le di, una real, fue que me apetecía caminar para no sentirme tan pesada por la comida. Me había excedido, pero es que no había nada como disfrutar comiendo en casa. Para mí, aunque tenía la mía propia, la de mi padre siempre la sentiría de esa manera.

—Mañana por la mañana estaré aquí temprano, antes de que papá se vaya a trabajar —le dije a Suri, mientras me abrazaba.

—Valeee… —Me sonrió ella—. Esta vez no te ha dolido.

—¿El qué? —Se interesó mi padre, arqueando una ceja.

—Nada, ya le he dicho que no me ha hecho daño. Será que me estoy haciendo mayor y ha visto que no tengo tanto aguante. —Me reí, tomando el camino más fácil.

—Antes de comer la he abrazado con fuerza y… —empezó a explicarle Suri.

—Tienes que controlar el ímpetu —le dijo con cariño, interrumpiéndola.

A continuación, mi padre buscó mi mirada, yo no varié la expresión.

—Me ha pillado en una mala postura. —Encogí un hombro.

—Porque estás muy cansada. El viaje ha sido largo y pesado, no me has hecho caso. Vete a descansar ya —insistió.

—Sí. —Le sonreí.

Le di un beso en la mejilla y un abrazo, igual que hice con mi hermana. Me alejé de ellos, tomando el camino que me llevaba hasta mi casa, andando por las calles solitarias a esas horas, buscando siempre la sombra. Hacía mucho calor, por suerte, cuando venía el verano no tenía que moverme de mi casa para poder disfrutar de mi propia piscina. La de la casa de mi padre era bastante más grande, pero mis amigos y yo teníamos más que suficiente con el tamaño de la mía. No os penséis que era pequeña.

Izan y Mel también vivían en casas, pero las suyas estaban más céntricas y tenían limitado el espacio. Disponían de buenos patios al aire libre, quizá algún día se animarían a colocar piscinas desmontables, pero como sabían que tenían la mía de obra al alcance, a cualquier hora y momento, pues no se lo habían planteado.

Tardé quince minutos en recorrer la distancia a paso ligero. La zona en la que yo vivía era una de las más apartadas, pero en la que había mayor tranquilidad. En cuanto entré en casa dejé el bolso encima del mueble de la entrada y fui a la cocina, para beber un vaso de agua. Agradecí el haberme acordado de encender el aire acondicionado cuando vine a traer el equipaje, nada más llegar al pueblo.

Me dirigí al pasillo para ir a mi habitación. La maleta grande continuaba en una esquina, y ahí continuaría hasta que me apeteciera encargarme de ella. No me urgía, salvo un par de prendas de ropa, todo lo demás estaba limpio. Caminé hasta la cómoda, de donde saqué de un cajón una camiseta de tirantes anchos, fresquita y suelta. Con ella fui al baño, para refrescarme la cara con agua fría.

Me desvestí frente al espejo y, al quedarme solo con la braga, me giré un poco de lado. Entonces, el motivo del dolor que me había provocado Suri quedó al descubierto. Con la mandíbula apretada me palpé la piel recorriendo

el borde del apósito que me cubría la herida. No hice nada más, hasta que me duchara después de la siesta, no iba a destaparla. Solté un suspiro mientras me colocaba la camiseta, utilicé el baño, y salí directa hacia la cama.

Tumbada bocarriba, sonreí al pensar en el encuentro con Mel. Izan habló con ella el día anterior, para decirle que seguramente llegaríamos en tres días, uno antes del cumpleaños de Suri. Se había emocionado mucho por lo cerca que estábamos de vernos, por eso íbamos a arrastrarla con nosotros para sacarla del trabajo bastante antes de la hora de cierre.

Lo haría encantada, bien lo sabíamos. No le supondría ningún problema porque Nerea, la chica que trabajaba para ella, se haría cargo. Mel era la dueña de una tienda de ropa en la que podías encontrar cualquier prenda textil que se te pasara por la cabeza, tanto para mujer como para hombre.

Tenía una gran variedad de todo, desde trajes y vestidos de fiesta, ropa informal de diario, accesorios y complementos, e incluso ropa de cama y cortinas. Era de los pocos comercios del pueblo en el que entrabas a por una cosa y salías con extras inesperados. Aparte de que no había otro como el suyo.

Me giré en la cama con cuidado, quedándome del lado bueno para poner el despertador. Solté un suspiro; me sentía agotada por el viaje. Izan llevaría descansando desde que llegó a su casa, después de dejarme en la mía. Yo necesité hacer un último esfuerzo para darles una sorpresa a Suri y a mi padre, y había merecido la pena. Quería verlos nada más llegar, nos habíamos echado mucho de menos.

Me quedé dormida enseguida, cómoda y fresca, sobre la colcha de verano que no me paré a retirar.

«*En casa*», me dije, como último pensamiento consciente, antes de que la oscuridad me envolviera.

Las dos horas que estuve descansando me supieron a poco, me costó mucho abrir los ojos cuando sonó el despertador. Después de golpearlo varias veces, descargando la frustración en él porque no se le habían acabado las pilas en los meses que había estado fuera, me rendí a lo inevitable. Me

incorporé alejándome de la cama, para darme una ducha que terminara de despertarme.

Lo hizo, me dejó como nueva. De cara al espejo otra vez, después de secarme, me entretuve en curarme la herida. La cicatriz que tenía en el costado era una línea vertical e irregular que abarcaba un poco más de los cinco dedos de una mano.

Estaba muy fresca y abultada, en proceso de curación. Pasé una gasa mojada en antiséptico con cuidado por encima de los puntos, aún quedaban días para que me los quitaran. Para ello tendría que desplazarme a otro pueblo, porque si lo hacía en el centro médico de aquí, o en el pequeño hospital en el que teníamos todos los servicios esenciales, irremediablemente, en un momento u otro, se sabría y era lo que iba a evitar a toda costa.

Para la fiesta de cumpleaños de mi hermana lo solucionaría poniéndome un bañador de una pieza. Con él pasaría desapercibida. Meterme en el agua, como le había insinuado a Suri por el juego de los globos, ya era otro tema aparte. Disimuladamente, no pasaría de estar sentada en la escalera de la piscina, para tener las piernas a remojo. Mis amigos, Izan y Mel, se encargarían de animar el ambiente.

Izan sabía de sobra cómo estaba yo, Mel, no tardaría en enterarse en cuanto me viera en bikini porque con mi amiga no iba a taparme y el secreto se quedaría entre nosotros tres: los inseparables. Cuando llegara el momento de enseñar la cicatriz curada, con el paso del tiempo, para mi hermana me inventaría una excusa creíble. Todavía no había pensado en nada, pero el problema lo tendría con mi padre porque él no se conformaría con una versión corta y dulcificada.

A él me costaría más convencerlo, ya vería cómo saldría de la situación. Aunque para todo eso aún quedaban días, quizá semanas, si yo no tenía ningún despiste. Cuanto más tarde lo descubriera, mejor. Quería recuperarme bien para que la herida cambiara de tonalidad y no se notara tan fresca y rosada. Ya llegaría, no iba a anticiparme a nada.

Con un apósito nuevo, cubriéndome los puntos, fui a la habitación para arreglarme. Faltaban quince minutos para que apareciera Izan. Siempre era

puntual, pero me daba tiempo de sobra.

Me vestí con un pantalón corto negro y un top palabra de honor para tener los hombros al aire. Era de un tono amarillo pastel muy bonito y me llegaba hasta la cinturilla del pantalón. Me calcé unas sandalias planas y rematé el conjunto con un bolso pequeño que podía cruzármelo. En el que solo cabían el móvil y el monedero, pero no necesitaba nada más.

Volví al baño para cepillarme el pelo, el que me dejé suelto para que se me secara solo. Por último, me pinté los labios y me eché perfume.

Capítulo 3



—¿Cómo estás? —me preguntó Izan.

Íbamos caminando por una de las calles del centro, a unos metros por detrás de nosotros estaba la casa de mi amigo. Como ya comenté con anterioridad, él y Mel vivían por esa zona, por lo que, al haber hecho una excepción al venir a buscarme en su coche, Izan había aprovechado para dejar el vehículo en el garaje de su casa.

Igualmente, no era difícil encontrar aparcamiento por el pueblo porque la gran mayoría de las viviendas disponían de aparcamientos privados.

He dicho lo de la excepción porque tanto mis amigos como yo, así como bastantes de los vecinos —tanto mayores como jóvenes con la edad suficiente—, solíamos movernos con ciclomotores. Nos desplazábamos de un lado al otro del valle donde estábamos ubicados. La elección de Izan se debía a que estaba preocupado por mi herida, hasta que no me recuperara del todo no empezaría a calmarse.

Disimulaba muy bien, pero a mí no podía engañarme. Si no hubiese sido por el cumpleaños de Suri, se habría negado a viajar tan pronto. Ni él ni yo queríamos perdérnoslo, e Izan, mejor que nadie, sabía lo que significaba para mí estar con mi hermana en un día tan especial.

—Ya te he dicho que estoy bien —le contesté negando.

—Mañana me enseñarás cómo la tienes.

Puse los ojos en blanco, no hacía falta que diera más detalles de a lo que se refería.

—Eres muy pesado. ¿No me ves? Estoy andando a tu lado, no me has visto ni una muestra de dolor desde que has venido a por mí. —Me señalé la cara.

—Tú me ganas en pesadez, así que te callas. —Al escuchar mi bufido, sonrió de medio lado, con la vista fija hacia delante—. ¿Has descansado?

En el breve trayecto de mi casa hasta aquí solo me había dado tiempo a explicarle cómo me había ido con mi hermana y mi padre.

—Dos horas que me han sabido a poco. —Hice una mueca.

—Esta noche no nos recogeremos tarde.

—Siempre decimos lo mismo y al final… —Me reí—. He quedado sobre las nueve y media en la taberna con Ezra, Abel y Maddi.

—Perfecto, tengo ganas de verlos —asintió—. Nos da tiempo a cenar unas tapas con tranquilidad.

—Sí. ¿Has visto a tus padres?

—Los he llamado. Como no esperaban que llegáramos tan pronto, están en el pueblo vecino. Se han ido temprano a pasar el día a la casa de sus amigos, Santi y Jimena. Mañana me pasaré a verlos.

—Dales un beso y un abrazo de mi parte, yo estaré liada con Suri.

—Lo haré. Contrólate y no te excedas.

—Cansino —dije y solté una carcajada.

—Ya… Que nos conocemos. —Me miró de reojo, con una ceja arqueada.

—¿Preparado? —le pregunté cuando faltaban unos metros para llegar a la tienda de Mel.

—Para verla sí, para sus gritos no. —Reímos—. Ten cuidado —me advirtió.

—¡¡Qué cruz tengo contigo!!

—La que vas a llevar a cuestas el resto de tu vida. —Me hizo un guiño y apreté los labios.

Nos paramos enfrente del escaparate, desde el que localizamos en el interior de la tienda a Mel hablando con Nerea. Había varios clientes, pero iban por libre. Izan abrió la puerta, la campanita nos delató. Nuestra amiga se volvió al instante para saber quién entraba. Se quedó con la boca abierta al vernos.

—¡¡Traidores!! —gritó cuando reaccionó, llamando la atención de todos.

Nerea, al estar con ella, ni se inmutó, pero los clientes al principio se sobresaltaron. Hasta que sonrieron al comprobar que se trataba de nosotros. Nos saludamos con las manos y con gestos, y siguieron a lo suyo.

—¡Me habéis mentido! ¿Cómo os habéis atrevido? —Siguió Mel, sacudiendo la cabeza.

De repente soltó una carcajada y corrió hacia nosotros. Nos encontramos a la mitad del camino y, entre risas y abrazos, nos reencontramos después de bastante tiempo sin poder estar juntos.

—Te vas a cargar a la clientela —dije con humor, al separarnos.

—Ya están acostumbrados a mi efusividad. —Nos hizo un guiño—. ¡Ay, qué ilusión! ¿Habéis llegado hace poco?

—No, esta mañana —le respondió Izan—. Hemos viajado durante toda la noche, necesitábamos descansar. Y Gwen estar con su familia, así que, como queríamos darte una sorpresa…

—Hoy estáis de suerte, ¡os lo perdono todo! —Rio con ganas, volviendo a abrazarnos a los dos a la vez y sonreímos.

—Me alegro mucho de veros —dijo Nerea, al ponerse al lado de su jefa, nuestra amiga.

—Igualmente, preciosa —le correspondió Izan, antes de darle un beso en la mejilla.

La sonrisa de ella se amplió, directamente se derritió. Era el efecto que provocaba Izan. Después fue mi turno de saludarla. Estuvimos hablando un rato los cuatro, hasta que Nerea se fue a la caja para cobrarle a una clienta y nos despedimos de ella.

—¿Nos vamos? —le pregunté a Mel— Hemos pensado que estaría bien secuestrarte lo que queda de tarde para tomarnos unas cervezas y hacer un picoteo para cenar. Después nos veremos con Ezra, Abel y Maddi en la taberna.

—¡Me encanta! Jo, os he echado mucho de menos. —Curvó los labios hacia abajo—. Enseguida vuelvo, ¡tenéis que contarme muchas cosas! —se animó ella sola e Izan y yo reímos.

Nos dio la espalda y recorrió la tienda a pasos rápidos, yendo directa a la sala donde Nerea y ella guardaban sus cosas. Cuando salió, lo hizo dando saltitos, con el bolso colgado al hombro. Tuvimos que volver a reírnos, su entusiasmo era contagioso. Nos despedimos por última vez de Nerea y de los clientes que quedaban en la tienda, y nos fuimos.

La calle principal del pueblo estaba llena de bares y de restaurantes, al igual que la plaza a la que iba a parar. Nos dirigimos hacia allí.

—¿Cómo han ido estos últimos días? —le preguntó Izan.

Aunque el día anterior por la mañana hablaron por teléfono, lo hicieron durante pocos minutos.

—Como siempre, aunque tengo algún cotilleo interesante —habló con misterio.

—Mi padre me ha puesto al corriente de todas las novedades —dije sonriendo.

—¿Te ha contado que el sábado pasado vieron a Manuel saliendo bien temprano de la casa de Carmen? —Movió las cejas, de forma graciosa.

—Mmm… no. Lo que no quiere decir que se haya guardado la información para él. Ya sabéis que a mi padre no le gusta hablar de según qué cosas, entre ellas la intimidad de las personas.

Manuel tenía sesenta y seis años, Carmen dos menos. Ella se quedó viuda hace tiempo, él nunca había tenido pareja estable y hacía bastante que no se le relacionaba con ninguna mujer.

—Si es así, me alegro un montón por ellos —añadí.

—Sería una gran noticia —comentó Izan—. Ambos son buenas personas y encajarían perfectamente.

—Pinta muy bien, la verdad. Yo creo que dentro de poco se animarán para dejarse ver juntos —dijo sonriendo Mel.

—¡Qué honor! —Nos giramos al escuchar a Luis, el camarero de la terraza del bar en la que nos habíamos parado.

—¿Qué tal, tío? —Se interesó Izan, después de los abrazos de los cuatro.

—Todo como siempre. Me alegro de que estéis de vuelta. —Nos miró a los dos.

—Como en casa en ningún lado. —Le hice un guiño.

—Estoy de acuerdo. —Me devolvió el gesto—. Es vuestra. —Señaló la mesa que teníamos a unos pasos—. ¿Una ronda de jarras de cerveza?

—Eso no se pregunta, Luisito —le dijo Mel riendo, mientras nos sentábamos.

—Marchando. Bien frías.

—Añade unas tapas —le pidió Izan.

No hacía falta que le dijera cuáles, Luis sabía perfectamente las que más nos gustaban. Se alejó de nosotros, pero no tardó en regresar con las tres jarras heladas de cerveza.

—Como tu padre se entere que hemos elegido la competencia… —habló con humor Mel.

—¿Crees que Alonso puede sorprenderse por algo de lo que hagamos? —Arqueó una ceja Izan.

—No —respondió rápido Mel, divertida.

Ella estaba de broma, a mi padre le daba exactamente igual dónde fuéramos. Lógicamente, le gustaba que estuviéramos en la taberna porque así estábamos con él, aunque nos diera nuestro espacio.

—Voy a responderte lo que te diría él: hacéis bien, hay que dar de comer a todos los trabajadores de los negocios —dije, con un guiño.

—Adoro a Alonso —soltó un suspiro Mel, levantando su jarra.

Izan y yo la imitamos, para después beber los tres.

—Hace unos días Suri vino a la tienda, la trajo tu padre porque estaba aburrida. Estuvimos casi toda la mañana juntas, me ayudó, y le regalé un vestido monísimo que eligió.

—La mimas mucho. —Sonreí—. Cuando quieras cobrarle, no podrás.

—Bah, la princesa tiene carta blanca en todo el pueblo. —Movió una mano en el aire, quitándole importancia—. Y más en mi negocio. Su tía de corazón, o sea yo, se lo pone todo por delante.

—A ver si dices lo mismo cuando llegue a la adolescencia —comentó Izan, divertido.

—Seré peor que ella. —Nos sacó la lengua.

—En eso te damos la razón. Ya lo eres, la superas. —Me reí.

Luis regresó con cuatro platos de tapas que nos abrieron el apetito al instante. Se lo agradecimos con las bocas llenas, ni siquiera le dio tiempo a alejarse. No le mordimos la mano y los dedos de milagro, lo que nos hizo reír a los cuatro. Las patatas bravas con una salsa especial de la que nadie conocía la receta, los chocos rebozados, la ensaladilla de la casa y las gambas al pilpil, eran demasiada tentación como para resistirse. Todo estaba de vicio.

Mientras comíamos, nos pusimos al día con Mel, de todo lo que nos quedaba por contarnos del tiempo que llevábamos sin vernos en persona. Siempre que nos íbamos de viaje manteníamos el contacto cuando el trabajo de Izan y el mío nos lo permitía, pero las llamadas, de corta o larga duración, o los mensajes de texto, no se podían comparar a tenernos cara a cara.

Izan y yo le explicamos cómo nos había ido en esta ocasión, aunque evitamos entrar en detalles, esta noche, tampoco tocamos el tema de mi herida. Le hablamos de lo que podíamos contarle, con lo que Mel se quedó conforme.

Ella sabía que nos guardábamos mucho, pero nunca nos insistía para que ampliáramos la información. Era una de las pocas personas que sabían realmente a qué nos dedicábamos y nos respetaba, por muchos motivos.

—¿Sabéis cuando tendréis que iros otra vez? —nos preguntó.

—Por ahora estamos de vacaciones —le contestó Izan.

—Mola —asintió—. Espero que no os llamen de improviso. ¡Apagad los teléfonos ahora mismo! —Nos señaló con el tenedor y reímos—. ¡No me ignoréis! Hacedlo. —Curvó los labios hacia abajo.

—Tranquila, te aseguro que durante semanas no recibiremos ninguna llamada. —Le sonreí.

Izan me miró de reojo, yo le hice un guiño. Los motivos los teníamos los dos claros: mi herida y mi recuperación.

Mientras cenábamos las tapas, saludamos a muchos vecinos que se acercaron a nuestra mesa, al vernos de nuevo. Me encantaba sentirme como en casa, nunca mejor dicho, porque en cualquier parte del pueblo teníamos esa sensación.

Después de dos rondas de jarras de cerveza y de vaciar los platos, nos despedimos de Luis. Hasta la siguiente vez. Caminamos por la plaza, con una temperatura bastante agradable. A pesar de que ya empezaba a anochecer, todavía se notaba el calor, pero era muy soportable.

Nos dirigimos a la taberna de mi padre, parándonos conforme nos íbamos encontrando con más gente. Antes de abrir la puerta del local, nos llegó el ambiente animado que había en el interior. Eso fue lo que nos encontramos. Reímos con ganas cuando todos los vecinos que estaban tomando algo tranquilamente se levantaron de las sillas por Izan y por mí. Les hicimos una reverencia graciosa por sus aplausos y palabras de bienvenida, y después cada uno continuó a lo suyo.

Ezra, Abel y Maddi ya nos esperaban en una de las mesas y fuimos hacia ellos.

—Hola, guapo —saludé sonriendo a Abel.

—Hola, preciosa. —Me devolvió el gesto, levantándose.

Nos dimos un fuerte abrazo y fuimos rotando para saludarnos todos.

—Me alegro de que te hayas animado a venir. —Le hice un guiño a Abel.

—No me ha quedado más remedio, Ezra me ha amenazado.

—Solo te he dicho que Gwen e Izan habían vuelto, que había estado con ella, que habíamos quedado esta noche y que me había pedido que te arrastrara hasta aquí. —Rio Ezra.

—Pues eso, una amenaza en toda regla. Como para no venir. —Sonrió de medio lado Abel.

Nos reímos por su broma, no tan broma, dirigida a mí. Lo miré con diversión.

—Sea como sea, me encanta verte.

—Gracias. Yo también tenía muchas ganas de que volvierais —asintió.

Me giré hacia la barra, buscando a mi padre. Desde que habíamos entrado no lo había visto.

—Ha ido un momento al baño —me informó Maddi.

—Ah, vale. —Sonreí—. ¿Seguimos con cervezas o queréis otra cosa? —les pregunté a Izan y a Mel.

Ezra, Abel y Maddi estaban servidos, tenían sus jarras casi llenas.

—Por mí cerveza —dijo Izan.

—Que sean tres —comentó Mel, sabiendo que yo también me decantaría por esa opción.

Caminé entre las mesas, yendo directamente a la barra.

—Papá. —Le sonreí cuando apareció por el pasillo.

—Hija.

Nos abrazamos y nos pusimos los dos detrás de la barra.

—Siéntate, os las llevo yo —me dijo, viendo que había cogido tres jarras y las tenía al lado del dispensador de cerveza.

—Relájate. —Le hice un guiño.

—¿Has descansado? —Se puso de lado, apoyado en la barra.

—Sí, he podido dormir dos horas de siesta. Se me han hecho cortas, pero me han venido bien.

—Me alegro. —Me dio un beso en la cabeza.

—¿Cómo va la noche?

—Ya lo ves. —Hizo un gesto hacia las mesas.

Solo quedaba una libre y el salón era muy grande.

—Fuera. —Me echó, en cuanto terminé de llenar la última jarra.

Riendo, cogí las tres y pasé por su lado. Le di un beso en la mejilla y fui con mis amigos, para empezar una buena noche de risas y complicidad.

Capítulo 4



Kenan

—Me duele el culo, tío. Ya no sé cómo ponerme —se quejó Jairo a mi lado, soltando un bufido.

—Como si no lo supiéramos, no has tardado… —habló Dago, haciendo una pausa para mirar el reloj de pulsera— ni diez minutos en volver a decirlo. —Sacudió la cabeza.

—Joder, no me toques mis partes más sagradas. Sabéis que no llevo bien estar tanto tiempo encerrado.

—Tienes libertad para abrir la puerta y salir, ahora, cómo caigas, cómo termines y en qué lugar de la carretera acabes… será cosa tuya —dijo con humor Sheila.

—Muy graciosa. —Sacudió la cabeza Jairo.

—Te he dicho que abras la ventanilla —le repetí, pendiente de la conducción. Había muchas curvas.

—¿Con lo bien que estamos con el aire acondicionado?

—Ahora no hace tanto calor —comentó Sheila, divertida.

—Te quejas por todo. Eres un llorón. —Rio Dago.

—Los cojones, llorón. —Se encaró con él Jairo, girándose hacia los asientos traseros.

—Os la estáis jugando, como pare en la cuneta, os saco de una patada —les advertí—. No me distraigáis.

—Te vas a librar por eso —dijo Jairo, señalando a Dago.

Al último no se le ocurrió otra cosa que empezar a hacer los sonidos de una gallina, lo que alteró más a mi copiloto.

—Me cago…

—Vamos a parar a estirar las piernas, necesitáis respirar aire puro —comenté.

Dago y Sheila soltaron una fuerte carcajada cuando le di un manotazo en el brazo a Jairo, frenando uno de sus ataques hacia atrás. Refunfuñando, se colocó bien en el asiento del copiloto y el interior del vehículo se quedó en silencio los minutos que tardé en localizar una zona en la que pudiera desviarme.

Salí de la carretera de montaña en un saliente de tierra y mis tres acompañantes, mis amigos, se bajaron disparados en cuanto puse el freno de mano. Sonreí de medio lado, Jairo no era el único que estaba agobiado después de muchas horas de viaje.

Los seguí para variar la postura y estirar todos los músculos del cuerpo. Yo también tenía ganas de llegar a nuestro destino, pero lo disimulaba mucho mejor que ellos. Me quedé solo en la pequeña explanada, los tres se fueron hacia direcciones diferentes para saciar sus necesidades entre los árboles.

Caminé hacia el borde del corte del terreno, donde me paré a unos pasos del precipicio. Metí las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, observando la estampa perfecta. A pesar de que ya empezaba a oscurecer, se apreciaba perfectamente que el color predominante era el verde, allá hacia donde dirigieras la mirada: en las zonas de las arboledas, en la vegetación y en los valles.

A la altura en la que estaba se veía lejano el curso de un río que pasaba por varios pueblos, uno de ellos destacaba porque era el más próximo al cauce. Ancho y serpenteante, se perdía de la vista. Los pueblos se diferenciaban como unas masas enormes de construcciones sin forma, en las que lo poco que se distinguía con claridad eran las luces. Estaban separados entre ellos por una buena distancia, pero no exagerada, y uno de ellos era más grande que el otro. Aun así, el más pequeño no se podía catalogar como tal.

Aspiré profundo varias veces, se notaba perfectamente la calidad del aire. Era un gustazo respirarlo a esta altura y entre tanta naturaleza.

—Con lo bien que nos vendría un bañito, ¿eh?

Giré la cabeza hacia Sheila y miré por detrás de ella, viendo a Jairo caminar por la explanada y a Dago apoyado en el lateral del coche, entretenido con el móvil. Lo más seguro era que estuviera esperando a tener señal, porque la última vez que lo comprobé, kilómetros atrás, mi teléfono no tenía cobertura.

—No estaría mal —le respondí a Sheila, que observaba el río.

—Me encanta el paisaje que se ve desde aquí —comentó, apreciándolo todo como había hecho yo antes de que llegara.

—El día que nos retiremos, que dejemos de trabajar, nos compraremos una casa en un lugar parecido.

—Sería genial, dentro de un tiempo podemos ir mirando las posibilidades para invertir —dijo animada y sonreí, sin dejar de mirar hacia delante.

—¿De qué habláis? —nos preguntó Jairo.

—De que nos vamos a comprar una casa cada uno en un lugar como los de abajo —le respondió Sheila, señalándoselos.

—¿Qué se me ha perdido a mí en un sitio tan tranquilo? —Arqueó una ceja él.

—Antes de que llegues a los sesenta años serás un gruñón insoportable —le aseguró ella y apreté los labios—. Ya lo eres y con los años vas a peor. —Rio—. De mayor agradecerás tanta desconexión.

—Perdona, el problema no es que yo sea gruñón, es que vosotros sois unos expertos en sacarme de los nervios. —Se cruzó de brazos—. Y que a ti te guste el ambiente tranquilo y relajado no quiere decir que…

—Chorradas —lo interrumpió Sheila—. A ver qué harías sin tenernos a nosotros cerca. —Lo picó.

—¿En serio lo estáis pensando? ¿Os alejaríais de la ciudad para vivir en un pueblo apartado entre las montañas? —nos preguntó sorprendido.

—Es un plan perfecto —le contesté.

—Vamos, tío, que tú eres el peor de los cuatro. —No salía de su asombro Jairo.

—No me oyes quejarme porque no me queda más remedio que vivir donde lo hacemos, lo que no quiere decir que no me tiente la paz que transmiten esos pueblos. —Hice un gesto con la cabeza hacia ellos—. Nuestras obligaciones y las rutinas impuestas que tenemos están en la ciudad, hasta ahí llega mi entusiasmo. —Le dejé claro.

—Este viaje os está afectando, miedo me da cómo estaréis dentro de unos días. —Sacudió la cabeza Jairo.

—¿Tanto te costaría desprenderte de tu piso del centro? —Quiso saber, Sheila.

—Joder, pues sí. —Bufó Jairo—. Y más conforme vayan pasando los años. Me quedan dos para terminar de pagar la hipoteca y será mío.

—¿Y eso qué tiene que ver? Más a tu favor porque si lo vendes podrás adquirir un palacete en una zona rural. —Rio ella.

—Palacete dice. —Puso los ojos en blanco, Jairo.

—Ya cambiarás de opinión cuando veas que Kenan, Dago y yo nos largamos de la ciudad. Un mes te doy, como mucho, porque no aguantarás la soledad.

—Eso es chantaje emocional —se quejó.

—Lo que tú digas. —Rio Sheila—. Tómatelo como quieras, pero será una realidad.

—Vais a terminar por amargarme el viaje —se lamentó Jairo.

—Vamos a continuar, aún nos quedan kilómetros por delante —comenté cortando la conversación.

—Estupendo —suspiró él.

Sonreí de medio lado y me giré para ir un momento hacia los árboles como habían hecho ellos al llegar, después tocaba emprender de nuevo el viaje. Tardé poco en estar montado frente al volante e incorporarme a la carretera, para continuar.

Jairo siguió con la conversación de vivir dentro de años en un lugar tranquilo y acogedor, explicándole a Dago lo que habíamos hablado. Dago, como sabíamos Sheila y yo, estuvo de acuerdo en esa posibilidad, lo que indignó más a Jairo porque había esperado tener su apoyo para hacernos cambiar de opinión a Sheila y a mí.

El interior del vehículo se llenó de risas, de comentarios divertidos y de piques en contra de Jairo, el más urbanita de los cuatro.

Llevábamos más de dos horas de trayecto cuando empecé a notar algo raro al conducir.

—¿Qué pasa? —preguntó Dago, asomándose entre los asientos.

—Hemos pinchado —les confirmé, alterando la mirada entre el cuadro del coche y los espejos retrovisores.

Había saltado una alarma en una de las ruedas traseras, pero eso no era lo que me preocupaba. Cambiarla sería rápido, el gran problema que teníamos encima es que estábamos perdiendo velocidad demasiado rápido, y por más que pisaba el pedal del acelerador, no servía de nada. El coche estaba a punto de pararse. Y lo hacía a pesar de que no había ningún indicador eléctrico de aviso de avería.

—No jodas —dijo Jairo.

—Ponte a un lado cuando puedas —comentó Sheila, girándose hacia atrás para comprobar si teníamos algún vehículo en cola o próximo a nosotros.

No iba a ver a ninguno, porque hacía rato que éramos los únicos en circular por la carretera de montaña.

—Es lo que estoy intentando hacer, pero el coche no funciona. La puñetera rueda no me preocupa —dije justo cuando nos quedamos en medio del carril, parados.

—¡Mierda! —exclamó Dago.

—Tenemos que movernos rápido —les dije. No podíamos estar mucho tiempo obstaculizando la carretera—. Sheila, ponte al volante para dirigirlo, nosotros vamos a empujarlo.

Me bajé sin esperar su respuesta. Los tres me siguieron, moviéndose rápido para ocupar sus posiciones. Dago, Jairo y yo fuimos hacia la parte trasera y empezamos a empujar, controlando el riesgo de vehículos en ambos sentidos de la carretera.

Debíamos avanzar porque donde nos encontrábamos apenas había arcén. Era demasiado arriesgado, podíamos provocar un accidente y más siendo de noche. Durante bastantes minutos utilizamos todas nuestras fuerzas para avanzar lo más rápido posible. Sheila, desde el volante, nos animaba por la ventanilla bajada. Hasta que, frente a nosotros, a unos metros de distancia, apareció otra saliente en el lado del otro carril.

Sheila nos avisó de que empezaba a girar y empujamos con más fuerza para conseguir llegar en el menor tiempo posible.

—Joder, estoy chorreando —dijo Jairo, retirándose el sudor de la frente.

Si la vía hubiese sido plana, no habríamos terminado tan cansados, pero el problema es que nosotros íbamos en sentido ascendente y el desnivel nos había machacado.

—¿Cómo estáis? —nos preguntó Sheila, en cuanto se bajó.

—Maravillosamente, ¿no nos ves? —comentó con ironía Dago.

—Hombre, pues, con tanta oscuridad, no mucho. —Bufó ella—. ¿Qué hacemos?

A esta hora de la noche, las pocas luces que teníamos alrededor eran las del coche.

—Nuestro destino es el primer pueblo que hemos visto al parar, ya no debe quedar muy lejos —comenté, haciendo un cálculo aproximado. Que la carretera tuviera tantas curvas y subiera y bajara no ayudaba mucho—. Tenemos que llegar hasta él, el coche no se va a mover de aquí y está bien colocado.

—Lo que nos faltaba, ahora darnos una pateada cargando con los equipajes. —Se pasó las manos por el pelo Dago.

—No vamos a cargar con todo.

Abrí el maletero y cogí mi mochila, de la que empecé a sacar cosas para dejar espacio.

—Coged de vuestras maletas un par de mudas y meterlas aquí. —Señalé la mochila—. Es lo único que nos llevaremos, mañana con la luz del día nos ocuparemos del coche. Buscaremos un taller y nos encargaremos del resto.

—¿Por qué no llamamos al seguro para que nos envíen una grúa? Total, ya no nos va por un poco más de tiempo —propuso Sheila.

—¿Tenéis cobertura? —les pregunté, apoyándome en el maletero.

—Mierda —dijo Jairo.

Efectivamente, continuábamos incomunicados.

—Seguro que encontraremos un alojamiento de urgencia en el pueblo a esta hora. Lo que más necesitamos es descansar —comenté.

—¿Será un fallo de motor? —preguntó Dago, pensativo.

—No tengo ni puñetera idea porque el cuadro eléctrico no indica nada, pero las luces van. No es que se haya venido abajo el sistema eléctrico, al menos no del todo. Puede deberse a varios fallos —le contesté.

—Da igual, no tiene sentido que empecemos a preguntarnos qué le ha pasado —intervino Sheila—. Vamos a hacer lo que ha dicho Kenan, quiero largarme de aquí para que el día termine y podamos descansar. —Bufó.

Así lo hicieron, metieron varias prendas para varios días, por si acaso, y cerré la mochila. Me la colgué a la espalda y bajé el portón del maletero. Con el coche cerrado y con las luces de los móviles enfocando hacia delante, empezamos a caminar por la cuneta de la carretera.

Una puñetera hora y media después, entramos en el pueblo.

—Ya tenemos cobertura —comenté, después de desbloquear el móvil.

Busqué el alojamiento más cercano en Internet, cualquiera nos valía en las condiciones en las que estábamos.

Teníamos una casa que esperaba por nosotros cerca del lago, pero al ser casi las dos de la madrugada era impensable molestar al hombre que nos la había alquilado. Quedé con él que llegaríamos a una hora concreta de la

noche y entonces lo llamaría para encontrarnos en la casa, para que nos diera la llave.

Sería al día siguiente, por lo que continué centrado en mi búsqueda.

—Lo tengo —les dije—. Esperemos que haya habitaciones.

—Si tengo que dormir en el suelo, soy feliz —comentó Jairo—. Solo quiero llegar y darme una ducha.

Asentí porque todos nos encontrábamos igual.

Puse la dirección del hotel para que el GPS nos guiara. Conforme nos adentramos en el centro —al menos esa fue mi impresión en este momento— vimos a varias personas. Caminaban tranquilos en diferentes direcciones.

Después de varios minutos llegamos a la puerta principal del hotel, pero para nuestra sorpresa nos la encontramos cerrada.

—¿No hay timbre? —preguntó Sheila.

—Yo no veo nada —le respondió Dago, observando hacia todos los lados.

—Estupendo. Un hotel y está cerrado, me cago en nuestra suerte. —Bufó Jairo.

Me acerqué a los cristales de la puerta para ver si veía alguna luz dentro, pero solo me encontré con oscuridad. Intenté volver a empujar la puerta, sin éxito.

Agobiado y cansado, me quité la mochila y la dejé caer al suelo. Destensé los hombros y la espalda. Observé la calle solitaria, era amplia y a poquísimos metros de donde estábamos salía luz de un bar por el que habíamos pasado.

—Ahora vengo, voy a preguntar. —Les señalé hacia donde iba.

—Si necesitas ayuda, grita, solo entonces sacaré fuerzas —soltó un suspiro Sheila, sentándose en el suelo al lado de la mochila. Dago y Jairo hicieron lo mismo.

Caminé hacia el bar que resultó ser una taberna. No me había fijado al pasar por delante, mi objetivo era el dichoso hotel. Levanté la cabeza para leer el nombre en el rótulo de madera: Taberna Sueños.

Dirigí la atención a la puerta, en la que una placa ovalada indicaba que estaba cerrado. No iba a quedarme sin intentarlo, había luz en el interior, con lo cual, también alguien.

Golpeé con los nudillos, varias veces, hasta que al cabo de pocos minutos escuché el cierre abrirse.

Una mujer joven apareció delante de mí, manteniendo una mano en la puerta y la otra apoyada en el marco. Era una clara invitación a que me fuera al obstaculizarme el paso.

—Está cerrado —dijo lo evidente, después de observarme de la cabeza a los pies.

—Lo estaba, hasta que has abierto. Y sé leer. —Arqueé una ceja, provocando que frunciera el ceño.

—¿Qué quieres? Ya no servimos.

Capítulo 5



Gwen

—Hija, tendrías que haberte ido con los chicos —me repitió mi padre.

—Prefería irme contigo. —Le hice un guiño.

—¿No estás cansada? Con la siesta no has tenido suficiente. —Se cruzó de brazos, reprendiéndome con la mirada.

—En cuanto caiga en la cama me quedaré dormida, pero por ahora lo llevo bien. —Le sonreí.

—No tienes remedio.

—Ya lo sabes, no sé para qué insistes. —Apreté los labios y sacudió él la cabeza.

—Voy a darme prisa en el despacho, no tardaré.

—Vale.

—He cerrado cuando estabas en el baño —me informó y asentí—. ¡No te pongas ahora a recoger el lavavajillas! —se quejó cuando lo abrí.

—Es lo único que falta, todo lo demás está limpio y colocado en su sitio. Me entretendré hasta que termines.

—Desisto. —Levantó las manos y me reí.

Se fue por el pasillo diciendo algo en voz baja, por lo que sonreí mientras lo perdía de vista. En pocos minutos estaría de vuelta para irnos de la taberna hacia mi casa, en su coche.

Hacía un poco más de una hora que me despedí de Izan, Mel, Maddi, Ezra y Abel. Habíamos pasado muy buena noche, como siempre que nos juntábamos la diversión, las conversaciones animadas y las risas no habían faltado. Abel había estado receptivo y al menos, por esta noche, se olvidó de lo que lo tenía decaído. Eso y la cara de satisfacción de Ezra por ese mismo motivo me habían dejado más tranquila.

Estaba sacando las primeras jarras del lavavajillas cuando sonaron unos golpes en la puerta de la entrada a la taberna.

Me incorporé frunciendo el ceño, mirando hacia ella. No podía ser ningún vecino, a no ser que… que a alguno le pasase algo y necesitase ayuda. Ese fue el motivo por el que no ignoré cuando la golpearon otra vez. Me dirigí hacia ella y desbloqueé el cierre. No abrí del todo, solo lo suficiente para ver quién había al otro lado.

Pues no, no era ningún vecino. Era un desconocido. Sin soltar la puerta, apoyé la otra mano en el marco, negándole la entrada, mientras lo observaba con detenimiento. Después de un buen repaso, continuó sin sonarme de nada.

El hombre llevaba unas deportivas de una marca muy conocida y un pantalón vaquero con algún roto que se ajustaba a unas piernas que parecían llenarlos: musculosas y bien definidas. La camiseta de manga corta le marcaba perfectamente su constitución ancha y trabajada.

Sus facciones eran varoniles: pómulos altos, nariz recta en armonía con su cara, mandíbula marcada salpicada por un poco de vello facial, y sus ojos eran despiertos y vivaces, expresivos, de un color que hasta este instante no había visto nunca: ámbar. El grosor de sus cejas se conjuntaba perfectamente con su expresión y el pelo era de un tono castaño medio. Lo llevaba corto por los laterales y más largo por arriba. Varios mechones le caían hacia la frente, pero no eran tan largos como para llegar ni a la mitad.

—Está cerrado —dije lo que ya debía tener claro, por la placa que había colocado mi padre.

—Lo estaba, hasta que has abierto. Y sé leer. —Arqueó una ceja y fruncí el ceño.

—¿Qué quieres? Ya no servimos.

Se mantuvo en silencio, mirándome fijamente. Estuve a punto de saltar para decirle un par de cosas, porque cuando apartó los ojos de los míos, recorrió mi cuerpo como había hecho yo con él segundos antes. Ese fue el motivo por el que me contuve, yo había empezado, así que…

—¿Te has perdido? No eres de aquí —volví a hablar.

—Solo necesito saber si el hotel de al lado ofrece habitaciones. Nos lo hemos encontrado cerrado.

—Eh… claro. ¿Hemos?

—Mis amigos y yo.

Señaló hacia la izquierda y me asomé para mirar en esa dirección. Efectivamente, había dos hombres y una mujer sentados en el suelo. Todos parecían cansados, más bien agotados, y el hombre con el que estaba hablando no se encontraba en mejores condiciones.

—A partir de las once no hay nadie en la recepción del hotel —le informé.

—Mierda. —Se pasó una mano por el pelo—. ¿Hay algún otro lugar en el que podamos pasar la noche?

—Es de madrugada —dije y arqueó una de sus cejas perfectas, al haberle dicho algo que sabía de sobra—. No vais a encontrar ningún servicio a esta hora —le aclaré.

Cerró los ojos por unos segundos e hizo varias inspiraciones profundas.

—¿Quieres agua? ¿Os habéis perdido? —le pregunté, insistiendo en lo último, y los abrió de golpe.

—Si fueras tan amable…

Lo observé de nuevo con detenimiento, esta vez centrándome solo en su expresión. Quise analizar a lo que podría enfrentarme y cuando lo tuve claro, separé la mano del marco y di varios pasos hacia atrás.

Le di la espalda y dejé la puerta abierta para que entrara. Sin perderlo de vista, cuando me siguió, me dirigí hacia la barra.

—Aquí tienes. —Puse una botella grande de agua encima.

—Gracias.

La cogió y bebió bastante. Estaba sediento, aparte de todo lo evidente que ya he comentado.

—El coche nos ha dejado tirados a una hora y media a pie de aquí. Se ha estropeado de repente y no teníamos cobertura, por lo que hemos venido caminando.

—Lo lamento —asintió—. Así que estáis de paso.

—Solo necesitamos descansar —dijo. No me pasó desapercibido que obvió responderme—. Llevábamos muchas horas de viaje y hemos tenido que empujar el coche durante varios kilómetros para sacarlo de la carretera de curvas, para que no obstaculizara. Eso, sumándole después la caminata hasta aquí…

—¿Gwen?

Giré la cabeza hacia mi padre. Se había parado en el inicio del pasillo, ya estaba preparado para irnos. Me habló sin dejar de mirar al hombre con el que yo estaba hablando.

—Papá. —Salí de la barra y me puse a su lado—. Él y sus amigos han tenido un problema con el coche. Se les ha averiado a una hora y media a pie de aquí. Acaban de llegar caminando al pueblo y están buscando alojamiento para pasar la noche. —Miré al hombre y asintió—. Se han encontrado el hotel cerrado, ya sabes…

—Vaya, lamento lo que os ha pasado —dijo mi padre, relajándose.

—Gracias, nosotros también.

—Puedo ayudaros.

—¿De verdad? —Se sorprendió el hombre.

—Sí, has venido al sitio indicado. —Sonrió mi padre—. Resulta que el hotel es mío, en gran parte, así que puedo daros alojamiento. No es habitual que lleguen turistas tan tarde, la verdad es que nunca se ha dado el caso, por eso, a partir de cierta hora de la noche, la recepción se queda cerrada. Los clientes tienen llaves, y entran y salen cuando les apetece.

—Es una gran noticia, la mejor que podría darme. Se lo agradecería, estamos agotados.

—¿Vienes con nosotros o me esperas aquí? —me preguntó mi padre.

—Voy.

Yo también tenía ganas de descansar, la herida hacía rato que me estaba molestando más de la cuenta. Fui detrás de la barra para cerrar el lavavajillas y me dirigí rápido a la sala donde dejé el bolso cuando mis amigos se fueron. Con él colgado, cruzado hacia el lado bueno, salí a la zona principal.

En cuanto mi padre me vio aparecer, abrió la puerta. El primero en salir fue el hombre, yo lo seguí y mi padre fue el último, después de desconectar todas las luces. Cerró con llave y caminamos hacia el hotel.

—No he pagado el agua —dijo de repente el hombre.

—Invita la casa —hablé con humor.

Miré con diversión a mi padre, quien me sonrió. No iba a decir nada porque su respuesta habría sido la misma.

—Gracias de nuevo. —Carraspeó el hombre y asentí, sin darle importancia.

Las tres personas que esperaban sentados se levantaron de golpe al vernos.

—Buenas noches, habéis tenido suerte —les dijo mi padre.

Al escucharlo fue como si les hubiesen hecho el mayor regalo de sus vidas. Apreté los labios para no reír cuando se abrazaron entre ellos, emocionados, y miré de reojo al hombre que había venido a la taberna. Este mostraba una pequeña sonrisa observando a sus amigos y una pose relajada: una mano la tenía en el bolsillo del pantalón vaquero y con la otra sujetaba la botella de agua, la que ofreció a sus amigos para que bebieran.

Mi padre no les dio tiempo a hablar, fue directamente hacia la puerta del hotel y sacó el juego de llaves que siempre llevaba encima. Abrió y nos dio paso a todos. Encendió las luces y lo seguí a la recepción.

—Necesito vuestras documentaciones —les pidió mi padre, conmigo a su lado.

Los cuatro sacaron y dejaron sus documentos de identidad sobre el mostrador, mientras el ordenador se encendía. Yo aproveché para ir hacia la pared donde estaban los cajetines que guardaban las llaves de las habitaciones.

—Solo podemos ofreceros dos habitaciones —dije girándome hacia ellos —. Tenemos tres libres, pero una no sirve hasta que terminen de arreglar un problema que hay en el baño —les informé.

—Dos está perfecto —respondió el mismo de la taberna, mirándome fijamente.

Asentí cuando la única chica que había en el grupo se colgó de su cuello. Les di la espalda y cogí las llaves, para regresar junto a mi padre. Se las dejé al lado para que viera los números y así evitarle que buscara en el programa informático.

—¿Para una noche? —les preguntó mi padre.

—Sí —respondió el mismo hombre.

—Si tenéis problemas con el coche…

—No se preocupe. ¿Hay un taller por aquí?

—Claro —le respondí, provocando que volviera a mirarme.

—Pues mañana, temprano, iremos para solucionar lo del coche. Aquí tenemos cobertura y podremos dar parte al seguro a primera hora, para que envíen una grúa. Tal vez la avería no sea tan grande y se arregle pronto.

—Bueno, por si no es el caso, os reservo las habitaciones unos días más para que no las ocupen y os veáis en la calle otra vez. Cuando os vayáis, no hará falta que paguéis todos los días, solo los que las hayáis ocupado —les informó mi padre.

—No hará falta, pero muchas gracias —dijo la chica—. Es muy amable.

—No quiero que os llevéis un mal recuerdo de esta zona. —Le sonrió él, tan amable como era.

—El taller no abre hasta las nueve y media —les informé para que no madrugaran mucho.

—Está bien saberlo, gracias —habló, por primera vez, uno de los otros dos hombres. Asentí.

—Esto ya está —comentó mi padre.

Después de hacer todo el trámite de la recepción de los clientes y de que ellos cogieran las llaves, apagó el ordenador y los dos salimos de la recepción.

—Que tengáis una buena estancia, aunque sea breve —les deseó.

Los cuatro se lo agradecieron a mi padre, antes de ir hacia el ascensor. Nosotros nos dirigimos hacia la puerta, para irnos por fin a nuestras casas.

Mientras mi padre apagaba las luces, me encontré en la distancia con la mirada del hombre que había venido a la taberna. Separados por la oscuridad, con la luz del ascensor alumbrándolo en el interior, el color tan peculiar de sus ojos me atrapó.

Hasta que la puerta del ascensor se cerró casi al mismo tiempo que lo hizo mi padre con la del hotel.

—¿Satisfecha por haber hecho una buena obra? —comentó.

—Sí. —Le sonreí, agarrándome de su brazo.

—Yo también. —Me hizo un guiño.

—Es un fastidio lo que les ha pasado. —Me encogí de hombros.

—Estoy seguro de que si estuvieras hablando con tus amigos habrías utilizado otra palabra mucho más descriptiva. —Arqueó una ceja.

—Lo sabes de sobra. —Reímos, pero por lo tarde que era no alzamos mucho el tono de nuestras risas.

Caminamos unos metros hasta que llegamos al coche de mi padre, en el que nos montamos y tomamos la dirección de mi casa. Llegamos en pocos minutos, las carreteras estaban desiertas, solo vimos a algunos jóvenes alargando la noche.

—Gracias, papá. —Me incliné para darle un beso en la mejilla, cuando paró frente a mi entrada—. Descansa.

—Igualmente, cariño. —Me sonrió, después de devolverme el beso.

—Mañana estaré en tu casa antes de que te vayas a la taberna, pasaré todo el día con Suri.

—Ya se ha encargado ella de recordármelo. Muchas veces, desde que te fuiste al mediodía —dijo y reímos.

Le di el último abrazo del día y me bajé, para que pudiéramos descansar los dos. En cuanto entré y cerré con llave, sin encender las luces, fui directamente hacia la cocina. Llené un vaso de agua y me lo tomé, junto a un calmante, porque me dolía la herida. Ya hacía rato que tendría que habérmelo tomado, pero descarté llevármelo en el bolso. No iba a mezclarlo con el alcohol y tampoco quise privarme de beber y de disfrutar en el reencuentro con mis amigos.

Al terminar, me dirigí al pasillo, para ir a mi habitación. Una vez dentro me desvestí, me puse una camiseta ancha que me gustaba utilizar de pijama, pasé rápido por el baño y con el móvil entre las manos, me tumbé en la cama. Solté un suspiro por la sensación y no perdí el tiempo para poner la alarma en el móvil, antes de dejarlo sobre la mesita.

Cómoda y relajada, cerré los ojos dispuesta a recuperar fuerzas. Las necesitaba, había sido un día intenso, justo lo que menos me pedía el cuerpo.

Me notaba muy dolorida, pero para mí quedaba.

Capítulo 6



—¿Qué te parece? —le pregunté a Suri, levantando la mariposa que acababa de terminar.

—¡Qué bonita te ha quedado! —Dio varias palmadas.

—Gracias. La tuya también está preciosa. —Le hice un guiño—. ¿Dónde quieres ponerlas cuando las tengamos todas?

—Podemos colgarlas con cuerdas de las ramas de los árboles, como los globos, así se moverán y parecerá que vuelan —dijo ilusionada.

—Me gusta la idea. Se verán increíbles. —Le sonreí.

Hacía dos horas y media que había llegado a la casa de mi padre. Minutos antes de eso, él se había ido a trabajar. Después de disfrutar con Suri de dos buenos desayunos que preparamos juntas, empezamos con las manualidades que mi hermana tenía en mente.

Por el momento estábamos haciendo las mariposas con varias telas muy bonitas: brillantes y de diferentes colores intensos. Ya teníamos hechas las formas de todos los cuerpos y las alas con alambres, en este instante estábamos entretenidas en unir las telas a las bases.

—¿Lo siguiente qué es?

—Solo queda preparar las bolsitas de los caramelos —respondió concentrada en su mariposa y sonreí.

—Uno para la bolsa, otro para la boca, ¿no? —dije divertida y rio.

—Solo las primeras. —Me sonrió con expresión traviesa y solté una carcajada—. Pero a papá solo le diremos que hemos probado unas pocas —asintió—. Es lo que vamos a hacer.

—Claro, porque no queremos que tus amigas se envenenen. Estoy de acuerdo.

Volvió a reír, feliz, y a mí me encantó observarla por lo que me transmitía.

—Gwen…

—¿Sí? —Aparté la mirada del siguiente cuerpo de mariposa que iba a montar.

—¿Tú crees que mamá estará presente en mi cumpleaños? ¿Que de alguna manera me verá? —preguntó bajando la voz.

Solté el aire despacio, muy sutilmente para que no se diera cuenta.

—Por supuesto que sí, cariño. Igual que yo te dije que por nada del mundo me perdería un día tan especial para ti, y como papá tampoco lo haría, con mamá pasa lo mismo. No nos daremos cuenta, pero lo sabremos aquí. —Me llevé la mano al pecho, mientras ella me miraba atentamente.

—Sé que le gustará mucho lo bonito que vamos a dejarlo todo —dijo con esperanza.

—Claro que sí. —Le sonreí.

—Voy a beber agua, ¿quieres?

—Un poco —asentí.

Se levantó de la silla del porche y entró en el salón, casi corriendo, para ir a la cocina. Levanté la mirada al cielo, alargando el pensamiento de nuestra madre.

Tragué saliva al recordarla con más intensidad. Lo hacía muchas veces, en muchos momentos, la llevaba en el corazón y así seguiría siendo durante el resto de mi vida. Daba gracias a que Suri no tuvo que pasar por esa experiencia traumática, como lo fue para mi padre y para mí.

Nuestra madre falleció cuando mi hermana tenía dos años recién cumplidos, al ser tan pequeñita, no guardaba recuerdos vividos, más allá de los que nosotros le contábamos. Siempre habíamos hecho todo lo posible para suplir su ausencia. Suri terminó por adaptarse a su falta, lo que para mi padre y para mí fue una cuesta arriba que nos costó una barbaridad enfrentar y superar.

Una enfermedad se la llevó, dejando destrozadas a las personas que la amábamos. La vida a veces era muy injusta y no había respuestas para los porqués. Fue algo que tuvimos que digerir y asumir a la fuerza. Suri fue el motor que nos impulsó a los dos para no rendirnos, para no desfallecer en muchos instantes. Tuvimos que continuar y hacer acopio de un valor que no sentíamos por aquel entonces, porque todo debía continuar y seguir su curso, aunque por dentro estuviéramos destrozados.

A pesar de los seis años que habían pasado, mi padre no quería ni oír hablar de mujeres. Me refiero en el sentido de una relación sentimental, ni siquiera para aventuras pasajeras. Para él, con mi madre se terminó el abrirse a la complicidad, al amor, a la atracción y al deseo. Las pocas veces que le había sacado el tema, no para que buscara nada, sino para saber cuál era su pensamiento, su respuesta siempre era negarse en redondo a todo.

Mis padres fueron de esas parejas que con verlos le daban significado al amor. Lo entendía, era consciente de que perder una parte tan importante de ti te rompe la vida y modifica radicalmente cómo la veías con anterioridad. Mi padre lo vivió de una forma muy diferente a mí, perdió a su compañera, a un pedazo de su corazón, y todo lo que ello conllevaba.

Desde entonces no quería tener a nadie a su lado, por nada del mundo, porque para él era como si le faltase el respeto a la memoria de mi madre, como si la traicionara porque su corazón continuaba blindado. Seguía en el pasado y no quería salir de él.

Habíamos tenido varias conversaciones en las que le había pedido que intentara cambiar de parecer. Que fuera dando pequeños pasos porque, joder, era joven, tenía cuarenta y nueve años. Y era un hombre increíble: atractivo, apuesto, caballeroso y con un carácter inmejorable. Me daba muchísima pena que se perdiera nuevas experiencias, aunque fueran sin compromiso y esporádicas.

Tampoco tenía que ser de manera inminente, lo único que le decía siempre es que algún día se permitiera vivir plenamente porque su mujer, mi madre, así lo hubiese deseado y lo querría. Según él, Suri y yo suplíamos todas sus carencias y no necesitaba nada más, lo que era imposible por motivos obvios.

Mi madre siempre estaría en nuestros corazones y sé que nuestra felicidad seguiría siendo la suya, desde el lugar en el que estuviera continuaba cuidándonos. Quién sabe, las cosas suceden sin esperarlas y cuando menos te lo imaginas, nuestra vivencia era una prueba de ello y, a pesar de que nos marcó de la peor manera y en lo más profundo del alma, no todo tenía que ser malo.

Lo más inesperado se da sin pensarlo ni intuirlo. Ojalá fuera lo que le sucediera a mi padre, en el buen sentido, porque me haría inmensamente feliz y encontraría la paz completa.

Yo no iba a dejar de insistirle para que algún día encontrara a una mujer con la que pudiera compartir momentos. Cuando Suri creciera más y tuviera su independencia, como era mi caso, no quería que se sintiera solo en sus rutinas. Era inevitable, pero aún quedaban años para que llegara ese momento.

A muchas de las mujeres del pueblo se les iban los ojos detrás de mi padre, pero como aquí todos nos conocíamos muy bien, ninguna se atrevía a dar el paso, ya que recordaban a mi madre y la relación que tuvieron como pareja. Mi madre fue muy querida y respetada, su esencia seguía viva en la memoria de todos.

Y mi insistencia de sacar el tema en las ocasiones que teníamos charlas más profundas era porque a mí no podía engañarme, aunque él hacía todo lo

posible por intentarlo y disimular. Notaba y sentía como mío propio su vacío, el que solo podía ser llenado por la compañía de una compañera sentimental.

A todos nos gusta sentirnos queridos. A veces necesitamos la proximidad de una caricia, de un abrazo, de unas palabras susurradas. De una complicidad compartida y también de una intimidad ardiente a puerta cerrada, llena de afecto y necesidad.

Cogí el vaso de agua que Suri había dejado en la mesa para mí y bebí observando a mi hermana. Volvía a estar concentrada en su mariposa. Se parecía mucho a nuestra madre, yo había salido más a nuestro padre.

—¿Te apetece dar una vuelta? —Capté su atención—. Tenemos muchas horas del día para terminar con todo esto.

—Vale —aceptó rápido, sonriendo.

Su sonrisa se reflejó en mis labios.

—¿Dónde vamos? ¿A la taberna a ver a papá?

—Mmm… se me ha pasado por la cabeza ir al río. ¿Qué te parece?

—Síii… —Se levantó de golpe, arrastrando la silla—. Voy a ponerme el bañador —dijo emocionada—. Pero tú no tienes traje de baño. —Hizo una mueca.

—Eso lo solucionaríamos rápido yendo a mi casa dando un paseo —le hice un guiño—, pero no hace falta porque no voy a bañarme. No me apetece. A ti te encanta y quiero que te diviertas.

Suri sabía nadar perfectamente y el río, en cuestión, tenía una zona en la que los niños podían darse baños tranquilamente. Era de gran caudal y en la parte central arrastraba mucha corriente. Pero hacía muchos años que los habitantes del pueblo fabricaron una especie de piscina. Colocaron grandes rocas para que el agua se quedara como una balsa. Cada poco tiempo, entre unos y otros, se aseguraban de que continuara siendo seguro.

—¿Por qué no quieres darte un baño? Hace mucho calor.

—Tengo el cuerpo un poco raro, me molestan. —Me toqué la zona de los ovarios.

—Ah —dijo entendiendo a lo que me había referido— ¡Pues te salpicaré agua para refrescarte!

—Pobre de ti. —La señalé divertida.

Entró en el salón riendo y la observé sonriendo, hasta que desapareció por el pasillo. No iba a arriesgarme a mojarme la herida en otro sitio que no fuese en la ducha de mi casa, para tenerla controlada, seca y curada rápido. Acababa de decirle una pequeña mentirijilla, pero es que quería verla disfrutar y cada vez que Suri iba al río era lo que sucedía.

Durante el tiempo que había estado fuera, muchas de las veces que habíamos hablado por teléfono, me sacaba el tema de ir juntas cuando yo regresara. Hacía un día estupendo, como para quedarnos encerradas todo el día en la casa y con lo que habíamos avanzado, esta tarde lo tendríamos todo listo, incluidas las bolsitas de los caramelos.

Recogí lo que había en la mesa y lo entré al salón. Cerré la corredera y me dirigí a la habitación de mi hermana, pero nos encontramos en el pasillo.

—Ya estoy.

—Has sido muy rápida. —Le quité la mochila.

—Solo me he puesto el bañador y las zapatillas para las piedras. —Levantó un pie—. Y he cogido una toalla.

—Perfecto, pues vamos. Estaremos de vuelta cuando papá regrese para comer. —Le rodeé los hombros con el brazo y la pegué a mi costado bueno.

—Sí, y colgaremos de las ramas las mariposas que están hechas. —Dio una palmada.

Le di un beso en la mejilla antes de asentir. Salimos de la casa y tomamos el camino más directo que llevaba hasta el río. Suri no dejó de hablar en ningún momento, yo la escuché atenta y divertida durante el tiempo que tardamos en llegar. Estaba pletórica.

—Ten cuidado —le pedí cuando se quedó en bañador.

La advertencia siempre era necesaria.

—Sí, en un rato vengo. Te traeré alguna piedra bonita.

—Vale. —Le hice un guiño.

La seguí con la mirada mientras se alejaba caminando rápido hacia el agua. No dudó en meterse, como si estuviera a una temperatura agradable. Admiraba su valentía, porque ya os digo que no era el caso, el agua estaba muy fría.

Saqué de la mochila la toalla y busqué un sitio donde no había muchas piedras. La estiré y me agaché con cuidado, para sentarme. Con las piernas extendidas y las manos apoyadas por detrás de la espalda, observé a mi hermana divertirse de estar a remojo.

Al cabo de unos minutos al sol, sin ninguna sombra cerca, empecé a agobiarme. Había árboles, pero quedaban apartados y no quería alejarme tanto para no perder de vista a Suri.

Para que no me quedaran muchas marcas, me quité el calzado, me subí el pantalón corto hasta las ingles, dejando enrollada la tela en ellas, y me bajé los tirantes del sujetador y de la camiseta.

Mi hermana salió del agua y vino corriendo hasta mí.

—Mira. —Me enseñó una piedra pulida, plana y brillante.

—Es muy bonita. —La cogí.

—Para tu buda, ahora encuentro otra mejor para ti.

Nos reímos por mis amenazas cuando me mojó con el pelo y no conforme con eso, se agachó para mojarme con un abrazo. Lo agradecí para quitarme un poco de calor. Se alejó de nuevo rápido y se lanzó al agua.

Capítulo 7



Kenan

—Perfecto, muchas gracias —le dije al mecánico, después de informarle de lo que nos había pasado y de que me comentara él que no había problema.

Se llamaba Mario y si no me equivocaba en los cálculos, debía tener una edad aproximada a la mía.

—No hay de qué. Cuando vengas con la grúa y el coche, aquí estaré —asintió sonriendo.

Había decidido venir solo. No tenía sentido que más de uno se encargara de hacer el trámite, de esperar a la grúa para llevar al conductor hasta el coche, y después regresar para traerlo al taller. Había tenido que hacerlo así porque, una vez que me adentrase en la carretera, sin cobertura, no tendría forma de poder contactar con nadie. Tampoco sabría indicar el punto exacto donde dejamos el coche.

La oscuridad de la noche y la falta de iluminación no favorecían para quedarme con los detalles de la zona exacta.

—Te dejo para continuar trabajando —me comentó Mario.

—De acuerdo, yo me quedo en la puerta a esperar.

—¿Quieres un café para hacerlo más llevadero?

—Te lo agradezco, Mario, pero acabo de desayunar.

Asintió antes de entrar en el taller y me apoyé en la fachada. Por suerte, todavía era temprano y, aunque se notaba el calor, aún no apretaba con fuerza.

Mis amigos y yo habíamos pasado una muy buena noche. Después de repartirnos en las habitaciones en grupos de dos, nos duchamos y caímos rendidos en las camas. El hambre lo saciamos por la mañana, desayunando sin prisa en el hotel. Hacía media hora que me había puesto en contacto con el hombre que nos tenía que dar la llave de la casa que íbamos a ocupar. Después de pedirle disculpas por el retraso y de explicarle lo que nos sucedió, quedé con él en que mis amigos irían hasta la dirección.

Dago, Sheila y Jairo ya debían estar allí, instalándose. En cuanto salimos del comedor del hotel, subimos a las habitaciones y recogimos lo poco que teníamos, metiéndolo en mi mochila. Al terminar, le entregamos las llaves a la recepcionista y le pagué bastante más dinero del que ponía en la cuenta que me dio.

Tal y como nos dijo el dueño, la chica solo quería cobrarnos una noche por nuestra estancia real, porque así lo había dejado especificado el hombre en el ordenador. Por mi parte no podía hacer menos y lo hice con mucho gusto, por el gran favor que nos hizo el dueño del hotel y de la taberna. Así se lo dije a la chica, para que se lo hiciera llegar a ese hombre.

Era la única forma que teníamos para agradecerle lo que había hecho por nosotros, al menos por el momento. En la calle me separé de mis amigos, donde tomamos direcciones diferentes.

Bajé la vista hacia el reloj de pulsera, faltaban diez minutos para las diez. Justo antes de apartar la mirada, me sonó el móvil y lo saqué del bolsillo trasero del pantalón. Acababa de llegarme un mensaje del gruista, en el que me informaba de que en pocos minutos llegaría al taller. Era lo primero que había hecho nada más abrir los ojos, ponerme en contacto con la aseguradora para agilizarlo lo máximo posible.

No tardé mucho en verlo aparecer en la calle y me separé de la fachada, caminando hacia el borde de la acera.

—Ya está aquí. —Alcé la voz para que Mario me escuchara.

—Estupendo, ha sido rápido —asintió desde el interior de su negocio.

—Nos vemos dentro de un rato.

—De acuerdo. —Me sonrió.

Cuando la grúa paró a mi lado, me presenté al hombre que la conducía y me pidió que subiera. Lo hice y le indiqué hacia dónde tenía que dirigirse. Mientras lo guiaba, le expliqué las sensaciones que tuve cuando el motor empezó a perder fuerza y el acelerador no reaccionaba. Entre los dos sacamos algunas conclusiones de los motivos que podían haberlo provocado, al igual que había hecho con anterioridad con Mario, aunque solo este último daría con la respuesta correcta.

Llegar hasta el coche, recogerlo y estar de vuelta en el taller nos llevó una hora y veinte minutos.

Me despedí del gruista en la puerta una vez nos ayudó a Mario y a mí a meter el coche en el taller. Después de intercambiar varios comentarios con el mecánico, me alejé de la zona satisfecho, cargando con dos maletas. Era lo máximo que podía llevarme, el resto del equipaje pasaríamos a recogerlo cuando volviera con mis amigos.

Caminé por calles nuevas por las que no había pasado, yendo directo hacia la dirección de la casa. No me hacía falta mirar el GPS para llegar hasta ella, había tenido tiempo de sobra para memorizar el camino, e igualmente no tenía pérdida. Buscando las sombras, recorrí y admiré las zonas por las que pasaba. Había mucho movimiento de personas, todas las tiendas y los comercios ya estaban abiertos, lo que no me había encontrado en el trayecto del hotel al taller.

El lugar me transmitía muy buenas sensaciones y vibraciones, era muy acogedor. Las personas se veían muy cercanas y no faltaban los saludos de

voz o con las manos alzadas, a pesar de que no me conocían. Aunque era un pueblo de montaña, junto a un valle y un río, el tamaño era considerable y de pequeño no tenía nada.

Al cabo de más de media hora, casi a las afueras del pueblo, en línea recta hacia abajo, sonreí al ver la casa a varios metros por delante de mí. La imagen era idéntica a la que ya conocía, por las fotografías que vi cuando la alquilé. Dejé atrás la última hilera de viviendas, crucé una carretera y caminé por un camino asfaltado y estrecho, pero era lo suficientemente ancho como para tirar de las maletas sin problemas, sin que las ruedas se salieran en la hierba.

Eso era lo que había en los dos laterales del camino: una hierba de un tono verde intenso. Era la antesala de un pequeño paraíso. La construcción estaba ubicada entre la vegetación, rodeada de árboles, y frente a la zona principal, separado por varios metros de distancia, se encontraba el río.

Cuando me faltaban pocos pasos para girar hacia la izquierda del camino, siguiendo su dirección, me paré al ver la imagen que quedaba hacia la derecha de donde me encontraba. Estaba alejada, pero no tanto como para no distinguirla con claridad.

Una niña se bañaba en el río, en una zona tranquila que estaba claro que alguien había preparado para que el agua estuviera en calma, para el disfrute de los más pequeños y de todas las personas con dificultades que no pudieran arriesgarse a adentrarse en él.

Pero no fue ella la primera en captar mi atención, sino la mujer que estaba sentada sobre una toalla, a cierta distancia de la orilla. La reconocí rápido. Primero por su voz, al hablarle a la niña, también porque la pequeña dijo su nombre en alto, varias veces: Gwen. Segundo, porque, aunque me daba la espalda, no me hizo falta verla de frente, ni saber lo anterior, para darme cuenta de que era la misma mujer que me recibió hacía unas horas en la taberna y que me ofreció ayuda, junto a su padre.

Durante unos minutos no me moví observando la escena, protegido por la privacidad de que la pequeña no me había visto. Hasta que me puse en movimiento y giré hacia la izquierda, siguiendo el camino asfaltado. Los

sonidos de sus voces y de sus risas me acompañaron hasta que llegué al porche de la casa.

De cara a la puerta, miré hacia la izquierda unos segundos más, hacia la mujer y la niña. Pensativo, me centré en la madera que tenía delante y la golpeé con los nudillos.

—¿Cómo ha ido? —Quiso saber, Dago, nada más abrirme.

—Bien —respondió, entrando con las maletas.

—Sheila y yo somos los primeros afortunados —dijo con humor al verlas, quitándome el equipaje de las manos para hacerse cargo de él.

—Después iremos a por la de Jairo y la mía —comenté y asintió.

—¿Qué tal con la grúa y el taller? —me preguntó Sheila, saliendo de la cocina— ¿Te gusta?

Su última pregunta la hizo refiriéndose a la casa, cuando me paré en medio del salón y lo observé con detenimiento. Era de madera, cálido y reconfortante, y muy espacioso. Se estaba de lujo, habían encendido el aire acondicionado y hacía una temperatura perfecta.

—Sí, tal y como me esperaba —les confirmé.

—A mí me ha enamorado. Ya verás cuando veas todas las estancias —dijo emocionada Sheila.

—¿Y Jairo?

—Ha salido a investigar la zona, para controlar las tiendas que tenemos más cerca, sobre todo las de alimentación —contestó Dago y asentí.

—Viniendo, por las últimas calles que he pasado, he visto algunas —les informé—. En el taller y con la grúa ha ido genial. Mario, el mecánico, es un hombre muy simpático y cercano. Me ha recibido estupendamente y en todo

momento se ha mostrado muy dispuesto a ayudarme y a ofrecerme lo que necesitara.

»Creo que en este pueblo todas las personas, o una gran mayoría de ellas, son de la misma forma de ser. He recibido muchos saludos mientras venía hasta aquí. El coche se ha quedado en el taller y Mario me ha asegurado que en cuanto terminara con el vehículo que estaba trabajando, se pondría con el mío, para saber a lo que atenerse.

»Hemos intercambiado los números de teléfono para estar en contacto, aunque cuando vayamos a por el resto de las maletas, a lo largo del día, lo mismo puede adelantarnos algo. —Me encogí de hombros.

—Perfecto. —Dio una palmada Sheila—. Hoy está saliendo todo bien. —Rio y sonreí.

—¿Cómo ha ido con Saúl, el dueño de la casa? —les pregunté.

—Muy bien, también nos ha parecido muy cercano. Cuando hemos llegado, ya nos esperaba a la mitad del camino, para acompañarnos a la entrada, enseñarnos la casa y explicarnos todo lo que necesitábamos saber, tanto del interior como de los exteriores. Es muy amable y nos ha dicho que para cualquier cosa que necesitemos, por mínima que sea, se lo hagamos saber para que nos ayude —comentó Dago.

—En algún momento lo conoceré en persona —dije.

Antes de echarle un vistazo al interior de la casa fui hacia la cocina, directo a la nevera. Agradecí ver bebida fría y cogí un botellín de cerveza.

—Hemos comprado lo justo en una tienda que estaba a dos calles del hotel —me informó Dago.

—¿Quieres una?

—Dentro de un rato. Ahora que tengo mi maleta voy a darme una buena ducha y a ponerme ropa más fresca. —Me hizo un guiño.

—Aprovecha.

—Cuando salga vamos al taller a por el resto del equipaje.

—De acuerdo, pero no hay prisa —dije, quitando la chapa del botellín de un golpe seco en la encimera.

—Yo voy a darle encuentro a Jairo —comentó Sheila, entrando en la cocina—. Acabo de llamarlo. Está en un supermercado haciendo una pequeña compra, así no tenemos que preocuparnos hoy de nada.

—Te acompaño —le propuse.

—No, quédate descansando. —Me sonrió—. Bastante has hecho desde bien temprano. No tardaremos en llegar, por las indicaciones que me ha dado está bastante cerca.

—Está bien —asentí.

Dago se fue con su maleta hacia el pasillo y yo seguí a Sheila al porche de la entrada. Una vez fuera, después de que me diera un beso en la mejilla, se alejó por el camino y yo me quedé apoyado en la baranda de madera, con el botellín en una mano.

Me lo llevé a los labios, recorriendo la zona con la vista. Había una calma total, envuelta en el murmullo del agua del río. Hasta que volví a escuchar las risas lejanas y giré la cabeza hacia la derecha.

Bebí de nuevo, un buen trago, sin apartar la vista de la mujer y de la niña. La pequeña había salido del agua y estaba arrodillada en la toalla, junto a la mujer. Y no sé por qué, ni siquiera fui consciente de pensarlo, pero mis piernas y mis pies actuaron moviéndose por su cuenta. Me vi caminando por el porche.

Dejé el botellín sobre la mesa y bajé los escalones, andando sobre la hierba, directo hacia ellas.

«Solo voy a agradecerle, de nuevo, lo que hicieron su padre y ella por nosotros», me dije. Me convencí de ello, evitando pensar en el impulso que

me nacía de acercarme. Me separé de la casa y fui acortando la distancia con ellas.

Antes de aproximarme, la niña salió corriendo hacia el agua, dejando a la mujer sola. Entonces vi una mayor oportunidad.

Me descubrió enseguida, a bastantes pasos de ella. El sonido de las piedras bajo mis deportivas me delató. Medio giró el cuerpo para saber quién se acercaba y detecté la sorpresa en su expresión, la que le produjo encontrarme en este lugar.

Capítulo 8



Gwen

Al escuchar un ruido a la espalda, en lo último que pensé fue en que pudiera ser él. El mismo hombre que se presentó en la taberna de madrugada, horas atrás. ¡Qué digo! Ni por asomo había tenido en cuenta la posibilidad de verlo tan pronto, ni que fuese este hombre el que se acercaba al río, más concretamente a la zona en la que me encontraba con mi hermana.

—Hola —dijo en al alto.

—Hola. —Le correspondí de la misma forma al saludo.

Continuó caminando, hasta que se paró a mi lado, pero manteniendo la distancia.

—¿Cómo os ha ido en el hotel? —le pregunté por cortesía, ocultando todo lo que pude, el interés que me creaba.

No podía dirigirme a él por su nombre porque no lo conocía, en cambio, él sí que sabía el mío.

—Estupendamente —me respondió con la cabeza bajada hacia mí—. Pasaba por aquí cerca y te he visto por casualidad. Quería mostrarte otra vez mi agradecimiento, por lo que hicisteis tu padre y tú por mis amigos y por mí. Gracias a vosotros hemos podido descansar de maravilla, cómodos, y recuperado fuerzas.

—No hay de qué. Me alegro, después de lo que os pasó —asentí—. ¿Has llegado hasta aquí dando un paseo?

—Más o menos. Hace un rato que he salido del taller, después de recoger el coche con la grúa.

—¿Cómo ha ido? —Me interesé.

—Por el momento, todo bien, estoy a la espera de saber cuál es la avería.

—Espero que no sea muy grave y podáis continuar vuestro camino.

—Nuestro destino era este —dijo y agrandé un poco los ojos.

—¿En serio?

—Sí —confirmó dirigiendo la vista hacia el agua—. Hemos tenido una llegada bastante diferente a la que imaginábamos, pero dentro de lo malo, no nos salió tan mal. —Me miró de reojo.

—Vaya, pensaba que estabais de paso. Aunque no me respondiste anoche cuando te lo comenté.

—Tenemos una casa alquilada por esta zona. —Señaló hacia la izquierda y seguí la dirección, entendiendo a cuál se refería.

—La de Saúl —aseguré viendo la vivienda a lo lejos, y asintió—. Por eso estabais seguros de que no necesitabais más noches en el hotel.

—No dijimos nada porque estaba por ver cómo se daba todo. No llegamos a tiempo para encontrarnos con Saúl y al ser tan tarde, ni lo intentamos para no molestarlo.

—Es un buen hombre, no os habrá puesto problema —dije convencida.

—Así ha sido. —Dirigió la atención hacia mí.

Me sentí más desnuda de lo que estaba, por la forma en la que sus ojos me observaban. En ese instante me di cuenta de que continuaba con la tela del pantalón corto enrollada en las ingles y con los tirantes bajados. Para mi bochorno, la camiseta se me había deslizado hacia abajo al no tener la sujeción de los tirantes. Se veía la parte superior del sujetador, el encaje… incluso la curva de mis pechos al estar un poco caído.

Evitando observarlo directamente, porque notaba bastante calor en las mejillas, me moví disimuladamente bajo su atenta mirada, pero sin parar hasta que dejé toda la ropa en su sitio.

—¡Gwen! ¡Mira! —gritó Suri y agradecí inmensamente la intervención de mi hermana.

Había salido del agua y corría hasta mí, con algo entre las manos. Al llegar, se paró mirando al hombre, con una sonrisa preciosa.

—Hola —lo saludó.

—Hola. —Le devolvió él, con una pequeña sonrisa.

—No eres de aquí, no te conozco.

—He venido de vacaciones, con unos amigos.

—Oh, os va a gustar mucho nuestro pueblo —asintió convencida de ello.

—Estoy seguro, todo lo que he visto hasta el momento me ha gustado demasiado.

Noté de nuevo la mirada del hombre en mí, pero me mantuve firme, sin apartar la atención de Suri.

—¿A ver? ¿Qué traes? —le pregunté.

—Mira qué bonitas.

Se inclinó hacia mí abriendo las manos. Había encontrado dos piedras de diferentes tamaños, de unos colores muy distintos a los habituales.

—Son preciosas. —Le sonreí.

—Sí, para ti —dijo para que las cogiera y lo hice.

—Gracias, cariño. —Le di un beso en la mejilla, mojándome los labios—. No tardaremos en irnos —le avisé.

—Vale. Voy a darme el último baño antes —dijo animada—. Ha sido un placer conocerte. —Se dirigió al hombre y fruncí los labios, divertida al escucharla.

—Igualmente, señorita. —Le correspondió él.

Suri rio, feliz, y se alejó de nosotros de esa manera.

—Tienes una hija preciosa.

Levanté la mirada hacia él, con expresión divertida.

—Es mi hermana —le aclaré.

—Ah, perdona.

—No pasa nada, si fuera mi hija estaría igual de orgullosa de ella —hablé con seguridad y asintió—. No nos parecemos mucho y entre nosotras hay mucha diferencia de edad.

—Ahora que lo sé, en algunos detalles sí que os parecéis —comentó.

—Algo tenemos, pero Suri ha salido a nuestra madre, yo a nuestro padre —dije, antes de levantarme.

Lo hice despacio, notando cómo la herida se tensaba y me tiraba.

—¿Estás bien? —me preguntó observándome con atención, con una mirada demasiado inteligente.

—Sí, claro. —Sonreí un poco.

Me incliné lentamente, calculando los movimientos para recoger la toalla. Me la dejé entre los brazos para que Suri se secara.

—No parece que sea del todo cierto —insistió y busqué sus ojos—. Al incorporarte y al agacharte, te ha cambiado la expresión. —Arqueó una ceja.

—Es por el rato que llevo en la misma posición, sentada sobre las piedras. —Le quité importancia.

Su mirada se dirigió hacia la hierba que se había quedado aplastada por mi peso, comprobando que acababa de darle una excusa que no era real. Me puse de espaldas a él, evitando su cara de interrogación, y le silbé a Suri. Salió rápido ante mi llamada y la envolví con la toalla, abrazándola.

—Estás muy caliente. —Rio al notar el calor de mi cuerpo.

—Yo puedo decir lo contrario de ti —dije divertida.

—La próxima vez nos bañaremos juntas —comentó animada.

—Claro, cariño. —La pegué a mi costado bueno—. Sécate un poco y ponte la ropa.

—Voy.

Lo hizo moviéndose rápido, sabiendo que no debía faltar mucho para que nuestro padre llegara a la casa. Me volví hacia el hombre y me aventuré a preguntarle lo que no sabía.

—¿Cómo te llamas? Aquí, en el lugar en el que vivo, no me gusta hablar con las personas sin saber su nombre.

—¿Aquí solo?

—En según qué lugares y situaciones es mejor mantenerse en la ignorancia —le respondí con naturalidad.

—Una mujer precavida.

—Mi hermana lo es, mucho —intervino Suri, mientras se ponía la camiseta.

—No lo dudo —asintió él—. Me llamo Kenan. Ya estamos igualados.

—Yo soy Suri y cumplo ocho años dentro de poco —dijo acelerada, feliz por el día que se aproximaba.

—Encantado, Suri. Tu hermana me ha dicho tu nombre. Felicidades anticipadas por tu cumpleaños.

—Gracias —dijo con una gran sonrisa.

—Ya nos veremos en otro momento —comenté—. Quizá —añadí—. Que os vaya muy bien la estancia y que la avería del coche no tenga mucha importancia.

—Gracias. Seguro que volveremos a coincidir en otra ocasión —comentó con seguridad.

—Adiós. —Se despidió de él Suri, cogiendo la mochila, después de guardar la toalla.

Se la quité para colgármela al hombro y nos despedimos por última vez de Kenan, levantando las manos hacia él, mientras nos alejábamos caminando.

—¿Qué le ha pasado a su coche? —Quiso saber mi hermana, cuando nos separamos lo suficiente para que no nos escuchara.

—Se le estropeó antes de llegar al pueblo, en la carretera de montaña —le informé—. Él y sus amigos tuvieron que llegar hasta aquí caminando, de madrugada.

—Vaya. —Hizo una mueca.

—Está en buenas manos, en las de Mario. —Le hice un guiño, refiriéndome al mecánico.

—La última vez que entré en el taller para saludarlo, me dio dos piruletas. —Rio y sonreí—. Hace días ya, tengo que volver.

—Todo por un caramelo, ¿no? —Fruncí los labios.

—Síií. —Rio con ganas.

La agarré de la mano y cruzamos la carretera, adentrándonos en las primeras calles del pueblo.

—¿Hace días que lo conoces?

—¿A quién? —Me hice la despistada.

—A Kenan. —Me dio un ligero tirón en la mano.

—No hace ni un día completo, fue anoche.

—Ah —dijo pensativa.

—¿Por qué? —La observé con curiosidad.

—Porque os habéis mirado raro. —Elevé una ceja.

—¿Qué es raro para ti?

—Tú lo evitabas, mientras que él solo apartaba la vista lo justo de ti —dijo como si nada—. Es muy guapo.

—Mmm… no me he dado cuenta de nada. —Sonreí.

—Mentirosa. —Rio y me contagió.

Cambié de conversación rápido, centrándola en lo que nos quedaba por hacer para su fiesta de cumpleaños. Hablando de ello llegamos hasta la casa. Fuimos las primeras, por lo que yo fui directa a lavarme las manos para meterme en la cocina, para empezar a preparar la comida, y Suri subió a su habitación para quitarse el bañador y ponerse cómoda.

A los pocos minutos de que se uniera a mí, ayudándome con la ensalada, escuchamos la cerradura de la puerta principal.

—¡Papá! —dijo en alto Suri, dirigiéndose hacia el salón corriendo.

Sonreí secándome las manos con un trapo y la seguí. Me los encontré abrazados y me uní a ellos.

—¿Qué tal os lo habéis pasado? —nos preguntó después de besarnos.

—Muy bien, hemos estado en el río —le contó emocionada.

—¿De verdad? Vaya, entonces no necesito saber nada más —dijo él, haciéndome un guiño.

—Nos hemos divertido mucho y hemos traído varias piedras muy bonitas. Espera —le pidió para ir a su habitación.

—¿No puedo moverme? —le preguntó alzando la voz, divertido.

—¡Nooo…! —respondió Suri, riendo.

Mi padre y yo nos miramos, sonriendo.

—Me encanta veros tan bien —me dijo.

—Lo sé. —Me pegué a su costado—. ¿Cómo ha ido en la taberna?

—Como siempre, aunque yo he estado la mayor parte del tiempo con Ernesto. Me ha pedido que le llevara la última documentación a la asesoría.

—Ezra y Maddi se las apañan perfectamente.

—Sí, pero me sabe mal dejarlos solos.

—Sabes que a ellos no les importa, y tampoco es que lo hagas a menudo. Solo cuando es necesario.

—Mira papá —dijo Suri, bajando los últimos escalones.

Al llegar frente a nosotros, mostró las piedras con las manos extendidas y mi padre las admiró.

—Son preciosas, cariño. Has hecho un buen trabajo al encontrarlas. —Le sonrió con adoración.

—Gracias —dijo contenta—. Las he lavado para que se las lleve Gwen. Una es para su buda, el resto para ella.

—Quédate alguna, encontraremos otras la próxima vez —le pedí.

—Vale —respondió rápido y sonreí—. Esta. —Levantó una de ellas y asentí—. Las demás para ti. Voy a dejarlas en el aseo para que se sequen.

—Te acompaño para lavarme las manos —dijo mi padre.

No se fueron muy lejos, el aseo estaba en la planta baja. Yo volví a la cocina y continué con la comida.

—¡Qué buena pinta! —comentó mi padre, al aparecer y ver la ensalada de pasta.

—Tenía pensado hacer otra cosa más elaborada, pero se nos ha echado el tiempo encima.

—Esta comida está perfecta, hija. Es refrescante. —Me dio un beso en la cabeza y sonreí.

—Pues ya está —comenté al terminar de trocear el último huevo duro.

—¡Señorita! ¡A poner la mesa!

La pusimos entre los tres y nos servimos la ensalada en la mesa del porche. Daba la sombra y si el calor no se hacía insoportable, era el lugar donde siempre nos gustaba comer, a cualquier hora del día.

Mientras nos saciábamos con la ensalada, pusimos al corriente a nuestro padre de los avances que habíamos hecho con las mariposas. En cuanto terminamos con los postres, nos levantamos de la mesa y lo ayudamos las dos desde abajo, mientras él estaba subido a la escalera en el jardín, colocando las mariposas que ya estaban hechas.

Quedaron colgadas de las ramas de los árboles. Se veían preciosas y Suri se emocionó dando vueltas a la piscina, tocándolas para que se movieran como si volaran.

Nuestro padre se quedó una hora más con nosotras, alargando su salida para volver al trabajo. Estábamos tomándonos un café los dos, apurando los últimos minutos, cuando me informó de lo que ya sabía.

—Esta mañana han dejado el hotel los huéspedes que metimos de madrugada.

—Sí, me he encontrado por casualidad en el río con el hombre que vino a la taberna. Se llama Kenan. —Lo puse al día.

—Sé los nombres de los cuatro, metí sus datos en el ordenador para el registro de las habitaciones.

—Ah, es verdad. Era tan tarde que se me ha pasado por alto ese detalle.

—Así que no se han ido del pueblo —comentó pensativo.

—No, este era el destino al que venían. —Me miró por encima de su taza —. Han alquilado la casa de Saúl, frente al río, para unas vacaciones.

—¿Te ha dicho algo del coche?

—Que ha conseguido llevarlo al taller, lo tiene Mario. —Me encogí de hombros.

—Entonces ya tienen bastante adelantado.

—Sí. —Sonreí.

—Sandra me ha llamado en cuanto se fueron del hotel, para informarme de que habían pagado mucho dinero por la estancia de una noche.

—¿En serio?

—Por lo visto, el mismo que vino a la taberna y que te has encontrado hoy, Kenan, al pagar, le pidió a Sandra que me dijera que era como agradecimiento por ofrecerles ayuda cuando pensaban que tendrían que pasar la noche en la calle.

—Es un gran detalle —dije pensativa.

—Sí, pero no me he quedado muy conforme.

—¿Y eso? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Es mucho dinero, cariño, como para una semana entera en el hotel.

—Bueno, si lo ha hecho es porque puede y le ha nacido de esa forma. Imagino que es de los cuatro, no solo de él.

—Igualmente, nosotros no les ofrecimos ayuda con esa intención.

—Papá, lo saben de sobra. No les pediste nada y les facilitaste todo lo máximo posible. No te agobies, que te estoy viendo. —Arqueé una ceja—. A ver si ahora vas a querer invitarlos, si se les ocurre aparecer por la taberna, cada vez que vayan —hablé con diversión.

—Es lo que tengo intención de hacer —confirmó y terminamos los dos riendo—. Voy a ver a tu hermana, se habrá quedado dormida en su cama.

—No ha parado y el agua cansa mucho —comenté.

—Y las emociones. —Sacudió la cabeza y sonreí.

Me dejó sola. Entró en el salón y me quedé en el porche, bebiéndome el café. En cuanto mi padre se fuera, yo también iba a echarme una siesta. Quería invitar a Mel y a Izan a cenar a mi casa, por lo que la noche se haría larga.

—Ni se ha enterado —me informó mi padre al regresar y me levanté del sillón.

—Yo voy a seguir su mismo camino.

—Es lo mejor que puedes hacer. ¿Hasta cuándo te quedarás con Suri? —me preguntó cuando llegamos a la puerta principal.

—Voy a preparar una cena en casa, con Izan y con Mel. Suri vendrá conmigo, no hace falta que avises a Inés para que se quede con ella hasta que llegues. Se lo pasará genial con nosotros y si cuando termines está muy cansada y le ha vencido el sueño, déjala dormir conmigo.

—Está bien, pero vamos hablando. Tú también necesitas tu espacio. —Me dio un beso en la frente.

—Lo tengo igualmente, papá.

—Lo sé, cariño, pero tú sabes que no me gusta cargarte. Hace muy poco que has vuelto y tendrás cosas que hacer.

—Eso es una tontería muy grande, que lo sepas —le dije con humor y sonrió—. He pasado mucho tiempo fuera, me apetece y quiero compartir tiempo con mi hermana. No es una carga.

—No lo he dicho en ese sentido. —Me acarició la mejilla.

—Te he entendido. No te preocupes por nada. —Le hice un guiño.

Nos despedimos con un abrazo. En cuanto cerré la puerta y la corredera del salón, subí a la primera planta. Mi habitación continuaba intacta, tal y como la dejé cuando me fui. Hacia ella me dirigí, después de asomarme a la de mi hermana y verla dormir plácidamente.

Capítulo 9



Kenan

—¿Qué narices…? ¿Os habéis traído el carro del supermercado? —preguntó con incredulidad Dago, para después soltar una fuerte carcajada.

Jairo y Sheila aparecieron al girar por el camino asfaltado. Dago y yo llevábamos un rato en el porche, con una cerveza. La que había dejado en la mesa, cuando fui hacia Gwen, estaba a medias y me la encontré caliente al volver.

—La gente de este pueblo es maravillosa —dijo Sheila, animada—. Las dos cajeras del supermercado no han dudado en decirnos que nos lo lleváramos para que no cargáramos con tanta compra. Nos han ahorrado varios viajes.

—La explicación está muy bien, pero también puedes ayudarme a subir los escalones, ¿no? —comentó Jairo, mientras ella se acercaba a nosotros.

Divertidos, Dago y yo fuimos a ayudarlo. Cogimos la parte delantera y la elevamos, tirando de ella, hasta que el carro se quedó encima de la tarima de madera del porche.

—¿Esto son unas cuantas cosas? —pregunté arqueando una ceja.

Lo habían llenado, y por todo lo que vi de pasada no faltaba de nada.

—Se suponía que iríamos a cargar mañana los cuatro. —Sacudió la cabeza Dago.

—¡Qué más da! Ya que estábamos allí, hemos aprovechado —se justificó Jairo—. Una cosa menos que tenemos que hacer.

—Además, con la facilidad del carro no hemos hecho esfuerzos —añadió Sheila, saliendo con dos botellines de cerveza.

Le dio uno a Jairo y ella se quedó con el otro, para dar un buen trago.

—Por si no te acuerdas, llevamos cosas que tenemos que guardar en el congelador y en la nevera —le comentó él.

—Por unos minutos no pasa nada, relájate —le pidió ella.

—Dago y yo nos encargamos —comenté apartando a Jairo del carro y tirando de él—. Relajaos tomándoos las cervezas.

—Pues no voy a negarme, toda vuestra la compra —dijo divertido, sentándose en una silla.

Los dejamos en el porche y entre los dos, Dago y yo, fuimos guardándolo todo. Empezamos por las cosas que necesitaban frío, reservando para lo último lo que terminó repartido por los armarios.

Como ya había anticipado, habían comprado de todo, y de sobra, para despreocuparnos durante días.

Cuando terminamos, nos reunimos con Jairo y Sheila en el porche y nos tomamos las cervezas los cuatro.

—¿Os apetece un baño? —propuso Sheila, con la vista enfocada en el río.

—Yo voy a pasarme por el taller para hablar con Mario y de paso, traerme las dos maletas que se han quedado en el maletero —comenté.

—Ay, es verdad —negó—. Vamos todos dando un paseo, así descubrimos con calma el pueblo.

—Sí —confirmó Dago—. A la vuelta podemos darnos el baño, nos sentará bien comer frescos.

—Pues venga —dijo Jairo, levantándose de la silla y apurando su cerveza —. Callejeamos y así localizamos los bares y los restaurantes para saber a dónde ir cuando nos apetezca.

Entramos para tirar al cubo los botellines vacíos y nos fuimos de la casa con el carro vacío del supermercado, para devolverlo.

—¿Qué habéis hecho mientras estábamos comprando? —nos preguntó Sheila, a Dago y a mí.

—Yo me he dado una buena ducha y después ha llegado la cerveza en el porche. Ya habéis comprobado que se está de lujo con la sombra que dan los árboles, el calor es muy llevadero.

—La verdad es que hemos tenido suerte con la casa, no sería lo mismo si estuviéramos en una del centro del pueblo —comentó Jairo.

—Perdona, ¿suerte? Te recuerdo que la busqué a conciencia —dije con tono divertido.

—Kenan no deja nada al azar. —Rio Sheila—. Al final te enamoras de vivir en un lugar como este —le habló con humor.

—Tampoco te pases, no he llegado a tanto. —Carraspeó Jairo, y Dago, Sheila y yo reímos.

Llegamos a la puerta del supermercado y fue Jairo el encargado de entrar para devolverlo. Cuando salió, continuamos caminando por las calles, a veces en silencio, otras con conversaciones sobre lo que íbamos viendo.

Los guie hasta el taller que estaba en la zona más céntrica del pueblo y entramos los cuatro. Mario no nos vio, ni nos escuchó, estaba trabajando

tumbado sobre una tabla con ruedas, con medio cuerpo debajo de mi coche.

—Mario —llamé su atención y se deslizó para salir.

—Eh, Kenan. —Me sonrió, incorporándose, mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—Ellos son mis amigos: Sheila, Dago y Jairo. —Se los presenté.

—Encantado —dijo sin perder la sonrisa.

—Igualmente. —Le correspondieron los tres.

—Perdonad que no os ofrezca la mano, pero… —Levantó las dos ennegrecidas.

—Tranquilo. —Le hizo un guiño, Sheila.

—Venimos a por el resto de las maletas —le informé—. ¿Cómo lo ves? —Me referí al coche.

—Perfecto. Seguidme, ahora no voy a tocarlas. Las he sacado antes de empezar y las he llevado a mi despacho.

Fuimos detrás de él en silencio, y Jairo y yo cogimos cada uno la nuestra, para salir del despacho, hasta la zona principal del taller.

—Hace muy poco que estoy con tu coche —me informó Mario, respondiendo a mi pregunta—. Primero quiero descartar los fallos más graves, siento no poder decirte nada todavía.

—No te estoy metiendo prisa, no la hay. —Coloqué una mano sobre su hombro y asintió—. Ya me dirás lo que sea cuando lo tengas claro.

—Esta tarde tendré que dejarlo apartado porque me traen varios coches para hacerles las revisiones básicas para pasar la ITV.

—No hay problema —le aseguré, insistiendo—. Estamos en contacto.

—Dalo por hecho. —Me sonrió.

—Te dejamos trabajar —comentó Dago.

—Gracias. Si os aburrís en algún momento las puertas de mi taller están abiertas para vosotros —dijo con diversión, provocando risas entre mis amigos.

—Siempre que podamos ser de utilidad cuenta con nosotros. —Le di una palmada en el hombro.

—Gracias, Kenan. Pero estaba de broma.

—Lo sé, pero yo lo he dicho muy en serio —asentí.

Nos despedimos de él llevándonos las maletas y decidimos dar otra vuelta por el centro. No fue muy grande, antes de que decidiéramos regresar a la casa. La hora de la comida se nos echaba encima y preferimos ponernos cómodos, darnos un baño refrescante en el río, y no retrasar mucho el preparar algo para comer.

—¿Opciones de lo que os apetece? —Quiso saber, Sheila, a pocos metros de llegar.

—Cualquier cosa rápida y que no nos lleve mucho tiempo —respondió Dago—. Me vale todo.

—Podemos preparar el pescado en el horno, está fresco —comentó Jairo.

—Sí, la chica que nos ha atendido nos ha dicho que era del día —añadió Sheila.

—Pues ya tenemos comida, será rápido —dije.

—Y se hace solo, mientras el horno trabaja, nos tomamos un aperitivo —habló Dago.

—Hecho. Vamos a ponernos los trajes de baño —dijo animada Sheila, subiendo las escaleras del porche.

Eso hicimos. En cuanto entramos en la casa cada uno se fue hacia la habitación que eligió. Yo entré por primera vez en la mía. Era espaciosa y luminosa, tenía dos ventanas desde las que se veía la vegetación y entre ella se apreciaba el brillo del agua del río.

La cama era grande, acompañada por dos mesitas de noche. Había un armario de tres puertas y una cómoda. Una alfombra decoraba la parte central y cerca había una mesa pequeña, redonda, junto a dos sillones. Eché un vistazo al baño privado y satisfecho con todo, subí la maleta en la cama, para abrirla.

Lo único que saqué fue el bañador, por el momento no iba a hacer nada más. Me desvestí para ponérmelo y salí enseguida de la habitación, para darle encuentro a mis amigos. Jairo y Dago ya esperaban en el porche, Sheila apareció a los pocos minutos.

Nos alejamos de la casa directamente hacia el río. Eso me llevó a recordar mi acercamiento hacia Gwen y la conversación que tuvimos. También reviví el instante en que la vi de cerca y no pude evitar mirarla detenidamente.

Su imagen fue demasiado tentadora como para privarme del espectáculo. Aún podía ver nítidamente en mi memoria su piel suave y expuesta, la curva de sus pechos que sobresalían de su ropa caída. Me reprendí a mí mismo, mentalmente, por la reacción que tuve, pero fue algo que no pude controlar, que se salió de mi control.

Como si no hubiera visto a una mujer en mi puñetera vida, incluso en bikini, habría enseñado más que con la ropa que llevaba Gwen y la forma en la que la tenía. Pero esa mujer lo convertía todo en provocación, sin que se diera cuenta. Lo tuve claro la primera vez que la vi, cuando me abrió la puerta de la taberna y me bloqueó el paso, al no conocerme.

—¿En qué piensas? —Se interesó Sheila, mirándome con curiosidad.

—En que esta mañana, cuando te has ido a ayudar a Jairo al supermercado y Dago se estaba duchando, me he encontrado aquí mismo con la chica de anoche de la taberna, la hija del dueño del hotel que nos ayudó al darnos alojamiento —comenté.

—¿En serio? Menuda coincidencia. ¿Y cómo ha ido?

—No es raro y será algo que se repita —dijo Dago, pensativo—. El pueblo es grande, pero la gente se mueve mucho y lo más normal es que coincidan en las mismas zonas. Y esta, en la que estamos, por el río, debe estar muy concurrida por todos los habitantes.

—Hombre, con este calor no es para menos, pudiendo disfrutar del agua —añadió Jairo.

—Sí. Estaba con su hermana.

—¿Y es tan guapa como ella? —Quiso saber con picardía Jairo.

—Afirmativo. Y muy dulce, divertida y cercana. —Sonreí de medio lado.

—Mmm… tengo que conocerla.

—Si no quieres perder lo que te cuelga, tendrás que esperar, como mínimo, diez años para acercarte a ella de la manera en la que estás pensando. —Arqueé una ceja, con expresión divertida.

—¿Cómo? —Frunció ligeramente el ceño.

—Está a punto de cumplir ocho años.

—Ah, joder. —Rio, sorprendido.

—No añadas nada más, Jairo. Vete olvidando de su hermana mayor, de la de anoche. —Carraspeó Sheila.

La miré de reojo sin hablar. Ella me hizo un guiño, antes de quitarse la toalla que llevaba enrollada en la cintura. La dejó caer sobre la hierba y se

alejó riendo, en los brazos de Dago, quien ya corría cargando con Sheila hacia el agua.

—¿Te ha dicho ella cómo se llama? —Quiso saber, Jairo, mirando a nuestros amigos.

—No ha hecho falta. Lo supe por su padre anoche, en la taberna. Lo dijo en alto cuando nos vio juntos.

—¿Cómo de juntos? —Me observó de reojo.

—¿Me estás interrogando? —Arqueé una ceja.

—Tienes demasiada experiencia como para caer en esa trampa. —Sonrió de medio lado—. No te sacaría nada si no quieres. —Sacudió la cabeza.

—Me abrió la puerta de la taberna, me dejó entrar y me ofreció la botella de agua, le conté por encima lo que nos había pasado, separados por la barra. Hasta ahí llegó nuestra cercanía. Su padre apareció y salimos a la calle. Lo demás ya lo sabes —le expliqué.

—Anda, vamos a bañarnos —dijo dando por finalizada la conversación.

Caminamos sin prisa hasta la orilla, separándonos de la zona en la que el agua estaba en calma. Estaba fría, pero me sentó de lujo refrescarme, después de no parar desde que abrí los ojos.

Estuvimos disfrutando a remojo unos quince minutos, hasta que decidimos volver a la casa para empezar con la comida y el aperitivo. Durante todo ese tiempo que pasó, no me sirvió de nada escuchar de fondo las voces de mis amigos. No conseguí quitarme de la cabeza a Gwen, a pesar de mis intentos por cambiar el rumbo de mis pensamientos.

No era buena idea la dirección que estaban tomando, para nada, y gracias a mi insistencia conseguí frenar la mente y centrarme en mis amigos. Después de dejar preparado el pescado en una bandeja para el horno y de meterlo para que se cocinara, hicimos varios viajes al porche con las cervezas y los cuencos donde colocamos el aperitivo.

Nos acomodamos entre las sillas y el balancín, disfrutando del momento de relajación, envueltos en silencios cómodos y en conversaciones en las que hablamos de lo que haríamos los días siguientes.

Para empezar, decidimos salir por la noche para conocer la vida nocturna del pueblo. Pero hasta que llegara ese momento no teníamos más intención que descansar. Todavía notábamos la pesadez del día y la noche anterior, nada que un buen reposo no solucionara.

Capítulo 10



Gwen

—¡Ya están aquí! —gritó Suri, corriendo por el pasillo.

Sonreí, dejando que ella se encargara de abrirles la puerta a Izan y a Mel. Las risas no tardaron en llegar hasta mí, desde el salón. Siempre sucedía lo mismo cuando se la comían a besos.

—Te hemos advertido para que no te liaras —me dijo Mel, al entrar en la cocina.

—He hecho muy poco. —Le hice un guiño, girándome hacia ella para recibir su beso en la mejilla—. He preparado unas gambas al ajillo y estoy terminando de colocar el carpacho de bacalao sobre la base de tomate crudo aliñado. Del resto os habéis encargado vosotros. —Le sonreí.

—Así me gusta. —Me dio una palmada en la nalga y me reí.

Cuando los llamé al despertarme de la siesta, para decirles que esta noche cenábamos en mi casa, ambos insistieron en que se encargarían de comprar la comida en el restaurante de Manuel.

—¡Qué bien huele! —dijo Izan.

Apareció con Suri sobre su hombro, mientras mi hermana no dejaba de reírse por la forma en la que la había cogido. Mel no perdió la oportunidad,

aprovechó la distracción para robar del plato un trozo de bacalao. Se lo metió rápido en la boca, esquivando entre risas el trapo que le lancé.

—¿Nos damos un baño en la piscina? —nos preguntó contenta, Suri con la cabeza hacia abajo, y sonreímos.

—Cariño, acaban de llegar —le respondí.

—La princesa tiene razón. Nos sentará genial para quitarnos el calor —comentó Mel, haciéndole un guiño a mi hermana, cuando Izan la bajó al suelo.

—A mí me parece bien —afirmó él, pero me lanzó una mirada que solo nosotros dos entendimos.

—¿Meto lo que habéis traído en el horno? —les pregunté.

—No hace falta —dijo Mel— Viene muy caliente.

—Vale, pues voy a ponerme el bañador. —Le hice un guiño a Suri y aplaudió.

Izan me miró de nuevo, como advertencia, pero le quité importancia al ignorarlo. Mientras los tres se quedaban en la cocina sacando de las bolsas la comida que habían traído, yo subí a mi habitación para ponerme un bañador. Mi pensamiento era el de no pasar de estar sentada en la escalera de la piscina, aunque si me mojaba más, tampoco suponía un problema. Podía curarme y secarme rápido la herida.

Mis amigos se cambiarían en alguno de los baños o en la primera estancia en la que entraran. Suri ya hacía rato que estaba preparada con su bañador, dispuesta a disfrutar al máximo de la noche y de nuestra compañía. Cuando le conté el plan que teníamos por delante, se ilusionó.

Salimos de la casa de nuestro padre en cuanto terminamos de montar las mariposas que nos faltaban, y de organizar los caramelos en las bolsitas que Suri daría en su cumpleaños. Ya estaba todo preparado para el gran día de mi hermana, el que faltaba poco para que llegara.

Cogí del armario un bañador que cubría bien la zona que no quería enseñar y me metí en el baño, para desvestirme y ponérmelo. Con él puesto me miré en el espejo, satisfecha con mi apariencia.

Me encontré con mis amigos y mi hermana cuando salí al porche, donde habían colocado sobre la mesa tres botellines de cerveza y un refresco. Cogí uno de los botellines, divertida, viendo cómo Suri corría por la hierba para que Izan no la pillara. Lógicamente, si él hubiese querido, la habría alcanzado rápido, pero continuó persiguiéndola, dándole margen para que pensara que se iba a librar de ser atrapada.

—Cuando cenemos, podemos salir a tomarnos una copa —comentó Mel a mi espalda.

Me giré hacia ella y sonreí. Venía con una bolsa de patatas chips y se llenó la boca.

—Como queráis —respondí—. Contad conmigo y con Suri si mi hermana está despierta y activa.

—La princesa aguantará —dijo convencida, haciéndome un guiño—. Toma, están de vicio. —Me ofreció para que cogiera patatas.

Comimos una cuantas, bebimos varios sorbos de cerveza, y nos unimos a Izan y a mi hermana que ya habían entrado al agua. Mel se metió despacio, pero sin pararse, hasta que se zambulló. Yo me senté en el segundo escalón, con el agua cubriéndome por debajo de la cadera.

—¿No tienes calor? —me preguntó mi amiga, extrañada, cuando salió a la superficie.

—Esta mañana le dolía la barriga —intervino Suri, agarrada del cuello de Izan—. Está en los días malos para las mujeres —comentó y los tres la miramos divertidos.

—Créeme, pequeña, esos días no son buenos para nadie —dijo él.

—Será mejor que te calles —lo señaló Mel.

La advertencia provocó que Izan soltara una carcajada, contagiando a mi hermana.

Durante unos diez minutos estuvieron bañándose, riendo y haciendo bromas, pero la mirada de reojo de Mel hacia mí fue una constante que se repitió durante todo el tiempo que me mantuve sin moverme de la escalera. Yo solo sonreía, sin darle importancia al hecho de no bañarme, aunque podía intuir perfectamente lo que pasaba por la cabeza de mi amiga.

Cuando se cansaron, nos secamos y fuimos los cuatro a la cocina, para sacar a la mesa del porche todo lo necesario para sentarnos a cenar. Después de colocar los últimos platos de comida, nos acomodamos. Estábamos listos para disfrutar de los manjares que teníamos delante.

—¿Cómo os ha ido el día? —les pregunté.

—Yo he estado la mayoría del tiempo descansando, quitando las dos horas que he ido a ver a mis padres —comentó Izan.

—Mi rutina en la tienda ya la conocéis —comentó Mel, encogiéndose de hombros—. No tengo ninguna novedad.

—¿Vas a cerrarla por vacaciones? El año pasado desconectaste dos semanas, una por cierre y la otra porque Nerea se encargó hasta que regresaste. —Quise saber.

—Tengo que pensar en ello, ya voy tarde —dijo con la mirada fija en el movimiento que hacía con el tenedor—. La verdad es que desde hace unos meses las ventas han aumentado considerablemente. Fue un gran acierto abrir la tienda *online*. Las compras han reforzado el negocio, pero tenemos mucho lío para organizarlo todo. Entre controlar que no falte el género para los envíos y que no fallen las entregas…

—Eso es fantástico, Mel, pero también es muy importante y necesario descansar —comentó Izan.

—Me da miedo frenar por si después, cuando regrese, todo ha cambiado. —Hizo una mueca.

—Tu tienda es la más bonita del pueblo, tienes muchas cosas —comentó Suri animándola, por lo que se ganó una gran sonrisa de Mel.

—Lo que piensas no va a suceder —intervine—. A quienes les gusta algo van a seguir comprándolo, y más teniendo en cuenta la calidad de todo lo que ofreces. Cuando iniciaste la venta *online*, no pensabas en lo que estás consiguiendo, y estoy segura de que seguirás creciendo, ampliando el territorio de los envíos.

—Ay, ojalá. —Rio nerviosa, antes de beber un sorbo de vino.

—Y si vieras que después de las vacaciones han bajado un poco las ventas, solo es cuestión de reforzar el trabajo para remontar —añadí.

—En muchas ocasiones menos es más, Mel. Recuérdalo. ¿Para qué sirve acumular dinero si no puedes disfrutar un poco de él ni del tiempo libre que te mereces? El local de la tienda es de tu propiedad, no te cuesta nada mantenerlo, más allá de lo básico que tengas que hacer por necesidad. Date un respiro de las responsabilidades y diviértete, aunque sea sin salir del pueblo.

—¿Vosotros habéis pensado en ir a algún lado? —nos preguntó, pasando la mirada de uno a otro— No os he sacado el tema porque acabáis de volver e imagino que no tenéis pensamiento en alejaros de aquí.

—¿Dónde te gustaría ir? ¿Has pensado en algo? —Quiso saber, Izan.

—No tengo ni idea. —Sonrió—. Cualquier lugar me valdría, siempre que esté con vosotros. —Le devolvimos la sonrisa.

—Pues ya pensaremos en algo, pero primero tienes que decidir los días que cerrarás el negocio —comenté.

—Sí. Aprovecharé que mañana es domingo y descanso, para darle vueltas al tema —asintió.

—Yo quiero ser mayor para hacer igual que vosotros —dijo Suri.

—Pequeña, serlo no es tan divertido como puede parecerte —le habló Izan, revolviéndole el pelo. Estaba sentada entre él y yo.

—Pues vosotros os reís mucho y siempre estáis felices. Son pocos los días malos que tenéis —dijo pensativa.

—No es todo tan sencillo como se ve, cariño. —Le di un beso en la cabeza.

—Yo también podré. Cuando sea grande, os acompañaré a los viajes —habló ilusionada y le sonreímos.

—Por supuesto. Antes que, a ti, Suri, dejo atrás a Mel y a tu hermana. —Le hizo un guiño, Izan.

Ella rio feliz, Mel y yo nos hicimos las indignadas por su comentario, lanzándole advertencias para picarlo. Entre risas continuamos cenando, y como no, el día del cumpleaños de mi hermana salió en la conversación. Suri les explicó que ya lo teníamos todo preparado para la gran fiesta.

Una hora después, en cuanto terminamos los postres, decidimos quitarnos los trajes de baño y vestirnos, para salir a dar una vuelta. Mi hermana estaba muy despierta, sin ningún síntoma de cansancio. Fue ella la que nos insistió y animó para que lo hiciéramos, después de que Mel volviera a sacar el tema de ir a tomar algo al centro del pueblo.

Así lo hicimos y nos repartimos por las habitaciones para prepararnos.

En ropa interior, dándome prisa para coger la ropa del armario, la puerta de mi habitación se abrió y me sobresalté. Giré la cabeza hacia ella cuando escuché que se cerraba despacio. En un principio pensé que sería mi hermana, pero no, fue Mel la que entró y se quedó apoyada en la madera, observándome.

—¡Qué rápida! —dije, evitando volverme del todo, para que no viera el apósito del costado.

No quería que se enterara de lo de mi herida de esta forma, aunque ya iba tarde. Lo supe por sus miradas en la piscina, y en este instante me lo

confirmó el nuevo cruce que tuvimos.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó directa, sin alzar la voz— Te has delatado tú sola al no bañarte.

—No es nada importante, Mel —le respondí.

—Ya… ¿Qué es?

Me giré despacio, dejándole ver el costado en el que tenía cubierta la herida.

—Joder. —Agrandó los ojos y se separó de la puerta, para venir rápido hasta mí.

—Está controlado y cerrándose —le aseguré.

—Vale, ya sé que no puedes contarme mucho, pero mierda. —Bufó—. Esto sí, Gwen.

—No tenía la intención de ocultártelo. Te prometo que iba a decírtelo. Pero no con mi hermana delante, aún no había encontrado el momento. —Me encogí de hombros—. Hasta ahora solo lo sabía Izan, a mi padre tampoco le he insinuado nada.

—¿Estás bien? —Me miró preocupada.

—Sí. Ya lo ves. —Le hice un guiño.

—Déjame comprobarlo —me pidió con una mueca—. Y olvídate de lo de irnos de vacaciones, hasta que no estés recuperada del todo no te mueves de aquí. —Bufó.

—Te recuerdo que estoy haciendo vida normal —le dije divertida.

—Tú eres capaz de hacerla, así te estés arrastrando. —Puso los ojos en blanco y me reí.

Me dio la vuelta y me empujó hasta el baño. Cerró la puerta, dejándonos dentro, e insistió para que me quitara el apósito.

—Mierda, es muy grande. —Jadeó en cuanto vio la cicatriz y los puntos—. Está muy fresca e inflamada. —Buscó mis ojos.

—Por eso evito mojarme. Es reciente y aún faltan días para que me quiten los puntos —hablé lo más tranquila posible, mientras me colocaba de nuevo el apósito.

—Reciente… hace muy poco. —Tragó saliva.

—Sí.

—¿Izan…?

—Él está bien —la interrumpí.

—Vale —soltó un suspiro—. No vas a decirme cómo te lo has hecho, ¿verdad?

Como respuesta, le sonreí con cariño y le di un beso en la mejilla. Con eso tuvo suficiente para no insistirme porque sabía que no conseguiría la información. Podría darle alguna, aunque fuese mínima, pero no quería meter a Mel en los temas de mi trabajo. Cuanta más distancia hubiera entre ella y mi vida profesional, mejor. Para la salud mental de Izan y mía, y para la de Mel.

—Este vestido te queda monísimo —dijo cambiando de asunto, cogiéndolo de donde lo había dejado yo.

—De eso se trata. Para un ratito que salgo. —Le hice un guiño.

—¿Qué tal voy yo? —me preguntó pasándose las manos por la minifalda.

La había conjuntado con un top por encima del ombligo, de tirantes muy finos que se cruzaban en la espalda.

—Divina. —Le sonreí a través del espejo.

—¿Seguro que está todo bien? —insistió manteniéndome la mirada.

—Sí.

Mi confirmación fue tan rotunda que soltó un pequeño suspiro de alivio y asintió.

—Pues ya está. Vamos a pasárnoslo bien.

Me coloqué el vestido y se empeñó en cepillarme el pelo, para que no elevara el brazo del lado en el que tenía la herida. Lo único que añadí fue el pintalabios, remarcando los labios. Fuera del baño, en la habitación, me calcé las sandalias planas que se ataban con cuerdas a las piernas y cogí un bolso pequeño. No necesitaba nada más.

Salimos juntas y fuimos a la habitación de mi hermana. Tenía la suya propia, se la preparé en cuanto compré la casa.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté, sonriendo desde el pasillo.

—No. Ya estoy —dijo animada—. ¿Os gusta?

—Estás preciosa, cariño. —La curva de mis labios se amplió, al ver el brillo en su mirada.

Cuando le dije que íbamos a cenar con Izan y Mel en mi casa echó varias cosas en una mochila, como el bañador y el vestido que se había puesto. Aparte de otras cosas varias que según ella, eran indispensables. En el armario de la habitación siempre tenía varias mudas de ropa y un pijama, al igual que en el baño mantenía lo básico para su aseo, por si se quedaba a dormir conmigo sin planearlo. Así nos ahorrábamos el tener que ir a la casa de nuestro padre.

Bajamos las escaleras para encontrarnos con Izan en el salón, quien ya nos esperaba sentado en el sofá. En cuanto nos vio aparecer, silbó de forma

exagerada, llevándose las manos al pecho, lo que provocó que Suri riera con ganas.

Capítulo 11



Kenan

—¿Cómo va? —me preguntó Gonzalo en cuanto descolgué la llamada.

Como siempre era habitual en él, no faltaban, de tanto en tanto, las conversaciones de rutina.

—¿Ya me echas de menos? ¿Tan pronto? —le pregunté con tono divertido — En esta ocasión no has esperado mucho para escuchar mi voz.

—Eso es porque normalmente eres un grano en el culo, un incordio que se hace notar mucho y cuando no estás es como si me faltara algo.

Solté una carcajada, sentado en el balancín del porche.

—Tienes suerte de que esté lejos. Eso no me lo dices a la cara.

—Efectivamente, y como tardarás unos días en regresar, cuento con que se te haya olvidado.

—Si piensas eso, es que no me conoces tanto. —Sonreí de medio lado.

—Déjame soñar, muchacho. —En esa ocasión rio él, y yo sonreí.

—Todo va bien, según lo que tenía pensado —le contesté a lo que quería saber—. Tuvimos una llegada un poco diferente, el coche nos dejó tirados de

noche a kilómetros de aquí, en la carretera de montaña, pero aparte de eso, estamos contentos.

—No fastidies.

—Sí. Lo tengo en el taller, a la espera de que el mecánico me informe de qué avería tiene. Se paró de golpe y no reaccionaba, tuvimos que empujarlo durante un largo tramo para sacarlo de la carretera y llegamos al pueblo caminando. No teníamos cobertura.

—Si no tiene solución, dímelo para encargarme de enviaros otro vehículo.

—Tranquilo, por el momento no lo necesitamos. El pueblo es grande, pero se llega bien a todas partes caminando.

—De acuerdo. —Hizo una pausa, en la que aproveché para volver a hablar.

—¿Y por ahí qué tal?

—Solo voy a decirte que me he olvidado ya de las vacaciones —dijo a modo de queja y sonreí.

—Hace dos semanas que te incorporaste.

—Pues con eso te haces una idea de cómo estoy con el poco tiempo que hace que he vuelto. Parece que este mes solo trabajamos en nuestra planta, nos llega trabajo de todas las demás.

—Tendrías que haberte venido con nosotros.

—Créeme, no descarto aparecer por ahí en cualquier momento.

—Ahora vamos a salir a dar una vuelta. Cenaremos por el pueblo.

—Suena muy bien, disfrutad.

—Gracias. Hablamos en otro momento.

—De acuerdo, muchacho. Hasta la próxima. Me has alegrado el final del día. —Sonreí.

—Puedes decir lo que quieras, pero no puedes vivir sin mí.

—Cuelgo ya antes de que me salga la vena melosa y cariñosa, no quiero que me lo restriegues cuando volvamos a hablar. —Reímos los dos.

Después de la despedida definitiva, rápida, dejé el móvil apoyado en la pierna y dirigí la mirada hacia el paisaje que quedaba frente a mí.

—Eh, ¿con quién hablabas? —me preguntó Jairo al salir al porche, seguido por Dago.

Ya estaban preparados para irnos, solo faltaba Sheila, que no tardaría en aparecer.

—Con Gonzalo —les informé—. Nos echa de menos. —Sonreí de medio lado.

—Eso lo sabíamos antes de irnos —comentó Dago, divertido—. ¿Qué te ha dicho?

—Le he explicado cómo fue nuestra llegada al pueblo y me ha pedido que le informe de lo que pase al final con el coche, para enviarnos otro vehículo si es necesario. Está hasta las narices del trabajo, faltan muchas personas en los otros departamentos y todos acaban pidiéndole ayuda.

—Lo estoy viendo, debe irradiar felicidad —dijo con humor Jairo—. Me alegro de no estar allí.

—Ya estoy —dijo Sheila, saliendo radiante por la puerta principal.

—Joder, ¿vamos a una boda y no me he enterado? —Silbó Dago al verla.

—Idiota. —Rio ella—. Me he puesto un vestido sencillo, de verano.

—Que te sienta genial —dijo Jairo, haciéndole un guiño.

—Sois muy tontos, al final me sacáis los colores. Diles algo, Kenan —me pidió girándose hacia mí.

—Solo puedo darles la razón. —Sonreí de medio lado, mientras me levantaba del balancín.

Mi respuesta la hizo poner los ojos en blanco, exagerando la expresión, y terminamos los cuatro riendo.

Nos alejamos de la casa con pasos tranquilos, para ir directos al centro del pueblo. Lo primero era elegir un restaurante o bar donde cenar, lo siguiente era tomarnos unas copas para disfrutar de la primera noche calmada en el lugar.

Caminamos por las calles, en todas por las que pasamos había bastante movimiento. Eran las nueve de la noche y parecía que la gran mayoría de los habitantes se habían puesto de acuerdo para salir al fresco, como nosotros.

Nos llevó unos veinticinco minutos llegar a la zona más céntrica, donde todo se amplificó. Acostumbrado a la ciudad, me sorprendía lo animado que estaba el ambiente. Había mucha juventud: unos hablaban en corrillos y otros iban de un lado a otro, camino a su destino.

La gran mayoría de las terrazas de los bares y restaurantes estaban al completo, por personas de todas las edades. Se notaba y se palpaba lo familiar que era todo, los comentarios en alto, de unas mesas a otras, lo dejaban aún más claro. Era imposible no sentirse a gusto en este sitio. Miraras hacia donde miraras, te encontrabas con una sonrisa o una cara amable.

—Me encanta nuestro futuro pueblo —comentó Sheila, picando a Jairo.

—Eres muy cansina con ese tema —le dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Es para que te vayas mentalizando, para cuando llegue el momento. —Rio Sheila.

—No me des la noche, anda —le pidió.

—No te entiendo, si estás encantado con este lugar —comentó Dago, dirigiéndose a Jairo.

—Joder, claro que sí, pero para unas vacaciones, para unas semanas. Lo de vivir aquí para siempre… no sé —negó Jairo—. ¿No echaríais de menos el ajetreo de la ciudad? ¿El tener muchas cosas al alcance?

—No —respondimos al mismo tiempo Sheila, Dago y yo, y después reímos al ver la expresión de Jairo por nuestra negativa tan rotunda.

—Y por si no te has dado cuenta en este pueblo no falta de nada —comenté—. Tiene centro de salud, hospital con las especialidades esenciales, colegios y centros de estudios más avanzados. Dispone de todos los servicios necesarios y por las tiendas y los comercios que hemos ido viendo, hay una gran variedad de ellos.

»También está el taller de Mario, para las averías de los vehículos, y según me comentó esta mañana, va a abrir otro, aunque lo llevará una persona de su confianza.

—Lo dicho, es un paraíso —dijo Sheila, sonriendo—. Si Saúl aceptara una oferta por la casa que nos ha alquilado, no dudaría en invertir ya. Fíjate. —Chocó su hombro con el de Jairo.

—Estáis fatal. —Sacudió la cabeza él, pensativo.

—Aparte de todo lo que hemos dicho, estás viendo la vida y el movimiento que tiene —añadí—. ¿Qué más necesitas para convencerte de que es una buenísima opción para alejarnos del estrés?

—Joder, Kenan, porque precisamente estamos acostumbrados a no parar —se quejó.

—Un motivo de peso para soñar con vivir en un sitio como este —comentó Dago, sonriendo.

—Vamos a cambiar de tema porque al final me convencéis. —Bufó Jairo, provocando que los demás riéramos.

Dago y Sheila continuaron picándolo un poco más, alterándolo, hasta que llegamos a la terraza de un restaurante en el que encontramos una mesa libre. No dudamos en ocuparla.

Pedimos una botella de vino y nos decantamos en elegir varios platos de primeros y segundos, para compartir y así probar más variedad. La comida estaba deliciosa y no fue por el hambre que tenía. Todos estuvimos de acuerdo en la opinión y nos quedamos muy satisfechos con la elección del restaurante, aunque no dudaba de que, en todos, incluso en los bares, se comería igual de bien.

Estuvimos casi dos horas, fueron tres botellas de vino las que cayeron, mientras disfrutábamos de la buena noche que hacía y de la conversación animada que manteníamos. Cuando pagamos la cuenta y nos fuimos, empezamos a caminar por las calles sin un rumbo fijo. Sin darnos cuenta, llegamos a la calle en la que terminamos la madrugada anterior, la del hotel y la taberna.

Dirigí la mirada hacia la puerta de la última, desde la distancia, pensando en la posibilidad de encontrarme con Gwen dentro. No sería raro y, aunque no era lo que buscaba, ni en lo que había pensado, en el momento en el que se me planteó la oportunidad, noté la impaciencia recorrerme.

—Vamos a entrar —propuso Sheila, dándole voz a mi pensamiento—. Con lo bien que nos trató el dueño, le debemos muchas consumiciones. —Hizo un guiño, mirándome de reojo.

—Me parece bien —asintió Dago, pasándole el brazo por encima de los hombros.

Jairo, a mi lado, no dijo nada, pero estuvo de acuerdo por la sonrisa que apareció en sus labios. La pequeña terraza que había estaba llena, por lo que entramos al interior. Nos recibió el sonido acogedor de las voces y las risas. La iluminación era tenue, con varios focos de luces en el techo, pero lo que más destacaba eran las lamparitas que había en los centros de las mesas, con luces cálidas que proporcionaban un ambiente especial.

Caminamos hacia una de las mesas que estaba libre, la verdad es que había muy pocas disponibles. Nos situamos junto a uno de los ventanales y desde esa posición, descubrimos que había otra terraza por la que se accedía desde el interior del local. En ella se veía vegetación y luces colgando de las ramas de varios árboles.

La música sonaba con el volumen perfecto para poder conversar sin tener que elevar la voz. Después de hacer un buen recorrido visual por todas las zonas que se veían, no encontré a la persona que tenía en mente, pero sí al hombre que nos ayudó ofreciéndonos alojamiento la noche anterior: el padre de Gwen.

Le sonreí cuando me encontré con su mirada. Levantó una mano hacia nuestra mesa y asentí como respuesta, cuando empezó a acercarse a nosotros.

—Buenas noches —nos saludó con amabilidad.

Le correspondimos de la misma forma.

—Antes de nada, quiero agradeceros la cantidad de dinero que habéis pagado al dejar el hotel. No era necesario, ni teníais por qué hacerlo. Mi hija y yo os ayudamos con gusto y sin esperar algo parecido.

—Somos conscientes del motivo por el que nos ayudasteis y de que no pedisteis nada a cambio —le contestó Sheila, sonriéndole para tranquilizarlo —. Pero eso no quita que hayamos sido agradecidos, porque para nosotros fue muy importante lo que hicisteis. También lo hemos hecho con gusto porque todo es poco para quien se merece lo mejor.

—Vaya. Gracias —dijo el hombre—. Pues aclarado ese tema, ¿qué queréis tomar?

—Cuatro jarras de cerveza para empezar —le contestó Dago.

—Enseguida os las traigo —asintió, antes de darse la vuelta.

No fue él quien nos las sirvió, sino uno de los camareros que estaban al otro lado de la barra. Eran dos, un hombre y una mujer jóvenes. El padre de

Gwen desapareció un momento por el pasillo, pero regresó rápido para ir por varias mesas hablando con unos y otros.

—¿Decepcionado? —me preguntó Sheila en tono bajo, inclinada hacia mí.

—¿Por qué? —Arqueé una ceja, mirándola por encima de la jarra.

—Porque no has encontrado en quién has pensado al entrar —carraspeó, con una sonrisa pícara.

—No sé de lo que hablas. —Continué haciéndome el ignorante y bebí un trago de cerveza.

—Conmigo no cuela, Kenan. —Rio con ganas.

Dago y Jairo dejaron de hablar un instante al escucharla, pero continuaron con su conversación.

—No es una opción, Sheila —expresé lo que me había repetido muchas veces, mientras acariciaba el asa de la jarra.

—Como si pudiéramos ponerles freno a algunas —negó—. Esa opción de la que hablas no lo es en realidad, porque cuando hay otras cosas en juego…

—Exactamente. Fin —la corté.

Me mantuvo la mirada durante unos segundos, hasta que aparté la mía.

—Pues te va a costar mucho resistirte para mantenerte firme —continuó hablando en tono bajo. Me dio un codazo disimuladamente.

—¿Qué?

—Mira hacia la puerta —me pidió y frunció los labios, conteniendo la diversión.

Aparté la vista de ella para dirigirla hacia donde acababa de indicarme. El choque visual fue grande, en cuanto localicé a Gwen. Acababa de entrar con

un hombre y una mujer, los tres aparentaban tener la misma edad, si no me equivocaba en los cálculos. También los acompañaba la hermana pequeña de Gwen, Suri.

Esta última corrió hasta su padre para abrazarlo, quien la acogió entre sus brazos con una gran sonrisa. Si algo quedaba claro al verlos a los tres juntos, interactuando, era la complicidad, el respeto, el cariño y el amor que se tenían. Gwen y sus dos acompañantes adultos se acercaron también y saludaron con abrazos y besos, tanto al dueño de la taberna como a los dos trabajadores que los recibieron animados.

Sheila me dio una tregua y me dejó a mi aire, al unirse a la conversación de Dago y Jairo. Los entretuvo para darme tiempo, aunque de cara hacia ellos dos, porque a Sheila no podía despistarla. Aparenté que estaba atento a lo que hablaban, cuando en realidad tenía muy presente a cierta mujer que iba controlando de reojo. Ellos no la vieron, quedaban de espaldas, mientras que yo de frente tenía una visión perfecta.

En una de esas veces en las que miré directamente a Gwen, coincidí con sus ojos. Se había puesto de lado en la barra, con un brazo apoyado en ella. Si se sorprendió o no al verme, no lo mostró, como por la mañana en el río.

Cogí despacio la jarra de cerveza y la levanté hacia ella. Su reacción fue asentir despacio, observándome fijamente.

Desde la distancia que nos separaba y, a pesar de la poca iluminación que había, pude apreciar todas las curvas de su cuerpo debajo del vestido que acariciaba su figura. Llevaba el pelo suelto que le caía por encima de un hombro.

Bebí sin apartar la mirada de la suya, hasta que perdimos el contacto visual cuando el hombre que estaba al otro lado de la barra llamó su atención.

Capítulo 12



Gwen

—¿Cómo ha ido el día? —me preguntó Ezra.

Su voz me activó y consiguió que pudiera moverme. Aparté los ojos de los hipnóticos de color ámbar de Kenan y me giré dándole la espalda a la zona de las mesas, para quedarme apoyada con los dos brazos en la barra, frente a mi amigo.

Me había sorprendido otra vez encontrarme con ese hombre. Una tontería porque en un lugar u otro del pueblo podía suceder. Pero no me lo esperaba, la verdad es que no estaba preparada para ver de nuevo su imagen tan impactante y atractiva.

Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que estuviera aquí, en la taberna de mi padre. Estaba guapísimo, la parte de arriba del pelo hacía el efecto de estar alborotado, pero cada mechón de pelo estaba en la posición correcta. Su cara, su expresión, me dejaban sin palabras en más ocasiones de las que quería admitir.

Y su cuerpo… a pesar de estar sentado, se apreciaba perfectamente lo que imponía. Llevaba una camiseta de manga corta, a simple vista sencilla, pero él la convertía en todo lo contrario por cómo le quedaba.

—Muy bien —le respondí a Ezra—. He estado todo el tiempo con Suri, nos lo hemos pasado genial. —Le sonreí—. ¿Qué tal aquí?

—Como siempre, hoy he entrado a primera hora de la tarde —dijo y asentí.

—¿Cómo está Abel?

—Desde que quedamos, lo veo bastante más animado. —Sonrió.

—Me alegro. —Le devolví el gesto—. He estado pensando en algo para terminar de ayudarlo a salir del bache que le está costando saltar.

—¿En qué? —Me miró con curiosidad.

—Papá… —Giré la cabeza hacia él.

Estaba conversando con Izan, Mel y Maddi, mientras mantenía abrazada a mi hermana.

—¿Sí?

—Vamos a hablar de negocios —le dije y apreté los labios, al ver su expresión.

—¿Tengo que ponerme a temblar? —preguntó colocándose a mi lado en la barra y me reí.

—Sabes que siempre tengo muy buenas ideas —hablé con diversión.

—¿Esto es una especie de trampa? ¿Me va a estallar encima? —le preguntó directamente a Izan, provocando que todos nos riéramos.

—No tengo ni idea de por dónde va a salir —le contestó mi amigo, con humor—. Es tu hija, tú sabes mejor que nosotros si tienes que llevarte las manos a la cabeza. —Me hizo un guiño y se lo devolví.

—A ver, le he estado dando vueltas al tema y entonces se me ha encendido una bombilla. —Me señalé la cabeza.

—No me entero —comentó Suri.

—No eres la única, hija. —Rio nuestro padre.

Le rodeé la cintura a mi hermana para pegarla a mi costado bueno y le di un beso en la cabeza, antes de continuar.

—El tema es que Abel necesita un trabajo. —Señalé a Ezra.

—Me he enterado de algo, sí —confirmó mi padre sin entrar en muchos detalles.

—Y Sandra, que está trabajando en la recepción del hotel, si no me equivoco, se irá dentro de un mes para estudiar fuera. ¿No?

—Entiendo… —comentó mi padre, asintiendo.

Todos me siguieron al instante.

—No hace falta, no quiero que os veáis en el compromiso de… —empezó a decir Ezra, emocionado, pero mi padre lo calló rápido.

—Silencio, muchacho, aquí tengo yo la última palabra —le dijo, sonriéndole—. Gwen ha tenido una idea estupenda. La verdad es que como todavía falta tiempo para que Sandra deje la recepción, no he pensado en buscarle un sustituto.

»Quería ponerme con ello en unas semanas, pero me viene genial la propuesta. —Me miró sonriendo—. Dile a Abel que venga a verme con la documentación, para tenerla cuando tenga que darle de alta. Si es que le interesa el puesto de trabajo y quiere aceptarlo.

—Joder. No sé qué decir —comentó Ezra, pasándose las manos por el pelo —. Se va a volver loco de contento cuando se lo cuente —negó.

—Pues entonces ya sabes lo que tienes que hacer —le habló Maddi, dándole un golpe con la cadera—. Llámalo ahora, te cubro.

—Alonso… —dijo Ezra, dirigiéndose a mi padre.

—Ni lo intentes, muchacho. No podría elegir a un mejor trabajador para el puesto. —Le sonrió con cariño—. Confío plenamente en él, como en todos vosotros. Os conozco desde que llevabais pañales.

Suri se soltó de mí y rodeó la barra, para abrazar a Ezra, compartiendo su emoción. Todos los observamos con una gran sonrisa, satisfechos porque las piezas para nuestros amigos volvían a encajar. Al menos no faltaba mucho para que sucediera, porque Abel tenía el puesto asegurado, siempre que lo quisiera. Sabía que esto último sería así, incluso antes de escuchar a Ezra.

Este se fue casi corriendo a la sala de los trabajadores para poder hablar con calma con Abel, mientras Maddi y mi padre se quedaban al frente de la taberna. Les ofrecimos ayuda, pero la descartaron porque lo tenían todo controlado.

Como era habitual, el local estaba casi al completo y el ambiente que se respiraba era a hogar.

—Tres jarras de cerveza para empezar a celebrar los nuevos cambios —le pidió Mel a Maddi, dando un golpe en la barra.

—Marchando. —Rio Maddi.

—Si Abel trabaja en el hotel, podré quedarme con él algunos ratos —dijo emocionada, Suri.

—Cada vez tienes más donde elegir. —Rio Mel, retirándole el pelo de los hombros.

—Síii… —Aplaudió mi hermana, contenta.

—Has estado muy acertada, cariño —me dijo mi padre, satisfecho—. Estoy muy orgulloso de ti, de vosotras, de todos. —Terminó pasando la mirada de unos a otros.

—Ay, Alonso, que son Abel y Ezra los que tienen que llorar, no nosotros. —Sacudió la cabeza Mel.

—Solo he dicho la verdad. —Le sonrió él con cariño—. Venga, iros a una mesa para disfrutar de la noche —nos pidió cuando Maddi colocó las jarras llenas de cerveza sobre la barra—. ¿Quieres venir conmigo al despacho? —le preguntó a Suri.

—Vale —aceptó ella.

—Cuando te canses, dímelo y nos vamos —le pedí.

—No tengo sueño.

—La princesa nos acuesta a todos, ya lo veréis —dijo Mel.

Reímos por su comentario y de esa forma ella, Izan y yo cogimos nuestras jarras y nos dirigimos a una de las pocas mesas que quedaban libres. En el camino fuimos saludando a los vecinos, y durante todo el tiempo no dejé de notar un cosquilleo en la nuca y en la espalda.

Sabía perfectamente a qué era debido, por lo que evité mirar hacia la mesa de Kenan y sus amigos, para no encontrarme con sus ojos otra vez. Necesitaba un poco más de tiempo para adaptarme a su presencia y a su observación, porque tenía claro que continuaba teniendo su atención.

Me desconcertaba y, al mismo tiempo, activaba algo muy placentero en mi interior, algo a lo que no quería darle rienda suelta porque el tiempo de él en el pueblo era limitado, tenía fecha de caducidad. Era muy consciente del magnetismo de ese hombre, de lo que podía llegar a provocar si yo daba un paso hacia delante y me encontraba con él a mitad del recorrido.

El tema era que Kenan acababa de llegar, hacía horas que estaba en el pueblo y yo ya me sentía de esa forma con los pocos encuentros que habíamos tenido. ¿Qué pasaría si continuábamos viéndonos tan a menudo? ¿Podría contenerme? ¿Eran cosas mías o realmente existía una atracción mutua? Las respuestas eran tan sencillas como complicadas, las tenía muy claras, lo que no quería decir que a alguna le pusiera impedimentos para que no pasara.

Una aventura de verano podía costarme muy cara. Sabía que Kenan me dejaría una huella imborrable.

—Me hubiese encantado ver la reacción de Abel —comentó Mel sacándome de mis pensamientos.

—A mí también. —Sonreí, apoyando la espalda en el respaldo de la silla —. Pero tengo una imagen muy nítida de cómo habrá recibido la noticia.

—Se va a arrodillar frente a ti la próxima vez que te vea —comentó divertido Izan.

—Por muchas ganas que tenga no lo intentará, sabe muy bien cómo se las gasta nuestra amiga. —Rio Mel, refiriéndose a mí.

—Es algo que iba a pasar tarde o temprano —negué con diversión—. La propuesta habría salido de mi padre, lo que pasa que, como ha dicho, todavía no había pensado en ello. —Me encogí de hombros.

—He visto a Gwen —soltó de repente Mel, mirando a Izan mientras sujetaba la jarra entre las manos.

Nuestro amigo arqueó una ceja por su comentario, sin comprender a lo que se refería porque hacía horas que estábamos juntos. Al menos esa fue su reacción los primeros segundos que tardó en enlazar el significado de las palabras de Mel, lo que no le llevó mucho más tiempo.

—Ajá —dijo, después de beber un sorbo de cerveza—. ¿Y qué te parece? ¿Te has dado cuenta de si ha crecido de alto y ancho?

—¡Oye! —Le di un golpe en el brazo, riendo.

Izan me hizo un guiño y volvió a centrarse en Mel.

—Todo está bien —le aseguró para que su expresión seria desapareciera.

—Todavía no —comentó ella, mirando hacia los lados para asegurarse de que nadie nos escuchaba—, pero lo estará —asintió convencida y le

sonreímos.

—Vamos a cambiar de tema, no quiero tocar nada que me recuerde al trabajo —les pedí.

—Otra gran idea —asintió Izan, levantando su jarra.

Lo imitamos para chocarlas y bebimos los tres.

—Vale —suspiró Mel—. Pues toca hablar de las cuatro caras nuevas que están en la taberna. —Sonrió de medio lado.

—A la izquierda, mesa diez, junto al ventanal —le informó Izan. Nunca se le escapaba ningún detalle—. Y uno de ellos no ha perdido de vista a Gwen. —Buscó mi mirada, con las dos cejas arqueadas.

—Joder, chico, contigo no se puede jugar a esto. —Rio Mel.

—¿Y te sorprendes a estas alturas? —le pregunté divertida— Los conozco. Bueno, más o menos. —Me moví en la silla, queriendo cambiar de posición, pero no encontré una cómoda porque estaba nerviosa.

—¿De qué? —Quiso saber, Mel—. Yo no los he visto nunca hasta esta noche.

—Yo tampoco —añadió Izan.

Les conté cómo se había dado todo, sobre todo con Kenan que era con el que más había interactuado. Les expliqué que él apareció la madrugada anterior en la taberna y lo que les pasó con el coche. Los puse al día de todo lo que sabía y de la ayuda que les ofreció mi padre, así como del encuentro que habíamos tenido Kenan y yo esta mañana en el río, cuando fui con Suri.

—¿Cómo se llaman los otros tres? —quiso saber Mel.

—Ni idea. —Me encogí de hombros—. Mi padre recordará sus nombres, yo no presté atención cuando les tomó los datos para las habitaciones. Era muy tarde, estaba cansada y como que no se me ocurrió, cotillear.

—Joder, solo a ti se te puede pasar esa oportunidad. —Rio Mel.

—Y doy por hecho que al que se le van los ojos detrás de ti es el tal Kenan, ¿no? —me preguntó Izan.

—Si tú lo dices… no me he dado cuenta.

—Venga ya, que estás hablando conmigo. —Sacó varias servilletas del servilletero y las apretó para lanzármelas. Las cogí al vuelo.

—Chica, que intentes esquivar la verdad conmigo, vale porque seguramente lo consigas, pero ¿con Izan? —habló divertida Mel— Os conocéis mejor el uno al otro que vosotros mismos. —Sacudió la cabeza.

—Sí, ese es Kenan. —Bufé—. Y no quiero hablar de él.

—¿Por qué? —insistió Mel.

—Porque le afecta, solo hay que verla —respondió por mí Izan, dando en el clavo. ¡Cómo no!—. Más de lo que reconocerá si no la acorralamos. —Sonrió con picardía.

—Inténtalo, te aseguro que como estoy, no va a impedir que te frene. —Lo miré divertida.

—Te libras porque sé que es verdad. —Me observó fijamente, golpeando la mesa con los dedos.

—No me extraña, es para que se te caigan las bragas —soltó Mel y la miramos, antes de soltar una carcajada los tres.

—Da igual cómo me ponga o me afecte. —Me encogí de hombros—. No vamos a pasar de momentos como este, el de encontrarnos por el pueblo.

—Si tú lo dices… —repitió mis palabras anteriores, Izan, con una ceja arqueada.

—¿Ha llegado a la tienda el regalo de mi hermana? —Cambié totalmente de tema, para aplacar un poco los nervios que iban en aumento al hablar de Kenan.

Le habíamos hecho un gran regalo conjunto entre los tres, uno que sabíamos que le iba a encantar. Aparte, yo le tenía dos regalitos más que compré durante el tiempo que estuve trabajando fuera. Con lo agradecida que era mi hermana, estaría feliz y pletórica con todo lo que recibiera, aunque algunas cosas las guardaría con más cariño y las atesoraría más, como sería el caso de todo lo que viniese de nosotros, como de mi padre, de Ezra y Abel, y de Maddi. Todos le tenían una sorpresa preparada para su gran día.

—Sí, esta tarde —nos confirmó animada Mel—. He comprobado que ha llegado bien, estoy deseando ver la reacción de Suri.

—Mira, tu canción —le dije al escuchar los primeros acordes.

—Oh, joder. Invítame a bailar —le pidió a Izan, provocando que nuestro amigo se riera con ganas.

—Aquí tienes a muchos donde elegir, ¿por qué siempre tengo que terminar yo en medio de la taberna, donde no hay pista de baile y nadie más se levanta a bailar?

—Porque son unos sosos. —Se inclinó sobre la mesa, para hablar en tono bajo.

—Anda, vamos —aceptó al final Izan, negando.

Los observé divertida mientras se alejaban un poco, y como solía ser normal cada vez que se arrancaban a un baile improvisado, captaron la atención de todos los que nos acompañaban en la taberna. El local se llenó de aplausos, animándolos, provocando que mis amigos no pudieran parar de reír.

Incluso Kenan y sus amigos los miraron con atención, aunque el primero no aguantó mucho y desvió la vista hacia mí. Me pilló observándolo, no me dio tiempo a apartar los ojos para disimular, por lo que ya no tenía sentido hacerlo.

Tuve la percepción de que el color peculiar de sus ojos cambió de tonalidad. Se hicieron más intensos, y la sensación resultó mucho más penetrante. Me recorrió un escalofrío de la cabeza a los pies que me erizó el vello.

No fui capaz de desviar la vista, me quedé enganchada en su influjo, hasta que él me liberó para atender a la conversación con sus amigos.

Capítulo 13



Kenan

—Cada vez me enamoro más de la naturalidad de las personas de aquí —comentó Sheila, observando a la mujer y al hombre que habían llegado junto a Gwen.

Con expresiones divertidas, se movían entre varias mesas, bailando al ritmo de la canción que sonaba. Por la complicidad y la sincronización que mostraban, estaba claro que se conocían y que se complementaban muy bien. No era la primera vez que lo hacían.

—Pues por cómo se te van los ojos en los movimientos de ese hombre, cualquiera diría que tu enamoramiento se debe a otra cosa muy diferente —habló con tono divertido Jairo.

—Eres tonto de remate —se quejó ella, bufando—. ¡Estoy mirando a los dos! ¡Cómo bailan! —Puso los ojos en blanco—. Aunque no voy a negar que a él los pantalones le quedan de vicio, le hacen un culo perfecto, y la forma en la que mueve todo el cuerpo… joder, es magnético ver cómo se le marcan los músculos en cada movimiento. —Se mordisqueó una uña y fruncí los labios, conteniendo la diversión.

—No hace falta que nos des tantos detalles, nos hemos dado cuenta —dijo Dago, con una sonrisa de medio lado—. De todo, por si te interesa empezar a disimular —añadió y terminó riendo, por la mirada que le lanzó Sheila.

—Sois unos aguafiestas, no se puede ir con vosotros a ningún lado —negó.

—El tío está bien formado y tiene mucha planta. Estoy de acuerdo —comentó Jairo, risueño.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que meteros conmigo? —Se cruzó de brazos Sheila.

—Preciosa, si enseñas así tus encantos, me rindo ante ti —continuó Jairo.

Se refirió a que, con la nueva postura, con sus brazos por debajo de los pechos, estos se le habían elevado y la curva de ellos se veía y marcaba más por encima del escote del vestido. Intenté no reírme.

—¡Idiota! ¿Quieres que te los enseñe? Será lo único que te alegre la vista, por lo visto. —Arqueó una ceja ella.

—Te he visto los pechos muchas veces, por si no te acuerdas. —Apretó los labios él.

—Y yo lo que te cuelga, a los tres. No olvidarlo, porque puede que no os gusten las comparaciones que puedo hacer. —Sonrió con malicia.

—Vale, tiempo muerto. No pienso pasar por ahí. —Levantó las manos Dago, cortando la conversación.

—Eso pensaba. —Rio Sheila, satisfecha por haberse salido con la suya.

Todos los piques que se lanzaban eran solo eso, no pasaba de ahí como bromas. No me gusta hablar del tema, ni alardear de nada, pero ya que ha salido, para que os hagáis una idea clara de la presencia que tenían mis amigos, al igual que yo, porque íbamos los tres en la misma línea, según Sheila, teníamos una constitución envidiable. Éramos todo fibra y músculos, estábamos en forma y nuestra altura en muchas ocasiones podía imponer.

Sheila no se quedaba atrás, tenía un cuerpo tonificado, fuerte y flexible, lo único que era más baja que nosotros y sus curvas de mujer provocaban que muchas cabezas se giraran hacia ella.

—Pues yo sí quiero escuchar esas comparaciones. —Siguió Jairo, divertido.

—Estás muy confiado. —Arqueó una ceja ella.

—Me tengo muy visto. —Le hizo un guiño.

—Tío, no tientes a la suerte —le advirtió Dago a Jairo—. A ver si esta noche vas a dormirte deprimido. —Soltó una carcajada.

Se quedó callado de golpe, al mismo tiempo que dirigía la mirada hacia la mujer que acababa de acercarse a nuestra mesa. La chica que había venido con Gwen, la que hasta hacía unos segundos estaba bailando en el centro del salón de la taberna, se había parado a nuestro lado.

Todos nos centramos en ella. Pasaba la mirada de unos a otros, sonriente y relajada. A su espalda se mantenía el hombre, con las manos en los bolsillos del pantalón, más serio, pero no de una forma desafiante.

—Hola —dijo la mujer, levantando una mano.

—Hola. —Le correspondimos los cuatro.

—Nuestra amiga Gwen os conoce un poco y nos ha dicho que estaréis unos días de vacaciones en el pueblo. Quería presentarme. —Amplió la sonrisa—. Por si os interesa, tengo una tienda divina aquí en el centro, por la que podéis pasaros sin compromiso.

»En ella podéis encontrar muchas cosas que pueden gustaros y otras que tal vez os creen interés —dijo con voz amable y risueña—. También ayuda, si la necesitáis. Me llamo Mel, él es Izan. —Señaló a su espalda, haciendo la presentación de ambos.

—Hola —dijo Izan y volvimos a corresponder a su saludo.

Sheila los miró con mucha curiosidad, pero sobre todo se centró en él, lo que a Izan no le pasó desapercibido. Se miraron directamente durante unos segundos, hasta que Dago interrumpió el intercambio y el silencio.

—Eres muy amable y es de agradecer —dijo mi amigo—. Es un placer conocerte. —Le dedicó una sonrisa que estaba destinada a un fin muy concreto—. Mis amigos se llaman Jairo, Sheila y Kenan. —Nos fue señalando—. Yo soy Dago. —Hizo una pausa intencionada, sin apartar la mirada de la de Mel—. Será interesante visitar tu tienda. —Le hizo un guiño.

—¿Te apetece bailar? —le preguntó de repente, descolando a Dago.

—¿A mí? —Agrandó un poco los ojos.

—Has ido a dar con dos pies izquierdos —comentó Jairo, serio y después se río.

—Es una gran realidad —negó Dago.

—Soy buena guiando, si te dejas —insistió ella, con una sonrisa llena de picardía.

—¿No has tenido bastante? —le preguntó Izan a su espalda.

—Cállate —le pidió Mel tajante, provocando que su amigo riera con ganas.

Desvié la atención de ellos, para mirar de reojo hacia donde Gwen continuaba sentada. Observaba la escena con una expresión que delataba lo que estaba pensando: de qué narices estábamos hablando y cuál era el motivo por el que sus amigos se habían acercado a nosotros.

Tensé los labios, con una pequeña sonrisa de medio lado, al verla nerviosa e inquieta.

—Te agradezco la invitación, Mel. Me siento halagado —continuó Dago —. De verdad, pero no me veo capaz de ponerme delante de tanta gente. Mis habilidades para el baile son nulas y aquí todos están sentados y no tienen intención de moverse.

Estuve a punto de reírme al notar su apuro, por primera vez en mucho tiempo no sabía cómo reaccionar. Tenía mucho que ver con que la mujer a la

que le hablaba le traía y no había visto venir la situación.

—Porque son unos sosos —dijo Izan a la espalda de Mel y todos lo miramos—. Palabras de ella —se justificó, divertido.

—Bueno… —soltó un suspiro Mel— Si cambias de opinión, ya sabes. —Se encogió de hombros—. Puede ser un baile más privado, no falta mucho para que Alonso recoja las mesas de la terraza de la entrada. Los clientes entrarán y la calle se quedará solitaria. Desde ahí, aunque la puerta esté cerrada, se diferencia bien la música. —Le hizo un guiño.

—Eso es muy tentador. —Le siguió el juego Dago.

Mel rio, animada y satisfecha. De esa forma se fueron los dos. Ella le agarró la mano a Izan y tiró de él, para ir a la mesa donde los esperaba Gwen, con expresión interrogante.

—Has triunfado, tío —dijo Jairo, dándole una palmada en el hombro a Dago.

—Eso parece. —Sonrió de medio lado él, siguiendo con la vista a Mel.

—Vas a hacerlo, ¿no? La oferta de la calle no puedes dejarla pasar —le habló Sheila.

—Sin presiones, ¿eh? —negó Dago.

—¿Si la propuesta te la hubiese hecho el tal Izan, cuál habría sido tu reacción? —le preguntó Jairo a Sheila.

—No podría responderte porque ya no estaría sentada en esta mesa, me habría ido con él —contestó con una sonrisa, provocando que Jairo riera.

—Porque sabes bailar —intervino Dago.

—Lo normal, no soy una experta. —Bebió un sorbo de cerveza—. Y tú sabes moverte de otras formas diferentes, solo tendrías que ponerle un

poquito de imaginación y el resto lo haría la adorable Mel. —Le hizo un guiño.

—Tiene razón, la ocasión lo merece —añadió Jairo.

—Hace poco que hemos llegado, queda noche por delante —comentó Dago, mirando de reojo hacia la mesa de Mel.

—Quizá la espera te pase factura. —Carraspeé, interviniendo—. Se te puede adelantar alguien —le aclaré.

—Ella misma piensa que los demás son unos sosos.

—Hasta que de repente dejen de serlo —dije, sonriendo de medio lado.

Dago se quedó callado mientras analizaba bien las palabras de todos. Dirigió la vista otra vez hacia la mesa, esta vez directamente, y sin la necesidad de observar en la misma dirección que él, supe, por su expresión, que acababa de encontrarse con la mirada de Mel. Sonreí llevándome la jarra a los labios. A mí no era al único al que le divertía su duda y su control, al igual que sabíamos que no se quedaría sentado por mucho más tiempo.

—Voy un momento al baño —comentó Jairo, levantándose despacio—. ¿Pido otra ronda?

—Sí —le contestó Sheila por todos y él asintió, antes de alejarse entre las mesas.

Lo vimos pararse un momento en la barra. En ese breve tiempo, a Jairo le dio tiempo a hacer reír a la camarera, antes de ir hacia el pasillo.

—Consejos vendo que para mí no tengo —susurró hacia mí Sheila y arqueé una ceja—. Por lo que le has dicho a Dago, eso de que la espera puede pasarle factura si se le adelanta alguien. —Carraspeó, con expresión divertida.

—¿De qué habláis? —Se interesó nuestro amigo.

—De una teoría sin sentido de Sheila —contesté.

—Ja, no te lo crees ni tú. —Me señaló.

—Sigo perdido —comentó Dago, pasando la mirada de uno a otro.

—Kenan no quiere acercarse a Gwen —dijo al final Sheila.

—Olvídate ya de ese tema —le pedí, antes de vaciar la jarra de cerveza.

—No jodas. —Me miró Dago—. ¿Vamos a hacer pleno esta noche?

—Habla por ti —dije convencido.

—Tío, no creo que pase nada porque…

—No —lo interrumpí.

—Es mejor que te centres en ti y en lo que tienes por delante —le aconsejó divertida Sheila.

—Voy a hacerlo —le confirmó Dago, con un guiño.

—Cuando decidas que es el momento, te acompaño a la mesa, voy a mover ficha con Izan. No pasa nada por conocerlo un poco mejor, ¿no? —sonrió con picardía.

—Depende de lo que sea para ti ese poco mejor. —Rio Dago.

—Dale a la imaginación —dijo ella, uniéndose a sus risas.

Los observé divertido, hasta que Jairo salió del pasillo y captó mi atención. Se paró otra vez en la barra, donde apoyó los brazos. La camarera estaba terminando de llenar la última jarra de cerveza que le había pedido antes de ir al baño y empezó a hablar con ella. La chica le correspondía con interés, de la misma manera que lo miraba.

La segunda ronda de cervezas llegó a nuestra mesa, pero no porque la trajera la chica o Jairo. Fue el otro camarero el que se encargó de servírnosla, mientras que nuestro amigo se quedó con la suya en la barra. Estaba claro que no tenía intención de regresar rápido.

Los tres observamos con atención la interacción entre ellos, mientras bebíamos y hacíamos comentarios de que para otro la noche iba a terminar mejor de lo que pensó en un principio.

—¿Vamos? —le preguntó Dago a Sheila y a ella se le iluminó la mirada.

—Sí. —Rio—. Estoy un poco achispada, es el momento perfecto. ¿Te apuntas? —Se dirigió a mí.

—Id tranquilos y sin prisa. Os espero aquí. —Le hice un guiño.

—Tienes que corregir esa actitud —dijo con un puchero y sonreí de medio lado.

—No lo agobies, no conseguirás nada —le advirtió Dago, mientras se levantaba.

—Desisto. —Puso los ojos en blanco ella—. Por esta noche. —Me sacó la lengua.

Se alejaron de mí y los seguí con la vista. Cuando llegaron a la mesa en la que estaban sentados, Izan, Gwen y Mel, empezaron a hablar con ellos. Al principio se centraron en Gwen, imaginé que, porque se presentaron oficialmente. El encuentro que tuvieron la madrugada anterior no contaba por lo breve que fue y en las circunstancias que se dio.

Dago no perdió el tiempo en dirigirse a Mel, mientras le señalaba la puerta del local. Ella, con una sonrisa radiante, no dudó en levantarse para aceptar lo que había comenzado con su propuesta.

Sheila ocupó la silla de Mel, mientras esta y Dago caminaban entre las mesas y salían de la taberna. Cuando volví a centrar la atención en la mesa, me encontré con la mirada de Gwen. Asentí hacia ella, pero sin la intención

de moverme. Por mi parte, si propiciaba un acercamiento, no iba a ser con nadie más cerca.

Ese pensamiento hizo saltar mis alarmas internas. Aparté la vista y la dirigí hacia el ventanal que tenía a mi izquierda. Cogí la jarra y bebí varios tragos, observando lo tranquila que estaba la calle. Desde mi posición no veía a Dago y a Mel, aunque conociendo a mi amigo, estaba seguro de que se había protegido de miradas para tener privacidad, sobre todo de las nuestras por el tema del baile.

Con el sonido de las voces, las risas y la música de fondo, desconecté del lugar, metiéndome en mis pensamientos. No supe cuánto tiempo pasé abstraído hacia el ventanal, ni siquiera fui consciente de que bebí y casi me había terminado la cerveza. Cuando regresé a ser consciente de la taberna y de todo lo que me rodeaba, recorrí la zona con la vista.

Dago y Mel todavía no habían aparecido. Jairo continuaba en la barra hablando y riendo con la camarera, en este instante sentado en un taburete. Sheila permanecía junto a Izan, sentada a su mesa. Eran los únicos que la ocupaban, no había rastro de Gwen y fue la única que no supe dónde se había metido.

«Quizá ha ido al baño», pensé para mí.

Descarté esa idea en cuanto percibí un gesto de Sheila. Me hizo señas con una mano, disimuladamente por debajo de la mesa, hacia la terraza a la que se accedía desde el interior del local. Dirigí la vista a esa dirección, todas las mesas que se veían estaban ocupadas, pero no localicé a Gwen.

Dudé, pero al final perdí la batalla contra mí mismo. Me levanté de la silla, preguntándome qué mierda iba a hacer, pero igualmente lo hice. Caminé entre las mesas, aprovechando que Izan estaba muy atento y concentrado en Sheila. Pasé lo más alejado posible de ellos y llegué a la terraza interior.

Eché un vistazo rápido, miré alrededor y hacia el cielo al ser descubierta. Fue entonces cuando vi que había como una especie de balcón que quedaba bastante oculto entre enredaderas. Este rodeaba todo el contorno de la terraza.

Era el único lugar en el que podía estar Gwen, arriba. Localicé a la derecha la escalera que llevaba hasta el balcón y me dirigí a ella, sin pararme a pensar.

En cuanto subí los últimos escalones, el aire más fresco y el espacio abierto me envolvió. El balcón era bastante ancho y me moví lo más sigiloso posible, caminando por el suelo de madera, directo hasta la posición en la que se encontraba Gwen.

Me daba la espalda, miraba hacia el exterior. Tenía los brazos apoyados en la pared que le llegaba por debajo del pecho, y la vista perdida en algún punto de la noche.

Capítulo 14



Gwen

La noche estaba perfecta. Corría una brisa suave y fresca. Era de agradecer el tener una tregua a tanto calor. Hoy se iba a dormir muy bien con la ventana abierta, lo que la mayoría de las noches era impensable durante esta época del año.

Echaba de menos terminar los días que salíamos con un baño nocturno en el río, pero lógicamente ni Izan ni Mel me lo iban a proponer, por mi herida. Hacía muchos años que lo convertimos en una rutina desde los comienzos de los veranos.

Vestidos o con ropa interior, daba igual, según las condiciones en las que estuviéramos, cualquiera de las dos opciones era buena. Si estábamos muy bebidos con quitarnos los calzados, teníamos suficiente, junto a las pertenencias que no eran compatibles con el agua. Si íbamos un poco mejor nos parábamos a desprendernos de la ropa.

Por suerte, en una semana, más o menos, ya habría desaparecido lo que me limitaba. Estaba deseando que me quitaran los puntos, empezaba a notar la picazón característica de la cicatrización, lo que era muy buena señal.

Me encantaba aislarme en la zona en el que me encontraba: el balcón interior desde el que se veían los alrededores de la taberna. Era el lugar preferido de Suri y mío, el que siempre utilizábamos para escondernos y apartarnos cuando queríamos un poco de tranquilidad. Aquí, sentadas en cojines con las piernas cruzadas, acompañadas por el cielo oscuro estrellado,

habíamos compartido muchos momentos, mientras nuestro padre terminaba de trabajar.

La música y las voces se convertían en murmullos en esta parte elevada. Los clientes no tenían la costumbre de subir a este nivel, muy rara vez alguien se animaba a abandonar sus sillas para acceder al balcón que rodeaba la terraza interior, y cuando sucedía, tardaban pocos segundos en desaparecer.

Ese era uno de los motivos por los que había decidido venir, para buscar un poco de soledad. Cuando Dago y Sheila se acercaron a nuestra mesa, tuve claras las intenciones con las que llegaron ambos. Izan y Mel ya me habían puesto al corriente de la conversación que tuvieron con Kenan y sus amigos, de los que me dijeron los nombres.

Mel regresó a nuestra mesa satisfecha y convencida de que esa noche bailaría con Dago. Si no hubiese dado el paso él, habría terminado dándolo ella, acercándose de nuevo a Dago. Según Mel, era un espécimen de hombre que no se podía dejar pasar a la ligera y estaba dispuesta a tensar la cuerda para arrastrarlo con ella.

Había conseguido su propósito. No tenía ni idea de si ya había regresado de la calle, donde había salido con Dago, pero me daba que se tomarían su tiempo porque entre baile y baile, paso y paso, enseñanza y enseñanza, podían alargarlo de muchas maneras. Sonreí al imaginarlos.

Una vez me quedé con Izan y Sheila, al cabo de pocos segundos, empecé a notar cierta tensión entre ellos y preferí dejarlos solos. Kenan se mantuvo en su mesa, solo. En ningún momento noté que tuviera la intención de moverse de ella. Con ese gesto dejó claro que no le interesaba unirse a sus amigos para acercarse a nosotros. Había sido una respuesta silenciosa, pero contundente por su parte.

Por eso mismo me extrañó y me sorprendió, a partes iguales, darme cuenta de quién se acercaba. Sin tener la necesidad de girarme para comprobarlo, sabía que no me equivocaba.

El sonido de los primeros pasos sobre el suelo de madera del balcón me sacó de mis pensamientos y me centré en lo que sentí a mi espalda. Era muy

sutil, pero lo percibí de todas formas.

Cualquier cliente, vecino, que hubiera subido no vendría hacia mí. Como mucho me saludaría haciéndose notar, pero manteniendo las distancias por respeto a la soledad que yo había venido a buscar.

Ese fue uno de los detalles que lo delató porque eran pocas las personas que se aproximarían a mí en este rincón. Y de todas las posibles, mis cuatro amigos, mi padre o Suri, no era ninguno de ellos porque reconocía sus formas de caminar. Lo haría hasta con los ojos cerrados.

—Hace buena noche —dijo Kenan.

Giré la cabeza hacia él, despacio. Se había colocado a mi lado, y como yo, estaba inclinado con los brazos apoyados en la pared baja. Tenía la vista enfocada hacia delante.

—Sí. No es muy habitual que corra esta brisa fresca en esta época —comenté.

—Quizá se aproxima una tormenta.

—Tal vez.

Después de utilizar el recurso fácil del tiempo, del que muchas veces se hablaba en los momentos en los que no sabes qué más decir para romper el hielo o para bajar las barreras antes de entablar una conversación, nos quedamos en silencio. Esa pausa provocó que aumentaran los nervios que me provocaba su presencia.

—¿Te molesto? No quiero interrumpir tu paz —dijo de repente.

—No.

—¿Seguro?

—Si me molestaras, no te hubiera dado tiempo a dar ni un paso en mi dirección, nada más subir la escalera te habría frenado rápido. —Le dejé

claro.

—¿Me has escuchado? ¿Sabías que era yo? —Movió la cabeza hacia mí para mirarme con expresión de curiosidad.

—Un sí rotundo para ambas preguntas. —Me encogí ligeramente de hombros.

—Podría haber sido cualquiera. —Arqueó una ceja.

—Reconozco a mi familia y a mis amigos desde lejos. —Sonreí de medio lado—. Hasta por cómo respiran. —También elevé una ceja—. Si se hubiese tratado de alguno de ellos, lo habría sabido. Teniendo en cuenta eso y que los clientes no tienen la costumbre de subir a este balcón, el resultado eres tú porque todos tus amigos están muy ocupados con los míos.

—Veo que lo tienes todo controlado.

—En este caso sí, aunque por norma general me gusta el control para no llevarme ninguna sorpresa inesperada.

—En eso coincidimos —dijo y lo miré de reojo.

—Si buscabas estar solo y tranquilo…

—Sé a dónde he venido y quién estaría aquí —me interrumpió, dejándome claro que esperaba encontrarme.

—Pensaba que no querías tener mucho contacto, como no has venido con tus amigos a nuestra mesa…

—Ellos tenían sus propios planes.

Vi de refilón su sonrisa contenida, antes de dirigir la vista hacia el cielo estrellado. Se veía, estupendamente, la leve iluminación de la calle no impedía que se apreciaran las estrellas que decoraban como un manto la imagen que teníamos sobre nuestras cabezas.

Sería el escenario perfecto, sino fuese por la tensión que se movía entre nosotros.

Me agaché hacia el banco que tenía a mi derecha, para agarrar la jarra de cerveza que había colocado en el asiento al subir. Me la había traído porque la tenía casi entera cuando llegaron Dago y Sheila, y dejarla en la mesa habría sido un desperdicio.

—¿Quieres?

Bebí un sorbo y le ofrecí, sin saber muy bien por qué. Para mi sorpresa, aceptó.

—Gracias.

Se puso de lado, apoyando el costado en la pared baja. De esa forma se quedó de cara a mí. Le acerqué la jarra para que la cogiera. Lo hizo, pero me descolocó que pusiera la mano encima de la mía, impidiéndome que me apartara. La levantó de esa forma, llevándome a mí en el movimiento.

Bebió sin prisa, sin apartar los ojos de los míos. Los suyos, de ese color ámbar que me dejaba fuera de juego, me observaron con una intensidad que estuvo a punto de hacerme perder la cabeza, por lo cerca que estuve de apartar la jarra de entre nosotros y sustituirla en su boca por la mía.

Conseguí controlar esa reacción, pero no la que me recorrió todo el cuerpo. Cuando terminó de beber, sacó la punta de la lengua para pasársela por el labio inferior, y hasta ahí llegó el embrujo porque bajó la jarra y mi mano, y se liberó a ambas.

—¿Cómo ha ido el primer día? —le pregunté en tono bajo.

Fue lo primero que se me pasó por la cabeza. No retuve las palabras porque me venían bien para romper lo que fuera que acababa de suceder entre nosotros.

—Bien. —Sonrió de medio lado—. Por si te lo estás preguntando, Mario, el mecánico, todavía no ha podido decirme qué avería tiene el coche. Se le ha

complicado la tarde y ha tenido que dejarlo apartado. Hemos aprovechado el día para comprar todo lo que necesitábamos.

»También hemos dado un paseo hasta el taller para llevarnos las últimas maletas, y después de bañarnos en el río, hemos comido y descansado. Poco más, hasta que hemos salido a cenar. Queríamos vivir la noche del pueblo, para quitarnos el mal sabor que se nos quedó la madrugada anterior.

—Es un buen resumen —asentí—. Espero que hayáis conseguido quitároslo.

—Sí. Mucho antes de que llegara la noche. Aquí todas las personas son muy cercanas y amables. Sheila está encantada, según ella, se enamora de todo. —Sonreí.

—Me alegro. Si algo caracteriza a los habitantes de esa zona es que acogen a todos por igual.

—Nos hemos dado cuenta de que lo ponen muy sencillo.

—Así es. —Volví a sonreír—. ¿Qué tal la experiencia en el río?

—Estupenda y es un lujo tenerlo tan cerca.

—La casa de Saúl tiene una ubicación privilegiada —dije, estando de acuerdo con él—. Está lo suficientemente apartada para disfrutar de la paz de la naturaleza, pero al mismo tiempo desde ella se accede rápido a todo lo necesario. Ya te habrás dado cuenta de que se llega muy bien a pie hacia todas las zonas.

—Sí. ¿Sueles ir mucho al río con tu hermana? —Volvió a apoyar los brazos en la pared baja, con la cabeza girada hacia mí.

Bebí otro sorbo de cerveza, antes de dejar la jarra en el banco para liberar las manos.

—A menudo, aunque hoy ha sido la primera vez desde hace bastante.

—¿Por qué? ¿No ha hecho buen tiempo días atrás?

—Aquí es raro que no lo haga cuando llega el verano. Hay tormentas, pero igual que llegan se van. Y no sería la primera vez, ni la última, que no es impedimento para que la gente se bañe mientras llueve —dije pensativa.

»El problema es que he estado fuera unos meses. Hace muy poco que he regresado y como no falta mucho para el cumpleaños de mi hermana, también hemos estado liadas con los preparativos de su fiesta.

—Entiendo, aunque esta mañana me ha dado la impresión de que no te gusta mucho el agua. Hacía mucho calor.

—Ya… es que no me apetecía, pero Suri disfruta mucho.

Nos quedamos en silencio y al cabo de unos segundos contuve el aliento. Se inclinó hacia mí, pero para pasar la parte de arriba del cuerpo por mi espalda. Cogió la jarra de cerveza del banco, rozándome muy sutilmente el cuerpo y moviéndose un poco, se quedó donde no pude verlo.

—¿Quieres? —me preguntó en tono bajo.

Noté su respiración en el pelo y tragué saliva.

—Vale —susurré.

Alargó el brazo, rodeándome con él, y la jarra apareció delante de mí. En esa posición la sujeté con las dos manos, para que no fuera evidente mi temblor al agarrarla. Bebí varios sorbos pequeños, muy acalorada de repente, con su brazo suspendido en el aire. Se la devolví y él se encargó de devolverla al banco.

Esperé a que volviera a la posición que había mantenido desde que llegó, pero no sucedió. Se quedó a mi espalda, y cuando noté el calor de su acercamiento, cómo su mano estuvo a punto de tocarme la cadera, la voz de mi hermana rompió el momento. Kenan se apartó de golpe y ambos nos giramos hacia la escalera.

—¿Gwen?

—Hola, cariño. —Caminé hasta ella.

—Tengo sueño.

Le sonreí porque no hacía falta que lo dijera, estaba haciendo esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

—Ha sido un día largo. —Le di un beso en la cabeza, abrazándola—. Nos vamos a casa.

—¿A la tuya?

—Sí, aún queda para que papá cierre la taberna. Noche de chicas. —Le hice un guiño.

—Vale. —Sonrió—. Hola —saludó a Kenan.

—Hola, Suri. —Le correspondió él, devolviéndole el gesto.

Nos observaba con atención, apoyado en el muro de piedra, con los brazos cruzados.

—¿Queréis que os acompañe? —preguntó, mirándome directamente.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. —Rechacé su invitación—. Seguramente nos llevará Izan en coche, mi amigo vive muy cerca de aquí.

—De acuerdo. Pues entonces… ya nos veremos en otra ocasión.

—Claro —asentí.

—Que descanséis —dijo y miró a mi hermana.

—Gracias. Tú también —le respondió Suri de una forma tan dulce que la curva de la sonrisa de Kenan se amplió.

—Hasta otro momento.

—Sí.

Después de unos segundos en los que nos mantuvimos la mirada, bajé la escalera sin soltar a mi hermana. Una vez abajo, recorrimos la taberna sin pararnos con nadie, después de que Suri me dijera que nuestro padre sabía que nos íbamos y que Izan había hablado con él.

Vi que en nuestra mesa no solo estaban Izan y Sheila, también se habían unido a ellos Mel, Dago y Jairo. Estaban los cinco. Llamé la atención de mis amigos, captando la de todos. Me despedí de ellos con un gesto que me devolvieron e Izan no dudó en levantarse para acercarse a nosotras, preparado para acompañarnos.

—Vamos a mi casa y os llevo en coche —nos dijo.

Suri estaba apoyada contra mi costado bueno y mi amigo la cogió en brazos. Le sonreí con cariño y de esa forma, con mi hermana abrazándose a él, con la cabeza apoyada en su hombro, salimos de la taberna.

Llegamos a la casa de Izan en pocos minutos, al igual que no tardamos en estar en la mía. Suri entró caminando por sí misma y después de despedirse de los dos con un abrazo y un beso, se fue hacia su habitación medio dormida.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó mi amigo, apoyado en el marco de la puerta principal.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti. —Arqueé una ceja, mirándolo divertida.

—No he sido yo el que ha estado desaparecido un buen rato.

—Ha ido bien, y no, no ha pasado nada entre Kenan y yo.

—¿Por qué no os ha dado tiempo y a aparecido Suri o por qué…?

—Vete ya. —Lo empujé, riendo.

Nunca se equivocaba, porque precisamente era lo que había sucedido. ¿Qué habría pasado si mi hermana no nos hubiera interrumpido a Kenan y a

mí? Esa pregunta y la respuesta me iban a tener despierta durante bastante tiempo.

—¿Vas a volver a la taberna?

—Tarde o temprano te haré hablar —me advirtió divertido—. Sí, acabábamos de pedir otra ronda de bebida y a Mel aún le queda energía. Así que…

—Pues aprovecha y disfruta. —Le sonreí, antes de darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó por la herida.

—Me va a venir bien descansar. —Le hice un guiño.

—De acuerdo, hazlo. —Me besó en la frente—. Nos vemos mañana —asentí.

Capítulo 15



—¡Suri! ¡Los abuelos, al teléfono! —gritó nuestro padre desde la planta baja.

Mi hermana soltó un grito y se levantó de golpe del suelo, donde llevábamos un rato sentadas en su habitación, sobre cojines. Salió corriendo para hablar con ellos, feliz. Hoy estaba pletórica, era el día de su cumpleaños e iba de emoción en emoción.

Nos encontrábamos en la casa familiar, llevábamos juntos los tres desde media mañana, cuando mi padre regresó del trabajo para tomarse el resto del día libre. Ezra y Maddi eran los que se estaban haciendo cargo de la taberna, aunque en algún momento de la tarde se pasarían por separado para estar un rato en la fiesta de Suri. De esa forma no tenían que cerrar el negocio.

Mi hermana se pensaba que nuestros abuelos paternos no estarían hoy con nosotros, lo que no sabía es que le habíamos contado una pequeña mentirijilla para que se ilusionara más cuando los viera aparecer. Hacía unas semanas que se fueron de viaje, habían estado en la casa de unos amigos que vivían lejos del pueblo, pero ya debían haber regresado.

Seguramente habían llamado desde la calle, para que Suri continuara pensando que no estarían en su día y así darle la sorpresa.

El timbre sonó y sonreí, sabiendo que eran ellos. Todavía faltaba para que los amigos de mi hermana llegaran. Izan y Mel hacía poco que me habían escrito diciéndome que venían de camino, por lo que tardarían unos minutos en aparecer.

Salí de la habitación y me reí bajando las escaleras, por el fuerte grito que soltó Suri cuando mi padre abrió la puerta principal.

—¡Abuelos! —dijo ilusionada.

Con una gran sonrisa llegué al salón y vi cómo la abrazaban mi abuelo Pablo y mi abuela María, mientras le daban muchos besos. Eran los únicos abuelos que teníamos, por parte materna, hacía años que nos faltaban. Nos dejaron, con poca diferencia entre ellos, años antes de la enfermedad de nuestra madre.

—Cariño —me dijo mi abuela y la abracé.

—Hola.

Inspiré su aroma. Me encantaba, olía a hogar, a lugar seguro y a calidez.

—¡Habéis venido! —dijo Suri cuando nos separamos— Pensaba que no os daría tiempo. —Aplaudió contenta.

—¿Cómo íbamos a faltar en un día tan especial? —habló nuestro abuelo, riendo contagiado por la felicidad de su nieta.

—Estáis rejuvenecidos —comenté, haciéndole un guiño.

—Menos guasa —me dijo, provocando que todos nos riéramos.

Lo abracé también y cuando conseguimos dejar de besarnos y de tocarnos, fuimos hacia el jardín. Suri les agarró de las manos para enseñarles lo bonita que había quedado la zona de la piscina, y todo lo que habíamos preparado.

La mesa del porche estaba decorada para la ocasión con un mantel de hadas en tonos rosas y lilas. Encima de él habíamos colocado las copas, los vasos y los platos de plástico rígido de diferentes colores, todo al gusto de mi hermana.

La tarta estaba en la nevera, al igual que los refrescos, y en la cocina teníamos preparada toda la comida: bocadillos, sándwiches, y las bolsas de

patatas y ganchitos que no habíamos abierto para que no se ablandaran. En cuanto los invitados fueran llegando, sacaríamos todo.

—Lo habéis dejado todo precioso, cariño —le dijo nuestra abuela a Suri, acariciándole la cara.

—Lo hemos hecho entre todos —le comentó ella.

—Este año no ha coincidido, pero el que viene no faltaremos para colaborar —le aseguró el abuelo.

—Poneos cómodos —les pidió mi padre.

—¿Cómo va todo, tesoro? —me preguntó mi abuela, mientras nos sentábamos en el sofá del jardín.

—Muy bien, contenta de haber regresado. —Le sonreí.

—Espero que tardes en volver a irte. —Me agarró una mano.

—Por el momento no me lo planteo, así que se alargará. —Le hice un guiño y asintió.

—¿Qué tal el viaje de vuelta? —se interesó mi padre.

—Hemos llegado en el autocar hace una hora, más o menos —contestó el abuelo—. El trayecto ha sido tranquilo.

—Pero se nos ha hecho muy pesado estar sentados tantas horas —intervino la abuela, con una mueca.

—La edad no perdona, María. —Le sonrió él—. Hemos tenido tiempo para darnos una ducha antes de venir.

Empezamos a hablar de unas cosas y otras, mientras nos ponían al día de cómo les había ido en las vacaciones en la casa de sus amigos. De esa forma fue pasando el tiempo y el timbre volvió a sonar. Suri fue corriendo a abrir y por las risas que se escucharon, Izan y Mel acababan de llegar.

—¿Cómo te va el trabajo, cariño? —me preguntó mi abuelo.

—Como siempre. Bien. —Le sonreí—. Ya le he dicho a la abuela que tardaré en volver a irme.

—Eso es una buena noticia. —Me dio una palmada en la mano.

Cuando Mel e Izan aparecieron en el porche, el último con Suri a cuestas, haciéndola reír, todos nos levantamos para saludarlos. De más está decir que mis amigos eran de la familia, tanto mi padre como mis abuelos nos habían visto crecer y pasar por todas las etapas conforme cumplíamos años. Había mucho cariño entre todos y para mis abuelos no había diferencias entre sus nietas de sangre y sus nietos de acogida, como se referían en broma a Izan y a Mel.

La llegada de ellos trajo consigo la de los amigos de mi hermana. Fueron apareciendo unos detrás de otros acompañados de sus padres, los que aprovecharon para felicitar a Suri y para quedarse un rato, antes de dejar a los pequeños por libre, con la tranquilidad de que estaban seguros.

En total se reunieron alrededor de la piscina doce niños. Faltaban porque estaban de vacaciones fuera del pueblo, como siempre sucedía al caer el cumpleaños en verano. Igualmente, todos los que no habían podido venir la habían llamado durante el día, para felicitarla. El teléfono de mi padre no había dejado de sonar.

La fiesta comenzó con un buen baño, al que no dudaron en apuntarse Izan y Mel. Yo los acompañé con mucho más cuidado, riendo y animándolos a tocar los globos y las mariposas que colgaban de las ramas de los árboles. Supuestamente, tenían que explotar los primeros más adelante, pero no pudieron resistirse y el agua se llenó de purpurina y de todo lo que cayó del interior de los globos.

La piscina se convirtió en una pequeña batalla liderada por mis amigos, los que controlaban que todo saliera bien y que ninguno se hiciera daño. Mi hermana, en ningún momento, dejó de reír, de sonreír y de hacer bromas. Me emocioné cuando, en algunos instantes, la pillé mirando hacia el cielo, sonriendo hacia el infinito. Gesto destinado a nuestra madre.

—Hoy te estás pasando —me susurró Izan al oído.

Lo miré de reojo y me encogí de hombros. Tenía razón, no era mi intención mojarme entera, pero entre los saltos de los niños, los empujones sin querer y el jaleo que se formó en la piscina, había terminado empapada hasta la cabeza. Tampoco pasaba nada por estar un rato así, me había traído una mochila de mi casa con todo lo necesario para curarme y cubrir la herida con apósitos limpios y secos.

—La ocasión lo merecía y me he ahorrado tener que responder a preguntas —le dije en tono bajo—. Hubiese sido muy raro si no me baño hoy.

—Te libras porque tienes razón —dijo sentándose a mi lado, en un escalón de la piscina—. Pero no tardes mucho en «cambiarte». —Me miró de reojo.

—Sí, pesado. —Puse los ojos en blanco y me gané una colleja por la reacción.

La fiesta transcurrió perfecta: la comida, la bebida, la música, los bailes en el jardín, más baños, el momento en el que Suri sopló las velas y comimos la tarta, las visitas en diferentes momentos de Maddi y de Ezra, este último junto a Abel… Con tanto alboroto encontramos un poco de tranquilidad cuando llegó el momento de abrir los regalos. Los habíamos amontonado todos en una parte del césped: los de los amigos de mi hermana y los de la familia.

Suri no dejó de gritar con cada uno que abrió y cuando llegó el turno del de Izan, Mel y mío, el que le habíamos hecho conjuntamente, vino corriendo hacia nosotros y se lanzó a nuestros brazos, riendo y llorando, todo al mismo tiempo. Los otros regalitos que tenía para ella se los di en cuanto la vi por la mañana. También le encantaron y se emocionó.

A las nueve de la noche la fiesta continuaba, los niños parecían no tener fin. Los padres fueron llamando al mío, pero este les pidió que los dejaran alargarlo un poco más porque estaban disfrutando mucho. Mis abuelos estaban encantados con tanta juventud y vitalidad, yendo de un lado al otro.

A esa hora subí a mi habitación para cambiarme de ropa. Ya hacía mucho que me curé la herida y que me puse otro traje de baño, esto último no extrañó a nadie porque yo era de hacerlo bastante siempre que podía. Me encerré en el baño de mi habitación con la mochila, me desvestí y me puse la ropa interior.

Estaba sacando la camiseta y el pantalón corto cuando sonaron varios golpes en la puerta.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo Izan y sacudí la cabeza.

Le abrí tal cual estaba. Con él no tenía vergüenza, nos sobraba confianza y nos habíamos visto de todas las formas, en diferentes ocasiones y escenarios, así que el pudor no entraba en juego entre nosotros dos.

—¿Qué tal? —insistió, cerrando a su espalda.

—Hace horas que te he dicho que me encontraba perfectamente —negué.

—Déjame ver la herida —me pidió en tono bajo y solté un suspiro.

Le di lo que quería porque no pararía hasta conseguirlo. Me puse de lado para quitarme el apósito, pero me apartó las manos para bajarlo él.

—Sigue teniendo muy buena pinta, aunque todavía está muy inflamada —comentó observándola con atención.

—Es lo que te llevo diciendo desde que salí del hospital. —Sonreí.

—Vale, pero para según qué cosas no te creo porque eres una experta en querer convertir algo grande en pequeño. —Arqueó una ceja, mientras me colocaba el apósito en su sitio.

—Mira que eres pesado —dije entre divertida y agobiada.

—Te aguantas. —Me hizo un guiño—. ¿Te apetece ir a cenar?

—La verdad es que estoy un poco cansada. ¿Tú no?

—Me va la marcha. —Sonrió de medio lado—. Todavía tengo aguante.

—Si Mel y tú queréis ir, me apunto, pero me recogeré al terminar.

Me puse el pantalón corto y la camiseta de tirantes, guardé el bañador en la mochila y me cepillé el pelo.

—Pues vamos. Si te vas para casa te meterás en la cama directamente sin cenar —dijo abriendo la puerta.

—Podemos ir al bar de Iván, que queda a mitad de camino entre mi casa y las vuestras —le propuse.

—Hecho.

Me colgué la mochila al hombro y salimos de mi habitación. Al llegar a la planta baja notamos que había menos niños, aunque todavía quedaban junto a mi hermana.

—Suri —la llamé y vino corriendo.

—¿Sí?

—Nosotros nos vamos, cariño. —Le acaricié la mejilla—. Sigue disfrutando, ¿vale?

—Vale. —Se abrazó con fuerza, de la misma forma que cerré los ojos al notar algunas punzadas de dolor.

Levanté una mano hacia Izan, al ver su intención de separar con alguna excusa a mi hermana. Podía soportarlo y no quería darle motivos a ella para que pensara que había vuelto a hacerme daño, como días atrás.

—Ha estado muy bien, ¿verdad? Nos hemos divertido —habló mirándonos a los dos.

—Por supuesto, pequeña. —Le hizo un guiño, Izan.

—Ha sido un cumpleaños maravilloso. —Le sonreí antes de darle un beso en la mejilla.

—Papá ha hablado con Inés para que esté mañana conmigo —me informó y asentí.

—En algún momento te llamaré y nos veremos, ¿de acuerdo?

—Sí. —Me sonrió.

En cuanto salimos los tres al porche, Suri corrió hacia los amigos que todavía aguantaban en la fiesta. Mel, Izan y yo nos despedimos de mi padre y de mis abuelos, con abrazos y besos.

El día había sido intenso, me habían dejado agotadas todas las emociones y la energía de mi hermana que no había parado ni un segundo. Benditos ocho años por su resistencia. Si yo estaba cansada, ella debía estarlo por triplicado, por lo menos. No lo aparentaba, pero tenía claro que en cuanto el último de los invitados se fuera, Suri caería rendida en la cama.

Salimos de la casa de mi padre y caminamos por las calles, dispuestos a llenar los estómagos y a dar la noche por finalizada. Según Mel estaba como si le hubiesen dado una buena paliza y no iba muy desencaminada, porque habían sido varias las veces en las que todos los niños se le habían echado encima, jugando.

—¿Habéis visto hoy a Dago o a Sheila? —les pregunté con interés, mientras nos sentábamos a una mesa de la terraza del bar de Iván.

—Yo no —Mel fue la primera en responder—. Pensé que la otra noche en la taberna entre nosotros surgió algo, pero me he equivocado. Esperaba que se pasara por mi tienda y no ha sido así. —Se encogió de hombros.

—No seas impaciente —le pidió Izan—. Cuando entrasteis de vuestro baile, se os veía muy bien.

—Jo, es que fue genial. —Hizo una mueca.

—Izan tiene razón. No ha pasado mucho tiempo.

—Da igual. He decidido que no voy a hacerme ilusiones. —Se encogió de hombros—. Mejor ser realista que no fantasear con algo que puede que no vuelva a suceder.

—¿Tuvisteis algún otro acercamiento aparte de los bailes? —le pregunté con una sonrisa de medio lado.

—Mmm… puede. —Soltó una carcajada.

—Pues entonces con más motivo debes tener paciencia —comenté—. ¿Y tú? —Me dirigí a Izan—. Doy por hecho que tampoco te has cruzado con Sheila.

—Difícil cuando solo he salido de mi casa para meterme en la de tu padre hoy, para la fiesta.

—No veo el interés de la otra noche —le dijo Mel.

—Porque lo evito. No estoy interesado en buscar una aventura de verano —aseguró.

—¿Me estás diciendo que, si vuelves a ver a Sheila y os pegáis tanto como la otra noche, no caerás? —le preguntó Mel, con una ceja arqueada.

—He dicho que evito el interés, no que sea tonto si se da la ocasión de forma casual. —Rio él.

Nos unimos a sus risas. Con sus palabras dejó claro que no iba a pensar mucho en ello, pero que, si surgía, tampoco iba a negarse a disfrutar.

Pedimos varios platos de tapas para cenar, mientras pasábamos de un tema a otro de conversación. Del que más hablamos fue de la fiesta de cumpleaños y de mi hermana. Y así, entre bocado y bocado, y entre sorbo y sorbo, dimos la noche por finalizada sin entretenernos mucho.

Nos despedimos en la misma terraza. Izan y Mel, iban en la misma dirección, yo hacia la contraria. Me negué rotundamente o a que me acompañaran porque mi casa no estaba muy lejos. Unos minutos más tarde entraba por la puerta principal e iba directa a mi habitación.

Me desvestí para ponerme el pijama, entré en el baño, y me tumbé en la cama, un poco dolorida y bastante cansada.

Capítulo 16



—¡¡Nooo…!!

Al escuchar ese grito, los ojos se me abrieron de golpe. Me llevó unos segundos darme cuenta de que estaba en mi habitación, en mi cama, y que la que había gritado había sido yo, en sueños.

Tenía la respiración alterada, mi pecho subía y bajaba acelerado, y una fina capa de sudor me cubría el cuerpo.

Bocarriba, me tapé los ojos con el antebrazo para tranquilizarme y para recomponerme. Hasta que no lo conseguí, me quedé tumbada, inmóvil.

Me incorporé en la cama y me arrastré hasta el borde, donde me quedé sentada, mirando hacia la poca luz que entraba por las rendijas de la persiana.

Con un suspiro, me levanté e hice una mueca, llevándome la mano al costado, sobre el apósito.

Desde que tuve el «accidente» de vez en cuando me asaltaba el mismo sueño repetitivo, pero en esta ocasión había sido bastante más intenso.

Si no estuviera recuperándome, me habría puesto ropa de deporte para salir a correr. Necesitaba quemar y consumir la adrenalina y la sensación que se me había quedado al abrir los ojos, pero en mi condición era impensable que me forzara a hacer ejercicio.

«Ten cabeza, Gwen. Te he dado el alta, pero no me gusta ni lo más mínimo. Por muy bien que te parezca que estás cicatrizando por fuera, no olvides que te he reconstruido por dentro y las heridas internas no sanan a la misma velocidad. No hagas tonterías y no te fuerces, porque te harás más daño y retrocederás». Esas fueron las palabras del médico que me operó, el mismo que me salvó la vida, que todo hay que decirlo y es lo bastante importante como para destacarlo.

Caminar sí que podía, haciéndolo con moderación, por lo que entré en el baño, me lavé la cara con agua fría para quitarme la capa de sudor y aliviarme un poco, y empecé a prepararme para salir de casa a que me diera el aire.

Me puse un pantalón corto de deporte y una camiseta ajustada de tirantes anchos que me llegaba a la altura del ombligo. Dejaba un poco de piel al descubierto, pero era lo suficientemente larga como para cubrir lo que no quería que se viera. Me calcé las deportivas, me coloqué en el brazo la funda para el móvil y me recogí el pelo en una cola alta, antes de salir de la habitación guardando el teléfono en la funda.

Era lo único que iba a llevarme, junto a las llaves.

Comprobé la hora que era, para mi sorpresa, me había despertado bastante más tarde de la que era habitual en mí. Pasaban unos minutos de las nueve y media.

Como no iba a correr ni a forzarme, entré en la cocina para prepararme un café. Necesitaba echarme algo al estómago. Una vez lo tuve hecho, me lo bebí rápido, de pie, y salí de casa.

Empecé a caminar despacio, después a pasos ligeros, hasta que me di cuenta de que había cogido carrerilla y tenía que obligarme a aminorar para no embalarme. Así en varias ocasiones.

Di una vuelta completa al pueblo, saludando a los vecinos con los fui encontrándome, antes de cambiar de rumbo y tomar la dirección del río. Me encantaba esa zona para aislarme porque era muy extensa, solitaria, tranquila y no se limitaba a la orilla en la que estuve con Suri. El valle se extendía a lo

largo de kilómetros de terreno, más que suficientes para perderse y encontrar un desahogo entre la naturaleza.

No quería hablar de lo que me sucedía, ni siquiera se lo había comentado a Izan. Si mi amigo se enteraba en algún momento de mis pesadillas, me echaría en cara el no habérselo contado, como también el que no hubiera pedido ayuda. Tenía claro que me diría que era por el trauma del «accidente», que necesitaba trabajar en ello para neutralizarlo.

Pero es que precisamente eso era lo que no quería. No quería olvidar, no quería dejarlo pasar, no quería apartarlo de mi mente y de mis recuerdos, porque cada vez que me asaltaba a la memoria, fuese de manera consciente mientras estaba despierta o inconsciente durante la noche, era algo vivo a lo que todavía no le había puesto fin. Un recordatorio.

La venganza se sirve en frío, planificada y directa, y yo estaba dejando que todo se congelara a mi alrededor sin perder de vista mi objetivo, o al menos, haciendo todo lo posible para que no desapareciera del todo, para poder dar la estocada final en el momento más oportuno. Porque llegaría, estaba convencida de ello y era a lo que me aferraba.

Ni mucho menos iba a olvidarme del tema. Mi jefe lo sabía, Izan también, y solo era cuestión de tiempo el tenerme que enfrentar cara a cara con lo que me sucedió antes de regresar a la tranquilidad de mi hogar.

Apreté la mandíbula cuando llegué a la primera línea de árboles y empecé a sortearlos, adentrándome en el bosque. Tenía la intención de llegar hasta el valle, hasta la gran explanada que era la que le daba el nombre a nuestro pueblo.

El problema es que en ciertos instantes me costaba controlar la rabia que me provocaban los recuerdos. El primer día que abrí los ojos en el hospital fue como si me hubieran borrado la memoria a corto plazo, de horas atrás, hasta que todo me llegó de golpe y con una nitidez aplastante. En ese momento estuvo ahí mi gran amigo, mi apoyo y soporte, para agarrarme de la mano y no permitir que me destruyera a mí misma.

Pero era una sensación contradictoria, porque esa misma rabia me hacía sentir viva, ser consciente de que todavía estaba aquí, en este plano, respirando y con el corazón latiendo, cuando pensé que todo había terminado para mí.

Sabía que tarde o temprano terminaría hablándolo con Izan. Más que nada porque me conocía tanto que, aunque yo disimulaba muy bien, era inevitable que él supiera cómo me sentía y todo lo que hervía en mi interior. Simplemente, estaba esperando por mí, dándome el tiempo que necesitaba para sincerarme.

Solo una vez intentó sacar el tema él, fue al segundo día de estar yo en el hospital, pero lo corté de tal manera, pidiéndole tajantemente que no me hablara de ello, que no había vuelto a intentarlo. Izan no era de contenerse, si quería que me enfrentara a algo, me lo plantaba en la cara, doliera lo que doliera.

Mi amigo era de acción-reacción, del pensamiento de que, si algo dolía, lo mejor era luchar contra los demonios que no te dejaban avanzar, para ganar. Pero por una vez se estaba controlando y en ello tenía mucho que ver el que casi estuvo a punto de perderme.

Faltó tan poco… tragué saliva porque en instantes como esos te das realmente cuenta de todo lo importante que tienes en la vida, lo que tiene un valor incalculable y puedes llegar a perder en tan solo un parpadeo: a mi hermana, a mi padre, a mis abuelos, a mis amigos… el choque de realidad era tremendo, brutal.

Dejé salir el aire despacio, varias veces, queriendo encontrar un poco de calma para aplacar la tormenta interna con la que me había despertado. Sabía que se me pasaría, que la controlaría y todo volvería a su cauce, con normalidad, pero hasta que consiguiera llegar a ese estado…

Un sonido desde la derecha me hizo girar de golpe en esa dirección. Con todos los sentidos en alerta, por cómo me sentía y lo activada que estaba, observé con atención y con detenimiento, con la vista y los oídos, todo el espacio que me rodeaba.

Tan metida iba en mis pensamientos que no fui consciente de haber caminado más rápido de lo que debía. Había avanzado mucho, recorriendo terreno. Me faltaba poco para salir a la explanada del valle, pero aún estaba cobijada por los últimos árboles y la vegetación.

El sonido en cuestión que me había alertado había sido el crujido de una rama. Alguien la había pisado y no se trataba de ningún animal. No sonó como tal y partiendo de la base de que tenía controlados a todos los que vivían en el hábitat de esta zona, sus rutinas y costumbres, así como las características de todas las especies…

Un nuevo ruido me hizo fruncir el ceño y mover un poco el cuerpo, siguiendo la dirección. Sonó desplazado por unos metros del anterior, más cercano.

—¿Quién hay ahí? —pregunté en alto, abriendo y cerrando los dedos, para aligerar la tensión— ¿Hola? —insistí.

—Soy yo.

Giré del todo hacia la voz y agrandé los ojos por la sorpresa, al encontrarme de frente a Kenan. Salía tan tranquilo de entre varios árboles.

—¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido? —le pregunté dando voz a mis primeros pensamientos, hablando de mala manera.

Se paró a unos pasos de mí. Al escuchar e interpretar mi tono, ladeó sutilmente la cabeza y me observó con atención, haciéndome un recorrido visual de los pies a la cabeza, mientras se metía las manos en los bolsillos del pantalón.

Me desconcertaba cómo ejercía la especie de embrujo que me dejaba paralizada en todas las ocasiones en las que sus ojos atrapaban directamente a los míos. Quizá se debía al color ámbar tan característico y peculiar de ellos, a la profundidad que transmitían.

O tal vez era la sabiduría e inteligencia que reflejaban, la que me hacía preguntarme si realmente veía más a través de ellos, en el sentido de

traspasar lo que era normal y habitual.

Desde la primera vez que lo vi, tuve la sensación de que con una simple mirada conseguía profundizar en todo lo que escondía quien se le ponía por delante, como si a él no se le escapara ningún secreto. ¿Era posible o solo una percepción? Estaba claro que era lo último, pero no dejaba de sorprenderme el poder que desprendía de él.

—¿Te he asustado? —me preguntó, sacándome de golpe del estado en el que me había metido.

—No —respondí rápido.

—No lo parece. —Arqueó una ceja—. No lo pretendía.

—¿Qué haces aquí? —insistí.

—Estaba haciendo un poco de ejercicio.

Fue entonces cuando me paré a mirarlo bien. Llevaba ropa de deporte: una camiseta holgada de tirantes anchos, un pantalón corto hasta medio muslo y unas deportivas. Todo en él era fibra y músculo. Cada parte de su cuerpo que no tapaba la ropa se veía tonificada y muy bien formada.

Tenía la camiseta mojada de haber estado ejercitándose, como acababa de confirmarme. Mi pregunta no tenía razón de ser porque había estado corriendo, era evidente también por la fina capa de sudor que cubría su piel.

—Perdona. —Me disculpé por mi arrebato desproporcionado.

—No pasa nada —dijo serio y solté el aire despacio.

—No quería ser desagradable, Kenan.

—Te lo repito, no pasa nada —insistió sin variar la expresión.

Nos quedamos en silencio, uno demasiado denso y pesado, muy diferente a los que había habido entre nosotros hasta ahora.

—He salido temprano a correr —empezó a decir y asentí—. Te he visto por casualidad. De hecho, hace rato que te he llamado por tu nombre para llamar tu atención, pero no me has escuchado. Ibas muy concentrada en tus cosas, por lo que parece.

—No te he oído. —Bajé el tono de voz, avergonzada.

—Me ha quedado claro. —Hizo una pausa—. ¿Sueles venir mucho por aquí a esta hora?

—Sí, y no —contesté—. Me gusta correr, me sienta bien, pero normalmente madrugo más para hacerlo —asintió—. Hoy se me han pegado las sábanas.

—Pero no te apetecía correr.

—Eh… bueno, en esta ocasión he preferido dar un paseo caminando rápido.

—Cualquiera de las opciones es un lujo practicarla en un lugar como este —comentó observando por detrás de mí, hacia la explanada del valle.

—Sí.

—Te dejo que continúes tranquila. —Dio un paso hacia atrás, atrapando mi mirada de nuevo—. Solo quería saludarte. No te asustes si vuelves a escuchar algo, todavía estaré por la zona. No me apetece regresar.

—Vale —susurré.

Me dio la espalda y empezó a alejarse de mí. No me gustó la sensación que se me había quedado y actué sin pensar, con la necesidad de…

—Kenan —lo llamé.

Se paró y giró la cabeza.

—No hace falta que te vayas. Quiero decir… —carraspeé— que si te apetece tener compañía un rato podemos continuar juntos. El río pasa muy cerca de aquí, iba hacia el valle, pero…

—Me vendría bien refrescarme —aceptó y solté el aire despacio por su aceptación rápida.

Se acercó de nuevo y caminamos uno al lado del otro, sin prisa y en silencio. Salimos de la protección de los árboles, la gran explanada de un verde intenso se abrió ante nosotros. Giré hacia la derecha, con él siguiéndome.

—¿Por qué estabas tan tensa? —me preguntó de repente.

—¿Cómo? —Giré la cabeza hacia él.

—Cuando he aparecido, parecía que estabas a punto de saltar sobre mí. —Me miró de reojo.

—Es que iba metida en mis pensamientos y no esperaba encontrarme con nadie. Quizá sí que me he sobresaltado tontamente, por ese motivo. —Me encogí de hombros.

—¿No es habitual que lleguen hasta aquí los vecinos del pueblo? —noté la curiosidad en su voz.

—A esta parte alejada, muy de vez en cuando; se da más en las épocas en las que las temperaturas varían y empiezan a ser más frescas. Llegan hasta aquí buscando setas y esas cosas. Ahora, en verano, lo habitual es que todos se concentren en la orilla del río, a lo largo de ella —le expliqué—. Todo el mundo busca un buen baño para aplacar el calor.

—Entonces es el sitio perfecto para desconectar, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo has sabido que no era un animal el que te acechaba? —Se interesó.

—¿Me has estado acechando? —le pregunté con un poco de diversión.

—¿Queda muy mal si digo que sí? —La comisura de sus labios le elevó la mejilla que quedaba hacia mí.

—Mmm… un poco. —Carraspeé.

—Pero ha sido con un buen propósito.

—Sabía que el ruido que has hecho no se correspondía con ningún animal porque he nacido y crecido aquí. —Sacié su curiosidad.

—O sea, que al igual que reconoces a las personas que quieres de tu entorno íntimo, en los andares y en la respiración, también detectas perfectamente a los animales que se mueven por esta zona.

—Correcto. —Sonreí porque recordaba lo que le dije en el balcón de la taberna.

Capítulo 17



Kenan

—Es bueno saber que no es fácil despistarte ni engañarte —dije de forma despreocupada.

—Hago lo que puedo —comentó de la misma forma.

Volvimos a quedarnos en silencio, esta vez fue una pausa sin tensión en el ambiente. Se diferenció mucho de nuestro encuentro.

Podría haber continuado ahondando en el tema, en lo referente a cómo había reaccionado al escuchar los ruidos que había hecho yo al pisar varias ramas. La forma en la que me había enfrentado y hablado, enfadada y en alerta, y la rigidez de su cuerpo, mientras movía las manos para controlarse, había destacado por encima de todo, indicándome que no era un buen momento para hacerme presente.

No había evitado hacer ruido porque mi intención no era la de ocultarme, sino la de mostrarme ante ella. Si hubiese querido ser sigiloso, no se habría enterado de que llevaba tiempo detrás de ella. Se me daba muy bien mantenerme en la sombra sin ser visto.

Si actué de esa forma, fue simplemente porque me creó curiosidad que no atendiera a su nombre cuando la llamé al verla adentrarse entre los árboles. Mi propósito, como le había dicho, había sido el de saludarla y después, como yo continuaba haciendo ejercicio, únicamente me había dejado llevar por mis pasos siguiendo los suyos para propiciar un acercamiento.

Desde la noche de la taberna, en el balcón, y con lo que se quedó en el aire entre nosotros por la interrupción de su hermana, no había podido sacarme de la cabeza a Gwen. Si con anterioridad me venía a la mente, después de esa última vez solos, había sido imposible no imaginar lo que hubiera pasado si Suri no hubiese aparecido.

Gwen no se apartó cuando notó que acortaba la distancia con ella, a su espalda. Ni siquiera llegué a rozarla, mi cuerpo se quedó a centímetros del suyo, al igual que mi mano se mantuvo suspendida en el aire sin llegar a posarse en su cadera, como era mi intención. Al apartarme rápido, al escuchar la voz de su hermana pequeña, no vi rechazo en su expresión, por lo que, entre una cosa y otra, sabía y no dudaba de que se quedó igual que yo.

El río se presentó ante nosotros y caminamos durante unos minutos siguiendo el borde de la orilla, hasta que Gwen se acercó al agua y se paró a observarla. En la parte donde nos encontrábamos llevaba más fuerza.

—Ve con cuidado —me advirtió y la miré divertido.

—Si sabes nadar, estoy a salvo. Conoces cada rincón perfectamente.

—Poco te salvaría. A mí misma tampoco. La corriente nos arrastraría. —Me miró de reojo.

—Lo sé, conozco el riesgo. Solo tenía la intención de refrescarme la cabeza y los brazos, pero una vez aquí dan ganas de meterse —comenté—. ¿Te animas?

—No tengo tanto calor como tú. —Me sonrió, pero la noté cohibida.

—A ver si al final va a resultar que no te gusta el agua. —La tanteé.

—No voy a caer. —Arqueó una ceja.

Apartó la mirada y se agachó para coger agua con las manos. Se mojó la cara y parte del pelo que llevaba recogido en una cola alta. También los brazos. Hasta ahí llegó su contacto con el agua, mientras se mantenía en cuchillas a mi lado.

Yo no me lo pensé, me quité las deportivas y los calcetines y, con el resto de la ropa puesta, me adentré en el agua. El baño me sentaría genial, pero el regresar con la ropa mojada sería un extra que me mantendría fresco.

—No te alejes mucho de la orilla.

—No va a pasarme nada —comenté sin volverme hacia ella.

Estaba bastante fría, pero agradecí el contraste de temperatura. En cuanto el agua me llegó por debajo de las ingles, me agaché para que me cubriera entero. Eché la cabeza hacia atrás, mojándomela, y al incorporarme me pasé las manos por el pelo, para peinármelo y retirar el exceso de agua.

—¿No te animas? Se está de lujo —le insistí girado hacia ella.

No se había movido de la orilla. Ahora estaba de pie, observándome.

—No quiero llegar empapada a casa.

No fue una excusa creíble, pero me hice el tonto.

—Con lo que aprieta el sol estarás seca antes de llegar al pueblo.

Con la indecisión reflejada en la cara, miró hacia los lados varias veces, después al agua. Pareció que se lo estaba pensando, por lo que no hice ningún comentario más. Volví a meter todo el cuerpo en el agua y le di la espalda, esperando a que se decidiera.

Al cabo de unos segundos sonreí al escuchar sus primeros pasos y continué sin moverme. Donde me había quedado se notaba bastante la corriente, tiraba de mi cuerpo, pero no lo suficiente como para perder el control. Un metro por delante la cosa cambiaba bastante.

—Mójate entera, lo agradecerás —le pedí mirándola de reojo.

Se había quedado parada a mi lado, conservando una pequeña distancia. A ella el agua le cubría por encima de la cintura, por la diferencia de estatura.

—Con esto tengo suficiente —comentó moviendo las manos dentro del agua.

—Como quieras. —Acepté porque era más de lo que pensaba que se atrevería vestida.

Dio un paso más, adelantándose un poco.

—¿Mejor? —le pregunté.

—Sí.

Vi su sonrisa de perfil y me puse de pie con cuidado, para acercarme de la misma forma a su espalda. Quizá fue mucho atrevimiento, teniendo en cuenta el espacio que estaba marcando Gwen desde que nos habíamos encontrado, pero no me lo pensé y tampoco me resistí. Le pasé las manos mojadas por la espalda.

Se quedó rígida ante mi contacto, aunque no se apartó ni dijo nada. Me las mojé de nuevo, a propósito, y las llevé hasta sus brazos, subiendo por ellos lentamente hasta los hombros.

—Llevas mucho tiempo expuesta al sol —susurré cerca de su oído, notando el calor que desprendía su piel.

Cogí un poco más de agua y le mojé el pelo que le colgaba de la coleta.

—¿Bien?

—Sí —murmuró—. Gracias.

Continué con la misma tarea. El vello se le había erizado por el contraste de temperatura, o por mi tacto, o por una mezcla de ambos. Me pegué un poco más a su espalda y cogí bastante agua con las dos manos, para dejarla caer por encima de su cabeza.

—Al final lo has conseguido —dijo en tono bajo.

—¿El qué? —pregunté, a sabiendas, de que sabía a lo que se refería.

—Voy a salir como si me hubiese bañado. —Giró un poco la cabeza hacia atrás, encontrándose con mis ojos.

Como respuesta sonreí de medio lado. Pasé las manos rozando los costados de su cuerpo, mientras nos manteníamos la mirada, pero de repente dio un respingo y un salto, alejándose de mí.

—Ten cuidad… ¡Gwen!

Al apartarse de golpe se tambaleó. Descalza, debió pisar alguna piedra inestable que se movió bajo su peso porque perdió el equilibrio hacia atrás y se desplazó sin poder estabilizarse. Alargué los brazos para agarrarla en el aire, pero no pude evitar su caída. Se me escapó de entre los dedos. Se zambulló en el agua, en la zona crítica de la corriente.

Cuando consiguió sacar la cabeza, la corriente se la llevaba, marcando cada vez más la distancia entre nosotros. Empecé a moverme rápido, a pesar de que no vi miedo en su expresión. Todo lo contrario, parecía divertida, lo que me dejó claro cuando empezó a reírse, siendo arrastrada por el agua.

Me lancé a por ella, sin importarme una mierda donde íbamos a terminar. Al ir los dos en el sentido de la corriente, no tuve que hacer apenas esfuerzos para acercarme, aunque sí que nadé para alcanzarla.

—¿Estás bien? —le pregunté en cuanto le rodeé el cuerpo con los brazos.

—Sí —contestó con una gran sonrisa.

—Me voy a llevar la culpa de esto, ¿verdad? —Arqueé una ceja.

El río continuó arrastrándonos, pero no vi peligro ninguno. Estábamos en una de las zonas en las que como poco debía cubrirme por el cuello. Difícil saberlo, porque no conseguía bajar los pies al suelo, por la inercia que llevábamos.

—Por supuesto. Me las vas a pagar —amplió la sonrisa.

—Tenemos que movernos hacia la orilla.

—Espera un poco más —me pidió, colocando las manos en mi cadera.

La observé con intensidad. De repente el agua perdió la temperatura fría y lo que nos envolvía se volvió demasiado caliente como para ignorar el motivo de ello.

Desvié la atención de ella para volver a analizar la zona por la que pasábamos y calcular la más cercana y fácil para buscar una vía de escape. Al hacerlo, maldije al ver una roca que sobresalía bastante en nuestro camino. Era grande e íbamos directos hacia ella.

—Agárrate a mí con fuerza —le pedí, sacándola de sus pensamientos.

—¿Qué? —Parpadeó rápido.

No tuve tiempo para responderle. Me moví todo lo rápido que pude, invirtiendo nuestras posiciones. Nos frenamos en seco cuando mi espalda impactó con la roca. Apreté la mandíbula por el latigazo que me recorrió de la cabeza a los pies y afiancé el agarre de mis brazos, negándome a soltarla.

—Kenan… —habló preocupada— Perdona, no he estado pendiente y…

—No pasa nada. —Solté el aire de golpe, cerrando los ojos unos segundos —. Estoy bien —le aseguré—. Al menos ya no tenemos que preocuparnos por pararnos. —Busqué su mirada.

Estábamos pegados completamente, la fuerza del agua apretaba su cuerpo contra el mío. En la posición en la que nos encontrábamos, nuestras caras estaban a la misma altura. Ella se sujetaba con fuerza con las manos de mis hombros, mis brazos la mantenían en alto rodeándole las nalgas.

Ninguno de los dos hicimos nada por poner un poco de separación, mientras respirábamos la respiración del otro. Acerqué aún más la cara a la suya, sin desviar los ojos para ver en todo momento sus reacciones. Que me agarrara de la nuca fue la señal que necesité para que mis labios cayeran sobre los suyos.

El primer contacto fue suave, un roce, una caricia tentativa, mientras continuábamos mirándonos a centímetros de distancia. Todo mi cuerpo reaccionó tensándose ante el nuevo acercamiento, el de Gwen lo hizo estremeciéndose.

El beso empezó a tomar fuerza e intensidad progresivamente. Dejó de ser calmado para convertirse en una lucha en la que nuestras bocas y lenguas se buscaban con necesidad. Me apoderé con fuerza de todo lo que me ofrecía, reflejando en cada uno de mis movimientos el deseo que había estado conteniendo, mientras ella me correspondía de la misma manera.

Todo lo que me rodeaba pasó a un segundo plano, de lo único de lo que podía ser consciente era de Gwen y de su forma de igualarme. El tiempo se alargó sin que le pusiéramos freno. Cuando conseguimos separarnos con las respiraciones descontroladas, mientras recuperábamos el aire que nos faltaba, nos quedamos observándonos fijamente.

En la cara de Gwen se reflejó una pizca de sorpresa por su propia reacción, yo me mantuve callado y serio, analizándola. Había sido tan fácil para ambos dejarnos llevar, la evidencia de la contención entre nosotros se había hecho palpable.

—Creo… creo que es mejor que salgamos —dijo en tono muy bajo.

—De acuerdo.

Miré hacia la orilla que teníamos más próxima, por la que nos habíamos metido en el río. A la otra era imposible acercarnos.

—Aquí hay varias rocas que podemos utilizar para salir, están bastante juntas —dije al fijarme bien—. Si vamos con cuidado, enseguida estaremos fuera del alcance de la corriente más fuerte.

—Sí —susurró.

Busqué sus ojos, los que no se habían apartado de mí.

—¿Estás bien? —le pregunté y asintió.

—¿Y tú? ¿Notas algo diferente ahora?

Arqueé una ceja porque diferente notaba muchas cosas, empezando por la erección que ella misma distinguía perfectamente al estar todavía pegada a mí. Se mordió el labio inferior al caer en la cuenta de lo que podía responderle.

—Me refería a… —carraspeó— me refería a cómo te sientes después del golpe.

—Continúo igual. No va a ir a más —le aseguré.

—Vale —suspiró y dirigió la atención hacia la orilla—. Saldremos bien —dijo convencida—. Sígueme y no me sueltes —me pidió.

—Voy delante.

—No —volvió a mirarme—. Yo conozco bien la zona y el comportamiento del río. Antes… antes me he despistado al tropezar y en el recorrido hasta esta roca. —Tragó saliva.

—Como quieras —acepté porque no era el momento de ponerse a discutir quién iba en cabeza.

Me agarró de una mano y se movió. Tuve que concentrarme en lo que teníamos por delante, porque se rozó más conmigo, para quedarse apoyada en la roca como estaba yo.

—Vamos —dijo apretándome la mano.

Fue ella la primera en salir de la protección. Tiré de su brazo con fuerza para que no perdiera la estabilidad por la corriente y cuando llegó a la siguiente roca y se estabilizó, la imité. Así lo hicimos, ayudándonos en cadena, hasta que conseguimos salir de la zona crítica del río. Gwen soltó un suspiro cuando el agua le llegó por debajo de los muslos.

—Te has hecho daño.

Soné convencido al decirlo, porque no se me habían pasado las pequeñas muecas de dolor que había hecho hasta este momento. Y justo ahora acababa de hacer otra.

—Es por el esfuerzo, necesito unos segundos. El que te has golpeado eres tú, yo solo he notado un pequeño impacto al frenar de golpe. Me has amortiguado con el cuerpo —respondió evitando mirarme.

—¿Y por qué no puedes ponerte recta?

—Claro que puedo.

Elevé las dos cejas y me crucé de brazos, esperando a que me lo demostrara. Disimulaba muy bien, pero no tanto como para que yo no volviera a notar la mínima variación que apareció en su expresión cuando lo hizo.

—¿Ves? Ya está —habló abriendo y elevando los brazos, pero no los compensó en altura.

Uno de ellos lo dejó bastante más bajo que el otro, lo que no habría sido importante si no fuese acompañado con lo que suponía e imaginaba.

Caminé hasta ella despacio, provocando que Gwen diera los mismos pasos hacia atrás. Fruncí ligeramente el ceño al ver que me rehuía. Su actitud y su comportamiento se contradecían con sus palabras, por completo, y ella lo sabía.

—Estoy bien, Kenan. Yo… voy a regresar a casa.

—Te acompaño. Si quieres, claro.

—Vamos —dijo, dándome la espalda para ir hasta la orilla.

Capítulo 18



Gwen

Kenan me estaba poniendo cada vez más nerviosa, notaba su mirada puesta en mí, ya fuera de reojo o directamente. Caminábamos uno al lado del otro, yo iba muy pendiente de mantenerme erguida a cada paso que daba.

La verdad es que me estaba costando bastante porque me había hecho daño en la herida. Por las molestias que sentía, rozando el dolor, necesitaba llegar a casa cuanto antes para desnudarme y quitarme el apósito. Tenía que comprobar que todo estaba bien porque el cuerpo me indicaba lo contrario. No quería pensar en haber retrocedido en mi curación porque, aunque por fuera tuviera suerte y se vieran bien los puntos, el daño interno que podía haberme hecho…

Aparté todos los pensamientos negativos y me concentré en continuar avanzando. Llevábamos bastantes minutos andando entre los árboles. Una vez que salimos del río, tuvimos que recorrer el camino que habíamos descendido, para llegar junto a las deportivas que se quedaron abandonadas. Kenan fue lo único que dejó; yo aparte, recuperé la funda con el móvil. Lo encontramos todo donde lo colocamos para el baño improvisado.

—¿Vas a continuar así? —le pregunté irritada, sin poderme contener.

—¿Así cómo? —habló con tranquilidad.

—No te pega hacerte el ignorante. —Bufé.

—Ah, ¿no? ¿Y qué me pega según tú?

—Ir de frente y decir lo que piensas.

—¿En serio? Vaya… pero no sé a qué te refieres —continuó y volví a bufar.

—Estás esperando a que me pare porque no puedo más, a notar que me duele algo. —Lo miré de reojo.

—¿Y no es así? ¿Estoy equivocado?

—Ya te he dicho que me encuentro bien —negué.

—También me has dicho que me pega ir de frente y te doy la razón, por lo que no te creo. Lo siento, solo me fio de lo que veo y detecto.

—Eres tú el que tienes la espalda marcada. —Me paré de golpe y me giré hacia él para enfrentarlo de frente.

—Y no lo oculto. La has visto cuando me he quitado la camiseta. —Ladeó levemente la cabeza.

Me miró de esa manera tan suya que… estuve a punto de gritar de la impotencia.

—Porque sería una tontería negarlo. Poco te has hecho para la fuerza con la que nos arrastraba el agua.

—¿Quieres que hable con sinceridad, Gwen? ¿Qué te diga lo que realmente pienso? ¿Lo que he notado? —Arqueó una ceja, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón de deporte.

Todavía no teníamos la ropa seca, pero ya no nos goteaba. Él llevaba el pecho al descubierto y la camiseta colgada sobre un hombro.

—No a todo —respondí rápido.

—Eso pensaba… ¿Por qué? ¿No te gusta la sinceridad? —Se acercó a mí acortando toda la distancia entre nosotros y levanté la cabeza para mirarlo a la cara—. Has empezado tú. Yo estaba muy calmado, dispuesto a mantenerme callado.

—Pero, aun así, no has dejado de insistir agobiándome con las miraditas, desde que hemos salido del río. Incluso en silencio noto todo lo que piensas. ¿Por qué?

—Porque no me gusta que me mientan abiertamente cuando sé que tengo la razón —dijo y puse los ojos en blanco—. Si estás diciendo la verdad, levántate la camiseta y cállame demostrándome que estoy equivocado. La evidencia habla por sí sola.

—No voy a desnudarme. —Fruncí ligeramente el ceño.

Empecé a ponerme más nerviosa porque Kenan no iba a parar hasta conseguir la información y yo no quería que nadie más, aparte de mis amigos, supieran lo que me pasaba.

—¿Quién ha hablado de desnudarse? —Sonrió de medio lado—. Ahora, si es lo que quieres, te aseguro que no voy a impedírtelo. Me encantará ver cómo lo haces.

—Eres idiota. —Entrecerré los ojos.

—Qué cosas más bonitas me dices. —Me hizo un guiño y una pausa en la que nos miramos con intensidad—. La tela de la camiseta de tirantes que llevas no oculta mucha piel, solo tienes que levantarla un poco por los laterales para sacarme de dudas.

—¿Y si el daño lo tengo oculto por el pantalón? —Arqueé una ceja—. Estás muy seguro en tu suposición.

—Entonces sí que te pido que te lo quites, porque con lo corto que es y lo poco que tapa, el daño tiene que estar muy escondido. —Elevó una ceja.

—No voy a enseñarte nada —insistí señalándole con un dedo. Coloqué la punta sobre su pecho—. Así que deja de ser pesado.

—Es una pena, aunque los dos sabemos que el problema no está en esa zona con la que quieres despistarme.

—Lo que tú digas. —Bufé.

—Yo no tengo problema en mostrarme ante ti. —Siguió alterándome.

Un ruido hacia nuestra izquierda cortó nuestra conversación. Los dos miramos en esa dirección. Esta vez sí que se trataba de un animal, como siempre, lo identifiqué al instante. Al principio no vimos nada, pero al cabo de pocos segundos apareció ante nosotros, a varios metros de distancia, un ciervo con un cervatillo al lado. Se quedaron tan parados como nosotros.

—No te muevas ni hagas ruido —le pedí a Kenan hablando muy bajito.

—¿Por qué? ¿Son una amenaza? ¿Tengo que asustarme?

Me sobresalté al notar su aliento en el oído y el calor de su pecho pegado a mi espalda.

—Si quiere defender a su cría, se puede convertir en un problema —murmuré—. ¿Qué haces?

—Pegarme a ti para no moverme más, me he puesto nervioso —susurró.

Su respuesta me hizo poner los ojos en blanco porque era una excusa pésima. Igualmente, no volví a hablar, observando las reacciones de los animales. No quería que se asustaran sin sentido. Este era su hábitat, aunque vivían apartados de aquí. Conocía estupendamente la zona y la de los alrededores, de tantas veces como las había inspeccionado con mis amigos.

Dejé salir el aire despacio al notar las manos de Kenan en mis caderas y me mordí la lengua para no hacerle otro comentario. El ciervo mayor, al ver que parecíamos dos estatuas, agachó la cabeza hacia el cervatillo y le dio un golpecito. Eso fue todo lo que necesitó el pequeño para seguir al adulto. Se

alejaron corriendo y los perdimos de vista rápido. Se adentraron en la vegetación, entre los árboles.

—¿Por qué te cuesta tanto admitir la verdad? ¿Qué ocultas? —volvió a susurrarme al oído, mientras movía los pulgares directamente sobre la piel de mi cadera.

Mi cuerpo traicionero se estremeció y él lo notó.

—Se le dice intimidad —murmuré.

—Puedo darle algunos significados diferentes a lo que acabas de decir.

Sentí su nariz, rozarme la oreja. Si no me apartaba rápido estaba perdida, iba a caer sin remedio. Kenan era muy peligroso, al menos para mí.

—Ya queda poco para llegar a la casa de Saúl, en la que te quedas con tus amigos —dije en un tono muy bajo.

—¿Y quieres que lleguemos tan pronto o prefieres hacer otra cosa?

—¿Otra cosa como qué?

Deslizó una de las manos hacia delante, hasta colocarla abierta sobre mi barriga. Tiró de mí hacia atrás, apretándome del todo a su cuerpo. Solté un pequeño suspiro, tembloroso, al notar la evidencia de lo que empezaba a endurecerse por encima de mi trasero.

—Kenan…

—Si he sido tan testarudo hasta ahora, es solo porque me preocupo por ti.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no es necesario.

—¿Por qué tengo la sensación de que cuidas de todos menos de ti misma? Al menos no con la misma intensidad.

—Porque es la verdad, pero eso no quiere decir que me descuide a mí.

—¿Estás segura?

—Sí.

Contuve el aire cuando su otra mano se apartó de mi cadera y la subió hasta mi mandíbula. Me la acarició despacio, antes de girarme la cabeza hacia él.

—No me has respondido si quieres que nos retrasemos un poco más —habló mirándome fijamente a los ojos.

Los suyos, a tan corta distancia, me parecieron espectaculares. Eran como dos pozos luminosos que atraían irremediablemente, así los había sentido también en el río.

—Necesito volver a besarte —dijo.

—Pues hazlo. —Lo insté sin poder retener la urgencia en mi voz.

Bajó la cabeza hacia la mía y sin apartar la mirada como en el agua, sus labios rozaron los míos con caricias que incendiaron todo mi interior. Me giré entre sus brazos para quedarme de cara a él y lo agarré de la nuca, para atraerlo de nuevo hacia mí.

Esta vez fueron mis labios los que cubrieron los suyos, dejando salir la necesidad que me provocaba. Kenan emitió una especie de gruñido o rugido que quedó amortiguado en mi boca. Me agarró de la cadera y me mantuvo pegada a él, con fuerza, mientras nuestras bocas y lenguas volvían a estar en contacto y en movimiento.

Cuando me agarró de las nalgas para impulsarme hacia arriba, no dudé en rodearle la cintura con las piernas. De esa forma nos llevó hasta el árbol más cercano y me apoyó la espalda en él. Su miembro duro y erecto se clavaba deliciosamente entre mis piernas y empecé a perder la cordura cuando se balanceó para intensificar más las sensaciones.

Gemí en su boca y ahondó más en el beso. La situación me pareció irreal, de querer alejarme corriendo de él, a terminar atrapada entre sus brazos de

nuevamente. No iba a quejarme porque lo deseaba. Me tragué las punzadas de dolor de la herida e hice todo lo posible por centrarme en Kenan y en todo lo que sentía. Jadeé cuando conseguimos separar los labios, justo cuando me abrió más las nalgas con las manos y se frotó contra mi sexo con mayor necesidad.

—Kenan… —dije con la voz entrecortada.

—Joder, Gwen… no sé qué mierda me haces. Esto… —Apoyó la frente en la mía, apretando la mandíbula.

No pude decir nada, aunque tampoco lo hubiese conseguido. Volvió a besarme con fuerza y me llevó a una espiral de deseo y placer de la que solo podía sacarme él. Me aferré a su cuerpo, cada vez más desesperada. Sus dedos fueron acercándose peligrosamente a mi intimidad, al colarse por la tela del pantalón.

De la forma en la que estaba, abierta completamente, solo era cuestión… Gemí cuando varios de sus dedos sortearon la goma de la braga. Le mordisqueé la mandíbula, moviéndome sobre él, con una necesidad imperiosa de sentirlo más. Y me lo dio, llegó hasta mi humedad y me acarició de arriba abajo, sin dejarse ningún pliegue ni rincón por el que arrastró la yema de los dedos, mojándoselas con mis fluidos.

—Nos hemos vuelto locos —susurré, cerrando los ojos con fuerza.

—Has dicho que por aquí no suele venir la gente. —Su voz sonó ronca, grave, excitante.

—Ahora estamos más cerca —gemí al notar que tanteaba mi entrada.

—Estamos a cubierto, el árbol nos protege —insistió sin abandonar lo que me hacía—. Estás tan caliente, dilatada y mojada… —gruñó.

—Síii… —fue lo único que pude decir.

Mientras colocaba uno de sus dedos sobre mi clítoris inflamado, el otro entró en mi interior despacio. La sensación me superó cuando empezó a

moverlos los dos al unísono, con fuerza. Poco me importó ser descubiertos, mandé a la mierda todas las alertas porque en lo único en lo que pude concentrarme fue en las sensaciones que me provocaba Kenan.

—Córrete —me pidió al cabo de no sé cuánto tiempo, con la voz tomada por el deseo—. Dámelo.

Sonó exigente, arrebatadoramente dominante, y mi cuerpo respondió a su autoridad. Me dejé llevar cayendo por el precipicio con jadeos, gemidos y diciendo su nombre en alto.

—Dios… —hablé como un lamento, una vez empecé a recomponerme.

—Esto solo es el principio —me susurró al oído y volví a estremecerme de los pies a la cabeza—. A partir de aquí es imposible que paremos ninguno de los dos, al menos yo no voy a hacerlo.

—Yo tampoco —le confirmé con seguridad porque ya no iba a resistirme más.

Se apartó para mirarme a los ojos, los suyos me parecieron oro líquido, abrasadores. Sin bajarme al suelo, todavía con mi espalda apoyada en el árbol, subió una de las manos y se llevó los dedos a la boca.

Tragué saliva al verlo probarme y provocarme de esa forma. Lo hizo de una manera tan sensual que noté de nuevo todas las terminaciones nerviosas concentradas entre mis piernas.

—Me alegra saberlo, porque después de esto… —dijo terminando de lamerse el último dedo. Hizo una pausa para volver a hablar— ¿Puedes mantenerte en pie?

—No lo sé. —Me sinceré porque con tantos esfuerzos y movimientos involuntarios que había hecho…

Pensé que iba a volver a sacar el tema con el que me había perseguido desde lo del río, pero en cambio…

—Necesitas ir a tu casa, ¿verdad?

—Sí —susurré, tragando saliva.

Se mantuvo callado y asintió. Su mirada fue tan profunda que contuve la respiración otra vez.

—Y no quieres que te acompañe, ¿no?

—No hace falta —susurré.

—Ya… —Ladeó un poco la cabeza—. Sabes que más pronto que tarde voy a verlo por mí mismo.

—Hasta que llegue ese momento… —murmuré.

Sonrió de medio lado. Sí, acababa de darle la razón que le había estado quitando. A estas alturas no me importó porque antes no pensé que pudiéramos llegar a tanto, ahora, en este instante, con lo que había pasado entre nosotros, había cambiado completamente de opinión.

Lo quería todo de él durante el tiempo que permaneciera en el pueblo y Kenan estaba dispuesto a dármelo.

Ya no me preocupaba que me viera la herida porque sucedería con la promesa que había lanzado con sus palabras. Cuando se diera nuestro siguiente encuentro, podía inventarme cualquier excusa, la más razonable sería la de que me habían operado por alguna dolencia. Ya está, era eficaz y, en cierta forma, muy real, aunque la verdad abarcara mucho más.

Me separó del árbol, pero no me soltó. Me mantuvo en alto. Empezó a caminar conmigo en brazos sin la intención de bajarme al suelo.

—Te recuerdo que tengo dos piernas y puedo caminar —dije en tono bajo, ajustando la posición de las manos en sus hombros.

—Ajá. Gracias, pero estoy mucho mejor así que contigo caminando a mi lado. —Me dio un ligero apretón en las nalgas y me mordí el labio inferior.

—Estás muy acostumbrado a salirte con la tuya —comenté.

—¿De dónde sacas esa teoría? —preguntó y vi su sonrisa de refilón.

—¿Me equivoco?

—No —respondió rápido.

Puse los ojos en blanco, provocando que él riera. Sonreí al escucharlo y apoyé la mejilla en su hombro. Disfruté de la sensación de que me llevara en brazos, de su cercanía, de su cuerpo en movimiento.

—¿Vas a entrar en la casa así? —le pregunté porque su erección se rozaba conmigo de vez en cuando.

—¿Así cómo?

—Ya te he dicho que no te pega hacerte el ignorante. —Bufé, divertida.

—Ah, vale. Te refieres a esto.

Empujó mi cuerpo hacia abajo y me tragué un jadeo, cuando me presionó el clítoris con la punta de su miembro.

—Sí, y así no vas a tranquilizarte —murmuré.

—¿Quién ha dicho que quiera hacerlo?

—Podría… —Dejé en el aire mi sugerencia porque me interrumpió.

—No vayas por ahí porque entonces no vas a llegar a tu casa —me advirtió y sonreí, satisfecha—. El río será mi solución. Antes de entrar en la casa me daré un baño para que todo vuelva a su sitio.

—Es una pena.

—Gwen.

Solté una carcajada y cerré los ojos. A pesar del dolor que tenía en el costado, me sentía feliz, relajada y tranquila. Me olvidé por completo de la preocupación que activaría en cuanto estuviera en mi casa.

Capítulo 19



Hice una mueca frente al espejo del baño de mi habitación.

Ya estaba desnuda, lo único que tenía sobre la piel era el apósito húmedo. Nada más entrar en casa había ido directa a la cocina para tomarme un calmante porque el camino hasta aquí, desde que me despedí de Kenan, se me había hecho más cuesta arriba de lo habitual.

Por si mi cuerpo no me había mandado suficientes alertas, indicándome que algo no andaba bien, el remate había sido cada una de las veces que había tenido que pararme en la calle para descansar. Por el nivel de dolor me había visto obligada a hacer pausas a la sombra, cuando no había ningún vecino cerca. En vez de descender y desaparecer, las punzadas fueron más continuas y fuertes.

En cuanto me enfrié de lo que pasó entre Kenan y yo, y sin sus miradas penetrantes, analizando todos mis movimientos y gestos, fui desmoronándome poco a poco.

—Joder —siseé despegando con cuidado la parte de arriba del apósito—. Por favor, por favor…

Me acerqué al espejo para verme lo mejor posible y solté un suspiro en el instante en el que no hubo ninguna barrera que tapara la herida. La cicatriz destacaba más enrojecida de lo habitual, pero la inflamación por el momento era la misma que la última vez que me la curé.

Apreté la mandíbula al ver unos puntos que no me gustaron. Me palpé toda la zona de alrededor. Visualmente, a pesar de la rojez y de esas puntadas que estaban diferentes, todo parecía estar bien, pero las sensaciones que tenía eran muy contrarias.

Maldije porque me había excedido en los movimientos y en la fuerza que había utilizado, tanto dentro del agua, por la corriente, como después haciéndome la dura. No me había dado el descanso y las pausas necesarias, aun sabiendo que las necesitaba y que eran importantes.

Desde el momento en el que entré en el agua y Kenan me rozó el costado, alertándome por la pequeña molestia que sentí por ese simple gesto, después de que me mojara con las manos, todo sucedió en cadena y se descontroló.

Sin dejar de observarme en el espejo, dudé en si montarme en el coche para ir al hospital más cercano de otra localidad o en tumbarme en la cama a esperar a que el dolor pasara. Quise pensar y creer, sobre todo lo último, a que se debía al sobreesfuerzo que no debía haber hecho y que con el descanso lo solucionaría.

—Solo necesito reposar —susurré.

Sentí rabia por verme impedida en las cosas más simples y básicas, y esa rabia se amplificó porque me vino a la memoria cómo me había despertado y el motivo por el cual salí de casa para caminar, para desconectar y buscar un poco de calma.

Me metí en la bañera para darme una ducha rápida. Cuando salí, me sequé, me curé con cuidado, me puse la braga y una camiseta ancha que me llegaba por debajo del trasero. Salí del baño demasiado cansada, arrastrando los pies hasta la cama.

Encendí el aire acondicionado y me tumbé, cerrando los ojos. Faltaban pocos minutos para que fueran la una y cuarto del mediodía, hubiera sido mejor comer algo antes, pero no tuve fuerzas ni ganas de meterme en la cocina.

Solté un suspiro entrecortado, intentando buscar una buena postura en la que notara un poco de alivio. Fue otra señal de que la había fastidiado a lo grande, porque desde que salí del hospital para dormir, siempre me colocaba en la misma y conseguía tener un respiro. Salida que por cierto, fue mucho antes de lo recomendado, bajo mi responsabilidad. En el hospital solo estuve tres días, dos estando consciente.

Noté que mi cuerpo entró en un estado diferente de consciencia. Con los ojos cerrados, pero con la sensación de estar pendiente de mi alrededor, solté un quejido cuando la melodía de mi móvil empezó a sonar. Levanté los párpados despacio, encontrándome de frente con la claridad que entraba por la ventana.

Me pensé mucho el ir a por él. Cuando llegué a casa y me desvestí, coloqué todo lo que llevaba encima de una silla, la funda y el móvil incluidos. La llamada se cortó y cerré los ojos de nuevo, con una pesadez extraña. El silencio no duró mucho, la melodía volvió a sonar y maldije mientras me movía con movimientos torpes sobre la cama.

Me incorporé con desgana, pero en cuanto puse los pies en el suelo, noté un ligero mareo.

—Mierda —murmuré cerrando los ojos con fuerza—. No puede ser. —Bufé, lamentándome.

Cogí varias veces aire y entreabrí los párpados, armándome de valor para ir hasta el teléfono que todavía sonaba. Mis pasos fueron inestables. Cada reacción, cada sensación, era un extra que se sumaba a mi preocupación.

Saqué el móvil de la funda y regresé con cuidado a la cama. Me senté en el borde, mientras desbloqueaba la pantalla. Deslicé la notificación de las dos llamadas perdidas, comprobando quién me había llamado.

Marqué y me llevé el teléfono a la oreja, dirigiendo la vista a la ventana. En ese momento fui consciente de que la luz del día había variado bastante, lo que me sorprendió por el tiempo que había pasado en la cama.

—Hola, Diego —lo saludé en cuanto descolgó.

—Hola, Gwen. ¿Cómo estás?

—Bien. Tus llamadas me han despertado.

—¿Casi a las ocho de la tarde? ¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó extrañado y tragué saliva.

—Sí.

—¿Has ido al hospital desde que te fuiste de aquí? —Quiso saber serio.

—No ha hecho falta. Me fui con todo lo necesario, las indicaciones del médico fueron muy claras. —Soné segura, pero estaba arrepentida porque hoy me había saltado unas cuantas y así me encontraba: mal—. ¿Cómo va todo por ahí? —Cambié de tema, pero no sirvió de nada.

Hizo una pausa que supe interpretar perfectamente, por ese motivo me mantuve callada. Aproveché para tumbarme y me llevé la mano a la cara. Volví a maldecir interiormente porque estaba bastante caliente. Saber que tenía fiebre no me sorprendió, en cuanto tenía décimas lo notaba en los ojos, pero lo que sí me asombró fue la temperatura tan alta.

—Me prometiste que lo harías para que te hicieran controles. Fue uno de los motivos por los que permití que te fueses tan precipitadamente —dijo con voz enfadada.

—Estoy bien, Diego.

—Déjame que lo dude porque tu voz no suena de esa forma. Hablas sin fuerzas. ¿Qué pasaría si llamo a Izan? ¿Me llevaré una sorpresa?

—Hoy no lo he visto, todavía. No hace falta que le des más motivos para que esté encima de mí, desde que me desperté en el hospital, no ha dejado de preocuparse.

—Con razón y motivos. Y más sin la supervisión del personal médico y sus cuidados. Tanto él como yo sabemos lo inconsciente que eres en según qué situaciones y circunstancias.

—Vaya, gracias. Después de varios días sin hablar, me esperaba un poquito más de cariño y comprensión.

—Gwen…

—Te he dicho que estoy bien —insistí—. Necesito recuperarme, hasta ahí estamos de acuerdo, pero joder, también estoy de vacaciones y si me apetece pasar un día vagueando, no creo que sea un delito.

—Ese no es el problema, puedes hacerlo tanto como te venga en gana. El gran problema es lo que me estás transmitiendo y ocultando —continuó y solté un suspiro.

—Quizá esta mañana me he excedido un poco y me ha pasado factura. ¿Contento? Solo es eso, lo tengo todo controlado.

—¿Exactamente en qué te has excedido? —Quiso saber, más serio.

Le conté por encima lo que me había pasado, esforzándome para mantener el mismo tono de voz. Sobre Kenan le hablé muy por encima, refiriéndome a él como una persona del pueblo. Me guardé para mí todos los datos importantes, como que tenía fiebre. Solo le hice saber lo del río.

—Mierda, Gwen, y después de eso me dices que estás bien. —Alzó la voz.

—Diego, tengo la cicatriz cerrada.

—Los cojones, eso es lo que te parece. Aunque la carne la veas bien sellada, aún está muy fresca y débil. Puede abrirse en cualquier momento por un movimiento brusco o saltarse algún punto e infectarse. Y ya si hablamos por dentro…

—Lo sé, lo sé… —Hice una mueca.

—Si hubieses estado en el lugar de Izan y mío, y en el de los demás compañeros… pasamos unas horas horribles, interminables, pensando que no podríamos volver a hablar contigo nunca más. —Tragué saliva—. Izan estaba derrotado, destrozado e irreconocible.

»Casi te perdemos, Gwen, de hecho, tu corazón se paró una vez mientras te intervenían, por la cantidad de sangre que perdiste y por la gravedad de la lesión. Sé más consciente, joder, no hace mucho que te despertaste y que te fuiste.

»Tendría que haberte retenido a la fuerza para asegurarme que te recuperabas estando controlada, me prometiste que ibas a moverte lo justo y necesario —dijo muy cabreado—. Para lo mal que estabas y por lo que pasaste, es un jodido milagro que te mantengas en pie.

—Lo siento —susurré, sin saber qué más decir sobre lo mal que lo pasaron por mí—. Te prometo que he estado cuidándome, lo de hoy ha sido una excepción inesperada que no volverá a suceder. Yo soy la primera interesada por ganar esta partida cuanto antes.

—Pues no parece que le estés poniendo mucho interés. —Bufó—. No me falles o iré a buscarte donde estés —me advirtió.

Diego nunca decía las cosas por decir, cada una de sus palabras tenían mucho peso y un significado muy real.

—No os fallaré a ninguno.

—Primero empieza por no fallarte a ti misma.

—Vale —susurré.

La línea se quedó en silencio, durante unos largos segundos ninguno de los dos dijimos nada.

—Sigue descansando. Te llamaré más tarde, sobre las diez y media de la noche.

—Como quieras. —Sonreí un poco.

—Y hazme el favor de controlar cómo te sientes, a la mínima de cambio, llama a Izan para que te lleve al hospital.

—Sí. Diego…

—Ni se te ocurra preguntarme ahora mismo lo que estás pensando. Olvídate de ese tema, es una orden.

—Solo quiero saber si hay algún avance, si se sabe algo nuevo.

—Cumple con tu parte. Recupérate del todo sin darnos dolores de cabeza, y entonces hablaremos en serio de lo demás.

Fue otra advertencia que iba a cumplir a rajatabla. Hasta que no me pusiera bien, él no iba a darme ninguna información.

—Voy a volver a preguntarlo y no quiero mentiras, ni excusas. ¿Cómo te encuentras realmente ahora mismo?

Mi primer impulso fue el de seguir capeando el temporal, pero conociendo a Diego iba a sacar por sí mismo la respuesta, empezando por hacerle una llamada a Izan. Después de eso todo iría en cadena porque mi amigo no tardaría en venir a mi casa y lo pondría al día. Así que opté por ser lo más sincera posible.

—Bastante dolorida, muy cansada y me he despertado con un poco de fiebre. —Minimicé lo último, pero igualmente escuché sus insultos.

No iban dirigidos a mí, sino a la situación.

—¿Llamas tú a Izan o lo hago yo? —me preguntó muy serio.

—En cuanto te cuelgue lo hago —susurré.

—Que no sea una mentira, Gwen, porque voy a enterarme.

—Lo sé, no te preocupes. Primero voy a tomarme algo para la fiebre, seguro que solo es por el daño que me he hecho. No tiene que significar nada —dije, queriendo convencerme a mí misma.

—Esperemos que sea así. Si Izan está contigo me quedo más tranquilo.

Hablamos durante unos minutos más en los que seguí esforzándome por mantener la voz estable, sin variarla, para no aumentar su preocupación. En cuanto colgué, dejé caer el móvil en la cama y cerré los ojos, agotada y sin fuerzas.

Necesitaba ayuda porque si me ponía peor y me encontraba sola… con el pensamiento de llamar a Izan y de aguantar el chaparrón, porque la reprimenda de Diego sería un camino de rosas comparada con la de mi amigo, me levanté con cuidado de la cama.

El mareo regresó al ponerme de pie. Intenté entender qué me pasaba. El dolor lo podía comprender, aunque después de tantas horas como llevaba descansado tendría que haber bajado de intensidad. El problema es que no comprendía el motivo de la fiebre, de la pérdida de fuerzas y del mareo. Las dos últimas era muy posible que estuvieran provocadas por la primera, la fiebre debilitaba, pero es que las fuerzas empezaron a faltarme mucho antes de tener síntomas.

¿Tanto daño me había hecho internamente? ¿Algo se había roto dentro de mí? A la mierda la reconstrucción que me hizo el médico que me salvó la vida. Tragué saliva. No quería pensar en eso, pero el malestar me llevaba de cabeza y sin frenos a darle vueltas a lo mismo. Estaba esperando a que se me pasara, pero ¿y si en vez de mejorar lo estaba complicando todo más?

Conseguí llegar hasta la cocina para coger un vaso y llenarlo de agua. Busqué una pastilla para la fiebre y me la tomé, junto a otro calmante.

Regresé a mi habitación apoyándome en lo que iba encontrándome y no dudé ni un segundo en prepararme para llamar a Izan. Necesitaba a mi amigo, había llegado al límite, pero tomé la decisión demasiado tarde.

Tenía la cama tan cerca, con el móvil sobre la sábana… de repente me pareció una distancia insalvable. Las piernas empezaron a temblarme, no pude soportar mi propio peso y me desplomé en el suelo a unos pasos de la cama.

El sonido que hice de queja por el golpe me llegó amortiguado, fue lo último de lo que fui consciente antes de perder el conocimiento.

Sola, sin haber advertido a nadie cercano, vete a saber si desangrándome y rompiéndome por dentro cada vez más.

Capítulo 20



Kenan

—Mierda, se nos ha acabado el hielo —se quejó Sheila.

—¿No queda en la cubitera del congelador? —preguntó Dago.

—Pues no. Os dije que fuerais rellenándola cada vez que cogierais. —Bufó ella.

—Voy a comprarlo —comenté levantándome del sofá.

—¿A esta hora? Las tiendas estarán cerradas —dijo Jairo, asomándose por la puerta de la cocina.

—Puede que haya alguna abierta, si no, puedo pedir un poco en algún bar o restaurante —hablé mientras me ponía la camiseta—. Eso sí, como no empecéis a controlar lo que va faltando, la próxima vez os tocará resignaros con lo que queda —les advertí con tono divertido.

—¿Te acompaño? —me preguntó Dago.

—No voy a perderme. —Sonreí de medio lado.

—Muy gracioso. —Me devolvió el gesto.

—No tardaré —les avisé.

—Voy a apagar el fuego, cuando vuelvas termino con la cena —me dijo Jairo.

Asentí, cogí la cartera y el móvil del mueble del comedor y salí de la casa. En realidad, me había venido muy bien la oportunidad para despejarme. Esa noche habíamos decidido no salir, de ahí que Sheila hubiese revisado si quedaba hielo porque llevaba un buen rato comentándonos ilusionada los cócteles que iba a prepararnos, para tomárnoslos en el porche.

El día había sido bueno, lo habíamos pasado entre baños en el río y no haciendo nada más que lo justo para llenar los estómagos y beber. Yo en varios momentos del día había estado comprobando algunas cosas del trabajo en el salón, con el aire acondicionado, pero había sido rápido.

Como ya suponía, conforme fui recorriendo las calles, me encontré con las tiendas de alimentación cerradas, aun así, continué caminando. Pasaban unos minutos de las nueve y media de la noche, hacía muy buena temperatura y, aunque todavía se notaba el calor, se estaba bien. Por eso aproveché para dar una vuelta.

Opté por dirigirme a calles por las que todavía no había pasado, con el pensamiento de que lo mismo tenía suerte y daba con alguna tienda que cerraba más tarde. Pronto me di cuenta de que era un error, todos los comercios por los que pasé se encontraban cerrados.

Pensando en tomar la dirección que me llevaría al centro del pueblo, para entrar al primer bar o restaurante, seguí avanzando por la calle tranquila y solitaria por la que iba. Era una de las más apartadas, limitaba el pueblo por esta parte.

Me entretuve en observar las viviendas, los detalles de las construcciones y los jardines que tenían. Había una buena separación entre ellas, las parcelas de los vecinos tenían mucho terreno. Era un lujo ir acompañado exclusivamente por el silencio. No se escuchaba ningún motor, ninguna voz, ni siquiera desde el interior de las casas.

Si no fuera porque se veían las luces, cualquier diría que no estaban habitadas. Pero sí que lo estaban, cada una de ellas. Giré casi al final de la

calle hacia la izquierda, aunque sabía que me alejaba más del centro. Ya que estaba por esta zona, quería recorrerla bien. No había prisa, una vez tuviera el hielo regresaría rápido, así que me di un poco más de tiempo en soledad.

Lo necesitaba para disfrutar de la paz que con mis amigos era bastante complicado conseguir. No era una queja, simplemente una realidad, porque en ocasiones me gustaba y me urgía ir a mi aire. Desde que me despedí de Gwen, compaginar cada vez que pensaba en ella, los recuerdos de nosotros dos en el río y en el bosque, y tener que estar pendiente y activo en las conversaciones con Dago, Jairo y Sheila, para responder con coherencia, me había ido agobiando bastante durante el día.

Este parón me venía bien para tomar aire, para pensar y conectar con lo importante. No les había contado nada a mis amigos sobre mi encuentro con Gwen, únicamente les dije al entrar en la casa que me había ido muy bien el ejercicio y el baño en el río, porque llegué recién salido de él. Hasta ahí, y por el momento continuaría siendo así.

La voz de una persona rompió el silencio y mis pensamientos. Levanté la mirada al instante. Primero porque escuché el nombre que acababa de decir en alto, segundo porque reconocí la voz. Fruncí ligeramente el ceño y crucé la calle, para cambiar de acera.

A unos metros de distancia estaba Izan, el amigo de Gwen. La había llamado mientras golpeaba con los nudillos la puerta de una casa. Acababa de llegar a la de ella sin proponérmelo y tenía gracia porque parecía que todo, absolutamente todo, me llevaba hasta Gwen.

—Eh —le dije a Izan, haciéndome notar.

Me paré frente a la pequeña verja que daba paso a la entrada. Había un camino asfaltado que llevaba hasta la puerta principal, rodeado por hierba. Izan se giró hacia mí. Si se sorprendió o no al encontrarme aquí no lo mostró, en su expresión distinguí algo muy diferente.

—Kenan… hola —me saludó.

—Hola. ¿Sucede algo?

—No —respondió, pero noté su duda. Miró hacia la puerta de nuevo—. He venido a ver a Gwen.

—Te he escuchado y he dado por hecho que esta es su casa. ¿Y por qué pareces preocupado?

Al mismo tiempo que le hice la pregunta abrí la verja y entré, tomándome la libertad por mi cuenta. Izan no dijo nada al respecto, solo me siguió con la mirada hasta que llegué junto a él.

—La he llamado varias veces por teléfono y no me ha respondido. No está en la taberna, ni en la casa de su padre con su hermana —me informó.

—¿Y con Mel?

—También la he llamado. No sabe nada de ella desde ayer, pero…

—¿Qué?

—Que he sido muy sutil al preguntarle, no le he dado muchos detalles.

—Entiendo. ¿Y no es normal que Gwen tarde en contestar a las llamadas? —Observé pensativo hacia los ventanales.

—En absoluto. Si no lo coge al momento, porque no puede o no se ha enterado, pasa poco tiempo en devolver las llamadas.

—Lo mismo ha ido a algún lado y no te lo ha dicho.

—Lo sabría —contestó seguro de ello y asentí.

—¿Hace mucho que estás aquí? —Quise saber, mientras caminaba hacia uno de los ventanales.

—No, he llegado segundos antes de que aparecieras. —Me observó con atención.

Cuando llegué frente al ventanal, me asomé por él, pegando la cara al cristal. La imagen que vi fue la de un salón ordenado. No había nada fuera de lugar que pudiera indicar que Gwen estaba dentro, ni ninguna luz encendida. Desde fuera daba la sensación de que la casa estaba vacía.

—No parece que esté dentro —le confirmé a Izan.

Ante su silencio giré la cabeza hacia él y vi cómo la movía de un lado al otro, negando.

—¿Has intentado llamarla otra vez?

—Desde que salí de mi casa, no. —Volvió a mirar hacia la puerta.

—Hazlo. Si el móvil está dentro, entonces sí que tendrá sentido que nos preocupemos, a no ser que Gwen a veces lo deje atrás.

—Siempre lo lleva encima —me aseguró y lo insté con gestos de las manos a que volviera a llamarla, mientras me acercaba a él.

—¿No tendrás por casualidad la llave de su casa?

—Sí, pero en la mía. No he pensado que fuera a necesitarla. —Sacudió la cabeza.

—Primero una cosa y después otra. Marca su número —le pedí.

Lo hizo llevándose el móvil al oído, por mi parte, pegué la oreja a la puerta principal de madera, poniendo toda la atención en escuchar algún sonido desde el interior.

—Nada joder. No lo entiendo —dijo con rabia, pensativo—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Estaba dando un paseo, supuestamente para encontrar una tienda donde comprar hielo. Se nos ha acabado y Sheila quiere preparar unos cócteles esta noche —le expliqué rápido—. Vuelve a llamar a Gwen —le pedí con el ceño fruncido, separándome despacio de la puerta.

—¿Has escuchado algo? —Apretó el móvil con la mano.

—No te sabría decir, pero… —Miré hacia los lados de la casa y empecé a moverme—. Ven conmigo, quiero que sigas insistiendo. No dejes que se corte la llamada —le pedí girando por una de las esquinas de la vivienda.

—Como esté bien me va a escuchar, esta me la paga. —Bufó nervioso.

—¿Por qué no tendría que estarlo? —Lo miré de reojo.

—Es un decir —se justificó, pero yo ya había sacado mi conclusión.

Serio y con una idea fija, accedí a un jardín del lateral. La fachada daba paso a un porche de grandes dimensiones. No había nada raro en él, todo estaba muy bien colocado y en orden. Frente al porche, en medio del jardín, había una buena piscina acompañada por varias hamacas y mesas bajas. La zona era muy espaciosa y privada, estaba protegida de miradas por los muros que la rodeaban.

Izan no se apartó el teléfono de la oreja en ningún momento, mientras me seguía y observaba atento todos los detalles. Se paró en el porche para asomarse a la cristalera, pero se encontró con el interior vacío, como me había sucedido a mí con el ventanal. Intentó abrirla, pero estaba cerrada.

—Lo escucho —dije de repente, empezando a caminar rápido.

—Joder, yo también.

Izan pasó rápido por mi lado, adelantándome. Los dos nos paramos en el punto en el que más se escuchaba la melodía del teléfono. Con las cabezas hacia arriba, mirando hacia la ventana de la planta superior, nos quedamos en silencio, analizando la situación.

—¿Qué hay ahí? —le pregunté observando la fachada.

—Es la habitación de Gwen —me confirmó Izan, tragando saliva.

—¿Qué está pasando aquí? —Me giré hacia él.

—No tengo ni puñetera idea, desde ayer no he visto a Gwen. —Sacudió la cabeza—. Vamos a darnos prisa, no me está gustando nada esto —me pidió alejándose de mí.

Compartía su opinión, a mí tampoco me estaba gustando la percepción y las sensaciones que tenía. Lo seguí en silencio hasta la corredera del porche y entre los dos intentamos deslizarla para forzar el cierre. Intentos que fueron fallidos porque no se abrió ni cedió.

—Me cago en… —gritó nervioso, cuando después de nuestra insistencia continuamos igual.

—Imagino que no has venido en coche —comenté y negó—. ¿A cuánto está tu casa de aquí? —Quise saber, mientras buscaba con la vista a mi alrededor algo contundente para romper el cristal.

—Corriendo a buen ritmo puedo llegar en diez minutos, en mucho menos estaría de vuelta con el ciclomotor o el coche. Vas a romperlo —dijo cuando vio una de las piedras decorativas del jardín entre mis manos.

Era de un tamaño mediado, lo suficientemente grande para lo que me proponía y práctica para manipularla.

—Sí. O rompo el cristal o la puerta principal —dije porque no teníamos más opciones que fuesen rápidas—. Apártate —le pedí preparándome para el primer golpe.

—Dale fuerte.

Lo hice, no me contuve, pero…

—Joder, ¿qué mierda de cristal es este? —hablé sorprendido.

Después de lanzar la piedra con fuerza hacia la parte de la corredera más próxima al mecanismo del cierre interior, solo había conseguido dañarlo un poco. Continuaba manteniéndose estable y de una pieza, aunque se veía fracturado.

—Es vidrio laminado templado —me informó bufando—. Es uno de los más seguros y resistentes a impactos. No se rompe, se fragmenta desde la lámina de plástico interna que tiene.

—Estupendo, joder. —Sacudí la cabeza—. Podrías haberme avisado antes.

—Perdona por no haber caído, estoy demasiado preocupado por Gwen —bufó.

Me lancé al siguiente asalto, al que le siguieron unos cuantos más. Al final perdí la puñetera cuenta de cuántos golpes le di al cristal de la corredera, hasta que por fin se desquebrajó y se deformó lo suficiente. Ambos hicimos fuerza con las manos para que la lámina se desplazara hacia dentro, lo justo para poder meter una mano, porque no cayó al suelo ni un solo pequeño trozo de cristal.

Fue Izan quien lo hizo, quitando el seguro de la cerradura. Nos costó desplazar la corredera porque de los impactos se había deformado en la guía, pero conseguimos acceder al salón. Una vez dentro, corrimos por el interior de la casa, yendo directos a la escalera.

La subimos saltando los escalones, acelerados, y no dejamos de correr hasta que llegamos frente a una puerta. Izan la abrió de golpe y nos encontramos con una de las imágenes que me había temido, pero que no había querido creer.

—¡¡Gwen!! —gritó Izan, corriendo hasta ella— ¿Qué te pasa? —Jadeó cuando se tiró al suelo a su lado.

Gwen no respondió, ni reaccionó. Durante unos largos segundos me quedé inmóvil debajo del marco de la puerta, con las manos apoyadas en los laterales y la vista fija en su cuerpo inerte. Cuando conseguí desviar la atención eché un vistazo por la habitación, haciendo un análisis rápido de lo que podía haber sucedido aquí.

Me moví rápido, recorriendo la estancia para asegurarme de… no tenía ni una jodida idea de qué, pero igualmente lo hice siguiendo mi instinto. Después de comprobar el baño, caminé con pasos ligeros hasta ellos. Izan

tenía apoyada la cabeza de Gwen sobre sus muslos, mientras le hablaba. Ella seguía sin reaccionar.

Me puse de rodillas a su lado, con el ceño fruncido. Le agarré la mano que caía sin fuerza sobre la mía y dirigí la vista hasta su cara. La comprensión fue llegando a mí, los primeros segundos a cuentagotas, después lo vi todo con claridad.

—Tiene mucha fiebre, está muy caliente —dije lo obvio.

Izan estaba tan preocupado que no se había dado cuenta, a pesar de que estaba tocándola.

—¿Qué…? Mierda. —Jadeó.

Le acarició la cara con movimientos torpes.

—¿Cómo puede haber empeorado así? Tanto —susurró— No… no lo entiendo. Se encontraba bien y todo parecía ir por buen camino —dijo hablando para sí mismo.

Me incliné para acercar la cara a la de Gwen, para notar su respiración. Por una parte, me alivió el sentirla, pero por otra… era muy débil, demasiado. Cuando me incorporé, recorrí su cuerpo con la mirada. Llevaba una camiseta ancha que debía llegarle por las ingles, pero se le había subido hasta el ombligo.

Cogí el borde de la tela y la deslicé más hacia arriba, hasta que la dejé enrollada por debajo de sus pechos. Sabía en qué lado debía mirar y también lo que iba a encontrarme. Así fue, apreté la mandíbula al ver un apósito bastante grande.

El problema no fue ese, el gran problema fue ver la mancha que la cubría. El color añadió más lógica a la situación, la herida que tapaba le estaba supurando y no poco.

—Tenemos que llevarla urgentemente a un hospital. —Mi voz sonó ronca.

—Sí —dijo Izan, visiblemente más nervioso al ver lo mismo que yo—. No tendría que estar así —negó varias veces.

—Vamos, no podemos perder más tiempo.

—¿Gwen? —la llamó en un último intento para que reaccionara, pero tampoco obtuvo resultado.

—Izan, mírame —le pedí para sacarlo del *shock*—. Ve corriendo a por el coche, yo no tengo el mío todavía.

—No hace falta. —Sacudió la cabeza, volviendo en sí—. Gwen tiene el suyo en el garaje. —Tragó saliva.

—De acuerdo. Vamos.

Pasé un brazo por la espalda de Gwen y el otro por detrás de sus rodillas, para levantarme con ella en brazos. Izan se incorporó de un salto y nos miró durante unos segundos. Vi la necesidad de ser él quién cargara con ella para encargarse de su amiga, pero no hice nada para que fuese así.

En cambio, apreté el agarre sobre el cuerpo de Gwen pegándola al mío, dejándole claro que no iba a soltarla.

Capítulo 21



—¿Sigue igual? —me preguntó otra vez Izan.

En los quince minutos que llevábamos en el coche de Gwen me había hecho la misma pregunta muchas veces, insistente. Lo comprendía, pero lo que no entendía era la puñetera decisión que había tomado.

Izan conducía, yo estaba sentado en los asientos traseros con Gwen tumbada sobre mí, en la posición más cómoda que me había parecido para ella. Mantenía su cabeza pegada a mi barriga. Era consciente de que sumarle mi calor corporal no le hacía bien, pero no podía apartarme de ella.

—Ningún cambio —le contesté, mientras le pasaba la mano por el pelo—. ¿Por qué mierda nos hemos ido del pueblo? —Quise saber—. Hasta donde sé hay un hospital.

Mi voz sonó tirante y cortante. Estaba cabreado, joder. Íbamos por la carrera de montaña, sorteando curva tras curva, alejándonos cada vez más.

—Por pocas especialidades que haya la habrían ayudado y si fuese necesario, ellos tienen más facilidades para trasladarla a otro hospital. Sería más rápido —añadí.

Izan soltó un suspiro y me miró por el retrovisor.

—Gwen no me perdonaría si la hubiese llevado al del pueblo —dijo y fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

No habíamos hablado del tema hasta este instante, ni una sola palabra habíamos intercambiado sobre lo que había pasado. En cuanto cogí en brazos a Gwen en su habitación fui directo al garaje y desde entonces el silencio había pesado entre nosotros. A excepción de las mismas preguntas que él repetía y yo respondía, sobre si ella reaccionaba de alguna forma.

—Gwen no quiere que se entere nadie de lo que le pasa —dijo pensativo —. En el pueblo solo lo sabemos Mel y yo, y ahora tú.

—Pero esto es una urgencia, joder.

—Lo sé. ¡Mierda! —Golpeó el volante.

—O sea, que estaba ocultando lo que le pasa para no preocupar a nadie. —Carraspeé.

—Sí. —Bufó—. No tendría que haberle permitido salir tan pronto del hospital, tendría que haberla atado a la puñetera cama —dijo con rabia.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Por Suri. —Bajó el tono de voz.

—Por el cumpleaños de su hermana —añadí y asintió en tensión.

Bajé la cabeza hacia Gwen. La bolsa de hielo que había cogido Izan en el último momento de la cocina estaba casi derretido por el calor que desprendía su cuerpo. Igualmente continué pasándosela por la barriga, el pecho, la cara, los brazos, las muñecas…

—¿Le dieron el alta sin más? —continué.

—Sí. Bajo su responsabilidad. —Sacudió la cabeza—. Estaba estable —tragó saliva—, y cuidándose no tenía por qué haber problemas. Nuestro jefe y yo apoyamos su decisión porque sabemos lo importante que es para ella su

familia, su hermana es su debilidad. No lo entiendo, todo iba bien, Gwen sabía lo que estaba en juego.

—Ha sido por mi culpa —dije con remordimiento.

—¿Cómo? —Volvió a mirarme por el retrovisor.

—Esta mañana hemos coincidido en el bosque —hablé pensativo—. Yo estaba corriendo cuando la he visto, ella iba caminando. Hemos estado bastante tiempo juntos, pero todo se ha torcido cuando nos hemos metido en el río.

—¿Qué mierda…? ¿Se ha bañado? —preguntó extrañado.

—Ha sido a la fuerza. Ha tropezado con las piedras en el agua y ha perdido la estabilidad. Se la ha llevado la corriente. —Apreté la mandíbula—. No tendría que haberla animado a refrescarse —negué.

—No me jodas. —Agrandó los ojos—. ¿Qué más ha pasado?

—Me he lanzado a por ella. Creía que había evitado que se hiciera daño, he frenado el impacto con la espalda en una roca grande que estaba en nuestro descenso. —Le acaricié la cara—. Pero el esfuerzo y los movimientos bruscos que ha hecho han sido demasiado para su herida. Entre eso y lo que nos ha costado llegar hasta la orilla, después la vuelta caminando, y…

—¿Y?

—Nada. —Busqué su mirada.

No iba a contarle la intimidad que se había dado entre nosotros, era Gwen la que debía hablarlo con él, si es que quería hacerlo.

—Sabía que no se encontraba bien y la he picado varias veces para que me contara qué le pasaba, pero se ha negado. —Cerré los ojos.

—Típico de ella aguantar. —Se pasó una mano por el pelo, agobiado—. No te sientas culpable, ha sido algo inesperado.

—Ya… ¿A qué hospital vamos? ¿Cuánto falta para llegar?

—En unos diez minutos estaremos en el siguiente pueblo.

Nos quedamos en silencio. Miré por la ventanilla, pensativo, hasta que el móvil de Izan sonó. Dirigí la atención a él, viendo cómo lo sacaba de un bolsillo. Al ver quién era maldijo en tono bajo.

—¿Qué pasa?

—Es nuestro jefe, de Gwen y mío.

Con esas palabras y por cómo lo dijo, me dejó callado. Era lo que quería, acababa de pedirme con la mirada que me mantuviera en silencio y así lo hice.

—Hola —dijo al descolgar.

—Izan. ¿Has hablado con Gwen?

La voz de un hombre sonó con fuerza por el altavoz del teléfono.

—Estoy con ella —respondió serio.

—Ah, perfecto. Es que me he preocupado. Acabo de llamarla varias veces y no me ha respondido. Imagino que ya te ha contado lo que le ha pasado y cómo está. Yo me he enterado por casualidad esta tarde. Eran cerca de las ocho cuando la he llamado por primera vez hoy y la he despertado, no se encontraba muy bien. Por eso le hecho prometerme que iba a llamarte. ¿Cómo va?

—Desde las ocho… —dijo Izan, asumiendo el tiempo que Gwen podía llevar inconsciente— No le ha dado tiempo a llamarme, Diego.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Te has adelantado?

—La he llamado sobre las nueve y cuarto de la noche porque llevaba todo el día sin saber de ella, pero como te ha sucedido a ti, no ha descolgado. He

ido a su casa para comprobar que todo estaba bien, después de asegurarme de que no estaba en los lugares habituales.

»Cuando he entrado en su casa a la fuerza la he encontrado inconsciente en el suelo de su habitación. Por la posición de su cuerpo iba hacia la cama, allí tenía el móvil, pero debió perder el conocimiento antes de poder acercarse para llamarme. —Apretó la mandíbula.

—No me jodas. —Alzó la voz el tal Diego—. ¿La has estabilizado?

—No hay manera, sigue sin reaccionar. La estoy llevando al hospital. —Bajó el tono de voz.

—Me cago en… si es que lo sabía, joder —dijo cabreado Diego.

—Cuando esté allí y la estén atendiendo, te llamo para hablar con más calma.

—Sí, quiero saber todos los puñeteros detalles. —Sonó a orden—. Conduce con cuidado, espero tu llamada.

—De acuerdo, hasta dentro de un rato.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando colgó.

—No. —Pisó un poco más el pedal del acelerador.

Me mantuve callado porque no era el momento de insistirle ni de darle conversación. Izan estaba demasiado alterado y bastante tenía con llevar el control del coche.

En ese instante me acordé de mis amigos y que estaban esperándome. Sacudí la cabeza porque entre unas cosas y otras se me había pasado por completo. Cogí el móvil con cuidado, sacándolo del pantalón, y entré en la aplicación de mensajes. Fui directamente al grupo en el que estábamos los cuatro.

Kenan: *No contéis conmigo ni con el hielo, tardaré en volver. Ha pasado algo urgente que ya os explicaré en persona. Yo estoy bien.*

El primero en responderme fue Dago, solo tardó segundos en aparecer en línea.

Dago: *Joder, tío. Mira que se lo estaba diciendo a estos, que no era normal lo que tardabas. Olvídate del puñetero hielo, te esperamos despiertos para que nos cuentes que ha ocurrido.*

Kenan: *No sé a qué hora regresaré, o si será mañana.*

Jairo: *Mierda, Kenan, eso es preocupante. A no ser que estés con cierta mujer.*

Kenan: *Ahora no puedo, ni quiero hablar. ¿De acuerdo?*

Sheila: *¿Seguro que estás bien?*

Kenan: *Físicamente, sí. De ánimos es otro tema. Cenad y disfrutad sin mí, nos vemos pronto.*

Dago: *Vale, no te preocupes. Sea lo que sea, que vaya bien y ten cuidado.*

Una pequeña sonrisa apareció en mis labios, mientras negaba con la cabeza. Salí de la conversación y me guardé el teléfono, para continuar pasando la bolsa fría por el cuerpo de Gwen. Ya no quedaban restos de los cubitos de hielo.

En cuanto vi a lo lejos las luces del pueblo vecino noté la anticipación y los nervios recorrerme. Gwen llevaba mucho tiempo en ese estado, supuestamente poco después de las ocho. Era la última hora en la que sabíamos que habló con su jefe, lo siguiente solo podíamos suponerlo.

Izan tomó la dirección del hospital, mientras me comunicaba que no faltaba mucho para llegar. Cuando paró cerca de la entrada de urgencias se bajó rápido y vino a abrirme la puerta. Me deslicé en el asiento trasero y tiré del cuerpo inconsciente de Gwen, acomodándola de nuevo en mis brazos.

Corrimos al interior del edificio pidiendo ayuda a voces. Estábamos tan alterados que llamamos la atención enseguida y de la misma forma varios sanitarios se acercaron a nosotros. Les explicamos rápido lo que le había sucedido a Gwen, Izan pudo aportar más datos, advirtiéndoles del motivo por el que estaba mal.

Me la quitaron de los brazos para colocarla sobre una camilla y desaparecieron con ella por un pasillo. Nos quedamos con la mirada perdida observando hacia esa dirección durante unos segundos, quizás minutos.

Ninguno de los dos nos movimos, hasta que una chica se acercó a hablarnos para pedirnos los datos de Gwen. Lógicamente se encargó Izan en proporcionárselos para el registro.

—Pueden esperar y descansar en la sala. —Señaló hacia nuestra derecha —. O si lo prefieren, por el pasillo principal verán las indicaciones de cómo llegar a la cafetería.

—Gracias —murmuró Izan.

—No hay de qué. —Le sonrió con amabilidad y comprensión.

A mí me costaba hablar, se me había formado un nudo en la garganta que me impedía hasta tragar.

—Tengo que llamar a Diego —me dijo Izan.

—Tranquilo. —Carraspeé para aclararme la voz—. Tómate tu tiempo, voy a la cafetería.

—Vale. Nos vemos ahí —asintió.

Salió a la calle para poder hacer la llamada con calma y yo me dirigí hacia el pasillo. Seguí las indicaciones que detallaban el camino hacia la cafetería, haciendo varios giros por los pasillos.

No me apetecía tomar nada, pero era la mejor elección para mí en este instante. No quería ocupar una silla en la sala de espera, necesitaba mi

espacio. Si me veía en un sitio más cerrado, rodeado de gente, me agobiaría más de lo que ya lo estaba.

Al llegar fui directo a la barra y pedí una botella grande de agua. Cuando la tuve caminé hasta una de las mesas más apartadas, junto a un ventanal, pero antes de ocuparla vi que por una puerta estrecha se accedía a una pequeña terraza y no lo dudé. Salí para respirar aire fresco y ocupé una mesa.

Para esperar a Izan, para esperar a tener noticias de algún médico, para esperar a que nos dieran esperanzas…

Iba a ser una noche muy larga. Bebí un buen sorbo de agua para humedecerme la garganta seca y me pasé las manos por el pelo, cerrando los ojos.

Repasé mentalmente todo lo que pasó durante la mañana, cada uno de los movimientos y pasos que dio Gwen. ¿Era posible que algo anduviera mal dentro de ella antes de hoy? No me cuadraba que estuviera tan mal horas más tarde si es que se había hecho daño en el río o durante la caminata. Había pasado muy poco tiempo para que su cuerpo reaccionara de esa forma.

Tal vez sí, quizá algo no funcionaba bien dentro de ella y lo del río había terminado por complicarlo. Empecé a darle muchas vueltas a todas las posibilidades, mientras a mi mente venía su imagen tirada en el suelo de su habitación y las sensaciones de lo inerte que la había sentido.

Los médicos le estabilizarían la temperatura y la curarían. Me aferré a ese pensamiento, sin querer plantearme otra opción.

—Eh —llamó mi atención Izan y giré la cabeza hacia él—. Ya está —dijo sentándose en la silla de enfrente.

—¿Bien? —le pregunté por su jefe.

—Bueno, todo lo bien que podía ir —negó—. He tenido que calmar a Diego para que no se montara en el coche y condujera muchas horas para venir hasta aquí. —Se encogió de hombros—. Creo que lo he dejado tranquilo, más o menos.

—Me alegro. —Bajé la mirada hacia la botella de agua.

—¿Cómo estás tú?

—¿Sinceramente? —asintió— No lo sé. —Apreté la mandíbula.

—Gwen se pondrá bien, es una luchadora —dijo.

—Me gustaría sentir tanta seguridad. —Tamborileé los dedos en la mesa.

—Ha pasado por cosas mucho peores —dijo en tono bajo, con la vista hacia la oscuridad de la noche.

—¿Qué vas a hacer con su familia? ¿Vas a avisar a su padre?

—Aunque me joda, no —soltó un suspiro—. Todavía es pronto, quiero esperar a ver cómo va. —Se pasó una mano por el pelo.

—Si no encuentra a su hija por teléfono o en persona se preocupará.

—Sí, por eso después de hablar con Diego he llamado a Mel. La he puesto al día, la he calmado y ella se encargará de pasarse mañana por la mañana por la taberna para comentarle al padre de Gwen que me he llevado a su hija de sorpresa unos días, para hacer nuestras vacaciones diferentes.

»No se extrañará porque no es la primera vez que lo hacemos. Cuando Gwen abra los ojos lo llamará para continuar con la mentira piadosa porque necesitará unos días para estabilizarse, aunque espero que sean pocos.

—Eres un buen amigo.

—Gwen para mí es mucho más —dijo y fruncí ligeramente el ceño—. Tranquilo. —Levantó las manos, con una pequeña sonrisa de medio lado—. Veo tu intención, no hace falta que te abalances sobre mí. —Apretó los labios.

»Me refiero a que Gwen es más que una amiga. Es una parte o extensión de mí. Estamos juntos desde pequeños, hemos crecido muy unidos con Mel, pero Gwen y yo tenemos una conexión especial que va más allá de la amistad.

—Entiendo —asentí—. Y no iba a saltar sobre ti. —Arqueé una ceja.

—Déjame que lo dude. —Imitó mi gesto.

—Tal vez un poco. Los hospitales me ponen de mal humor y a la defensiva. —Sacudí la cabeza.

—Esperemos que salgamos pronto de aquí los tres —dijo pensativo.

Capítulo 22



Gwen

La primera sensación consciente que tuve, sin abrir los ojos, fue la de sentir como si flotara. Noté el cuerpo muy ligero. No sentía dolor, todo en mí estaba en calma.

Entreabrí los labios y solté el aire despacio. Nada, no me produjo ni un atisbo de malestar.

Lo último que recordaba era la llamada de Diego. Sabía que hablé con él, me acordaba de la conversación y de lo mal que me encontraba en ese momento, pero luego… luego fui a la cocina para tomarme la medicación y después en mi memoria solo había vacío.

¿Volví a la cama? La respuesta era un sí rotundo porque estaba tumbada en ella. Me había quedado dormida otra vez y el descanso y las pastillas me habían hecho efecto. Por fin, sonreí un poco al pensar que todo volvía a estar bien, o al menos, en el proceso.

—¿Gwen?

Escuché mi nombre lejano, tanto que no supe diferenciar quién me había llamado. ¿Era Izan? ¿Lo llamé después de la conversación con Diego? No tenía el recuerdo de hablar con él. ¿Lo hice?

La primera señal de que algo no iba tan bien como me parecía llegó a continuación, rápido, al mover los ojos debajo de los párpados cerrados. Poco

a poco todo fue haciéndose más real al darme cuenta de que no conseguía levantarlos. Entreabrí más los labios. Tenía la garganta seca y me molestaba, necesitaba beber agua con urgencia.

—Gwen, ¿me oyes?

La misma voz, esta vez más clara y cercana.

—Izan… —conseguí decir con dificultad, agarrando la sábana con las manos. Lo hice con la intención de apretarlas, pero me fallaron las fuerzas y solo quedó en una caricia— ¿Qué me pasa? —Jadeé.

—Tranquilízate. No te fuerces. Kenan ha ido a avisar de que te has despertado.

Noté una caricia en la frente. ¿De sus labios? Sí, mi amigo acababa de darme un beso.

—¿Kenan? ¿Avisar a quién?

Me esforcé por abrir los ojos, puse todo mi empeño y energía en ello. Estaba muy descolocada, no entendía nada.

—Por fin —dijo Izan, cerca de mi cara.

Fue lo primero que vi, pero enseguida desvié la vista de él porque una vez que caí en la cuenta de cómo olía…

—Estoy en…

—Buenas tardes —dijo una voz que no reconocí y parpadeé varias veces para aclararme la visión.

La enfoqué en un hombre con una bata, la llevaba abierta. Sonreía hacia mí, en cambio la seriedad del que estaba a su lado contrastaba totalmente: Kenan.

—Me alegro de que estés de vuelta, Gwen —continuó hablando el hombre —. Soy el médico que te ha atendido, me llamo Alejandro.

—Hola, doctor. Gracias —dije con un hilo de voz, desorientada por completo.

—¿Cómo te encuentras? —Se acercó más.

Kenan se quedó a los pies de la cama, sin apartar la vista de mí. Izan no se movió de mi lado.

—Me cuesta mucho hablar —susurré.

—Es normal. Espera.

Acortó la distancia con la mesa alta que estaba junto a la cama y abrió un botellín de agua.

—Bebe despacio, a sorbos pequeños —me pidió colocándomela en los labios.

Lo hice mientras él controlaba la cantidad y me sujetaba de los hombros en una mejor posición.

—Por ahora ya está —dijo retirándola.

Me supo a muy poco, seguía teniendo muchísima sed. Me pasé la lengua por los labios resecos, esperando a que alguno de los tres volviera a hablar para que me explicaran qué narices me había pasado.

Ya me había hecho una idea, pero no hasta qué punto era de grave y quería saberlo todo, incluso cómo había llegado hasta aquí. Que Izan me hubiera traído tenía lógica y lo entendía, aunque no recordaba ver a mi amigo y su intervención. Pero ¿Kenan?

—¿Qué me ha pasado? —Me adelanté a preguntar, impaciente, mientras levantaba una mano. Tenía una vía colocada.

—¿Sientes dolor? —me preguntó el médico.

—No.

—Estupendo. Es por los calmantes —dijo sonriéndome de nuevo—. No quiero que aguantes, a la mínima que sientas molestias llama a las enfermeras, ¿de acuerdo?

—Vale —murmuré—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Faltan pocas horas para que completes las tres noches. Dos días completos —respondió y agrandé los ojos.

—¿Tres?

—Te hemos mantenido sedada para tenerte muy controlada las primeras cuarenta y ocho horas, así nos asegurábamos de que empezabas bien la recuperación. Esta mañana te han sacado de cuidados intensivos y te han subido a planta.

»Llegaste muy mal, inconsciente por la fiebre alta que tenías. Después de hacerte unas pruebas urgentes entraste al quirófano. Te intervine, tuve que abrirte la herida para solucionar el problema interno y limpiar la infección.

—¿Cómo puede ser? Empecé a encontrarme mal de repente, todo fue muy rápido —hablé desconcertada.

—Te fuiste demasiado pronto del hospital donde te operaron la primera vez. —Apoyó la cadera en la cama y cruzó los brazos. Sonó a reprimenda, pero su expresión continuó siendo simpática y agradable.

»Sabes que tu lesión era muy grave y que la reconstrucción fue complicada. Según tu historial tuvieron que reanimarte durante la operación porque sufriste una parada cardiaca.

»Todo eso, más la transfusión por la pérdida de sangre... Estabas muy débil y delicada, no tendrías que haber hecho tantos movimientos ni esfuerzos. Los recomendados atendida en el hospital sí, pero te equivocaste y te excediste al tomar la decisión de abandonar tan precipitadamente el hospital.

»El daño interno no fue en cuestión de horas como piensas, sino que empezó con bastante anterioridad. Por lo que me encontré al abrirte apostaría a que quizá fue al día siguiente de que dejaras el hospital. Es imposible saberlo con exactitud.

»Te montaste en un coche para hacer un viaje muy largo, que sí, me dirás que te has cuidado y que intestaste moverte lo justo y necesario, pero ese poco fue vital porque continuaste haciendo una vida normal que no tocaba, dentro de tus circunstancias.

»Hasta que todo se complicó y tu cuerpo no pudo soportarlo más. Empezaste a notar los síntomas de golpe, cuando ya era tarde para una solución rápida. Por lo que sé, la mañana que te trajeron a urgencias tuviste bastante actividad inesperada, pero solo hubiera hecho falta una mínima parte de ella para que empeoraras de una forma tan rápida. Llegaste al límite.

—Pero mi cuerpo no me advirtió —susurré tragando saliva—. Me encontraba bien días atrás, no notaba nada raro.

—El cuerpo humano es la máquina más precisa que existe, e incompresible en muchas ocasiones. Reacciona utilizando mecanismos de defensa para contrarrestar los daños. En esta ocasión nada te indicó que estabas empeorado, hasta que no comenzó a ser evidente al encontrarte mal.

»He tenido que volver a sellarte el daño interno, se había abierto. —Cerré los ojos—. Esta vez continuarás aquí hasta que yo lo crea oportuno, voy a tenerte controlada —asentí—. Has tenido mucha suerte, Gwen, te encontraron a tiempo. Tu cuerpo estaba colapsando.

—Gracias, doctor.

—No me las des, mi mejor recompensa es poder hablar contigo ahora. —Me hizo un guiño—. Hoy no te traerán comida, seguirán alimentándote por la vía. Mañana veremos cómo has evolucionado.

—De acuerdo.

—Puedes volver a beber agua, pero con moderación. Poco a poco. Todavía tienes los efectos de la sedación. Te notarás rara, pero es normal. Esta noche tu cuerpo terminará de expulsarla y mañana estarás completamente consciente.

—Vale —solté un suspiro.

—Te dejo descansar. Estaré aquí hasta las seis de la mañana que es cuando acaba mi turno. Después te dejo en buenas manos, hasta que regrese al final de la tarde. En ese momento vendré sabiendo cómo te has encontrado durante el día. Cualquier cosa que necesites solo tienes que pulsar ese botón. —Señaló uno que reposaba sobre la almohada.

Volví a darle las gracias, antes de que Alejandro se despidiera de los tres. Nos dejó solos. Yo todavía estaba asimilando mi situación y lo que representaba lo que me había sucedido.

Pasé la mirada de Izan a Kenan, mi amigo vio mi pregunta silenciosa y me dio la respuesta.

—Estamos en el hospital del pueblo de al lado. Relájate —me pidió y solté el aire despacio—. Mel es la única que sabe lo que ha pasado, ya le ha dicho a tu padre que te he llevado de sorpresa unos días de vacaciones.

»No tienes que preocuparte por nada más que en ponerte bien y recuperarte. Ya has oído al médico, esta vez no vas a irte sin que él te dé el alta. Tu padre está tranquilo, y cuando hables con él todo irá mejor.

—Gracias. —Presioné la mano con la que me sujetaba la mía.

—Estoy esperando a que estés perfectamente para cobrármelas todas. —Arqueó una ceja—. Has vuelto a quitarme una pizca de vida. —Sacudió la cabeza.

—Lo siento. —Hice una mueca—. Si lo hubiera sabido, si hubiera podido intuir algo… Diego me llamó y hablé con él, antes de perder el conocimiento. Pero no me acuerdo de nada más.

—Lo sé, he estado en contacto con él. Cuando descanses un poco también tendrás que llamarlo para tranquilizarlo del todo. Quiere escucharte a ti —asentí—. Voy un momento a por más agua —dijo mirando de reojo a Kenan.

—Vale. —En mis labios apareció una pequeña sonrisa, débil.

—No sabes cómo me alegro de tenerte de nuevo conmigo —susurró inclinado sobre mí—. Relájate —me pidió con la frente apoyada en la mía—. Esta vez sí que va a salir todo bien.

Me dio otro beso en la cabeza y salió de la habitación, dejándome a solas con Kenan. Al principio él no se movió del final de la cama. Aún tenía muchas preguntas por hacer y Kenan pareció interpretarme bien. Rodeó la cama para acercarse.

—Yo también me alegro de verte despierta, Gwen —dijo.

—Muchas gracias —murmuré.

Su semblante seguía siendo muy serio, no supe si estaba enfadado, molesto o preocupado. Por poco que nos conociéramos hay situaciones que alteran y que no son agradables de vivir.

—Desde que me has visto te estarás preguntando qué hago aquí —asentí, acomodando la cabeza girada hacia él cuando se sentó en una silla—. La tarde que te pasó encontré a Izan por casualidad a primera hora de la noche —continuó hablando. Su voz me calmaba.

»A mis amigos y a mí se nos había acabado el hielo y Sheila estaba empeñada en preparar unos cócteles después de cenar. Ese fue el motivo por el que salí de la casa, para buscarlo. Lógicamente al ser tan tarde me encontré con todas las tiendas cerradas, por lo que aproveché para dar un paseo por el pueblo, sin prisa.

»Callejeé sin rumbo fijo, hasta que sin esperarlo llegué hasta tu casa. Lo supe porque Izan estaba en tu puerta, llamándote. Así fue como empezó todo. Él me explicó que te había llamado varias veces y que no era habitual que no le respondieras. Estaba preocupado e inquieto al no saber nada de ti, después de haber descartado todas las posibilidades.

»No estabas en la taberna, ni en la casa de tu padre con tu hermana. Tampoco con Mel. Se acercó a tu casa para verte, pero no le abrías. Mirando de fuera hacia dentro, el interior de la casa parecía vacío. No había ni una señal de que estabas.

»Después de que me lo contara todo le pedí que volviera a llamarte y entre los dos, moviéndonos por el exterior, conseguimos escuchar el sonido

de tu móvil. Estaba claro que te encontrabas allí porque según Izan nunca sales sin el teléfono, por lo que no podía ser de otra forma.

»La única excepción que podía existir, con la que Izan no contó porque no estaba al tanto de nuestro encuentro de la mañana, era que estuvieras conmigo. Pero evidentemente no era el caso. Sobre esto último no le dije nada.

»Rompimos el cristal de la corredera del porche y entramos a la fuerza en tu casa. Te encontramos tirada en el suelo en tu habitación, inconsciente y ardiendo. Lo siguiente fue traerte corriendo hasta aquí en coche.

—Gracias, Kenan —murmuré, desbordada mientras lo asimilaba todo—. Y perdona, te has visto involucrado en esto y te he estropeado las vacaciones. Llevas aquí…

—Dos días y casi tres noches, sí. No nos hemos movido del hospital. —Se pasó las manos por el pelo—. No me des las gracias por ayudarte —me pidió y apretó la mandíbula.

—Igualmente lo hago, yo… —Tragué saliva—. Tengo que llamar a mi padre. —Cerré los ojos, muy cansada.

—Es mejor que esperes un poco. —Los entreabrí—. Izan ya te ha dicho que cree que estás disfrutando de unos días de vacaciones con él, no está preocupado. Pero lo estará si lo llamas ahora. Notará en tu voz que te pasa algo.

—Sí, tienes razón. Quizá mañana —solté un suspiro.

—Quien sí está esperando hablar contigo es tu amiga, no ha parada de llamar a Izan.

Y Diego, añadí a la lista.

—Lo haré en cuanto regrese Izan.

Daba por hecho que no tenían mi móvil y Kenan me lo confirmó al asentir.

—Yo… —No supe muy bien qué más decir.

—Te dije que en un momento u otro me iba a enterar. —Sacó el tema de la herida que le había ocultado conscientemente hasta el último momento e hice una mueca—. Me hubiese encantado que fuera de otra forma, pero… entiendo por qué lo hiciste —añadió—. ¿Quieres un poco más de agua?

—Por favor —dije con la voz ronca.

Se incorporó de la silla y cogió el botellín. Se acercó a mí para ofrecérmelo y para ayudarme a que no hiciera fuerza. Me levantó la cabeza, aguantando con su brazo el peso de mis hombros, y me lo colocó en los labios. Bebí tal y como me había pedido el médico, a sorbos muy pequeños y poca cantidad, a pesar de las ganas que tenía de vaciarlo entero.

—¿Te vas a dejar cuidar? —me preguntó en tono muy bajo.

No se separó de mí, se mantuvo en esa especie de abrazo inclinado sobre mí. Olía tan bien, su cercanía era tan buena y reconfortante, y sus ojos… volví a quedarme atontada observándolos tan cerca.

—No me queda más remedio —susurré.

—Lo que tienes no es una tontería, Gwen. Tienes que tomártelo muy en serio. —Entrecerró los ojos—. Ya has visto a tu familia y has estado como querías con tu hermana pequeña.

»Te esforzaste por hacerlo, saltándote todas las recomendaciones y la lógica. Volverás con ellos en cuanto te recuperes. Ahora es tu turno, el que tendría que haber sido el principal y más importante desde el inicio.

—Sí —fue lo poco que pude decir—. Pero no hace falta que os quedéis todo el tiempo conmigo, podéis volver al pueblo y…

—No vamos a movernos de aquí —me interrumpió—. Al menos yo. Y no hace falta que le preguntemos a Izan, ¿no?

—No se irá —murmuré.

—Pues eso. Ahórrate el esfuerzo de insistir.

—Pero tus vacaciones y tus amigos…

—Las prioridades una a una y en el orden correcto —dijo acariciándome la mejilla.

—¿Ya tienes el coche?

—No, vinimos con el tuyo. No quisimos perder más tiempo para que Izan fuese a buscar el suyo a su casa. El mío todavía está en el taller, Mario continúa arreglando la avería. Está esperando a que le lleguen unas piezas.

—Vale. —Cerré los ojos porque me pesaban mucho los párpados.

Quería continuar mirando a Kenan y esperar a que volviera Izan porque necesitaba hablar más con él, pero por más que quise abrir los ojos de nuevo no lo conseguí. Noté cómo Kenan me dejaba con cuidado en la cama y cómo se apartó despacio. Perdí el calor de su cuerpo y de su presencia, pero antes de alejarse del todo me dio un beso en la cabeza. Ni por esas pude espabilarme, había agotado todas las fuerzas.

Empecé a adormecerme por la medicación, pero fui muy consciente de que Kenan continuaba a mi lado.

Estaba sorprendida de cómo se había dado todo, de cómo se había liado… mi cuerpo llevaba días luchando sin que me hubiese enterado. No salía del asombro de lo que había hecho Kenan para ayudar a Izan, pero, sobre todo, a mí. Y su empeño en no irse, en mantenerse junto a mí, poniéndome por encima de todo lo demás…

Antes de caer en un sueño profundo, lo último que sentí fueron sus caricias en una mano. Quise devolvérselas, aferrarme a ese contacto, pero me fue imposible. Mi cuerpo ya no reaccionó.

Capítulo 23



Kenan

Me sequé el cuerpo y salí de la bañera, enrollándome la toalla en la cintura. Frente al espejo, me pasé las manos por el pelo, varias veces, para darle forma. Ya me había retirado el exceso de agua y tal y como me lo dejé, así saldría a la calle.

Fui a la habitación, directamente a la cama, donde había dejado un pantalón cómodo y una camiseta de manga corta. Después de ponerme el bóxer, me vestí y me calcé. Me acerqué a la mesita de noche para coger el móvil y comprobé que no tenía ningún mensaje ni llamada.

Habían pasado seis días desde que Gwen despertó en la habitación del hospital, los mismos días que Izan y yo llevábamos en el pueblo al que vinimos. Esa noche, en la que Gwen abrió los ojos, ninguno de los dos nos movimos de su lado.

Al día siguiente decidimos reservar dos habitaciones en el hotel más cercano al hospital. Ahora mismo estaba en la mía, eran las ocho y media de la mañana. Hoy era el gran día, después de los ocho que Gwen llevaba ingresada, por fin le daban el alta.

Como el médico que la había llevado entraba a trabajar a última hora de la tarde, para cubrir el turno de la noche, lo había dejado todo preparado para que pudiera irse, después de la visita de su compañero que trabajaba durante el día. Cuando Alejandro se despidió de nosotros nos dijo que no había prisa para que nos fuéramos del hospital.

La recuperación de Gwen iba muy bien, todos estábamos satisfechos y contentos de sus avances. Los resultados de las pruebas que le habían ido haciendo eran normales, y según palabras de las enfermeras que le hacían las curas, la cicatriz y los puntos estaban geniales.

Las supuestas vacaciones de ella y de Izan habían llegado a su fin, hoy regresábamos todos a nuestras casas, la mía provisional.

El padre de Gwen no había sospechado nada. En cuanto ella se recompuso un poco lo llamó animada, reflejando en su voz la felicidad que sentía. Su padre lo interpretó como que le estaban sentando muy bien los días con Izan, cuando Gwen solo dejó ver la satisfacción de que iba avanzando bien en su recuperación.

Con su hermana también había hablado, al igual que con su amiga Mel y su jefe. Todo estaba bajo control y en orden, con todas las personas relacionadas con Gwen tranquilas y satisfechas, cada uno según la verdad que conocía.

Cuando hablé con mis amigos, para ponerlos al tanto de lo que había sucedido, no pasó mucho tiempo en que Dago vino a traernos ropa de repuesto a Izan y a mí, así como los cargadores de los móviles. Quedamos con él en una cafetería del centro, a la que llegó acompañado por Mel.

La intervención de ella fue muy necesaria porque Mel se encargó de ir a la casa de Izan y a la de Gwen, a por todo lo que su amigo necesitaba y para que Gwen tuviese ropa el día que le dieran el alta en el hospital. Lo hizo con Dago y cuando terminaron, ambos se montaron en el coche de ella para venir hasta aquí. Aparte Mel tenía muchísimas ganas de ver a Gwen, las llamadas a Izan habían sido constantes para mantenerse informada.

El encuentro de las amigas estuvo cargado de emociones, sirvió para que Mel terminara de tranquilizarse al comprobar por sí misma que la recuperación de Gwen iba muy bien.

Aquel día que vinieron lo pasaron con nosotros, hasta que se fueron a última hora, rozando la noche. Estuvimos todo el tiempo que pudimos haciéndole compañía a Gwen, saltándonos la norma de la cantidad de

personas que podían estar juntas en una habitación. Hicieron la vista gorda y nos lo permitieron. Izan y yo comimos y cenamos con ellos por el pueblo.

Ese es un breve resumen de cómo habían ido los días por aquí, los que estaban a punto de llegar a su fin.

Guardé en la mochila la poca ropa que tenía fuera y cuando cerré la cremallera, desbloqueé el teléfono para entrar en la aplicación de mensajes. Le escribí a Izan, teníamos los números de teléfono del otro desde hacía tiempo.

Kenan: *Ya estoy preparado. Bajo a la recepción a pagar y te espero fuera del hotel para ir a desayunar.*

Con el móvil en la mano y la mochila colgada al hombro, dejé la habitación definitivamente. Estaba bajando por la escalera cuando me llegó su respuesta.

Izan: *En cinco minutos estoy. Ni se te ocurra pagar la cuenta. Espérame.*

Kenan: *Vas tarde. Olvídate de las amenazas, voy a pagar yo y punto.*

Me guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón, ignorando sus siguientes mensajes. Con una sonrisa de medio lado, llegué a la planta principal y fui directo a la recepción.

Saludé a la chica que estaba al otro lado del mostrador y le di mi llave. Me preparó la factura y le pagué la estancia de las dos habitaciones, comentándole que mi amigo bajaría enseguida.

Al terminar, salí del hotel para esperar a Izan en la calle. Me apoyé en la fachada, entreteniéndome en el ir y venir de las personas que caminaban por la acera. Me sentía mucho más animado que días atrás, lo que se debía a que Gwen por fin dejaría el hospital en pocas horas y que volvería a encontrarme con todos mis amigos.

Primero, Izan y yo iríamos a desayunar, después nos desplazaríamos con el coche de Gwen para ir a por ella. No teníamos la intención de retrasarnos

mucho, aunque tampoco había prisa porque las enfermeras ya nos advirtieron de que hasta que no pasara a hacer la ronda el médico del turno de mañana, Gwen tendría que esperar.

Ella todavía estaba dolorida, pero su aspecto había mejorado mucho y en cuanto se sintiera libre, la diferencia sería más notable. Los hospitales no le sientan bien a nadie.

Su fuerza de voluntad por recuperarse había sido un gran factor para que lo consiguiera más rápido. Ya llevaba días dando paseos por los pasillos de la planta, erguida y sin rastro de dolor de la cara, siempre y cuando tuviese cuidado.

La vuelta a su vida normal iba a ser sencilla, pero todavía le quedaba para la recuperación completa. En otra semana más tendría que regresar para que le quitaran los puntos, porque Gwen continuaba negándose a hacerlo en el pueblo en el que vivía.

En algún momento debía enfrentar lo de su herida hacia su familia y con el resto de sus amigos, aunque si se lo proponía podía pasar mucho tiempo, si no le mostraba la cicatriz a nadie. La tenía en una zona en la que podía disimularla, eso le daba margen para llevarlo a cabo cuando se sintiera preparada.

Yo no había hecho preguntas al respecto, me refiero a cómo terminó con una cicatriz tan grande, de más de un palmo de largo. Ni ella ni Izan me habían comentado cómo se la hizo, motivo por el que no había insistido para escucharlos hablar del tema.

—Ya estoy.

Giré la cabeza hacia Izan y asentí, separándome de la fachada.

—Gracias, Kenan.

—¿Por qué? —Arqueé una ceja.

—Joder, por pagar el hotel —negó.

—No ha sido nada. —Sonreí de medio lado.

—No pienso igual. —Imitó mi gesto—. Aunque después de todo lo que has hecho, esto es lo de menos.

—Anda, vamos a desayunar para ir con Gwen a esperar que la dejen salir.

—Sí. Estoy deseando verla en la calle de nuevo —dijo serio.

—Falta poco. —Le di una palmada en el hombro.

Lo primero que hicimos fue ir hasta el coche de Gwen para dejar las mochilas, lo segundo caminar por las calles, yendo directos a la cafetería en la que habíamos desayunado cada mañana desde que nos hospedábamos en el hotel. A pesar de que en la estancia nos entraba el desayunado, tanto Izan como yo preferimos desde el principio estar al aire libre.

Ocupamos una mesa de la terraza y pedimos dos desayunos completos, para empezar con fuerza. El día lo merecía.

—¿Cuándo lleguemos al pueblo vas a continuar viéndote con Gwen?

Su pregunta me dejó con la taza a medio camino de llevármela a la boca. Arqueé una ceja. En los días que llevábamos juntos habíamos estrechado nuestra relación, pero hasta este instante ese tema nunca había salido en nuestras conversaciones.

—El pueblo es grande, pero no tanto como para no coincidir. —Le di una respuesta ambigua.

—Vamos, ya sabes a lo que me refiero. —Sacudió la cabeza.

—¿Me estás preguntando si voy a tener algo con Gwen? —Quise saber antes de beber un sorbo de café, sin apartar la vista de él—. ¿Qué tipo de pregunta es esa? —Dejé la taza en la mesa.

—La de un amigo que se preocupa.

—¿Ahora soy un problema? —Tamborileé los dedos en la mesa, recostando la espalda en la silla.

—No, joder. —Bufó, divertido—. He empezado mal. No te considero un problema, y menos después de todo lo que has hecho por Gwen y cómo has actuado con ella —negó—. Es solo que quiero saber tus intenciones.

—Antes de lo que le pasó, ya tuvimos algo, ¿te sirve como respuesta?

—Lo daba por hecho. —Sonrió de medio lado.

—No tengo la intención de privarme de lo que quiero, Izan. Tal vez debería, pero…

—¿Por qué? —Frunció el ceño.

—Cosas mías, a veces me cuesta dejarme llevar —respondí, meditando mis palabras—. Pero parece que con Gwen no tengo ese problema, siempre que la tengo cerca acabo contradiciéndome.

—¿Y qué problema hay con eso? No lo pillo.

—Ninguno. Supongo. —Cogí la tostada y me la llevé a la boca para darle el primer bocado.

—He visto cómo os miráis, cómo os buscáis con los ojos… —Hizo una pausa—. No sé hasta qué punto estás implicado en lo que tienes con Gwen, pero me hago una idea, por los ocho días que llevas aquí alejado de tus amigos.

—Creo que lo mejor es dejarse llevar con lo que surja —comenté pensativo—. No tiene sentido ocultar que me gusta Gwen y que me atrae. Cuando aparece donde estoy, es como si solo existiera ella a mi alrededor.

»No puedo decirte nada más claro, porque yo mismo estoy muy perdido con la situación. Como te he dicho pasó algo entre nosotros, pero ni siquiera hemos hablado sobre ello. Gwen puede tener un pensamiento muy diferente y…

—Bueno, no te agobies —me pidió—. No era mi intención. Tienes razón, ya se verá como avanza todo entre vosotros —asintió—. Solo quería saber tu punto de vista. Vamos a desayunar con calma. —Me sonrió.

—También podemos hablar de mi amiga Sheila mientras comemos. —Escondí la sonrisa detrás de la taza—. No soy el único al que se le van los ojos. Te recuerdo que también os he visto interactuar varias veces. —Arqueé una ceja.

—No hace falta que saques ese tema. —Puso los ojos en blanco y reí.

—Has empezado tú. Estás en la misma situación que yo, ¿no?

—Más o menos. —Cogió aire.

—Cuesta resistirse, ¿eh?

—Ya te digo. —Bufó y volví a reír—. Sinceramente, si sucede algo entre nosotros será genial. No voy a rechazarlo ni a oponerme, pero de ahí a que yo busque algo más… No me malinterpretes, no quiero hacerle daño. Lo que he dicho se daría siempre y cuando ella sea de mí mismo pensamiento. Por mi trabajo y mi rutina me es difícil compaginar otros aspectos de mi vida.

—Lo entiendo —asentí—. Pero a veces esos otros aspectos se superponen a todo lo demás y ni siquiera lo vemos venir. Llegará el día en el que cambies de opinión modificando tus prioridades, o dándole espacio a otras.

—Tal vez. No me lo he planteado.

—Todo es empezar.

—Te devuelvo las palabras. —Sonrió de medio lado.

—Ahora sí que se terminó el tema de conversación —dije tajante.

Nos miramos serios y soltamos una carcajada. Me gustaba la amistad y la complicidad que había ido naciendo entre nosotros. Nos había unido la

misma persona, pero no tenía dudas de que con Izan podría seguir teniendo contacto, pasara lo que pasara con Gwen.

Continuamos comiendo, hasta que hicimos desaparecer toda la comida y la bebida. Izan se adelantó a pagar con la excusa de ir al baño antes de irnos. Cuando regresó, nos fuimos de la terraza de la cafetería, para ir hasta el coche.

El trayecto al hospital lo hicimos en pocos minutos. Izan estacionó en el aparcamiento y accedimos al edificio, en el que subimos en el ascensor hasta la tercera planta donde estaba la habitación de Gwen.

La encontramos sentada en el lateral de la cama, vestida y preparada para irse. En cuanto nos vio, sus labios dibujaron en su expresión una sonrisa preciosa.

—Alguien tiene prisa por irse —comentó Izan, divertido.

—No veo el momento de que me den la libertad —dijo ella, riendo.

—A partir de ahora todo será más fácil. —Le hizo un guiño Izan, antes de abrazarla.

—¿Cómo has pasado la noche? —Me interesé, poniéndome frente a ellos.

—Bien, pero estoy deseando dormir en mi cama.

—Suri, te hará un pequeño interrogatorio para que le expliques con muchos detalles dónde hemos estado, ¿has pensado en algo? —le preguntó Izan.

En todas las conversaciones que había mantenido con su hermana, al igual que con su padre, en ninguna de ellas Gwen sacó el tema de donde supuestamente se encontraba. Solo les dijo al principio que estaba en un hotel precioso que tenía una piscina infinita, que Izan había acertado con la sorpresa, como siempre.

—Hoy no la veré, no saldré. Cuando esté en casa llamaré a mi padre para decírselo, pero quiero estar tranquila y tomármelo con calma. La verdad es que no he pensado en nada, pero tengo tiempo. Aunque también podéis darme ideas. —Nos miró a los dos.

—En el camino de regreso podéis poneros de acuerdo —sugerí.

—Vale —dijo mirándome fijamente.

Tuvimos que esperar un poco más de media hora para que el médico del turno de mañana entrara en la habitación. Después de facilitarle a Gwen la documentación del ingreso, de comentarle los cuidados que debía continuar teniendo, y de darle varias recetas, nos despedimos de él.

La cara de felicidad de ella en cuanto pisó la calle fue para enmarcarla, lástima que no me paré a sacarle una fotografía para el recuerdo.

Capítulo 24



Gwen

Dos semanas habían pasado desde que me dieron el alta en el hospital. Hacía una que me quitaron los puntos y que estaba libre y perfectamente.

La incomodidad, la angustia y el dolor se habían convertido en una paz increíble. Lo había conseguido, después de pasar dos veces por quirófano y de todas las complicaciones.

Todavía evitaba hacer esfuerzos y cargarme con peso para no arriesgar lo que ya había recorrido, para cuidar la cicatrización interna. Pero por lo demás, me encontraba genial, con fuerza y energía. Había recuperado del todo la normalidad.

La cicatriz tardaría en perder el color rosado, pero ya me había acostumbrado a que formara parte de mí.

Eran las once y media de la mañana, iba caminando por las calles, saludando a los vecinos que me encontraba según avanzaba. Mi destino era la taberna, quería pasar un rato allí, con Ezra, Maddi y mi padre. Suri hoy estaba ocupada, se fue el día anterior a la casa de una amiga para pasar la noche, y según me contó, hoy también iban a estar juntas.

Yo venía de la casa de mis abuelos, les había hecho una visita improvisada y al final habíamos terminado desayunando los tres en la cocina.

A pesar del tiempo que había pasado, Kenan y sus amigos continuaban en el pueblo. La verdad es que desde que regresamos del hospital, nuestras interacciones no habían sido como me esperaba. Habíamos coincidido algunas veces por separado. El saludo y la pregunta de cómo me encontraba no habían faltado, pero poco más.

En otras ocasiones nos vimos en grupo, rodeados de nuestros amigos. Las risas y el buen ambiente habían predominado, al igual que los cruces de miradas. Hasta ahí, no se había dado ningún acercamiento más entre nosotros, ni siquiera para tener una conversación más personal. Sinceramente, estaba muy desconcertada.

Notaba la intensidad de cómo me miraba, pero era como si Kenan estuviera conteniéndose, y yo no había dado un paso hacia delante para cambiar las cosas entre los dos. Quizá era lo mejor, suponía que no tardaría en irse porque sus vacaciones no eran indefinidas.

Así que, por mucho que me fastidiara no volver a sentir el calor de su cuerpo, ni la sensación de sus manos y sus labios sobre los míos, había terminado aceptando que él no quería nada más conmigo. A lo mejor, ahora que nos conocíamos un poquito más, porque las malas experiencias unen, ya no le interesaba.

Aunque por muy racional que pensara, por mucha lógica que quisiera ponerle, algo se me escapaba con él. Intentaba no darle vueltas para no agobiarme en las ocasiones en las que estábamos cerca, pero se me hacía muy cuesta arriba. Era muy complicado sacarme de la cabeza lo que sucedió entre nosotros en el río y posteriormente en el regreso por el bosque.

Deseaba que volviera a suceder, pero por ese mismo deseo, al ser tan grande y sobrepasarme en algunos momentos, concentraba todos mis esfuerzos y mi voluntad en marcar las distancias con Kenan. Aunque ya os digo que tampoco tenía que esmerarme mucho porque él se encargaba de que se me quitaran las ganas por su desinterés.

Cuando me faltaban unos metros para llegar a la taberna, sonreí, al cambiar de idea. Decidí pasarme por el hotel antes. Abel llevaba unos días trabajando

en la recepción, solo por las mañanas, a pesar de que Sandra, la recepcionista desde hacía varios años, todavía no había dejado el puesto.

Le estaba enseñando todo lo que sabía a Abel porque al final había decidido irse antes de finalizar el mes que le comentó a mi padre. Sandra quería disfrutar del resto del verano, antes de empezar con fuerza el nuevo curso académico. Y como ya tenía sustituto, pues todo había encajado.

Empujé la puerta principal del hotel y amplié la sonrisa en cuanto los vi a los dos concentrados mirando la pantalla del ordenador.

—¿Molesto? —les pregunté apoyándome en el mostrador.

—Gwen —dijo Abel, con alegría.

Volvía a ser él en todo su esplendor. Atrás quedó la tristeza y el malestar, desde que supo la noticia de que mi padre quería contratarlo.

—Hola. —Le sonreí.

—Tú nunca molestas —me dijo Sandra, con un guiño.

—Gracias, guapa. —Le devolví el gesto—. ¿Cómo lo lleváis?

—Ahora mismo de cabeza los dos. —Rio Sandra.

—¿Y eso? —Arqueé una ceja.

—No hace ni cuatro días que cambiaron el programa interno. Yo todavía me estoy adaptando. Me gustaría facilitárselo más a Abel, pero ni yo misma me aclaro —dijo divertida.

—¿Ha sido idea de mi padre? —dije sorprendida.

Me respondí a mí misma con un: imposible. Con lo reacio que era para todo tipo de tecnología, y con lo que le costó adaptarse al programa del hotel, para saber hacer reservas y los registros de los clientes si era necesario,

dudaba mucho que él hubiese tenido algo que ver con la idea de cambiar el programa interno.

—No —respondió Sandra, mirando de reojo hacia su derecha.

Seguí la dirección de sus ojos que me llevaron directamente hacia el pasillo donde estaban los despachos. Había dos, el de mi padre, que casi nunca utilizaba, y el de Amelia, la señora mayor que compartía la propiedad del hotel con mi padre. Él era el dueño del 80%, ella del veinte restante.

—¿De Amelia? —pregunté porque no me cuadraba.

—Sí —asintió Sandra—. Pero por lo que sé ha sido idea de su hija.

—Mmm… —dije pensativa— Hace mucho que no escucho hablar de ella.

—Por lo visto ha venido este verano de vacaciones al pueblo. Estará unos días.

—Vive en Londres, ¿no?

—Hasta donde yo conozco, sí —me confirmó Sandra.

—Esto parece un culebrón —soltó Abel y las dos lo miramos, para después reírnos los tres.

—¿Por qué?

—Porque creo que tu padre todavía no sabe nada del cambio —dijo mi amigo y elevé las dos cejas.

Miré a Sandra, solo con eso tuve la respuesta de que era verdad. Se había ruborizado.

—¿No habéis informado a mi padre de que se ha cambiado el programa?

—Yo no quiero tener problemas antes de tiempo, ¿eh? —habló Abel, mirando a Sandra— Que llevo pocos días aquí y no estoy al cien por cien

todavía. Me he enterado hoy de que Alonso desconoce el cambio.

—Me parece muy raro que Amelia no haya hablado con él para tomar esa decisión, y más al ser algo que afecta al hotel directamente.

—Tu padre tiene la última palabra porque es el dueño mayoritario, pero creo que Amelia iba a decírselo. No sé si ya lo habrá hecho, me dijo que sería pronto. La mujer ha querido ayudar a su hija porque ella es la que vende el programa. Por lo visto, lo diseña y lo comercializa.

—Bueno —carraspeé—, ya os apañaréis con él. Si necesitáis mi ayuda para calmarle los ánimos, llamadme y vendré lo más pronto posible. —Les hice un guiño.

—Esto no puede salir bien de ninguna de las maneras —negó Abel.

—No seas tan pesimista. —Rio Sandra—. Además, tenemos que reconocer que el cambio ha sido para mejor, aunque nos esté costando cogerle el truco al programa. Es más inteligente y facilita mucho el trabajo.

—Si es para mejorar, está bien —comenté.

—No sé yo si tu padre pensará lo mismo. —Puso los ojos en blanco, Abel —. Te recuerdo que lleva un móvil encima de adorno, solo lo utiliza en contadas ocasiones para llamadas importantes, como las que te hace a ti.

—Que no cunda el pánico —hablé frunciendo los labios, conteniéndome para no reír—. Eso sí, yo de vosotros se lo diría pronto, si no lo hace Amelia. Más que nada porque mi padre necesitará la ayuda de ambos para enterarse de cómo funciona. Y no será rápido —negué—. Os deseo suerte.

—Muy graciosa. —Bufó Abel.

—Pues seremos tres aprendiendo, porque no veas… —Hizo una mueca, Sandra.

—Os dejo para que sigáis peleándoos con la tecnología. —Señalé hacia la pantalla del ordenador con la cabeza—. Voy a la taberna.

—Por Dios, no le adelantes nada a tu padre. —Jadeó Abel—. Hace un rato que se ha pasado por aquí y no estaba de muy buen humor. —Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Qué le pasaba?

—No le hemos preguntado —contestó Sandra.

—Vale. Sí. —Sacudí la cabeza porque había sido una pregunta tonta—. Voy a ver qué tal está. Y no preocuparos, por mí no sabrá nada. Sé en qué batallas tengo que meterme. —Reí, antes de moverme para caminar hasta la puerta.

—¡A ver si le contagias un poco de alegría! —Alzó la voz Abel y levanté el pulgar, mirándolo con diversión.

Salí del hotel y recorrí la poca distancia que había de separación con la taberna. Al abrir la puerta, me recibió uno de los olores característicos que reconocía como hogar. En la barra estaba Maddi y me acerqué a saludarla.

—Gwen, ¡hola! —dijo animada.

—Hola, preciosa. —Le sonreí mientras rodeaba la barra.

Nos dimos un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Cómo va el día? —le pregunté.

—Tranquilo.

—¿Y Ezra?

—En el almacén. Hace unos minutos han traído un pedido de bebida.

—Ah, está liado.

—Bastante. Yo me he librado esta vez. —Reímos.

—¿Mi padre está en el despacho?

—Sí. He entrado más tarde y desde que he llegado no lo he visto.

—Vale, voy a verlo. Después saludaré a Ezra y me iré, quiero ir a comprar al supermercado un par de cosas que necesito.

—De acuerdo. ¿Esta tarde vendrás con Izan y Mel?

—No lo sé, todavía no hemos hablado.

Le hice un guiño y me dirigí al pasillo. Me paré frente a la puerta del despacho y la golpeé con los nudillos, al mismo tiempo que abría y daba un paso dentro.

—Sabía que eras tú —dijo mi padre. Me sonrió mientras se levantaba de la silla y venía hacia mí—. Eres la única que se molesta en picar para no esperar respuesta.

—Voy a tener que cambiar de estrategia —hablé divertida—. Hola, papá. —Lo abracé con fuerza.

—Hola, cariño. —Me dio un beso en la cabeza, reteniéndome contra él.

—¿Estás muy liado?

—Estaba revisando unas facturas, pero pueden esperar. ¿No habrás venido a ponerte a trabajar? —Arqueó una ceja cuando nos separamos y me reí.

—No, por unos días más, continúo de vacaciones completas. —Le hice un guiño—. He salido de casa para dar un paseo y para venir a verte, pero en el camino me ha dado tiempo a ir a la casa de los abuelos y a desayunar con ellos. También me he pasado por el hotel para saludar a Abel y a Sandra, vengo de allí.

—Te ha cundido. —Se sentó en el filo de la mesa y se cruzó de brazos.

—Bastante. Y cuando me vaya de aquí voy al supermercado a por unas cosas. Es todo lo que pienso hacer hoy, tengo en mente estar de la piscina a la hamaca. Todavía no sé si quedaré por la tarde o la noche con Izan y Mel.

—No tardarás mucho en saber de ellos. Es un buen plan. Continúa así, te sentaron muy bien los días que estuviste fuera con Izan.

—Sí. —Le sonreí, colocando una mano en su antebrazo.

No me gustaba mentirle a mi padre, pero aún no había encontrado el momento para comentarle lo de mi herida. Aunque igualmente no le diría que recaí y que los días que me fui no fueron para disfrutar. Iba a darle la mínima información. Tampoco le confesaría la realidad de lo que me sucedió, solo tenía que encontrar la excusa de un daño por el que me operaron.

Mejor pasar por encima de todo, lo último que quería era preocuparlo. Ya no tenía sentido, por esa parte me alegraba que se enterara el último, porque así no sufría.

—¿Cómo llevas tú el día? —Me interesé, mirándolo de reojo.

—Como otro cualquiera.

Analicé su contestación, su tono de voz y su expresión. Tenía muy presente lo que me había dicho Abel, del estado de ánimo de mi padre.

—Papá, ¿no te vendría bien desconectar un poco de todo? Tú también necesitas descansar.

—¿A qué viene eso? —Me miró con curiosidad.

—No sé, es una idea. —Me coloqué a su lado, sentada en el filo de la mesa —. Solo paras lo justo y necesario. Siempre estás aquí, de lunes a domingo, intercalándolo con el hotel.

—¿Y qué quieres que haga si me tomo tiempo libre?

Le sonreí con cariño al verlo tan desubicado, y eso que solo lo estábamos hablando.

—Mmm… salir a pasártelo bien con tus amigos, quedarte en casa y disfrutar de la piscina y el relax, leer, ver películas, pasar tiempo con Suri y conmigo… las opciones son infinitas, tantas como tú quieras —lo animé.

—No necesito nada de eso, cariño. Si quiero una mañana, o una tarde, o incluso un día entero, me lo cojo y ya está. Pero más es innecesario. Lo que has dicho está muy bien, pero sabes que después de unas horas no sabría qué hacer con tanto tiempo libre —negó.

—Me gustaría verte disfrutar de vez en cuando. Papá, eres joven.

—Claro, ahora va a resultar que he vuelto a la adolescencia. —Arqueó una ceja y me reí.

—Estoy hablando en serio.

—Y yo. —Puse los ojos en blanco.

—Centras tu vida en Suri, en mí y en tus trabajos.

—Tú lo has dicho, todo lo que has mencionado es mi vida. —Le sonreí con cariño—. No necesito nada más.

—No estoy de acuerdo.

—¿Vamos a empezar a discutir?

—Estamos intercambiando opiniones —dije divertida.

—Las que nos llevan siempre a lo mismo —negó.

—Te noto un poco cabizbajo.

—Estoy bien, hija.

—¿Seguro?

—Deja de preocuparte por mí. ¿Tengo que recordarte que yo soy tu padre y ese papel me pertenece?

—Como si una hija no pudiera preocuparse por su padre… —Me reí.

—Sí, y me honra que seas así. —Me acarició la mejilla—. Pero te lo digo en serio, todo está bien.

—De acuerdo —solté un suspiro—. Echo de menos nuestras conversaciones en el porche.

—Cuando quieras. Puedo sacar tiempo. —Me hizo un guiño.

—Me lo apunto —asentí.

—He hablado con tu hermana hace unos minutos.

—¿Qué tal se lo está pasando?

—Estaba afónica y casi sin dormir, con eso te lo digo todo. —Reímos.

—¿Necesitas que me quede esta noche con ella hasta que llegues?

—No. Ni hablar. Tú haz tus planes. Inés ya está avisada, hemos quedado en que cuando vaya a recoger a Suri la llamaré.

—Vale, como quieras.

—Venga, vete y continúa con lo que tienes en mente. Ve a comprar, antes de que haga más calor, y date un buen baño en la piscina.

Se incorporó e hice lo mismo. Nos abrazamos y nos dimos un beso como despedida, aunque le dije que seguramente nos volveríamos a ver por la noche aquí. Eso, si quedaba con mis amigos.

Salí del despacho sin notar nada extraño en mi padre, más allá de lo que era habitual algunos días. Quizá cuando fue al hotel estaba un poco agobiado y al exteriorizarlo fue lo que notaron Sandra y Abel. No le di importancia. Fui al almacén a saludar a mi amigo Ezra y estuve hablando un rato con él, distrayéndolo del trabajo.

Me fui de la taberna después de despedirme de Maddi y de los clientes que había, para tomar el camino que me llevaba hasta el supermercado más cercano. No iba a cargar con mucho, por lo que me daba igual comprar ya, aunque estuviera un poco lejos de mi casa.

Capítulo 25



—Joder, ¡qué calor! —me quejé empujando la puerta de mi casa.

Estaba sudando, agobiada. Ni siquiera daba una tregua ir por la sombra. Estar en la calle a estas horas, sin aire acondicionado o con agua cerca, era un suplicio.

Me dirigí a la cocina, donde dejé la bolsa que llevaba sobre la encimera. Saqué la caja de las cápsulas de café, un brik de leche, unas galletitas que siempre me gustaba tener porque a mi hermana le encantaban, y unos aguacates. Era todo lo que había comprado y guardé cada cosa en su lugar.

Llené un vaso de agua y me lo bebí entero, antes de ir hacia mi habitación. Al pasar por el salón, encendí el aire acondicionado, dispuesta a hacer lo mismo en la planta superior. Fui al pasillo, con la idea de quitarme la ropa cuanto antes para ponerme un bikini. Estaba sola, no iba a tener visitas inesperadas como la de mi padre, mi hermana o mis abuelos, así que no pasaba nada por dejar al aire la cicatriz.

Me paré de golpe al inicio del pasillo y retrocedí caminando varios pasos hacia atrás. Miré hacia el interior de la primera habitación en la que solía trabajar. Era un despacho y biblioteca, ambos estaban fusionados en un espacio en el que me encantaba estar. Más para leer y reorganizar todos los libros que tenía en las estanterías, lo que hacía muy a menudo, cada vez que se me antojaba.

El trabajo no se siente tan bien. No se puede comparar la diversión, el placer y el entretenimiento que suponía para mí la lectura y estar rodeada de

libros, con la obligación y la responsabilidad de concentrarse en el trabajo.

Precisamente, en esa estancia que mimaba mucho, me llamó algo la atención. Me giré hacia la puerta abierta y apoyé las manos a los lados del marco, con la vista fija en la ventana. Habría pasado de largo, sino fuese por el movimiento de la cortina por el aire.

Fruncí el ceño, pensando en qué momento había abierto la ventana. Lo que estaba claro es que no me acordaba de no haberla cerrado, lo que ya era raro de por sí. Entré para acercarme, mirando hacia todos los lados.

Cada cosa estaba en su lugar, lo sabía porque era muy meticulosa, y más en esta habitación. Me gustaba el orden, pero aquí lo superaba. La mesa solo la ocupaba el portátil con la pantalla bajada, todo lo demás estaba recogido, guardado en los cajones. Eché un vistazo rápido a las estanterías, comprobando que la disposición de todos los libros era la correcta. Sí, me la sabía de memoria y más siendo yo la que los ordenaba.

Llegué hasta la ventana y observé con atención y de cerca, durante unos segundos, la hoja abierta. Estaba deslizada un par de dedos, pero no tendría que estar así. La moví despacio y le di varios tirones, comprobando que encajaba bien en el cierre y que se había quedado asegurada.

Aparté la cortina y dirigí la vista al jardín, el que me paré a mirar bastante rato. Mientras tanto, busqué en mi memoria la última vez que entré en esta habitación y estuve más de unos segundos. Repasé entre los recuerdos haber abierto la ventana, incluso en los que había pasado por el pasillo y la vista se me había ido hacia el interior, donde me encontraba. Por más que rebusqué, no encontré lo que necesitaba saber.

La vez anterior que estuve aquí fue hacía dos días, para coger un libro que empecé a leerme en el jardín, a la sombra de uno de los árboles que estaba próximo a la piscina. Entré y salí, yendo directamente a la lectura que tenía en mente. Ya está, y en aquel momento no me fijé en la ventana. Seguramente no habría aire y la cortina no delató que estaba abierta.

Me giré dándole la espalda, y desde otra posición diferente observé con detenimiento el interior de la habitación. Sacudí la cabeza porque empecé a

tener pensamientos erróneos. Defecto de profesión. Después de soltar un suspiro, salí de la habitación y fui hacia la escalera para ir a la mía, para continuar con mi gran plan.

Me desvestí y me puse un bikini, el más pequeño que tenía, porque quería que me diera bien el sol. Para ser verano no tenía apenas color, normal, teniendo en cuenta que me había expuesto poquísimo por la herida. Ahora ya no había problema.

La parte del pecho del bikini era una tira que los tapaba por el centro, sin tirantes. La braga era en forma de tanga, minúsculo. Estaría protegida por la privacidad de mi propiedad, por lo que no me preocupaba que algún vecino me viera el trasero o los pechos, porque llegaría el instante en el que me quitaría la parte de arriba para que no me quedaran muchas marcas.

Entré en el baño para echarme crema solar, sobre todo en la cicatriz, para cubrirla muy bien y proteger la piel sensible. Al salir, cogí una toalla del armario, de la mesita de noche, el libro que estaba leyendo, y el móvil del pantalón corto que me había quitado.

Bajé la escalera y me desvié para sacar de la nevera una lata de refresco y con todo, me dirigí a la corredera que ya estaba arreglada. Izan se encargó de todo en cuanto regresamos del hospital. Llamó al especialista para que me cambiara la lámina de cristal y estuvo presente mientras la cambiaba, mientras yo terminaba de recuperarme.

Al salir al porche noté más todavía el agobio del calor. El interior de la casa ya estaba fresco. Descalza, sonreí cuando pisé la hierba. Estaba mojada, los aspersores hacía poco tiempo que habían parado de funcionar. Volverían a activarse a última hora de la tarde.

Me dirigí a una de las hamacas, donde extendí la toalla, después de dejar el libro, el teléfono y la lata en una mesa baja y redonda que había al lado.

La acerqué a mí cuando me senté, para tenerla a mano. Abrí la lata, le di un buen sorbo al refresco y la coloqué después en una madera que tenía la mesa por debajo, para evitar que le diera directamente el sol y se calentara antes de tiempo.

Saciada la sed al refrescarme la garganta, me acomodé tumbada, completamente plana. Así estuve bastante rato, disfrutando de la sensación y agobiándome también. Solo me moví cuando noté que la piel me ardía y me tiraba. Me di la vuelta, quedándome bocabajo.

Con los ojos cerrados, al cabo de un buen rato, sentí cómo cada vez me pesaban más los párpados. No quería dormirme, por lo que me levanté dispuesta a refrescarme con un baño que me espabilaría. Entré en la piscina por la escalera, siendo muy consciente de no hacer esfuerzos innecesarios. Cualquier movimiento excesivo todavía podía costarme caro, y no era lo que quería.

Después de contener la respiración, de algunas palabrotas y de varios gritos por el contraste de temperatura, porque tenía el cuerpo muy caliente y el agua la sentía congelada, conseguí sumergirme por completo en el agua. Me sentó de lujo y pasada la impresión, y la primera vez, estuve disfrutando de la sensación.

No me lo pensé cuando me saqué la parte de arriba del bikini por la cabeza. Lo lancé al borde más cercano de la piscina y dejé que mi cuerpo flotara. Con la vista enfocada en el cielo y el cuerpo recto, mientras me sostenía el agua, perdí la noción del tiempo. Hasta que casi me atraganté al escuchar una voz totalmente inesperada, una voz que me alteró y me hizo moverme de golpe y demasiado rápido.

—Vaya… no sé si decir que he llegado en un mal momento para ti, o en el perfecto para mí —dijo Kenan, carraspeando.

«Joder, que me ha visto casi desnuda», me dije. Tontería porque todavía podía verme a través del agua, la que ahora me cubría los hombros al estar de pie.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz sonó aguda y sobresaltada.

—Perdona por entrar. —Sonrió de medio lado—. En mi defensa diré que he llamado al timbre, pero como no he tenido respuesta, se me ha ocurrido asomarme a esta parte. La última vez que vine aquí no terminó muy bien, solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Ah —fue lo poco que conseguí decir.

Ya no notaba el calor provocado por el sol, el de la vergüenza lo había sustituido. Sentía mucho concentrado en las mejillas, me había sonrojado por el espectáculo que le había dado a Kenan.

Oye, pero él era el intruso, yo estaba tan tranquila en mi casa, en mi propiedad, a la que no tenía que acceder nadie. Menos él, claro, a la vista estaba.

Se encontraba parado, cerca del borde alargado de la piscina, a un paso de él. Demasiado cerca. Me rodeé el cuerpo con los brazos, en un intento por taparme los pechos.

A Kenan no parecía disgustarle en absoluto mi visión, todo lo contrario. Me estaba poniendo cada vez más nerviosa, sus ojos no se apartaban de mí.

—Como ves estoy bien —conseguí volver a hablar.

—Ya lo veo. Yo diría que más que bien. —Ladeó un poco la cabeza.

—¿Puedes dejar de mirarme así?

—¿Así cómo? —Arqueó una ceja.

—Joder, como si me estuvieras memorizando.

—Es que es lo que estoy haciendo.

Su respuesta me dejó en blanco. Entreabrí los labios, sin entender a qué venía esto en este instante. Después de haber pasado semanas en las que no me había hecho caso, más allá del normal de una amistad, ahora dejaba entrever…

—De hecho, llevo un rato haciéndolo —continuó—. Pero no quería molestarte, estabas flotando en el agua muy a gusto y relajada.

Tragué saliva. Vamos, estaba dejando claro que me había dado unos buenos repasos, sobre todo a mis pechos que habían estado sobresaliendo del agua. Estupendo. ¿Por qué mierda me molestaba? Joder, si era lo que deseaba, que se sintiera atraído por mí, de la misma forma en la que no pudo contenerse hacía ya tiempo.

Tenía muy vivo el recuerdo de lo que hicimos en el río y en el bosque, sobre todo en el último. Si me lo proponía, aún podía notar sus dedos acariciándome entre las piernas, arrastrando mis fluidos y llevándome a la locura, mientras nos besábamos con desesperación y necesidad. Y la presión de sus brazos rodeándome, y la de su miembro duro y erecto, oculto en su pantalón húmedo…

«Ese no es el camino, Gwen», me dije, recriminándome la dirección que habían tomado mis pensamientos. De esa forma no conseguiría tranquilizarme.

—Hacía varios días que no te veía y quería saber qué tal te iba —volvió a hablar, a mí me estaba costando bastante coordinar y formar palabras.

—Gracias —susurré.

Y no sé por qué, bueno sí, porque era lo que quería. Me vi pronunciando unas palabras inesperadas y sorprendentes.

—¿Quieres bañarte? —le pregunté.

Me fijé en la ropa que llevaba, un pantalón corto y una camiseta de tirantes anchos. Para mi desgracia, con esas dos simples prendas de vestir, parecía que venía de una pasarela. Kenan tenía la virtud de hacerlo todo especial y elegante, fuese lo que fuese. En él todo quedaba bien y era un gran fastidio para mí.

No supe qué le pareció mi ofrecimiento, su expresión no varió y al no mostrar lo que pensaba, sentí más vergüenza por mi atrevimiento. Tampoco era para tanto, no le había pedido que se desnudara, aunque si se animaba a hacerlo no sería yo la que se tapara los ojos, ni se quejara. Él se había alegrado la vista, yo también lo haría.

Pero teniendo en cuenta que se bañó en el río con un pantalón parecido al que llevaba, aunque no del todo igual, tampoco veía descabellada mi propuesta. Podía utilizarlo de bañador e irse fresco de aquí.

—Pues con este calor y contigo dentro, es muy tentador —respondió.

En un principio pensé que iba a decir algo más, pero para mi sorpresa lo siguiente que hizo fue quitarse la camiseta por la cabeza y lanzarla a sus pies, sobre la hierba. Las deportivas les siguieron, junto a los calcetines.

Creí que lo iba a dejar ahí, pero cuando seguí el movimiento de sus manos con la vista… en un acto reflejo, me mordí el labio inferior, por lo que distinguí oculto en su pantalón. Estaba excitado. Se desabrochó el pantalón y este cayó al suelo, enrollado a sus pies. Se deshizo rápido de ellos, quedándose delante de mí solo con el bóxer tirante por su erección.

—Así estamos igualados —dijo como si nada, cuando a mí me palpitaba todo en exceso.

Giré la cabeza hacia la parte de arriba de mi bikini, dudando en si ponérmelo o no. Un carraspeo me hizo volver la atención a Kenan. Se había dado cuenta de mi dilema y de mi intención, lo vi reflejado en sus ojos. Como también me traspasó la intensidad de color tan especial y característico en ellos. Supe interpretar que no quería que me la pusiera.

¿Por fin iba a volver a pasar algo entre nosotros? ¿En serio? No quería creerlo para no llevarme otra gran decepción, pero la tensión en el ambiente cortaba, y no era de la mala. En absoluto.

No me moví, no pude. Me quedé en el sitio, viendo cómo caminaba hasta la escalera y empezaba a bajarla, sin apartar la vista de mí. La escena fue tan… todo, joder.

—¿Te están esperando tus amigos? —me dio por preguntar, en tono bajo.

—No. Se han ido temprano a hacer una excursión, para seguir el curso del río. Yo me he quedado en la casa porque tenía algunas cosas que revisar del trabajo. Llegarán tarde, se han llevado la comida.

—Ah, vale.

—¿Y tú? ¿Has quedado con los tuyos? —Quiso saber, acercándose cada vez más a mí, muy despacio.

El agua le acariciaba por debajo de las ingles, destacando más su dureza. Si continuaba avanzando, le llegaría por la mitad del pecho. Más o menos, por la diferencia de estatura que había entre los dos.

—No —respondí, apretando los brazos alrededor de los pechos.

No sabía por qué narices me estaba ocultando. Me había visto y escaneado todo lo que había querido y más, aparte de que estaba deseando mostrarme de nuevo ante él, para comprobar qué era esto exactamente. Quería provocarlo, saber hasta dónde podía llegar Kenan, romper su autocontrol para que se lanzara de nuevo sobre mí.

Estaba en mi casa, en mi privacidad. Él había decidido entrar y no solo eso. Con todos esos pensamientos danzando en mi cabeza, hice lo que deseaba y a la mierda cómo saliera. Kenan estaba mostrando ante mí su excitación, sin pudor.

Separé los brazos de los pechos y me mostré por debajo del agua tal cual estaba. La mirada de Kenan bajó hasta ellos, consumiéndome, mientras acortaba la distancia entre nosotros. Se paró a un paso, si levantaba el brazo, me tocaría. Desde esa posición se mantuvo quieto, recorriendo mi cuerpo con la vista de arriba abajo, varias veces, tanto lo que estaba fuera del agua como dentro.

Noté cómo el aire se cargaba a nuestro alrededor y me estremecí, con el cuerpo ardiendo por la anticipación.

Capítulo 26



Kenan

Si lo hubiese planeado, no me habría salido mejor de lo que estaba yendo.

Tomar la decisión de venir hasta la casa de Gwen había sido todo un acierto. No había dejado de desearla, pero me había contenido en muchas ocasiones, demasiadas, durante las dos semanas que habían pasado desde que salió del hospital.

Ese fue precisamente el motivo por el que preferí mantenerme alejado de ella marcando las distancias. Lo más urgente para Gwen era recuperarse y entrar yo en escena no le habría venido muy bien para su descanso y reposo.

Me costó una barbaridad contener mis impulsos cada puñetera vez que habíamos coincidido solos por las calles, o en grupo, con nuestros amigos. Era consciente de que Gwen pensaba que hacía tiempo que perdí el interés en ella, a pesar de que había procurado transmitirle con miradas y con gestos lo que hervía en mi interior.

Pero cuando no haces nada, cuando simplemente evitas el contacto y capeas el temporal, es lo que suele suceder. La otra persona cree saber que todo ha desaparecido. No podía estar más equivocada, el tiempo que me había obligado a mantenerme firme en mi decisión había sido desesperante y muy esclarecedor.

Mis amigos se habían burlado varias veces de mí, haciéndome comentarios de que tenía muy mal carácter porque no me permitía darle rienda suelta a lo

que deseaba. Así había sido, mi actitud variaba mucho por mi propia imposición. Pero, por otro lado, estaba convencido de que hacía lo correcto por el bienestar de Gwen, aunque con la duda y la inquietud de dejar enfriar demasiado la llama que se prendió entre nosotros dos.

Durante el tiempo transcurrido había visto cómo, poco a poco, su esperanza y sus ganas fueron muriendo con cada uno de nuestros encuentros. Tenía muy presente todo lo referente a Gwen, a estas alturas sabía interpretar sus gestos y expresiones, como también sus cambios de ánimos y cuando intentaba disimularlo para que no se le notara.

Era verdad lo que le había dicho, lo de que había venido a su casa para saber cómo estaba. También que había llamado al timbre. Al no abrirme, antes de irme y de perder la oportunidad de verla, decidí asomarme por el lateral de la casa y acceder al jardín.

No esperaba localizarla en la piscina. Al principio empecé a acercarme en silencio, sin saber qué iba a encontrarme, pero en cuanto la visión se aclaró, mi cuerpo empezó a reaccionar al instante. Verla con una minúscula braga de bikini, flotando en el agua, con los pechos sobresaliendo y los pezones erectos, apuntando hacia arriba…

Sinceramente, me había recreado la vista, bastante rato, disfrutando de la imagen tan buena que me ofrecía. Había sido una delicia y continuaba siéndolo. Estaba excitado, duro como una piedra, y al límite de perder la poca cordura que me quedaba.

Desde que le hice notar mi presencia, había intentado transmitirle con palabras que continuaba deseándola. Era una gran verdad innegable y ella misma había podido comprobarlo, mientras me observaba quitarme la ropa.

No esperaba que me propusiera bañarme en la piscina con ella, pero una vez que lanzó la pregunta, no iba a desperdiciar la oportunidad de un nuevo acercamiento. Había pasado mucho tiempo, entre nosotros se palpaba demasiada contención acumulada y estaba dispuesto a ponerle fin.

No podía dejar de observarla, tenía un cuerpo exquisito, y las únicas barreras que había entre nosotros —su braga del bikini y mi bóxer— no eran

suficiente impedimento. El aire que nos rodeaba estaba cargado de sensaciones y de palabras no dichas, de tensión. Toda mi excitación se concentraba en un mismo punto que palpitaba ante el placer de poderla observar tan íntimamente de cerca.

—¿Tienes frío? —le pregunté y sonreí de medio lado.

Tenía el vello erizado y los pezones se le habían endurecido más. Que hubiera dejado de taparse los pechos lo había interpretado como una buena señal.

—No es eso exactamente lo que siento —murmuró buscando mi mirada, después de acariciarme con los ojos el pecho, desde la poca distancia que nos separaba.

—¿Y qué sientes?

—Excitación —respondió rápido—. Y no soy la única que está así —añadió.

—No. No lo eres. Lo has visto por ti misma. —Hice alusión a la parte de mi cuerpo que estaba cubierta de agua.

Ni por esas había conseguido enfriarme, ni lo haría hasta que no consiguiera lo que quería y deseaba. Mi miembro seguía preparado, a la espera.

—Estoy un poco desconcertada. ¿Qué se significa esto, Kenan? —Se atrevió a preguntar.

—Se trata de quitarnos el agobio y el calor, de desfogarnos. ¿No? Me has invitado a entrar.

—Eh… sí. Desfogarnos —repitió la última palabra entre susurros.

—¿Qué quieres, Gwen?

—¿Cómo?

—Puedo comportarme como quieras. —Ladeé un poco la cabeza, concentrado en su expresión—. Puedo nadar un poco, permanecer junto a ti en el agua, con algún tema de conversación, o… —Me quedé callado, a propósito.

—¿O qué?

—¿Te interesa lo que no he dicho?

—Sí. —Levantó la barbilla.

—O no perder más el tiempo y hacer lo que los dos estamos deseando: empezar con un beso, seguir con las caricias y terminar de la única forma capaz de saciarnos. ¿Eso querías oír? —asintió.

—¿Por qué ahora? Desde que regresamos al pueblo del hospital, me has evitado. Ni siquiera cuando hemos estado en grupo, con nuestros amigos, ha salido de ti hablar únicamente conmigo. Te has apartado siempre, y cuando yo intentaba acercarme, echabas mano de alguien más, como si lo necesitaras para hacer de barrera.

—Lo lamento, no quería hacerte sentir mal. Mi único objetivo era que te recuperaras y estuvieras tranquila. Habías pasado por mucho, por segunda vez, y necesitabas centrarte en ti.

—¿En serio? —Agrandó los ojos—. Me estás diciendo que no me querías cerca porque…

—Porque es evidente lo que me provocas. Ya me ves. —Arqueé una ceja y se mordió el labio inferior—. ¿Cuánto tiempo crees que hubiésemos estado «tranquilos» estando juntos?

—Joder, y digo yo, no habría sido más sencillo hablarlo para que los dos supiéramos lo que había. —Puso los ojos en blanco.

—Tal vez, pero ya no puedo echarme para atrás. Suelen gustarme más las cosas cuando son complicadas.

—Estupendo. —Bufó—. Y yo pensando…

—¿Qué pensabas? —la animé a que continuara.

Necesitaba desahogarse y yo quería que lo hiciera, para que lo que estaba a punto de suceder entre nosotros no lo opacara ninguna duda ni resentimiento.

—¿Que ya no me sentía atraído por ti? —Continué ante su silencio. Me moví, quedándome tan cerca de ella que tuvo que levantar la cabeza para mirarme a la cara—. ¿Que después de lo que te sucedió me arrepentí de lo que hicimos esa misma mañana en el río y en el bosque?

—Algo así —susurró.

—Soy muy obstinado y también terco, si decido algo y me lo propongo, lo llevo a cabo hasta el final. Quise alejarte de mí y es lo que hice, de la forma más suave que supe, pero por tu bien. Con margen de poco tiempo, estuviste a punto de morir, por segunda vez, Gwen.

»Tú no fuiste consciente de que te mantuve inerte entre mis brazos desde que te saqué de esta casa, hasta que los sanitarios te separaron de mí para atenderte. No sé si lo sabrás, pero es muy jodido ver a alguien respirar su último aliento, creer que es así y sentir cómo se te escapa sin que puedas hacer nada por evitarlo.

»También es muy jodido imaginar que eso es exactamente lo que va a pasar, porque en ese momento no tienes ni idea de si los médicos podrán ayudar a la persona. Quizá mi comportamiento ha sido excesivo, o tal vez no… la incertidumbre y el miedo no son buenos consejeros.

»Vivir algo así deja una marca imborrable y yo, yo solo quise verte bien, que terminaras de recuperarte para que volvieras a tener la vitalidad y la fuerza que no sentí en ti cuando te encontramos mal.

»Quería que volvieras a estar como cuando te conocí y lo antepuse a lo que deseaba. Necesitaba que fuese así, aunque a mí también me hiciera daño mantener la distancia que imponía.

—Kenan…

—Solo te lo he explicado para que comprendas mi punto de vista, por lo que me regí para actuar como lo he estado haciendo hasta ahora. Aunque

todo lo que diga con palabras se queda corto. Quiero que tengas las cosas claras, que no haya ninguna duda entre nosotros.

—Yo… sé de lo que hablas, de ese sentimiento que te aplasta y te asfixia por dentro. —Tragó saliva—. No me había parado a pensar en cómo te sentiste, no hemos tenido la oportunidad de hablar de ello por el distanciamiento. Con Izan sí lo he hecho, y lo siento mucho.

—No tienes que disculparte. No es lo que pretendía y no lo lamentes porque no te lo he puesto fácil.

—Lo sé, pero, aun así… —soltó un suspiro.

—¿Todo está aclarado? —Coloqué una mano en su cadera, pero no hice nada más.

Solo con ese contacto noté cómo su cuerpo se estremecía.

—Sí. Y entendido.

—Me alegro —asentí—. Porque también es muy jodido ser consciente de que cabía la posibilidad de que cuando se diera este momento podía ser muy tarde para arreglarlo.

—No lo es. Sinceramente, me cuesta creer que haya algo que se te resista. —Sonreí de medio lado—. ¿Ves? Acabas de confirmármelo.

—Tienes razón. —Me incliné hacia ella.

Bajé la cabeza, quedándome a pocos centímetros de la su cara. Nuestras respiraciones se entremezclaron.

—No va conmigo el rendirme ante las dificultades y las adversidades —continué, susurrando—. Cuando las hay, pongo más empeño, y más cuando lo que quiero conseguir me gusta tanto y me cuesta resistirme a ello.

—Mmm… deja de hablar de una vez.

Solté una carcajada. Mi risa quedó amortiguada y anulada por su boca. Gwen me agarró de la nuca y unió nuestros labios. La necesidad y el deseo que me mostró, por las ganas y la intensidad que le puso, me dejó la mente en blanco por completo.

La agarré de las nalgas y solté un gruñido al darme cuenta de que llevaba menos ropa de la que pensaba. No me encontré con ninguna tela para apartar, toqué directamente su piel. Le apreté la carne de las nalgas, amasándoselas y acariciándoselas, mientras nuestros labios y lenguas aceleraban los movimientos y profundizaban el contacto.

—Quiero que me digas si notas algo diferente, alguna molestia o dolor, por mínimo que sea —le pedí con la voz entrecortada, casi sin respiración al cortar el beso.

—Lo haré. Menos más que lo has aclarado, porque ahora mismo siento muchas cosas. —Sonrió con picardía.

—Sí, ¿eh? —asintió.

Volví a besarla con fuerza, tragándome el gemido que salió de su boca cuando tiré hacia arriba de la tira del tanga.

Durante unos largos minutos la estuve torturando de esa forma, moviendo y balanceando la tela sobre su sexo, rozándola y apretándola contra su intimidad, mientras mi boca se apoderaba de la suya y mi lengua no le daba ningún descanso.

Con la mente nublada por el deseo, sintiendo cómo pegaba sus pechos al mío curvando la espalda con necesidad, no pude resistirme por más tiempo para apartar la fina tela que obstaculizaba lo que quería volver a tocar directamente.

—Kenan… —Jadeó.

Mi nombre sonó a súplica y me excitó más. Mi miembro palpitó y se tensó dolorosamente debajo del bóxer.

—He echado mucho de menos esto —susurré sobre sus labios, antes de lamérselos, mirándola fijamente.

Las yemas de mis dedos se deslizaban sobre sus pliegues y labios vaginales, con una ligereza que iba a terminar conmigo. Estaba caliente, resbaladiza, y no solo por el agua. Tocaba sus fluidos y los arrastraba. Escucharla gemir era el puñetero paraíso.

Tanteé su entrada. Se la rodeé varias veces, desesperándola. Comprobé lo excitada que estaba cuando no tuve suficiente con penetrarla con un dedo. Añadí otro. Los entré y saqué, rotando y acariciándole el interior, al mismo tiempo que Gwen se deshacía en mis manos.

Volví a buscar su boca cuando incluí el pulgar sobre su clítoris. Quería que se corriera con urgencia, sentirla caer, y es lo que conseguí. Aceleré los movimientos de todos los dedos, mientras entre nosotros todo se volvía más caliente y húmedo, a cada segundo.

Me dejé llevar por las reacciones y señales de su cuerpo. Me habló por sí mismo y lo llevé hacia donde me reclamaba. Disfruté de todo el conjunto, con los gritos de Gwen pronunciando mi nombre. Me importó una mierda que algún vecino que pasara por la calle la escuchara. Estuve al borde varias veces, mientras ella frotaba su cuerpo contra el mío, con necesidad.

Después de una embestida fuerte, hasta lo más hondo que podía llegar, y de acelerar el roce sobre su clítoris, me regaló el orgasmo. Amortigüé sus sonidos con mi boca, notándola temblar. La mantuve de pie cuando perdió las fuerzas, rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Bien? —le pregunté cuando sentí que su respiración se estabilizaba.

—Estupendamente —soltó un suspiro.

Apoyó la mejilla en mi pecho y me abrazó. Le acaricié la espalda, con la barbilla encima de su cabeza.

—¿Has sentido algo en el costado?

—No. De verdad que me encuentro bien —murmuró.

—Vale. Pues entonces esto solo ha sido el comienzo.

—¿Pensabas que íbamos a dejarlo como en el bosque? —me preguntó buscando mi mirada— Esta vez no.

—No ha pasado por mi cabeza en ningún momento —le dije, colocándole el pelo detrás de las orejas—. Estás preciosa así, te brillan los ojos.

—No hablemos de ojos, porque los tuyos…

—¿Qué les pasa a los míos? —Arqueé una ceja.

—Son muy diferentes. Hasta que te conocí no había visto unos iguales. —Sonrió.

—Nunca has conocido a nadie como yo, en general. —Sonreí de medio lado.

Jadeó cuando le separé las nalgas haciendo presión, para apretarla contra mi cuerpo.

—¿Quieres algo de beber? ¿Te apetece algo? —me preguntó.

—Sí. Lo que tienes entre las piernas —le susurré al oído y gimió agarrándose con fuerza a mis hombros.

Capítulo 27



Gwen

Con esas pocas palabras había vuelto a excitarme. Mi piel ardía en cada parte de mi cuerpo que estaba en contacto con Kenan.

No podía ser de otra forma, este hombre era un peligro andante para mí.

Todavía estaba sorprendida de escuchar las razones que me había dado por su distanciamiento, razones que derivaron en cómo actuó en cada ocasión que habíamos coincidido. La verdad es que no se me había pasado por la cabeza el pensar en esos motivos, simplemente di por hecho que después de verme en el hospital durante tantos días, algo en él cambió.

Y ahora estaba aquí, junto a mí, dejándome claro que su intensidad no había variado con respecto a mí. Aún notaba las sensaciones que me habían provocado sus dedos, entrando y saliendo de mi interior, y las de todas sus caricias, desde las suaves a las más intensas.

Le acaricié la nuca y el pelo cuando mis pies se elevaron del suelo. Me llevó con él, sin soltarme de las nalgas, hasta que el agua me llegó por debajo de los pechos. Se paró al lado del borde de la piscina en el que me sorprendió apareciendo.

Me soltó para impulsarse lo suficiente para llegar hasta su ropa. Acercó el pantalón y buscó en un bolsillo. En cuanto vi lo que tenía en la mano, lo entendí.

—¿Vas preparado a todos partes? —Arqueé una ceja.

—Cuando sé lo que va a suceder, sí. —Me hizo un guiño, dejando el envoltorio del preservativo sobre el borde.

—Estabas muy convencido.

—Correcto.

—Podrías haberte encontrado con una situación muy diferente.

—Podría, pero si hubiera sido el caso, la habría invertido a mi favor de todas maneras. Quítatelo —me pidió con la voz ronca.

Se refirió al tanga del bikini, mientras uno de sus dedos me acariciaba la piel por debajo de la tela.

No tardé en hacerlo y me quedé desnuda en el agua. Kenan siguió cada uno de mis movimientos. Cuando saqué el tanga, después de dejarlo en el aire entre los dos, lo lancé al lado de su ropa.

—Eres un puñetero deleite para la vista. —Dio un paso hacia atrás, para tener una mejor visión de mí.

—Me alegro de que te guste lo que ves. —Me mordí el labio inferior.

—¿Gustar? Eso ni se aproxima, Gwen —dijo y entreabrí los labios, con un suspiro entrecortado.

—Estoy esperando. —Lo incité a que hiciera lo mismo que yo, para que se quitara el bóxer.

—¿Impaciente?

—¿A ti qué te parece?

—Que sí, y mucho. —Me hizo un guiño.

—Yo al menos me he liberado un poco de la tensión, pero tú…

Coloqué una mano sobre su erección y se la presioné, provocando que apretara la mandíbula. Se tomó su tiempo para apartarme la mano, dejó que lo acariciara. Le rodeé la erección por encima del bóxer y recorrí todo el largo, disfrutando de su expresión y haciéndome una buena idea de lo que todavía escondía.

Era la primera vez que lo tocaba íntimamente. En los dos orgasmos que me había regalado, el primero en el bosque, y el segundo hacía unos minutos en mi piscina, no había tenido la oportunidad de disfrutar de su cuerpo de esta manera. Definitivamente, podía convertirse en un vicio, uno muy bueno y placentero.

Fui yo la que agarré la goma del bóxer y tiré de ella hacia abajo, liberándolo de la opresión de la tela. Su miembro palpitó por mi roce intencionado. Kenan hizo el resto, terminó de quitárselo y lo lanzó como había hecho yo, junto al resto de su ropa.

Sin esperar, me acerqué a él y volví a rodeárselo ejerciendo presión, esta vez directamente sobre la piel suave, tersa y tirante. Me agarró de la nuca y guio mi cabeza para unir nuestros labios. Trabajé con la mano sobre su erección, acariciándosela, descubriéndola poco a poco, sin prisa. Los sonidos de placer que salían de Kenan me animaron a continuar y a acelerar los movimientos. Subí y bajé, aumentando la intensidad, alternando mi atención con el glande.

El beso se volvió desesperado, al igual que la forma en la que lo tocaba. Sentirlo en mis manos, indefenso en algún sentido, me hizo vibrar y querer mucho más.

Sus labios bajaron a mi mandíbula, empezando un camino de besos. Protesté cuando me levantó con las manos por debajo de las axilas, perdí el agarre de su miembro. Pero fue la única queja que salió de mi boca, antes de jadear y gemir al notar el primer tirón en un pezón. Me manejó a su antojo, me subió hasta que mis pechos quedaron a la altura exacta para él.

Me sujeté de sus hombros, arqueando la espalda. Mi necesidad creció con cada succión, mordisco, lametón y tirón. De un pezón pasó al otro, tomándose su tiempo, mientras me volvía loca de deseo. Le rodeé a cintura con las piernas, pegándome del todo él, para balancearme sobre la punta de su miembro.

El contacto fue abrasador, cuando Kenan tomó las riendas y se frotó con mi intimidad con más urgencia.

—Por favor… — gemí, cerrando los ojos.

Estaba tan preparada de nuevo, lo sentía por todas partes y era agonizante.

Con mi súplica obtuve lo que tanto deseaba. Después de un lametón en la punta dura y sensible de un pezón, se separó y colocó las manos en mis caderas. Mirándonos a tan corta distancia, se posicionó en mi entrada y me empujó hacia abajo.

Mi carne interna se tensó de una forma deliciosa. Noté cierta molestia. El miembro de Kenan no se caracterizaba por ser de un tamaño normal, tampoco es que fuese excesivo, pero marcaba la diferencia justa en largo y ancho como para que me hubiese quedado sin respiración, mientras él avanzaba adentrándose cada vez más.

Lo hizo lentamente, muy consciente de mis reacciones. Estaba muy excitada, pero hacía muchísimo tiempo que no tenía relaciones y tuve que adaptarme y concentrarme más de la cuenta para acogerlo.

Cuando se paró, a la mitad…

—¿Bien? —me preguntó con la voz tensa y ronca.

—Sí —solté un suspiro que se pareció más a un jadeo—. Más —le pedí con avaricia, moviendo la cadera.

Me agarró con fuerza de la nuca y mantuvo mi cabeza cerca de la suya para ver en todo momento mi expresión.

—Mierda… —siseó, estremeciéndose—. Estás muy estrecha —gruñó.

—Eso… ¿es un problema?

—Sí, si quiero seguir manteniendo la cordura.

—Hace mucho que no… —Me mordí el labio inferior, sin terminar la frase.

Mis palabras provocaron algo en él. No supe el qué, pero vi un cambio en sus ojos. Continuó entrando, deslizándose, hasta que empujó con fuerza los últimos centímetros. Llegó a lo más hondo, quedándose enterrado por completo. Soltamos un jadeo sincronizado ante la sensación.

Durante unos segundos que me parecieron eternos, se mantuvo quieto, para que me adaptara a él. No me hizo falta tanto tiempo, pero no le dije nada al ver su determinación. ¿Qué eran unas pequeñas molestias cuando iban acompañadas del placer? Además, desaparecerían pronto.

Cuando noté que era así, fui yo la que, con la ayuda de sus hombros, subí y bajé, acogiendo a su miembro a mi antojo.

—Gwen… espera a…

—No —lo interrumpí—. Estoy bien —le aseguré, jadeé con los ojos cerrados.

—Joder… —siseó.

Fue lo poco que dijo antes de empezar a moverse y a mí con él. Las sensaciones que me produjo me superaron. Se me acumuló toda la tensión entre las piernas.

El agua se movió a nuestro alrededor, siguiendo el movimiento de nuestros cuerpos. Volvimos a besarnos, mientras Kenan me embestía con fuerza.

Hasta que le puso fin y volví a protestar cuando se paró, impidiendo que yo continuara. Se quedó dentro de mí. Ambos teníamos las respiraciones

alteradas.

—¿Qué…?

—Solo quería probarte así, sentirte directamente —susurró, mirándome con intensidad.

—¿Eso qué quiere decir? —Fruncí el ceño porque como se le ocurriera…

Como respuesta, me rodeó la cintura con un brazo para mantenerme pegada a él y cogió el envoltorio del preservativo. Comprendí entonces a qué se refería.

Caminó por el agua llevándome con él, con nuestros sexos encajados. De esa misma forma, haciéndome estremecer y jadear por la fricción de los movimientos, subió la escalera y salió de la piscina, yendo directamente a la hamaca donde continuaba mi toalla solitaria.

—¿Confías en que no vendrá nadie? —me preguntó, apoyando una rodilla en la hamaca.

Gemí cuando por el cambio de posición me llenó más.

—Los únicos que se asoman por el jardín son mi familia y amigos, pero normalmente antes dicen mi nombre en alto. Lo tienen por costumbre, pero no espero a nadie —le confirmé—. Lo que has hecho tú no es habitual.

—Perfecto. Así que no hay problema para que continuemos aquí —negué —. Y me alegro de haberme tomado la libertad de entrar por mi cuenta.

—Y yo —solté un suspiro cuando mi espalda tocó la toalla.

Me tumbó bocarriba y se apartó despacio. Solté el agarre de las piernas en su cintura cuando retrocedió. De pie delante de mí, gloriosamente desnudo y excitado, recorrí su cuerpo con la vista, disfrutando de la visión tan perfecta que era todo el conjunto de Kenan. Tenía un cuerpo increíble, fuerte en la medida justa y muy tonificado. No había ni una parte de él que no destacara.

Se llevó el envoltorio a la boca y lo rasgó con los dientes, sin apartar la vista de mi cuerpo. No fui la única, él también me dio un buen repaso. Cuando sus ojos se quedaron fijos en mi sexo, empezaba a colocarse el preservativo.

—Tócate —me pidió con una voz que me excitó.

No supe si fue por su orden, por lo que representaba su petición, por la intensidad de su mirada en mi intimidad, o el conjunto de todo ello, pero me tembló todo el cuerpo y me sentí muy desnuda, de una manera muy diferente a la que estaba.

Abrí las piernas despacio frente a él y dirigí la mano hacia abajo. Me mordí el labio inferior con la primera caricia directa sobre el clítoris. Kenan tenía toda su atención en lo que me hacía a mí misma. Ya estaba preparado, pero aguantó para ver el espectáculo.

—Penétrate —volvió a decir con esa puñetera voz y jadeé.

Lo hice conteniendo la respiración, viendo cómo se arrodillaba en la hierba. Me agarró de las caderas y tiró de mi cuerpo hacia abajo, deslizándome hasta que se quedó entre mis piernas.

—Así —me animó cuando arqueé la espalda, al añadir la otra mano para frotarme el punto duro e inflamado que acumulaba toda mi necesidad.

Un segundo estaba masturbándome, y al otro era su boca y su lengua las que hacían el trabajo. Solté un pequeño grito al sentirlo apoderarse de mi sexo y no pude hacer otra cosa que elevar el trasero y balancearme contra su boca.

Kenan volvió a penetrarme, pero esta vez con la lengua. Fue alternando entre el clítoris y mi entrada, lamiendo todo a su paso. Gemí pronunciando su nombre, moviéndome sobre la toalla, intranquila y desesperada, hasta que el segundo orgasmo me dejó sin respiración y sin fuerzas en la hamaca.

Sin separarse, Kenan murmuró sobre mi sexo, algo que no entendí. No identifiqué lo que dijo, tenía la mente nublada por el placer y respiraba con

dificultad, mientras su lengua, perezosamente, recogía mi esencia. Cuando se alejó de la zona, se movió hacia la ingle y empezó un camino de besos ascendente. Le rodeé la espalda con las piernas, acercándolo más a mí.

Volvió a torturar mis pezones sensibles y endurecidos, hasta que llegó a mis labios y me besó con fuerza. Su miembro quedó atrapado entre nuestros cuerpos y yo solo podía pensar en que volviera a llenarme de nuevo.

—No hagas esfuerzos, yo me encargo —me pidió besándome la curva del hombro y asentí.

¿Qué más iba a hacer? Nada, solo dejarme llevar por él. Me había saciado dos veces y no tenía suficiente, mi cuerpo necesitaba otra ración de Kenan.

Y me la dio. Ajustó su postura sobre mí, me elevó una pierna que coloqué al final de su espalda, y en esta ocasión, no fue suave ni lento. Después de humedecer el preservativo con mis fluidos, me embistió con fuerza, hasta el fondo. Se nos cortó la respiración a ambos. Él al sentirse muy apretado a mi alrededor, yo ante la invasión de su tamaño y la tirantez que me provocaba.

Empezó a moverse, no me dio tregua. Entró y salió de mi interior con energía, mientras una de sus manos me acariciaba un pecho y el otro lo atendía con la boca.

Estaba sucediendo, me parecía increíble e irreal el giro que había dado el día. No era un sueño, como tantas veces había soñado en la soledad de mi cama. Tenía a Kenan sobre mí, moviéndose con cada embestida, con una energía y velocidad con las que solo podía jadear y gemir, rogándole más al borde del precipicio.

Su calor, su olor, su tacto, la forma en la que se apoderaba de mi cuerpo… no puede soportarlo más cuando varios de sus dedos me frotaron el clítoris. Me dejé de llevar sin remedio, provocando que Kenan gruñera o rugiera, no lo tuve claro, pero lo mismo daba. Caí en la espiral del placer, arrastrándome por todas las sensaciones y emociones descontroladas que este hombre me hacía sentir.

Mi orgasmo lo alentó a moverse más rápido, casi de forma frenética, lo que no creía posible. El sexo que había experimentado hasta este instante no podía compararse al que Kenan me estaba ofreciendo. Y era consciente de que esta era solo una pequeña muestra, porque ya lo conocía lo suficiente como para saber que se estaba conteniendo por mí.

Por fuera estaba recuperada, interiormente aún debía tener cuidado, pero todo iba bien. Aunque Kenan no pensaba igual y lo supe con los pequeños detalles que fue mostrándome.

Al cabo de unos minutos, con varias embestidas enloquecidas y fuertes, me siguió y se dejó llevar. Su cuerpo se tensó y lo agarré de las nalgas, apretándolo hacia mí. No quería perder el contacto, no quería dejar de sentirlo vibrar y estremecerse.

Cuando se tranquilizó, apoyó la frente en mi hombro. Y así, abrazados, enredados, y sin perder el contacto de nuestros sexos, el silencio nos rodeó y nos acompañó, sin que ninguno de los dos hiciéramos nada por alterarlo.

«¿Cómo puede ser que todavía tenga ganas de más, después de tres orgasmos?», me dije.

Capítulo 28



Entreabrí los ojos y miré hacia mi derecha.

Kenan se encontraba ahí, tumbado en la hamaca de al lado. Nos estábamos secando del último baño que nos habíamos dado. Tenía los ojos cerrados, el sol le acariciaba toda la piel. Llevaba puesto el bóxer, era lo único que cubría su cuerpo. El resto de su ropa estaba en un sillón del porche. Yo, por mi parte, había vuelto a colocarme el tanga del bikini.

La parte de arriba seguía olvidada cerca del borde de la piscina. Tenía los pechos al aire, tal y como me pidió Kenan que hiciera para que me diera bien el sol. Era mi intención, así que no opuse resistencia. Me había visto y tocado de sobra, así que no me daba vergüenza estar así con él.

Cogí el móvil de la mesa para comprobar que eran casi las tres de la tarde. Todavía no nos habíamos movido del jardín, de lo a gusto que estábamos.

—Kenan…

—Mmm… —Sonreí, mirándolo divertida.

—¿No tienes hambre?

—No me tientes. —Carraspeó.

—¡De comida! Falta poco para las tres. —Me reí.

—Eso también es tentarme. —Entreabrió los ojos y giró la cabeza hacia mí.

—Me has dicho que tus amigos comían en la excursión —asintió—. ¿Te apetece comer conmigo? Podemos preparar algo rápido para no retrasarnos más. Aunque si quieres irte, lo entiendo. —Hice una pausa—. No te estoy echando —le aclaré.

—Me parece una buenísima idea —dijo mientras se sentaba en la hamaca.

Apoyó los brazos en las piernas y sonrió de medio lado, pasando la mirada por todo mi cuerpo.

Se levantó despacio y se acercó, para sentarse en mi hamaca.

—Se ve muy bien —dijo pasando los dedos por mi cicatriz—. ¿La tienes sensible? ¿Notas alguna molestia? —negué.

—Está bien, pero no se ve de la misma forma. Es grande y gruesa, y después de que me abrieran por segunda vez, visualmente ha quedado peor. No es bonita, pero no me importa. Forma parte de mí y es una señal de que lo he conseguido. Dos veces.

—Gwen, no hay nada en ti que no sea bonito —dijo serio y tragué saliva, al ver la intensidad de su mirada—. Y como dices, una cicatriz es sinónimo de una batalla vencida, en tu caso una de las más importantes. La tuya es por partida doble y tienes que mostrarla con orgullo.

—Gracias. —Me senté despacio, quedándome muy cerca de él.

—No me las des. Es la verdad. —Me retiró un mechón de pelo y cerré los ojos unos segundos.

—Vamos a la cocina.

—Te sigo. —Me hizo un guiño.

En cuanto me levanté, solté un grito. Él se quedó sentado y me agarró de cadera, para darme un mordisco controlado en una nalga.

—¡Oye! —me quejé en broma.

—Me la has puesto en la cara. —Arqueó una ceja—. No soy de piedra.

—Mmm… —Me giré, poniéndome de cara a él, ofreciéndole el otro lado.

Kenan soltó una carcajada por mi insinuación de sentirlo de nuevo entre mis piernas. Terminamos riendo los dos. Mientras se ponía de pie y cogía la lata de refresco vacía, mi libro, nuestros móviles y las toallas de las hamacas, hacía tiempo que saqué una para él, yo caminé hasta la piscina para coger la parte de arriba de mi bikini.

Me lo puse caminando por la hierba, yendo hacia la casa con él siguiéndome de cerca. No pude evitar provocarlo, contoneando el trasero delante de él.

—Como continúes así, olvídate hoy de comer comida —me advirtió y volví a reír, satisfecha por haberme salido con la mía.

Una vez en la cocina, le pedí a Kenan que dejara las toallas en el lavadero y se unió a mí enseguida, colocando el resto de las cosas que llevaba sobre la encimera. Preparamos en una bandeja alargada una buena ensalada para los dos, a la que le echamos de todo lo que encontramos, incluso taquitos de beicon que pasé por la sartén.

Ocupamos la mesa del porche y empezamos a disfrutar de la comida ligera con una copa de vino.

—¿Tienes planes para esta noche? —me preguntó.

—Aún no lo sé. No he hablado con Izan y Mel, pero seguramente quedemos como siempre a última hora de la tarde. Si vamos a la taberna, se unirán a nosotros Ezra y Maddi, mi padre los echará de detrás de la barra en cuanto aparezcamos. —Sonreí—. ¿Y tú?

—No sé cómo llegarán mis amigos, después de pasar gran parte del día fuera y de la caminata. Por ahora no sé nada de ellos. —Balanceó la copa—. Si surge bien, si no, también. —Encogió un hombro.

—Bueno, si os animáis, podéis pasaros por la taberna.

—No perdería la oportunidad. —Me hizo un guiño.

—¿Qué tal va tu coche? —Me interesé.

Sabía que Mario se lo arregló, hacía tiempo que lo tenía.

—Lo he cogido muy poco, pero en esas ocasiones bien, como nuevo.

—Me alegro. —Bajé la mirada a mi plato y empecé a remover la ensalada —. No me has comentado hasta cuándo os quedaréis aquí.

—Nos quedan días de vacaciones por delante, en principio no sabemos cuándo nos iremos —contestó.

Me gustó su respuesta, sentí al instante una gran tranquilidad al escucharlo. Días atrás había pensado mucho en el momento en el que Kenan se fuera del pueblo, pero con lo que había sucedido hoy entre nosotros, y con el tiempo que habíamos desperdiciado, me sentó de maravilla saber que no tenía intención de irse todavía.

Era muy consciente de que llegaría el día en el que tendríamos que separarnos, y más pronto de lo que queríamos ambos, porque el tiempo pasaba muy rápido y no podíamos frenarlo. Solo de pensarlo…

—Eh… vuelve.

Al oír a Kenan parpadeé rápido y busqué sus ojos. Me observaba fijamente.

—¿Dónde te has ido? —continuó.

—Yo… estaba pensando en que te irás —me sinceré.

—No malgastemos el tiempo de esa forma. Ahora estamos aquí, quedan días para eso. Vamos a disfrutar, lo demás ya se verá.

—Claro. —Le sonreí con un poco de timidez, con la que oculté la tristeza que me provocaba.

Continuamos comiendo, los primeros minutos en silencio. Lo rompimos para hablar de temas del día a día, pasando de uno a otro, mientras dábamos buena cuenta de la ensalada y del vino. Brindamos por mi recuperación y por un nuevo comienzo. Brindamos por la vida, por los amigos y por nosotros.

Al terminar, recogimos la mesa, fregamos entre los dos lo que habíamos ensuciado, y nos acomodamos en el sofá para estar más frescos con el aire acondicionado.

Me acurruqué contra el cuerpo de Kenan cuando levantó un brazo para que lo hiciera. No encariñarme con él era imposible, por mucho que ponía resistencia a mis sentimientos, estos se colaban con fuerza en mi corazón. La cuenta atrás estaba en marcha, ahora más que nunca, y me daba mucha rabia y pena porque con él lo quería todo y no podría tenerlo en un futuro cercano.

Aparté todas las sensaciones negativas y me concentré en la película que buscó Kenan. No me di cuenta de que me quedé dormida en sus brazos, lo supe cuando escuché de fondo el murmullo de su voz y abrí los ojos despacio.

—Me he dormido —dije lo evidente y sonrió.

Y no poco, debía de ser tarde por la luz que vi a través de la corredera.

—Eso parece.

—Lo siento —me disculpé mirando la pantalla del televisor. Estaba apagado.

—No tienes por qué. —Me acarició el pelo—. Lo necesitabas.

—Pero te he dejado solo.

—Créeme, te he tenido muy pegada a mí todo el tiempo.

En ese momento me di cuenta de que me había movido y tenía medio cuerpo encima del de Kenan. Él se había acomodado más y me rodeaba con los brazos. Mis emociones se dispararon.

—Te ha sonado el móvil hace un rato. No he querido despertarte.

—Como haya sido Izan, estará tocando a mi puerta en nada. —Sonreí incorporándome.

—Ve a ver.

Me levanté despacio y fui a la cocina, donde se quedaron nuestros móviles. Cuando cogí mi teléfono, vi que no había sido Izan, sino Mel. Me había escrito un mensaje hacía unos quince minutos.

Mel: *Hola, cariño. ¿Qué tal el día? Seguro que genial. He quedado con Izan a las ocho y media, pasará a recogerte en la motocicleta sobre las ocho y veinte.*

Gwen: *Hola, preciosa. Acabo de despertarme de la siesta. El día ha ido mucho mejor de lo que esperaba, he estado con Kenan. Me ha sorprendido en mi casa. Vale, estaré preparada a esa hora.*

Mel: *¿Cómo que estarás preparada? A quién narices le importa eso ahora mismooo… Quiero saberlo todo, me sueltas lo de Kenan ¡¡y te quedas tan a gusto!! ¿Cómo que has estado con él? Hija, cuéntame algo más.*

Fruncí los labios, conteniéndome para no reírme.

Gwen: *Sigo estando con él. Ahora no puedo hablar, tómate una pastilla de una buena dosis de paciencia para aguantar hasta que nos veamos. Solo te digo que ha sido impresionante. Hasta dentro de un rato.*

Salí de la conversación sonriendo de oreja a oreja, escuchando los pitidos de los mensajes de Mel. Con el móvil en una mano y el de Kenan en la otra, regresé junto a él. No se había movido del sofá.

—Toma. —Le ofrecí el suyo, sentándome cerca.

—Gracias —dijo.

Le echó un vistazo rápido y lo colocó a su lado.

—Era Mel —le informé—. Izan viene a por mí a las ocho y veinte.

—Pues entonces te dejo que te prepares, son las siete y cuarto.

No quería que se fuera, pero no podía retenerlo para después irme yo.

—Vale. —Le sonreí—. ¿Repetiremos el día?

—¿Lo dudas? —Arqueó una ceja—. Si te apetece mañana podemos desayunar juntos.

—Me encantaría —asentí.

—¿Sobre las nueve y media está bien?

—Perfecto. Si es un poco antes no pasa nada, suelo despertarme pronto.

Kenan se levantó del sofá y se vistió, mientras yo esperaba a que terminara siguiendo todos sus movimientos. Lo acompañé a la puerta, donde me rodeó la cintura con un brazo para pegarme a él.

—Me ha encantado el día —me susurró al oído.

—Y a mí. —Le acaricié la espalda.

—Si no nos vemos esta noche, pásatelo bien. —Me deseó.

—Gracias e igualmente, hagas lo que hagas.

—Seguramente termine cómodo en el porche de la casa, bebiendo los cócteles que haga Sheila. Desde que está aquí se ha aficionado a hacerlos.

—Es un buen plan.

—No sé si estoy de acuerdo, con todo lo que tendrán que contarme. Acabaré con dolor de cabeza. —Reí.

—Lo soportarás. —Le di un golpecito en el pecho.

—No me quedará más remedio, eso o los ahogo en alcohol, o en el río. —Me hizo un guiño.

Se inclinó para besarme y recibí su boca, lamentando que fuera el último del día. Sus labios se movieron sobre los míos sin prisa, saboreándome, pero enseguida se calentó, cuando el beso tomó una intensidad que nos dejó con ganas de más.

—Me voy —murmuró apoyando la frente en la mía.

—Vale —susurré, acariciándole la mandíbula.

—Deja de tocarme —me pidió, exagerando su queja.

—Eres tú el que no me sueltas y te apartas.

—Porque no puedo. Échame.

Solté una carcajada y terminé apartándome yo de él, empujándolo para que fuera hasta la verja. Lo hizo a regañadientes, mientras lo veía apoyada en el marco de la puerta. Cuando estuvo en la acera, se giró hacia mí y levanté una mano, como última despedida. Asintió con una sonrisa y se fue.

Entré en casa con un suspiro y me dirigí hacia la corredera para cerrarla, para olvidarme de ella cuando me fuera. Con la planta baja asegurada, subí a mi habitación para darme una ducha y arreglarme.

Iba muy bien de tiempo, por lo que estuve debajo de agua más rato del habitual. Una vez que me sequé el cuerpo y un poco el pelo, dejándomelo húmedo, me puse la ropa interior y elegí del armario un top de palabra de honor y una minifalda. Complementé el conjunto con unas sandalias y un bolso pequeño y cómodo.

Sonreí cuando volví al baño, al mirarme en el espejo. Había cogido bastante color, me sentaba muy bien a la cara. Por eso mismo no me maquillé, lo único que hice fue pintarme los labios. Me eché perfume y preparada para salir de casa, bajé a la planta inferior a esperar a Izan.

Iba a tener que hacer unas pocas peripecias para montarme en la moto con la minifalda, pero en peores me había visto, así que el medio de transporte no me había frenado en mi elección de vestuario.

Miré la hora en el móvil, faltaban… me reí sola cuando el timbre sonó.

—No me has dado tiempo a beber agua —dije divertida, al abrir la puerta.

Izan estaba al otro lado, sonriente.

—¿Acabo de llegar y ya me estás culpando? —Sacudió la cabeza—. Me espera una larga noche.

—Cómo te gusta el dramatismo. —Puse los ojos en blanco.

—Bebe, y nos vamos.

—Da igual, te toca invitarme a la primera consumición. —Le guiñé un ojo.

—Lo que yo decía, será una gran noche. —Rio y me contagió.

Cerré con llave la puerta y salimos de mi propiedad. Su motocicleta estaba justo enfrente de la verja. Me subí detrás de él, después de que Izan esperara pacientemente a que lo consiguiera y me acomodara a su espalda.

—Antes muerta que sencilla, ¿no? —me preguntó al arrancar, divertido.

—Como si no lo supieras. —Le golpeé un hombro.

Riendo y haciendo bromas, recorrimos las calles hasta que llegamos a la casa de mi amigo. Estacionó en el garaje y fuimos caminando hasta la casa de Mel, la que estaba muy cerca de la de él.

La noche se presentaba muy buena, con la compañía de mis amigos iba a ser el remate final de un día genial.

Animada y sin dejar de sonreír, me agarré del brazo de Izan.

—A ti te pasa algo —dijo y amplié la sonrisa.

—Mmm… tal vez sí, tal vez no. —Carraspeé—. No falta mucho para que lo sepas.

—¿Y eso?

—En cuanto veamos a Mel te enterarás. —Me reí con ganas, provocando que arqueara una ceja.

Capítulo 29



Dos días después…

El día había comenzado mal, pero no para mí en concreto.

Mi padre me había llamado a las ocho para decirme que Suri había pasado mala noche, por lo visto se había resfriado y tenía fiebre.

Como siempre que alguna de las dos nos poníamos malas, él no quería separarse de nosotras. Por eso me había pedido que fuera a la taberna, porque le había encargado hacer unos recados a Ezra que no podía retrasar, y Maddi llevaba un día y medio en cama, también con un buen resfriado.

Todo se había juntado, pero lo solucionaríamos, como siempre. Cuando Ezra terminara y llegara a la taberna, me pasaría por la casa de Maddi, para saber cómo estaba y si necesitaba algo. Después iría a la casa de mi padre, para hacerles compañía y estar con mi hermana.

Me monté en la motocicleta y me subí la capucha de la chaqueta impermeable. Estaba lloviendo con bastante fuerza. Arranqué cuando la puerta del garaje se abrió y salí despacio, para pararme a esperar a que quedara encajada.

Me ajusté bien la capucha con el agua cayendo sobre mí, antes de salir de mi propiedad e incorporarme a la carretera. A pesar del buen tiempo que hacía en esta zona y en las de los alrededores, las tormentas de verano eran muy comunes. Lo que suele ocurrir con frecuencia en los territorios de montaña.

Estábamos acostumbrados, a mí personalmente estos días me encantaban: el olor que desprendía la tierra y lo que transmitían las sensaciones.

Circulé con cuidado. A la gente no le molestaba el agua, en eso todos nos parecíamos. Caminaban por las calles, algunos protegidos, otros dejando que les mojara. Charlaban, reían, me saludaban a mi paso… el agua es vida, en todos los sentidos, y todos los habitantes del pueblo la disfrutábamos y nos alegrábamos de ella.

Giré despacio en la última esquina, hacia la calle de la taberna, pero por muy lenta que iba no vi venir lo que chocó contra la rueda delantera de la motocicleta. Me sobresalté y me faltó el aire unos segundos, al recibir el impacto de golpe.

Tuve que maniobrar rápido para no irme al suelo, quedó muy poco para que me cayera, pero conseguí estabilizarme en el último momento, frenando la inercia y aguantando el peso de la motocicleta con las piernas.

—Oh, ¡¡Dios mío!! —gritó alguien, soltando un chillido.

Al menos me pareció escucharlo como tal, porque la verdad es que todo se distorsionó a mi alrededor. En los oídos todavía me retumbaban los sonidos de la frenada y los que había hecho yo al creer que iba directa hacia el suelo, por el miedo de hacerme un daño que no podía permitirme. No habría supuesto un gran problema si no fuese por mi estado. Estaba recién recuperada de la herida externa, pero en mi interior…

Cuando me enderecé con la motocicleta, me fijé en el paraguas, o más bien en lo que quedaba de él pisoteado. Al estrellarse contra mí y pasarlo por encima, lo había chafado y dejado inservible. Busqué con la mirada al dueño y me encontré con una mujer en la acera, a unos metros alejada de mí.

El agua la estaba empapando. Se había colocado las manos en la cara, su expresión iba entre la sorpresa y el miedo. No la conocía y me quedé observándola durante unos largos segundos.

Llevaba un vestido hasta las rodillas, muy mono y moderno, y unos zapatos con bastante tacón. Definitivamente, no era del pueblo, por el último

detalle. Aquí solo utilizábamos los tacones para las noches, de tanto en tanto, cuando nos apetecía arreglarnos más para salir.

—Lo siento muchísimo —volvió a hablar, reaccionando—. ¿Te has hecho daño? —me preguntó con la voz temblorosa.

En esta ocasión la oí perfectamente y diferencié su acento al hablar. No es que no fuera del pueblo, es que no era de España. O tal vez sí, cabía la posibilidad de que llevara tiempo hablando el inglés y que lo tuviera más normalizado que el idioma de este país.

Dio un pequeño saltito y se movió rápido, caminando hacia mí. Apreté los labios porque la visión no tenía desperdicio. Llevaba colgado al hombro un bolso grande, pero se le había escapado un asa. Al estar abierto, el agua caía dentro. Eso, sumándole que llevaba el pelo suelto y varios mechones le cubrían la cara, tapándosela empapados…

—Discúlpame. Iba caminando tranquila y de repente una ráfaga de viento ha hecho volar el paraguas de mi mano —dijo muy apurada.

—Tranquila, no pasa nada. —Le sonreí.

—Ay, pero casi te provoco un accidente —continuó.

—Lo he controlado. De verdad, todo está bien —insistí al ver su expresión de malestar.

—Que mal cuerpo se me ha quedado. —Bufó. Se retiró el pelo de la cara y se la tapó con las manos.

—Son cosas que pasan. —Le quité importancia—. ¿Has venido de vacaciones? —Cambié de tema para intentar relajarla.

—Sí. —Me sonrió con timidez, bajando las manos despacio.

—Sería mejor que siguiéramos hablando a cubierto, sino tienes prisa —le propuse, a sabiendas de que continuaba nerviosa—. ¿Un café? No tenemos que ir muy lejos. —Señalé el rótulo de la taberna.

—Oh, buena idea. La verdad es que ahora tengo algo de frío. —Se miró la ropa mojada.

—Pues vamos, en el baño puedes secarte con el secador de manos, sobre todo el pelo.

—Eso estaría muy bien. —Me sonrió.

—Mmm… te recomendaría que protegieras el bolso. Te está entrando agua y debe faltar poco para que todo lo que llevas dentro se ponga a nadar.

—Ay, ¡Dios mío! —soltó un gritito— ¡No me había dado cuenta!

Jadeó cuando miró en el interior y tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme. Se lo colocó bien, apretado a ella. Me bajé de la motocicleta y tiré del manillar, para ir caminando a su lado.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Gwen. ¿Y tú?

—Celia.

—No suena muy inglés. —Sonreí de medio lado.

—Porque no lo es. —Rio y amplié el gesto—. Nací y crecí aquí, he vivido muchos años en España. Hasta que me trasladé a Londres hace unos diez años.

—Mmm… ¿Eres la hija de Amelia? —le pregunté cuando se paró en la puerta de la taberna.

—¿Cómo…? ¿Conoces a mi madre? —Agrandó los ojos.

—En este pueblo nos conocemos todos bastante bien. —Sonreí, asintiendo.

—Ah. He perdido la costumbre de cómo es la vida es este lugar. —Rio de una forma muy peculiar y un poco escandalosa. Fruncí los labios.

—Encantada de conocerte, Celia, hija de Amelia.

—Igualmente. Encantada de conocerte, Gwen, casi te mato.

Solté una carcajada y negué.

—Espérame aquí. Quédate resguardaba en el saliente —le pedí—. Voy a estacionar la moto, vuelvo enseguida.

—Claro. Te espero.

Asentí y volví a tirar del manillar, llevando la motocicleta hacia la zona en la que siempre la dejaba. Había un pequeño descampado al final de la calle propiedad del hotel, donde los clientes dejaban sus vehículos. Coloqué la motocicleta, apartada en un lateral, y volví sobre mis pasos, acelerándolos.

—Has tardado poco —me dijo Celia.

—Sí. —Le hice un guiño.

Saqué el juego de llaves y abrí, dándole paso primero.

—¿Es tuyo el local? —me preguntó, observándolo con atención cuando encendí las luces.

—Más o menos —contesté divertida.

—¿Eso qué quiere decir? —Me miró con curiosidad.

—Que algún día lo será porque no voy a frenar la herencia y costumbre familiar. Fue de mi abuelo y ahora es de mi padre —le aclaré.

—Ah, vale —comentó animada.

—En la segunda puerta del pasillo tienes el baño. —Señalé en esa dirección—. Tómate tu tiempo, no hay ninguna prisa.

—Gracias, Gwen. Voy a necesitarlo. —Bufó.

—Tranquila. Yo también voy a arreglarme un poco —dije deslizando hacia abajo la cremallera de la chaqueta impermeable.

Celia entró en el baño y yo fui a la sala de los trabajadores. En mi taquilla siempre tenía una muda de ropa, junto con unas deportivas. Me gustaba ser previsora porque nunca se sabía cuándo podías necesitarlo. En esta ocasión me venía de lujo. Me quité la chaqueta y la colgué en el perchero.

Caminé hasta la taquilla y saqué un pantalón y el calzado. Era lo único que iba a cambiarme, los que llevaba puestos goteaban, con los pies parecía que iba chapoteando. La parte de arriba del cuerpo la tenía seca, se había salvado gracias a la chaqueta. El pelo no suponía un problema, solo se me habían mojado algunos mechones que se me habían salido de la capucha.

Me quité las deportivas y el pantalón; extendí el primero sobre una silla y coloqué las segundas a sus pies. Después me vestí con la ropa seca y terminé recogiéndome el pelo en una coleta alta.

Salí de la sala para ir hasta la puerta principal, donde giré la placa para que se viera que estaba abierto. Fui detrás de la barra, conecté la música para que sonara flojita, y encendí la cafetera. Necesitaba un rato para que estuviera a punto, pero Celia tardaría más. Se escuchaba el secador de manos desde el baño.

A los pocos minutos entraron los primeros clientes.

—Hola, Gwen —me saludó Miguel, un vecino, mientras dejaba el paraguas plegado en el paragüero—. ¡Qué sorpresa!

—Buenos días. —Le sonreí, apoyando los brazos en la barra—. Hoy me he caído de la cama. —Le hice un guiño y río.

—No se lo digas a tu padre, pero viéndote a ti se empieza mucho mejor el día —comentó con humor Santiago y esta vez fui yo la que me reí.

—Con este recibimiento voy a pensármelo para venir más veces a primera hora.

Se fueron hacia la zona de las mesas riendo, después de decirme lo que querían.

Me puse a trabajar primero con los bocadillos. Cuando los tuve hechos, la cafetera ya estaba preparada para funcionar y les preparé un café con leche y un café solo. Lo coloqué todo en una bandeja y fui a la mesa que habían ocupado.

—Aquí tenéis. Que aproveche —les dije.

—Gracias, preciosa. ¿Tu padre y Ezra están bien? Se nos hace extraño que no esté ninguno. Maddi, sabemos que ayer no estaba, se encontraba mal —habló Miguel.

—El día se ha complicado un poquito, pero no es nada grave. Maddi está recuperándose, Ezra tenía que hacer unos recados de trabajo que no podían esperar, y mi padre hoy no aparecerá por aquí. Tiene que cambiar mucho la situación para que lo haga. Suri tampoco se encuentra bien, se ha resfriado y ha pasado una muy mala noche.

—Vaya. —Hizo una mueca—. Dale un beso y un abrazo muy fuerte a la pequeña de nuestra parte —me pidió Santiago.

—Lo haré —asentí sonriéndoles.

Mientras volvía a la barra entraron más clientes. Como ya he dicho, aquí el temporal no frenaba a nadie. Unos detrás de otros fueron llenando la zona de las mesas, estuve muy entretenida atendiéndolos. El tiempo pasó y cuando estaba fregando unas tazas a mano, apareció Celia.

—Oh, ¿tanto he tardado? —dijo sorprendida, observando a los clientes de la taberna.

—Sí, pero lo necesitabas y no pasa nada —le sonreí, secándome las manos con un trapo—. Te ha sentado bien —dije viendo que tenía el pelo seco, con la ropa también lo había conseguido.

—Sí. ¿Sabes? Llevo fatal los días de lluvia. —Rio a su forma peculiar y sonreí.

Se sentó en un taburete frente a mí.

—Eso suena raro para vivir en Londres. Allí es habitual, ¿no?

—Ni que lo digas —negó—. El primer día que llegué, hace años, me empapé mucho más que hoy. —Puso los ojos en blanco y fruncí los labios—. El temporal duró casi quince días. ¿Te lo puedes creer? —Bufó.

»A los dos, estaba que me subía por las paredes, al cuarto solo tenía ganas de llorar, por el sexto o así lo hacía, a lágrima viva, sin tener a nadie a mi lado. Chica, fue un trauma, porque se me mezcló con la soledad y con estar en un país desconocido.

»El día que el tiempo mejoró, salí a la calle para celebrar a lo grande que el fin del mundo se había terminado. —Reímos.

—Imagino que tiene que ser duro irse lejos de todo lo que conoces y quieres, alejarte de tu zona de confort y verte sola.

—Imaginas bien —asintió—. Cuesta mucho, pero también te digo que va por temporadas, días o semanas. A pesar de ese comienzo, la verdad es que me adapté muy bien, pero en ello influyeron todas las ilusiones con las que llegué a Londres.

—El aliciente perfecto.

—Sí.

—¿Cómo te gusta el café?

—¿Un capuchino puede ser?

—Claro. —Le hice un guiño.

Le di la espalda para trabajar con la cafetera. Le preparé el capuchino y yo me hice un café con leche. Sería el segundo que me tomara, no tenía nada

más en el estómago. Cuando los tuve hechos regresé frente a ella y le puse su taza delante.

—Gracias. —Me sonrió.

—No hay de qué. ¿Cuántos días estarás de vacaciones aquí?

—En principio entre quince y veinte días. Hacía mucho que no venía para tanto tiempo, normalmente me escapo los fines de semana que el trabajo me lo permite.

—No recuerdo haberte visto. Lo mismo ha coincidido con las fechas en las que yo estaba fuera por trabajo.

—Oh, seguramente. ¿También trabajas lejos de aquí y estás de vacaciones? Me has dicho que la taberna es de tu padre, pero supongo que lo ayudas cuando vienes.

—Vivo aquí, este es mi hogar y donde siempre quiero regresar con mi familia y amigos. —Le di un sorbo al café—. Pero el trabajo me hace viajar por temporadas. Y sí, ahora estoy de vacaciones y ayudo en todo lo que puedo.

—Eso es muy bonito —soltó un suspiro.

—¿El qué de todo?

—En general, pero me refería a lo de que este es tu hogar y el lugar al que siempre quieres regresar. Lo llevas en el corazón.

—Sí. Da igual dónde me encuentre —asentí.

—A mí me va muy bien en Londres, pero sinceramente echo en falta algo más —dijo pensativa—. De un tiempo a esta parte no dejo de pensar que mi madre está mayor y el tiempo no perdona. No sé, me da miedo estar tan lejos de ella.

—Es normal. Si tuvieras la posibilidad de compaginar tu trabajo con estar con ella te sentirías mejor, más en paz.

—Sí. —Me sonrió—. Le daré vueltas al tema.

—Estupendo. ¿Te apetece algo de comer?

—Pensaba que solo serviríais bebidas —comentó mirando de reojo hacia las mesas.

—Ya ves, tenemos de todo. Eso sí, por las noches de comer solo se sirven tapas.

—Tendré que venir a probarlas.

—Estaría muy bien, seguro que sales encantada. —Le hice un guiño.

—Vendes genial el trabajo de tu padre —dijo con humor.

—Cuando lo compruebes por ti misma, lo entenderás y me darás la razón. —Sonreímos.

Capítulo 30



—¿Y tú? ¿Qué lugar consideras tu hogar? —le pregunté a Celia— Cuando tu madre llegó a este pueblo lo hizo sola, si no me equivoco, se trasladó cuando tú te fuiste a vivir a Londres. Llevas bastante allí, acostumbrada a otra rutina y ajetreo.

Le coloqué en la barra la tostada que me había pedido y otro capuchino. Yo me llevé a los labios el segundo café que me había preparado.

—Cuando mi madre vendió la casa en la que crecí, fue como si de golpe me faltara algo —dijo pensativa—. Todos mis recuerdos estaban en ella, pero comprendía la necesidad de mi madre de buscar más tranquilidad. La animé a venir a este pueblo, yo le busqué la vivienda aquí.

»Las dos nos enamoramos en cuanto la localicé por Internet. —Sonrió—. ¿Cuál es mi hogar? La verdad es que en el punto en el que estoy no te sé responder. Sería lógico que esperaras escuchar que es Londres, pero vivo sola en ese país extranjero, y por mucho que esté adaptada y forme parte de mi vida, soy de la opinión de que uno tiene su hogar donde están las personas que quiere.

»No tengo pareja, tampoco me ha interesado tenerla porque el tema está bastante complicado y a todos los hombres con los que he estado les he sacado fallos. Realmente creo que el amor no es para mí. Quizá, si hubiese encontrado un londinense que me volviera loca, y hubiese formado una familia de dos en una casa, tal vez no habría dicho lo anterior, pero como no es el caso…

»Cada vez que he venido a este pueblo a ver a mi madre, para pasar tiempo con ella, me he sentido muy a gusto entre la gente. En este lugar te

acogen en cuanto te ven, te hacen sentir querida sin conocerte y una parte de ellos. Y en el momento en el que saben que soy la hija de Amelia… —negó sonriendo—. A mi madre la quieren y la respetan mucho.

—Sí. Es muy buena mujer.

—Lo sé. —Esbozó una media sonrisa—. El modo de vida que llevo actualmente se aleja mucho de la tranquilidad y de la paz que se respira en este pueblo. Pero también te digo que podría adaptarme muy rápido a un cambio tan radical. A veces estar en una ciudad tan movida y viva como Londres me agota y me quita la vitalidad.

»Con todos los años que llevo viviendo allí he hecho buenas amistades. La sensación de soledad no es la misma de cuando llegué nueva al país, pero igualmente, en algunas ocasiones, siento unas sensaciones raras, no sé si es malestar o vacío. Muchas veces, eso mismo, me hace replantearme mi situación y las cosas.

—Si no estoy equivocada, tienes un trabajo que te permite tener movilidad —comenté.

—Así es —asintió—. Trabajo por mi cuenta. Soy ingeniera de software: diseño, programo y desarrollo aplicaciones. Es un conjunto que interactúa y se superpone. Una vez que los finalizo, yo misma los comercializo. Los vendo a las empresas y desde ese instante, me encargo del mantenimiento… para actualizarlos y coordinar que todo funcione correctamente para los clientes.

»Me va genial, con esfuerzo he conseguido tener un nivel económico muy elevado. Hoy en día tengo tres productos lanzados al mercado, aparte de los que creo específicamente para las grandes compañías que me lo solicitan. No me limito solo a Londres, me da igual dónde estén ubicados los negocios. Siempre he intentado moverme para expandirme lo máximo posible.

»Debido a ello tengo clientes repartidos por diferentes países, también en España, con la facilidad de que solo necesito mi ordenador para trabajar desde la comodidad de mi casa, sea donde sea.

—Suena estupendamente. Me alegro, Celia.

—Gracias. La verdad es que no ha sido fácil poder contar esto, llegar a este punto, pero me siento muy orgullosa y realizada por haberlo conseguido. Mi propósito cuando me fui a Londres era dar un salto en lo profesional y laboral.

»Allí se me abrió la primera puerta con una oportunidad importante, pero no me trasladé por ese motivo, sino que quise utilizar esa ventaja para perfeccionar el idioma.

—Lo has logrado todo, porque en cuanto me has hablado, antes de saber quién eras, te he ubicado perfectamente. —Le hice un guiño—. Cualquiera con quien hables no puede decir que eres española.

—Lo sé. —Rio entre dientes, con su forma característica, y yo sonreí—. Está muy rica —dijo, haciendo referencia a la tostada.

—Disfrútala. Ahora vuelvo.

—Tranquila.

Hicimos una pausa en la que yo aproveché para atender a una pareja que entró en la taberna, mientras Celia continuaba desayunando. Cuando terminé regresé frente a ella y le di el último sorbo a mi café.

—Ha llegado a mis oídos que gracias a ti se han hecho algunos cambios en el hotel de tu madre —le comenté de pasada, interesada por su respuesta.

—Pues sí que corren las noticias —dijo divertida—. Correcto, en el de aquí al lado. Supongo que ya sabes que mi madre es propietaria del negocio. En parte, porque su porcentaje no es elevado, pero en sí lo es —asentí.

»Oh, ¡qué tonta! —Elevó la voz y fruncí los labios—. Eres la hija de su socio. —Agrandó los ojos—. Fíjate que no he caído hasta ahora. —Rio y me contagió—. Con nuestro comienzo y por cómo se ha dado el encuentro no lo he relacionado.

—No pasa nada. Estoy al corriente de todo.

—Claro. Es lógico, y más sabiendo lo que te une al hotel. También será tuyo algún día.

—Y de mi hermana, al igual que la taberna —le informé.

—Ah, estupendo. —Sonrió.

—Aunque espero que ese día quede muy lejano.

—Sí —asintió conforme—. Sobre lo del cambio del programa informático del hotel al que te has referido, supongo que mi madre lo habrá hablado con tu padre, pero por si no lo sabes, no ha supuesto ningún gasto para el negocio. No iba a cobrarle a mi propia madre —dijo divertida.

—Mmm… no tengo muy claro que mi padre lo sepa.

—¿No? Pues espero que cuando se entere esté conforme con la noticia. Le gustará en cuanto vea lo inteligente y fácil de manejar que es el programa nuevo. Y más sin haber tenido que pagar. —Me hizo un guiño.

—Mi padre y las tecnologías no se llevan muy bien —comenté con humor.

—Hola, preciosa. ¡Alégrame la vida con un buen café!

Una gran sonrisa apareció en mis labios al escuchar a Abel. Celia y yo miramos hacia la puerta, viendo cómo mi amigo se acercaba.

—¿Algo más? —le pregunté.

—Añádele otra sonrisa de las tuyas —me pidió haciéndome un guiño, cuando se puso cerca de Celia.

—¿Alguna petición extra? —continué.

—Un par de besos no estarían mal. —Rio.

Lo imité y de esa forma, riendo, me incliné sobre la barra para que recibiera en las mejillas mis dos besos sonoros. Les di la espalda para prepararle el café, al que Abel no tardó en darle el primer sorbo. La sonrisa con la que se lo puse delante, muy exagerada, hizo reír a mi amigo.

—Abel, ella es Celia —los presenté y se miraron directamente—. Es un buen amigo y trabaja en la recepción del hotel —le dije a ella—. Celia es la hija de Amelia, la socia de mi padre —le aclaré a él.

—¿En serio? —Se sorprendió Abel—. Vaya, la hija de nuestra querida Amelia —le sonrió.

—La misma —asintió Celia, devolviéndole el gesto.

Se dieron dos besos para completar la presentación, mientras yo apoyaba los brazos en la barra.

—Así que gracias a ti llevo unos días volviéndome loco. —Fruncí los labios por sus palabras.

—¿Por mí? —se extrañó Celia.

—Sí. Eres la única responsable, me está costando llevarme bien con el programa que has instalado —negó.

—Puedo ayudarte cuando quieras, entonces te darás cuenta de que es muy intuitivo —habló apurada Celia.

—A Sandra y a mí nos vendría genial esa ayuda. Aunque suene mal me pongo por delante de mi compañera, porque ella dejará el trabajo en unos días y entonces seré yo el que me quedaré al frente de la recepción.

—Pues me pongo a tu disposición para lo que necesites. Estoy de vacaciones y todavía me quedan bastantes días por delante hasta que regrese a Londres. Tengo mucho tiempo libre y no estoy acostumbrada. —Se ofreció amablemente Celia.

—Por mí como si es ahora mismo. Soy capaz de secuestrarte. —Rio Abel —. ¿Qué haces aquí tan sola? —Se dirigió a mí.

—Esperando a que llegue Ezra, no creo que tarde mucho más. —No hacía falta que extendiera la explicación con respecto a Ezra con él—. Suri ha pasado mala noche y mi padre se ha quedado con ella.

—¿La pequeña no se encuentra bien? —Hizo una mueca.

—Se ha resfriado y tiene fiebre. Ahora llamaré a mi padre para saber cómo evoluciona.

—Pues vaya —negó—. En esta época es peor. Aún recuerdo la última vez que me resfrié en verano y lo que me costó quitármelo de encima. —Puso los ojos en blanco.

—No creo que sea para tanto. Cuando aparezca Ezra iré a ver cómo se encuentra Maddi, por si necesita algo, que también tiene una buena encima. Después pasaré por la casa de mi padre.

—Que se mejore pronto tu hermana. —Me deseó Celia.

—Gracias. —Le sonreí—. Suri es fuerte y tiene mucha vitalidad, seguro que en nada está corriendo de un lado al otro.

—Dale muchos besos de mi parte —comentó Abel.

—Lo haré —asentí.

La puerta de la taberna volvió a abrirse, en esta ocasión para dar paso a Ezra.

—Parece que nos has escuchado mencionarte —le dije divertida.

Pasó por detrás de Abel y lo agarró de la nuca, ganándose una gran sonrisa de él. Ezra le hizo un guiño como respuesta y continuó caminando, hasta que llegó a mi lado. Fue el único contacto que tuvieron. Respetaban mucho su privacidad y las muestras de cariño las dejaban para la intimidad de su casa, o para cuando estábamos todo el grupo de amigos reunidos en un lugar tranquilo.

Ezra y Abel hacían una pareja perfecta, admirable. Se querían con locura y lo demostraban continuamente con sus actos. Llevaban muchos años juntos. Al principio como amigos, hasta que el roce, el cariño, la atracción y lo a

gusto que estaban el uno con el otro, derivaron en una relación que hoy en día habían asentado por completo.

—No voy a preguntaros, miedo me da saber por qué ha salido mi nombre a relucir —comentó con humor Ezra.

—¡Somos muy buenos! —le dijo Abel haciéndose el ofendido, pero su sonrisa pícara lo dejó al descubierto.

—Ya, ya… hasta que dejáis de serlo cuando os juntáis. —Reímos—. ¿Cómo ha ido? —Se dirigió a mí.

—Bien. Todo controlado —le respondí.

—Perfecto. Gracias. —Me dio un beso en la sien.

—No digas tonterías. Somos un equipo. —Le di con la cadera en el costado—. ¿Ya has terminado con todas las gestiones por hoy?

—Sí. He llamado a tu padre para ponerlo al día, mientras venía hacia aquí.

—Bien.

—Ya puedes salir de detrás de la barra —me pidió.

—De fuera vendrá quien de casa te echará —dije riendo.

—Efectivamente. —Me hizo un guiño.

—Te libras de mí porque quiero ir a ver a Maddi y a mi hermana. —Sonreí de forma exagerada.

—Yo me pasaré a ver a nuestra amiga cuando cierre al mediodía. No quiero molestar a tu padre.

—¿Molestar tú? —Arqueé una ceja.

—Sí, porque lo mismo cuando vaya Suri está dormida. Yo qué sé.

—Como quieras, pero sabes que eso de molestar es una gran tontería. Ni se te ocurra decírselo a mi padre, porque te lo dejará más claro que yo —negué con los labios fruncidos, conteniéndome para no reír—. Después de comer abriré contigo y me quedaré hasta la noche, así te hago compañía y trabajamos juntos. Aunque si quieres, puedes tomártelo con calma y me encargo yo del resto del día.

—Ni hablar —se negó en redondo—. Aquí estaré, pero no hace falta que vengas tú, Gwen.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —Apoyé la cabeza en su brazo y me rodeó los hombros—. Perdona. Ella es Celia, la hija de Amelia. —Se la presenté.

—Encantado de conocerte. —Le ofreció una mano Ezra.

—Igualmente. —Le correspondió ella.

—La compañía es muy grata e inmejorable, pero vuelvo a mi puesto de trabajo —comentó Abel—. Preparadme otro café para llevar porque lo voy a necesitar.

Ezra sacudió la cabeza y se encargó de hacérselo.

—Aquí tienes. —Se lo acercó deslizándolo por la barra.

—¿Está hecho con mucho amor?

—Como todo lo que hago por ti. —Arqueó una ceja Ezra.

—Ah, ¡adoro a este hombre! —Se echó a reír con ganas.

—Entonces, ¿te va bien que vaya ahora contigo al hotel? —le preguntó Celia.

—Querido Ezra, acabo de conocer a esta mujer y ya me ha conquistado —dijo con humor Abel—. Gracias a ella vas a dejar de oír mis quejas.

—Que no se hable más, me da igual si a él le va bien o no. —Se dirigió a ella Ezra, con expresión alegre—. Si hace falta, te acompaño yo, hago lo que sea por no escucharlo más hablar sobre el trabajo y el demonio de programa al que se enfrenta cada día. —Le hizo un guiño.

Celia se rio con ganas y mis amigos la observaron divertidos por la forma en la que lo hizo. Hasta que los cuatro terminamos riendo.

—Acepto encantado, pero siempre y cuando no trastoque tus planes —insistió Abel.

—No tengo ninguno —dijo ella animada y dispuesta.

—Pues os dejamos solos —comentó Abel.

Le ofreció el brazo a Celia y ella se lo agarró con una sonrisa radiante. Salieron de la taberna hablando, estaba claro que habían encajado muy bien, y mejor terminarían al pasar tiempo juntos.

—No me imaginaba así a la hija de Amelia —me comentó Ezra cuando nos quedamos solos.

—Ha sido una gran sorpresa, ¿verdad? —Le sonreí.

—Sí, y muy satisfactoria. —Me hizo un guiño—. Vete ya para que te dé tiempo a todo —me pidió.

—Vale. —Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Llámame si me necesitas.

—Claro que sí, jefa —dijo con retintín.

Me sacó de detrás de la barra, dándome con un trapo en el trasero. Llegué riendo a la sala de los trabajadores, de donde cogí el bolso y la chaqueta. Las deportivas y el pantalón que me quité al llegar aún estaban muy mojados, por lo que lo dejé todo donde estaba.

Me despedí de Ezra hasta primera hora de la tarde, antes de salir a la calle. Continuaba lloviendo, pero con mucha menos intensidad. Me cubrí la cabeza con la capucha de la chaqueta, para no mojarme el pelo con la fina llovizna que caía, y fui a por la motocicleta.

Capítulo 31



—Cariño. —Me recibió mi padre.

—Hola, papá. —Le di un beso en la mejilla y pasé por su lado—. ¿Suri sigue estable? —Quise saber, mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba colgada en el perchero.

Cuando lo llamé desde el portal de Maddi, me dijo que mi hermana estaba dormida y sin rastro de fiebre.

—Continúa igual, a ver cómo afronta esta noche —comentó cogiéndome el bolso de las manos.

Lo colocó sobre el mueble del recibidor y nos abrazamos.

—Voy un momento a verla. Será rápido para no despertarla.

—¿Vas a quedarte a comer con nosotros?

—Claro —le dediqué una mirada cómplice.

Mi padre se fue hacia la cocina y yo me dirigí a la escalera. La subí despacio, sin hacer ruido, de la misma manera que deslicé la puerta de la habitación de Suri. Sonreí al verla tumbada en la cama, dormida. Me moví con cuidado y me arrodillé a su lado, para darle un beso suave en la frente. Me alivió comprobar con el contacto que no estaba caliente.

—Gwen —susurró débilmente, entreabriendo los ojos.

—No quería despertarte —dije flojito—. Sigue descansando, cariño, para que te pongas buena pronto. —Le retiré un mechón de pelo de la cara.

—No me gusta estar malita. —Hizo una mueca, cerrando los ojos con pesadez.

—Ni a mí que lo estés. —Le acaricié la mejilla—. Vuelve a dormirte. Cuando te despiertes, continuaré aquí, voy a comer con vosotros.

—Síii… —murmuró con una sonrisa adormilada.

Volví a darle otro beso y me levanté en silencio, procurando no hacer ruido para salir de la habitación. Dejé la puerta entreabierta y bajé a la planta principal.

—¿Qué tal ha ido en la taberna? —Se interesó mi padre cuando me uní a él en la cocina.

—Muy bien —le respondí, mientras abría la nevera—. ¿Quieres algo?

—Ahora no.

Saqué una lata de refresco para mí y me senté en un taburete de la isla.

—He dejado a Ezra a cargo de todo, quería pasarme a ver a Maddi y venir aquí con vosotros. A primera hora de la tarde abriremos los dos y nos haremos compañía hasta la noche —le informé.

—Gracias, hija —me sonrió—. ¿Qué tal está Maddi?

—No tienes que dármelas —negué—. Maddi lo ha cogido muy fuerte —solté un suspiro—. A ella no se le ha ido la fiebre desde que empezó a encontrarse mal. Lo primero que he hecho cuando me ha abierto la puerta ha sido tocarla.

»No estaba muy caliente, pero lo suficiente como para que por la tarde comience a subirle y se le dispare. He ido al supermercado para comprarle briks de caldo, es lo único que le apetece y como se prepara rápido…

—A la tarde la llamaré por si necesita algo más. Tal vez haya un brote de gripe —dijo pensativo.

—Puede ser. —Me encogí de hombros—. Lo sabremos si caemos nosotros. —Sonreí de medio lado.

—Estamos apañados, vamos de cabeza. —Imitó mi gesto.

—¿Sabes a quién he conocido hoy? —Me llevé la lata a los labios.

—¿Estás esperando a que lo adivine? —Me miró con expresión divertida, por la pausa que hice.

—A la hija de Amelia. Se llama Celia. ¿Tú la has visto desde que llegó al pueblo?

—No la conozco personalmente, pero sé que está aquí. Amelia me lo dijo hace unos días. La mujer está muy ilusionada.

—Lo imagino. Celia ha venido de vacaciones y falta para que se vaya. Es muy simpática, con un punto adorable; su risa contagia y su carácter resulta encantador. Me ha caído muy bien.

—Me alegro, cariño —asintió—. Con la madre que tiene sería difícil que fuese de otra forma de ser. ¿Ha ido a la taberna y se ha presentado?

—No. Hemos tenido un encuentro muy diferente. —Fruncí los labios—. Ese ha sido el motivo por el que hemos terminado en la taberna.

—No me dejes con la intriga —me pidió con interés y me reí.

—Ella iba caminando por la calle de la taberna, cuando yo giraba por la esquina con la motocicleta. Me encontré de golpe con algo que impactó en la rueda delantera. El viento se llevó su paraguas y terminó aplastado por mí. —Sonreí al recordarlo.

»En cuanto me habló, solo tuve que unir la información, porque lo primero que piensas al oírla es que no es de aquí. A simple vista es una inglesa hablando perfectamente nuestro idioma, pero antes de que me lo

confirmara tuve claro que se trataba de la hija de Amelia. La verdad es que tienen bastante parecido si te fijas bien y conoces a las dos.

—Menuda presentación. —Arqueó una ceja—. ¿Te ha pasado algo?

—Estoy bien, todo ha quedado en un susto y sobresalto pasados por agua. Ella estaba peor que yo, entre la sorpresa y el apuro, porque casi me provoca un accidente. Para calmarla la he llevado a la taberna. He abierto y hemos estado allí un buen rato.

»Nos hemos secado, sobre todo Celia, y después nos hemos conocido un poco más mientras ella desayunaba y yo le acompañaba con varios cafés. Hasta que ha aparecido Abel, entonces se ha ido con él al hotel. Han encajado muy bien, lo normal con el carácter de ambos.

—¿Al hotel?

—Mmm… sí. —Carraspeé—. No sé si sabes que ha habido algún cambio allí.

—Define cambio. —Tamborileó los dedos en la encimera.

—¿Amelia no te lo ha explicado?

—¿Te refieres a algo del programa informático interno? —Me miró con curiosidad.

—Ah, no sabía que estabas al tanto. Sí, no me has dicho nada.

—Se me ha pasado —negó—. Aunque tampoco hace mucho que lo sé. Ni siquiera he tenido tiempo de pasarme por el hotel para comprobar el cambio por mí mismo. Amelia me ha dicho que era para mejorar y que nos ha salido gratis.

—Me alegro de que no te estés tirando de los pelos. —Solté una carcajada —. ¿No te ha dicho nada más?

—Porque todavía no me he puesto delante del ordenador. —Bufó y fruncí los labios—. Te he dicho todo lo que sé. ¿Por qué?

—Os ha salido gratis porque el programa informático es de la hija de Amelia. —Arqueó una ceja—. Trabaja creándolos, está dedicada a ello por completo, e imagino que Celia quiso facilitar el trabajo a su madre en el hotel. Aunque Amelia no utiliza mucho el ordenador.

—¿Mucho? Amelia no lo enciende —dijo con tono divertido—. Así que por eso no ha supuesto un gasto, por su hija.

—Ajá. Ese es el motivo que la ha llevado con Abel a la recepción del hotel. Iba a ayudar a Sandra y a él, se les está resistiendo el programa.

—Se me están quitando las ganas de ir. —Puso los ojos en blanco—. Si ellos no son capaces de dominarlo…

—Tiempo al tiempo, igual que para ti. Celia asegura que es muy intuitivo y fácil de manejar. Supongo que los chicos solo necesitan un pequeño empujón y lo tendrán por la mano. —Le hice un guiño.

—Lo que no pasará conmigo —negó.

—Siempre puedes pedirle a Celia que te ayude.

—¿Y molestarla más en sus vacaciones? No —se respondió a sí mismo, de forma rotunda.

—A ella no le importa, es más, estaría encantada. Por sus palabras y reacciones sé que la inactividad la aburre.

—Da igual, sigo pensando lo mismo.

—Cambiarás de opinión cuando te enfrentes por primera vez al programa. Yo de ti lo haría rápido para que la frustración sea mínima, si recibes ayuda, te irá mejor.

—¿Esa es tu forma de animarme? —Elevó las dos cejas.

—Estoy siendo realista. —Solté una carcajada.

—No sé por qué la gente se empeña en modernizarse y hacer tantos cambios. En fin, ya está hecho y tampoco me pareció mal cuando me lo contó Amelia. Todo lo que sea para avanzar es bien recibido.

—Te ayudo con la comida. —Me levanté de un salto del taburete.

—Tómate tranquila el refresco o ponte cómoda en el salón —me pidió—. Lo que quieras, pero no vas a hacer nada aquí.

Ignoré sus palabras y me puse a su lado, con un gesto travieso al que no pude resistirse. Entre los dos preparamos la comida y cuando mi padre apagó el fuego, media hora después, subí a la habitación de Suri.

No tuve que despertarla, me la encontré saliendo del baño.

—Eh, ¿cómo estás? —le pregunté, acercándome a ella.

—Me duele todo y la garganta me raspa mucho —habló muy flojito.

—Cuando comas, te tomarás la medicación y ya verás que te encontrarás un poco mejor. —Le retiré el pelo de la cara, para darle un beso en la mejilla.

—Quería verte. —Me abrazó.

—Estoy aquí. —La apreté con delicadeza—. Vamos a comer, papá está poniendo la mesa.

—No tengo hambre. —Hizo una mueca.

—Pero es necesario que el cuerpo reciba comida para que te pongas rápido buena. —la animé con cariño.

Tenía los ojos vidriosos y estaba caliente, mala señal. Le rodeé los hombros con el brazo y de esa forma, con mi hermana caminando a mi lado muy despacio, llegamos al salón.

—Cariño —le dijo mi padre, caminando hasta nosotras—. Tienes otra vez fiebre —confirmó cuando la tocó.

—¿Puedo comer en el sofá? —susurró Suri.

—Claro. Ahora lo llevo todo a la mesa baja de enfrente. Poneos cómodas.

No me separé de Suri. La acompañé al sofá, donde nos sentamos una al lado de la otra. Nuestro padre trasladó la comida a la mesa baja, la elevó y la acercó para que pudiéramos comer más cómodos. Antes de sentarse al otro lado de Suri, fue a la cocina a por su medicación.

—Tómate esta pastilla ya, para que empiece a hacerte efecto. —Se la puso delante.

Los dos observamos cómo lo hacía. Ni a mi padre ni a mí nos gustaba verla tan débil y sin fuerzas, sin su vitalidad habitual. Era otra niña totalmente diferente, decaída, y nos dolía que fuese ella la que estuviese así.

—Tenías razón —me dijo Suri, al cabo de un rato.

Había conseguido terminarse el plato de sopa.

—¿En qué? —Le sonreí.

—Cumplir años es un rollo, con la edad llegan los achaques.

Sonrió un poco cuando mi padre y yo soltamos una carcajada al escucharla.

—Lo que tienes es pasajero, cariño. Te queda mucho por delante hasta que te lleguen esos achaques —comentó nuestro padre.

—Jo. Es que me siento muy mal. —Hizo un puchero.

—Come un poco de carne en salsa. Solo un poquito —añadí al ver su expresión de asco—. Te sentará bien. —Le acaricié el brazo.

—¿Te quedarás por la tarde conmigo?

—No puedo. —La miré con todo el amor que sentía por ella—. Tengo que ayudar a Ezra en la taberna.

—Ah, vale.

—Pero llamaré a papá a menudo y si estás despierta, hablaremos. ¿De acuerdo?

—Sí —asintió un poco más animada.

Cuando terminamos de comer, y con el resto de su medicación tomada, la llevé de vuelta a su habitación. La ayudé a tumbarse en la cama y la arropé con la sábana.

—Tengo frío —se quejó al notar que era muy poco.

—Hasta que no te baje la fiebre no es bueno que recibas calor extra. —Le toqué la frente y le di un beso, antes de sentarme a su lado—. Aguanta un poco, en cuanto se te vaya te sentirás mejor.

—Vale —soltó un suspiro tembloroso.

—Cierra los ojos. Me quedo contigo hasta que te duermas —susurré, rozándole suavemente la mano.

Buscó mi mano entre las sábanas y se la agarré, haciendo un poco de presión. No pasó mucho tiempo hasta que no pudo mantener los párpados levantados. Se quedó dormida, pero igualmente alargué el tiempo, hasta que me aseguré de que tenía un sueño profundo.

Me levanté de la cama con cuidado y le di el último beso, por el momento. Salí de la habitación dejando la puerta un poco cerrada y me reuní con mi padre.

—¿Se ha dormido?

—Sí —le confirmé.

—Subiré a verla cuando te vayas.

—No te preocupes, papá. Suri se va a recuperar rápido.

—Ya lo sé, hija, pero es inevitable que me ponga así —negó—. Sabes que nunca llevo bien cuando os ponéis malas.

—¿Quieres un café? Cuando me lo tome, me voy para la taberna.

—Yo los preparo.

—No te muevas del sofá —le pedí señalándolo.

Él había recogido la mesa y fregado. En su expresión se reflejaba el cansancio de no haber dormido durante la noche para estar pendiente de Suri. No hizo ningún comentario para rebatirme, era perder energías porque los cafés iba a hacerlos yo.

Eso hice. Nos los tomamos cómodos en el sofá, a ratos en silencio, en otros hablando de varios temas. Volví a sacar el de Celia, la hija de Amelia, y en esta ocasión no se negó a lo que le sugerí. Al terminar, me despedí de él con un abrazo y besos, y salí de la casa. Montada en la motocicleta, le sonreí a mi padre. Estaba en la puerta, observándome, y me devolvió el gesto.

Puse rumbo a la taberna, circulando tranquila por las calles. Había dejado de llover, aunque el cielo continuaba cubierto por nubes oscuras. Con suerte esta vez me daría tiempo a llegar seca y a ponerme a cubierto a tiempo, antes de que empeorara.

Capítulo 32



—Ya hemos cerrado —informé a mi padre, a través de la llamada.

Me guardé las llaves de la taberna en el bolso y me puse al lado de Ezra. Era de madrugada, el silencio de las calles solitarias nos rodeaba.

—Vale, cariño. Ahora descansa y no te preocupes por abrir mañana. Todavía no sé si iré a trabajar o si llamaré a Inés para que se quede con tu hermana. Si esta noche la pasa bien es lo que haré, si no, Ezra se encargará de todo. Envíame un mensaje cuando llegues a tu casa. —Sonreí.

—Tranquilo. Haré la mitad del camino con Ezra hasta su casa y el resto en la motocicleta.

—Porque no quiere que la acompañe, Alonso. Se ha negado y cualquiera insiste. —Alzó la voz mi amigo, para que mi padre lo escuchara. Me reí.

—Lo imagino, hijo. Hay pocas personas que ganen a mi hija en cabezonería, hasta hoy no he conocido a ninguna de ellas —dijo mi padre, reflejando la diversión en su voz.

—Sois muy pesados —me quejé, haciéndome la ofendida—. ¿Qué sentido tiene si voy en motocicleta? Después tendrías que regresar caminando. —Miré a Ezra, quien se encogió de hombros sonriendo, como si ese detalle no tuviera importancia—. ¿Cómo está Suri desde la última vez que te he llamado? —le pregunté a mi padre.

—Creo que está mejorando, cuando se ha metido en la cama solo tenía unas décimas de fiebre. Ahora iré a comprobar si le ha hecho efecto la medicación.

—Perfecto. Ya verás como esta noche va mejor, intenta dormir.

—Me echaré en la cama de tu hermana, pero no te prometo nada. A no ser que me quede dormido sin darme cuenta…

—¿Y pretendes ir a trabajar sin descansar dos días seguidos?

—A ratos, sí.

—Si aparece, lo encerraré en el despacho para que duerma tranquilo —comentó Ezra y sonreí girando la cabeza hacia él, mientras escuchaba la risa de mi padre por el teléfono.

—Te dejo, papá. Hablamos mañana.

—Claro, cariño. Que termine bien la noche para los dos.

Colgué y lancé el móvil dentro del bolso. Empezamos a caminar por la calle, tuve que subirme la cremallera de la chaqueta porque la temperatura había descendido bastante. Ezra iba a mi lado tirando del manillar de mi motocicleta.

—¿En qué piensas? Te has quedado muy callada. —Quiso saber, después de un rato en silencio.

—Estaba recordando a Mel haciendo de camarera. —Sonreí de medio lado.

Mis amigos se habían presentado en la taberna. A lo largo del día había hablado con ellos para comentarles cómo estaba la situación. Izan fue el primero en llegar a media tarde, Mel lo hizo cuando cerró su tienda. Nos habían ayudado a Ezra y a mí, atendiendo a los clientes hasta hacía poco. Abel también colaboró cuando apareció.

Nos había costado echarlos para que se fueran a descansar. Izan se marchó a regañadientes, pero conseguimos nuestro propósito para terminar de recoger la taberna y dejarlo todo limpio.

—Mel estaba entusiasmada —comentó Ezra y reímos sin alzar mucho el tono.

—Se ha metido en el papel —negué sin poder dejar de sonreír.

—¿Y qué me dices de Kenan?

—¿Solo de él? Sus amigos también han venido. —Arqueé una ceja.

—Ya, pero ellos no eran los que no apartaban la mirada de ti y te comían con ella. —Carraspeó, mirándome de reojo.

—Kenan y yo tenemos algo, pero no me preguntes qué, porque no lo sé. —Me encogí de hombros.

—Lo daba por hecho, tú no te quedas atrás en cuanto a él se refiere. —Sonrió.

Era la primera vez que hablaba de Kenan con Ezra. Hasta este momento no le había comentado el acercamiento que se había dado entre nosotros, simplemente porque no había surgido el tema.

—¿Qué puedo decir? Es demasiado irresistible. —Le hice un guiño.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero que no salga de aquí —habló con humor y volvimos a reírnos—. Me alegro, se ve un buen hombre.

—Hasta donde sé y conozco es así.

—¿Estás poniendo barreras?

—Solo soy precavida —dije pensativa—. Aunque ya voy tarde en eso, he caído de cabeza y mis sentimientos…

—Disfruta de lo que estás viviendo, ese es mi consejo —me interrumpió —. No vale la pena pensar en lo que sucederá. ¿Quién lo sabe? Puede pasar cualquier cosa e igualmente te pillará de sorpresa.

—Tienes razón, pero es inevitable que piense en el día en el que Kenan se vaya. Me va a doler y no lo llevaré bien. —Hice una mueca.

—¿Has hablado con él de esto?

—No. —Agrandé los ojos, provocando que frunciera los labios.

—¿Por qué? —Arqueó una ceja.

—Porque no quiero escuchar algo que adelante mi malestar —negué—. Kenan tiene su vida lejos de aquí, ha venido de vacaciones y lo único que me queda es seguir tu consejo para disfrutar hasta que llegue a su fin.

—Gwen, se ve lo interesado que está en ti. No hace falta ni prestar atención para darse cuenta de lo que hay entre vosotros.

—Eso no significa nada —susurré.

—Bueno, tiempo al tiempo… ya se verá. —Sonrió de medio lado—. Un hombre de los pies a la cabeza cuando encuentra lo que quiere no lo deja escapar. Y me da a mí que Kenan es de esos.

Nos quedamos en silencio durante el resto del camino, hasta que giramos la esquina de su calle y llegamos frente a su portal.

—Ten cuidado —me pidió.

—Que sí, pesado. —Esbocé una sonrisa mientras lo abrazaba—. Nos vemos mañana, vaya mi padre a trabajar o no, me pasaré un rato igualmente.

—Allí estaré. —Me hizo un guiño.

Nos despedimos con un abrazo y un par de besos en las mejillas, y me monté en la motocicleta. Arranqué mientras Ezra me observaba y le lancé un

beso, antes de empezar a moverme. Lo dejé enseguida atrás, el trayecto era corto y llegaría pronto a mi casa.

Así fue. Entré en el garaje pocos minutos después y me bajé de la motocicleta. Iba a cerrar la puerta cuando escuché un ruido demasiado fuerte en la calle. Me asomé por curiosidad, a esta hora mi zona estaba mucho más tranquila que durante el día y era raro que se escuchara algo.

Observé hacia delante y hacia los lados, recorriendo con la vista la calle. Las luces de las farolas y del garaje me daban una buena visión. No encontré nada que me llamara la atención, aun así, estuve observando la zona durante unos minutos.

Me encogí de hombros y pulsé el mando para que la puerta del garaje bajara. Cuando quedó encajada, entré en la casa y fui directa a la cocina. Estaba cansada y con ganas de meterme en la cama cuanto antes, me bebí de un trago el vaso de agua que me llené y fui hacia la escalera.

En mi habitación, me quité la ropa y me metí en el baño, para darme una ducha rápida. Me sentó de maravilla y con una camiseta ancha puesta, me tumbé en la cama. Solté un suspiro por la sensación de comodidad y cerré los ojos, después de poner la alarma en el móvil y dejarlo en la mesita de noche.

El día se había hecho largo y me pasó factura. No fui consciente de cuándo me quedé dormida, pero fue instantáneo. La oscuridad me envolvió y me dejé arrastrar por ella, sumiéndome en un sueño profundo.

✤ ✤ ✤

—Nuestra zona está despejada. —Escuché por el comunicador a mi compañero Darío.

—Esperad a mi señal —nos pidió Diego, nuestro jefe.

Seguimos su orden. Tenía a mi lado a Izan, los dos estábamos agachados observando nuestro objetivo, ocultos por la oscuridad de la noche.

—¿Preparada? —me preguntó mi amigo.

—Sí. Por fin ha llegado el momento. —Le sonreí.

—Ten cuidado y no te separes de mí.

—Lo mismo te digo. —Le revolví el pelo y negó, con una media sonrisa.

—Ahora. —Dio la orden Diego, pasados unos minutos y todos, sin excepción, empezamos a movernos de nuestras posiciones.

—Hay algo que no me gusta —me dijo Izan, cuando ya habíamos avanzado una buena distancia.

—Todo saldrá bien. —Intenté tranquilizarlo, aunque opinaba lo mismo que él.

No era normal tanto silencio, tanta tranquilidad y oscuridad, y mucho menos que no hubiéramos localizado a nadie por los alrededores de la mansión que estábamos a punto de asaltar. Nuestra misión consistía en acceder al interior para apresar al jefe de la mafia que llevaba varias semanas en España.

Teníamos la intención de cogerlo con vida, pero no dudaríamos en apretar el gatillo si la situación lo requería. Lo mismo sucedía con los demás altos cargos de la organización, íbamos a por todas en la reunión que se estaba llevando a cabo desde el final de la tarde.

Una vez que dispusimos de la información y de la gran oportunidad que se nos presentó, lo coordinamos todo al detalle, estableciendo las pautas a seguir para minimizar los posibles fallos que podían darse esa noche. Lo teníamos todo calculado, incluso los diferentes imprevistos y las únicas vías de escape a las que recurrirían para huir.

Ajusté el agarre en la empuñadura del arma y no dejé de enfocarla hacia delante mientras miraba a nuestro alrededor. El silencio era escalofriante, por lo que podía significar.

—Diego —llamé al jefe por el comunicador.

—¿Alguna novedad? ¿Pasa algo que no habíamos previsto? —Quiso saber.

Aparentemente, parecía tranquilo, pero quienes lo conocíamos muy bien sabíamos que era una fachada. Sus nervios y preocupación por su equipo eran evidentes. Izan me miró de reojo, esperando a que continuara hablando.

—Sí. Estoy segura de que todo el equipo está pensando en lo mismo. Da la sensación de que la mansión está vacía y no es posible, hace apenas una hora que escuchamos una conversación y procedía de dentro. Llevamos más tiempo en el perímetro y nadie ha salido de la propiedad —le comuniqué.

—¿No lo ves seguro?

—Simplemente no veo nada. No nos hemos encontrado con ningún obstáculo y ya es raro de por sí. Varios tíos tendrían que estar en el exterior y más calma no puede haber.

—¿En qué punto estáis tú e Izan? —me preguntó con impaciencia.

—Acabamos de llegar a la pared lateral —le informé entre susurros.

—¿Y el resto?

—César y yo estamos en la parte trasera —habló Darío.

—Los demás seguimos protegiendo el perímetro desde diferentes distancias. La primera línea, tal y como decidimos, no nos moveremos hasta que entren Izan, Gwen, César y Darío.

»La segunda se mantendrá en sus posiciones para atacar desde la fuera —comentó Arturo, refiriéndose a él, al resto de nuestro equipo y a los otros dos que se habían unido como refuerzos a la operación—. Gwen tiene razón, jefe. No me gusta lo que estoy presintiendo.

Nos quedamos todos en silencio, incluso Diego. Si hubiese podido verlo, sabía que estaba dándole vueltas a todas nuestras dudas y a cómo se había

presentado la operación.

—Mierda. Retroceded, no voy a poneros en peligro —nos pidió Diego.

—Ya que estamos aquí y tan cerca, podemos hacer sobre el terreno una observación del interior de la mansión —habló Darío.

—No creo que demos con algo —comentó Izan, mirando con cautela a través de una ventana—. Todo está oscuro, no hay rastro de vida dentro, ni siquiera una mínima luz en la planta superior. Sea lo que sea lo que está pasando, saben que estamos aquí. Nos esperaban —aseguró.

—No me jodas. —Bufó César—. Menuda mierda.

—¡He dicho que retrocedáis! Es una puñetera orden que no admite discusión —repitió Diego, al borde de perder los nervios.

Izan y yo nos miramos y asentimos, dispuestos a largarnos de la zona como habíamos llegado, lo más sigilosos posible. Si nos habían descubierto, si estaban al corriente de nuestros planes porque la información se había filtrado, lo teníamos todo en contra para conseguir nuestro objetivo. Seguramente ni siquiera se encontraba dentro el jefe de la mafia italiana y los altos cargos que lo seguían en la organización.

—¡¡Joder!! —Alzó la voz Darío.

—¿Qué sucede? —le preguntó Izan al instante, mientras él y yo empezábamos a desplazarnos hacia la parte trasera, donde se encontraba con César.

—Es César. ¡Ha caído! —Jadeó—. Los disparos han salido con silenciadores de la nada, los tenemos a nuestras espaldas. Repito, la amenaza no está dentro de la mansión, sino entre los árboles —habló agitado.

—¿En qué situación se encuentra César? —Quiso saber Diego, con una calma fría.

—Todavía puedo hablar, jefe —respondió el propio César—. Estoy jodido para moverme rápido, me han dado en una pierna y en el pecho —dijo con la respiración entrecortada.

—Izan, Gwen, id a darles refuerzo. Todos los demás, desplazaros para cubrirles las espaldas. ¡Salid de una puñetera vez de ahí! —exigió.

—Estamos yendo hacia ellos, jefe. Nos encontramos muy cerca —le comuniqué.

—Por lo más sagrado, tened todos cuidado si no queréis que os patee los culos cuando os vea.

—¿Quién más estaba informado de nuestros planes y de la operación? —Quiso saber Izan. Sus palabras transmitían toda la rabia que sentía—. Alguien nos la ha jugado, a lo grande.

—Ahora no es el momento de hablar sobre eso, pero lo haremos. Tened claro que esto no va a quedarse así —dijo con la misma rabia Diego—. En este momento lo único que me importa es que os alejéis, sois un blanco fácil si estáis rodeados y si no conseguís ver de dónde os viene la amenaza…

—Junto a César y Darío —informó Izan.

—Estupendo, moveros cagando leches —nos pidió el jefe.

Lo que no calculamos, ni esperábamos ninguno de los implicados, es que todo se descontrolara en cuestión de segundos.

Capítulo 33



Izan, que tenía más cuerpo y fuerza que yo, ayudó a Darío a cargar con César para que fueran más rápido. Nuestro compañero aguantó el dolor que le provocaron los movimientos. Conmigo delante, apuntando hacia todas las direcciones, corrimos con la mayor agilidad que Izan y Darío tenían al llevar y tirar de César.

Sentía a nuestros compañeros respaldándonos, pero esa suerte la perderíamos en cuanto nos adentráramos entre la arboleda. Sabía que se moverían para continuar pendientes de nosotros, pero la situación estaba a punto de complicarse.

Una vez sorteamos los primeros árboles, desprotegidos y más atentos que nunca a cualquier sonido o movimiento entre la oscuridad que nos acompañaba, otro disparo nos sobresaltó al impactar contra la corteza de un árbol.

—Moved las puñeteras piernas más rápido —dijo Darío, acelerando la carrera.

—Esperad. —Los hice frenar y callar con un gesto de la mano.

Cerré los ojos para poner en marcha los pocos sentidos que nos servían en medio de la noche. Cuando los abrí, dirigí la vista hacia una zona separada por unos metros de nosotros. Izan siguió la dirección de mi mirada…

—¡¡Cuidado!! —gritó mi amigo.

Daba igual que delatáramos nuestra posición, nos estaban siguiendo y observando, al menos algunos hombres. Algo rodó hacia los cuatro y por instinto, saltamos hacia atrás y nos movimos lo más rápido que pudimos, antes de lanzarnos al suelo.

Nos libramos de la explosión de una bomba, pero no de sus efectos. Los oídos me pitaban, la vista se me nubló. Apoyé las manos en el suelo, con la respiración entrecortada. A pesar de sentirme desorientada por unos instantes, mantuve el agarre del arma y me giré activándome.

Con la espalda apoyada sobre el terreno, disparé la primera bala, apuntando directamente al cuerpo de un tío que llevaba un arma en alto y acortaba la distancia hacia nosotros.

El caos se desató en lo que dura un parpadeo. Hice caer al primero, pero a este le siguieron bastantes más. Una docena de hombres, aproximadamente al hacer un recuento rápido, salieron de entre los árboles. Los tres, Izan, Darío y yo, nos levantamos de un salto, ignorando los efectos de la explosión.

Nos enfrentamos a nuestros atacantes, mientras César se quedaba en el suelo sin poder moverse. Arrastramos su cuerpo hacia una zona más protegida para todos, e hicimos una especie de barrera alrededor de nuestro compañero. Luchamos para sobrevivir de las balas que volaban en nuestra dirección.

Los grupos de apoyo aparecieron, aniquilando de fuera hacia dentro a todo aquel que localizaban en su camino. Con la mandíbula apretada, sin dejar de moverme y disparar, supe que estaba jodida, incluso antes de ser realmente consciente de ello.

De todas formas, aguanté, no di señales de nada y me mantuve firme en mi posición. No podíamos permitirnos bajar la guarda porque estaríamos perdidos y si yo dejaba abierta una brecha, accederían por ella.

Perdí la noción del tiempo, mientras un sudor frío me recorría y notaba cómo la ropa se me empapaba en una parte concreta del cuerpo.

—¡¡Despejado!! —gritó un compañero en lo que pareció una eternidad.

Después, todo se quedó en completo silencio. Saqué la linterna del pantalón y encendí la luz, enfocando hacia todos los lados. Los cuerpos caídos se distinguían allí hacia donde dirigía la linterna. Solté un suspiro tembloroso.

—¡César! Eh, tío. Lo hemos conseguido, esta noche se terminó. —Escuché a Darío y me giré para verlo arrodillado junto a nuestro compañero.

—Vamos a joder bien a quien nos la ha jugado —dijo en tono bajo César.

Le costaba mantener los ojos abiertos y hablar. Tragué saliva al temerme lo peor.

—¡¡Sacadlo de aquí!! —grité al resto.

—Gwen. —Dirigí la atención a Izan—. Ya está.

Mis manos caían pegadas y pesadas a los costados de mi cuerpo, todavía apretaba el agarre en la empuñadura del arma. Me rodeó la mano con cuidado y consiguió quitarme el arma. Hice una mueca y volví a tragar saliva, al ser consciente de que no lo estaría por mucho más tiempo.

—¿Qué…? ¿Qué cojones es esto? —Mi amigo levantó la cabeza de golpe, buscando mi mirada en la poca claridad que aportaban las luces de nuestros compañeros que teníamos por todos lados.

—Izan… —susurré.

Bajó la mirada a su mano, con la que sujetaba mi arma, viendo y sintiendo cómo la sangre le manchaba la palma y los dedos.

—Gwen… tú no has tocado a César. No has tenido contacto con sus heridas. —Su voz sonó ronca, antes de conectar de nuevo con mis ojos.

Vi el miedo, no, un pánico profundo en su expresión.

Di un paso hacia él. Era el único que nos separaba, pero no pude controlar el peso de mi cuerpo y caí sobre su pecho. Me rodeó con un brazo con fuerza, mientras que con la mano del otro me palpaba la ropa. Hasta que encontró la zona donde la tenía empapada por la herida que tenía en el costado.

—Joder, joder… —gritó— ¿Por qué no has dicho nada? —me preguntó angustiado y atormentado— ¡¡Ayuda!! ¡¡Gwen también ha caído!! —Alertó a los demás, desgarrándose la garganta.

Con los ojos entreabiertos no dejé de observarlo. No quería cerrar los ojos, pero el dolor en este punto en el que la adrenalina había terminado fue insoportable y me hizo ser realista de mi estado. Perdía las fuerzas y la sangre a gran velocidad.

—Izan… —susurré—. Suri, mi padre… Mel…

—Shhh… no malgastes energías. ¡Quédate conmigo!

Se inclinó para pasar un brazo por detrás de mis piernas y me cogió en brazos.

—La herida es grave —murmuré.

—Llegaremos a tiempo. —Apretó la mandíbula.

—Te quiero.

—Ni se te ocurra hacer eso. ¡No te despidas de mí, joder! —dijo con rabia.

Lo último de lo que fui consciente fue de que varios compañeros nos rodearon y de que alguien hablaba con Diego, nuestro jefe. Todo se distorsionó mientras notaba la ansiedad de todos.

Mi mente voló a un lugar desconocido y oscuro, notando cómo mi cuerpo se balanceaba. El dolor empezó a remitir, hasta que no sentí nada. Sabía que era muy mala señal.

Izan empezó a correr, desesperado, conmigo en brazos. Iba a morir junto a él, y mi gran amigo no podría soportarlo. Lo sentía en cómo se aferraba a mí, en cómo me pegaba con fuerza a su cuerpo, en su respiración entrecortada, no por la carrera, sino porque estaba llorando.

Sentía en lo más profundo de mi ser que lo estaba destrozando y no podía evitarlo, ni hacer nada para consolarlo y darle una mínima de esperanza. Me alejé de Izan sin poder oponer resistencia, a pesar de que mi cuerpo continúo protegido por él.

✣ ✣ ✣

Abrí los ojos de golpe y me incorporé de la misma forma. Me quedé sentada, con la respiración desacompasada y sudando. Me llevé la mano al pecho y parpadeé varias veces rápido. Tuve que mirar a mi alrededor para asegurarme de que había sido una pesadilla. Una muy real que había vivido, pero que en este instante no dejaba de ser un mal sueño.

Me encontraba en mi habitación, en mi cama, con una angustia que me oprimía el pecho. Todas las sensaciones que sentí aquella maldita noche habían regresado con fuerza. Hacía tiempo que no revivía lo que me pasó para tener la cicatriz en el costado, que no lo sentía en mis carnes de nuevo. Solté un suspiro tembloroso y me arrastré por la sábana.

Me quedé sentada en el borde de la cama, tomándome unos minutos necesarios con la vista fija en la ventana. La claridad de la mañana se filtraba por las pequeñas rendijas de la persiana. Desvié la mirada a la mesita de noche y cogí el móvil. Había apagado la alarma. No lo recordaba, no me había despertado para hacerlo.

Comprobé sorprendida que eran casi las diez de la mañana. Tenía un mensaje de mi padre de hacía horas y accedí a él para leerlo. Sonreí porque no le gustaba comunicarse de esta forma. Ya ha quedado clara la relación que tenía mi padre con la tecnología, con toda ella.

Papá: *Hola, cariño. No te llamo para no despertarte, es temprano. Tu hermana ha pasado buena noche y no se ha movido. He estado muy pendiente de ella y no le ha subido la fiebre. Sigue durmiendo. Inés llegará en unos minutos para quedarse con ella. Voy a la taberna, así que si vas es para estar un rato, no para trabajar. Igualmente, me escaparé en algunos momentos para venir a comprobar que todo sigue bien. Te quiero.*

Las buenas noticias sobre Suri me subieron el ánimo. Dejé el teléfono a un lado y me levanté despacio. Al hacerlo, me llevé la mano al costado y me acaricié la cicatriz por encima de la camiseta. Sacudí la cabeza queriendo eliminarlo todo. Necesitaba un café con urgencia y activarme.

Me dirigí al baño y cuando salí, caminé hasta la cómoda. Abrí el segundo cajón y aparté las camisetas que ocultaban lo que buscaba. Mi arma apareció ante mis ojos. La cogí y comprobé que estaba cargada. Escuchar el sonido que hizo me relajó un poco. Volví a guardarla y cerré despacio el cajón, pensativa.

Fui a por el móvil y bajé a la planta principal, yendo directa a la cocina. Encendí la cafetera, saqué el brik de leche de la nevera y me preparé un café con leche. Empecé a tomármelo en el porche, observando el jardín, mientras no podía frenar la mente, dándole vueltas al trabajo.

El móvil, que había dejado en la mesa, empezó a vibrar. Sonreí al ver que Izan me estaba llamando. Descolgué y me lo llevé a la oreja.

—Buenos días —fui la primera en hablar.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo va la mañana?

—Mmm… bien por ahora. Me he despertado hace muy poco.

—¿En serio? Es tarde para ti, aunque te acostaras tarde.

—Ya ves. —Sonreí—. ¿Y tú? ¿Te ha dado tiempo a hacer muchas cosas?

—Demasiadas —respondió con humor—. ¿Tienes algún plan? ¿Kenan aparecerá por tu casa?

Mi amigo no se sorprendió de la noticia cuando, días atrás, nos encontramos con Mel al final de la tarde. Según me dijo Izan después, esperaba escuchar en cualquier momento lo que Mel le confirmó, porque lo primero que hizo ella en cuanto nos vio llegar juntos, fue preguntarme nerviosa por Kenan y sacar el tema que la tenía impaciente.

Estaba ansiosa por saber qué hacía en mi casa, con qué motivo se presentó y lo que había pasado entre nosotros. Aunque lo último ya lo intuía por la breve conversación que tuvimos por teléfono, cuando me llamó para quedar y para avisarme de que Izan pasaría a recogerme por mi casa.

Ese fue el momento en el que mis dos amigos se enteraron de que Kenan y yo habíamos intimado y que todo parecía marchar bien entre nosotros, en una dirección muy diferente. ¿Cuál? Ni puñetera idea.

—Desde que se fue ayer con sus amigos de la taberna no he hablado con Kenan y no quedamos en nada. Todo es posible, pero por la hora que es dudo que venga. Normalmente, se presenta más temprano porque sabe que sobre las ocho y media ya estoy en pie, de sobra.

—Entonces… ¿Qué te parece si paso a buscarte y vamos a desayunar?

—¿Todavía no lo has hecho?

—Sí, pero a las siete de la mañana. Son las diez y cuarto, a esta hora mi estómago está más que preparado para que vuelva a comer —dijo, y me reí.

—Estoy en el porche, bebiéndome un café, me lo termino rápido y me visto.

—Estupendo. En veinte minutos, como mucho, estoy ahí.

—Vale. Hasta ahora.

Cuando colgamos, no desapareció la sonrisa de mis labios. Muchísimo más animada, casi del todo, continué disfrutando del café con calma. Tenía tiempo de sobra, vestirme lo haría rápido. Cuando acabé, entré en el salón y cerré la corredera, para dirigirme a la cocina. Fregué la taza y fui hacia la escalera.

En mi habitación abrí el armario y saqué un pantalón corto vaquero y una camiseta de tirantes. Me quité la poca ropa con la que dormía y me preparé. Pasé por el baño para recogerme el pelo en un moño suelto y me puse brillo en los labios. Lo último fue calzarme las sandalias planas y coger el bolso, comprobando que tenía todo lo necesario dentro.

Bajé a la planta baja y guardé el móvil, después de ver que faltaban… sonreí y negué, cuando el timbre sonó. Como siempre, mi amigo se adelantaba. A puntual no le ganaba nadie.

Abrí la puerta, pero me quedé con la boca abierta, sin llegar a pronunciar las palabras en broma que iban destinadas a Izan. No me encontré con él, sino con otro hombre. Era un repartidor que sujetaba una caja entre las manos.

—¿Gwen? —me preguntó.

—Sí. Soy yo —le confirmé.

Me dio el paquete y cuando lo agarré lo observé con atención. Leí mi nombre y mi dirección, no había duda de que era para mí. No tenía ni idea de qué se trataba, no había pedido nada. De mi padre no era, imposible que él me hiciese llegar algo a través de Internet. Lo que fuera me lo daba en mano siguiendo sus costumbres.

De Izan y Mel tampoco podía ser, los habría pillado en algún comentario o intercambio de miradas. Aunque todavía me quedaban las opciones de Ezra, Abel, o tal vez Kenan. Al pensar en la posibilidad de que fuese del último, me puse nerviosa. ¿Me había hecho un regalo?

—Que tenga un buen día —me deseó el repartidor y lo miré.

—Igualmente. Gracias. —Le sonreí.

Justo cuando iba a entrar en casa, para comprobar qué contenía el paquete para salir de dudas, Izan apareció y me silbó, llamando mi atención. Dirigí la mirada hacia él y volví a sonreír.

—¿Y eso? —me preguntó avanzando por el camino que llevaba hasta mi entrada.

—Una sorpresa que no tengo ni idea de quién viene —le respondí, encogiéndome de hombros—. Ya lo sabré más tarde.

Me agaché para dejar el paquete al lado de la puerta, en el salón, y salí cerrando con llave.

—¿Vas a aguantar la intriga? —Arqueó una ceja.

—Sí. —Me reí—. Tú tienes más que yo. —Le hice un guiño—. Quiero abrirlo con calma. Pensaba que vendrías en la motocicleta.

—Hace muy buen día, pero si quieres vamos en la tuya.

—No, tienes razón. —Me agarré de su brazo y empezamos a movernos.

Dejamos la verja cerrada y cruzamos la calle, para caminar por la acera contraria en la que daba la sombra.

—¿Has descansado? —me preguntó cuando giramos al final de la calle.

—Mucho —contesté, porque en realidad había sido así. Simplemente, no entré en detalles del sueño que había tenido y de cómo me había despertado. Para Izan también era remover muchas cosas y no quería que retrocediera en el tiempo y en las emociones.

»Al levantarme me he encontrado con un mensaje de mi padre, ya está de vuelta en la taberna. Suri ha pasado buena noche y no ha tenido fiebre, parece que lo peor ya ha pasado.

—Me alegro. Espero que continúe así y que se mejore del todo —asintió —. ¿Seguro que estás bien?

—Claro. ¿Por qué? —Arqueé una ceja.

—No sé, te noto algo diferente. —Me observó con atención.

—Será que todavía tengo cara de dormida. —Me reí.

—Como si no te hubiera visto veces de esa manera. —Elevó las dos cejas.

—Pues ni idea. —Me encogí de hombros—. Deja de preocuparte por mí.

—Pídeme algo que sea posible.

Lo miré sonriendo y tiré de su brazo para que se parara. Me puse de puntillas para darle un beso y para abrazarlo, lo que lo desconcertó más.

—¿Y esto?

—Hoy estoy cariñosa. —Le saqué la lengua.

—Definitivamente, a ti te pasa algo. —Entrecerró los ojos.

Volví a reírme, con ganas, ignorando el significado que escondían sus palabras. Di el primer paso y me siguió, en silencio.

—Me siento bien. Estoy tranquila y con las personas que quiero. ¿No es motivo suficiente para ese algo que notas diferente?

Su expresión se relajó al instante y me sonrió. Apartó mi brazo y me rodeó con el suyo los hombros. De esa forma recorrimos las calles.

Mientras nos acercábamos al centro, me pregunté en varias ocasiones qué estaría haciendo Kenan. Era raro que no me hubiese despertado, aunque como estuvo en la taberna anoche y se fue informado de que mi padre estaba con Suri, del malestar de mi hermana, y de que me quedaba hasta el cierre con Ezra… seguramente me había dejado descansar. En cualquier otro momento del día lo vería, estaba segura de ello.

Capítulo 34



Kenan

—Hola, muchacho —me saludó Gonzalo.

Sonreí al verlo en la pantalla del ordenador. En el mensaje que me había enviado hacía unos minutos, me pedía hacer una videollamada cuando tuviera tiempo. Si algo me sobraba en ese instante era eso.

Estaba solo en la casa y para lo único que saldría sería para ir al río, con la intención de refrescarme. Ni siquiera había ido a hacerle la visita de rutina matutina a Gwen, tal y como nos habíamos acostumbrado los dos. Me hubiese encantado, pero me contuvo el hecho de que el día anterior trabajó en la taberna para suplir la ausencia de su padre.

No paró, ni por la mañana cuando Ezra llegó y ella pudo salir. En ese momento aprovechó para ir a visitar a su amiga Maddi, y después fue a la casa de su padre, para hacerles compañía a él y a su hermana, y comprobar cómo se encontraba Suri.

Al no descansar, el día debió hacérsele muy largo y pesado, porque tal y como me dijo antes de irme con mis amigos de la taberna, pasada la medianoche, llegaría a su casa de madrugada, cuando cerrara junto a Ezra. Daba por hecho que hoy se había despertado más tarde de lo que solía ser habitual en ella y ni por asomo iba a levantarla de la cama antes de tiempo.

Al menos yo no sería el motivo que lo provocara. Encontraríamos otro momento durante el día para vernos, eso no me preocupaba, pero era

inevitable que sintiera la falta de estar con Gwen, para que ambos disfrutáramos de todo lo que nos apeteciera. Sí, el desayuno entraba en esa lista, como todas las cosas que se os puedan venir a la cabeza.

Aparté los pensamientos sobre mis planes truncados y los que estaban por venir, para centrarme en la videollamada y en Gonzalo.

—Hola —lo saludé—. ¿Cómo va? ¿Tienes novedades que contarme?

—Primero, vosotros. ¿Qué tal estáis llevando estos días?

—Estupendamente. Tranquilos. Los chicos están en el río dándose un baño, me reuniré con ellos cuando cuelgue.

—Joder, qué bien suena.

—Anímate y ven —le propuse, aunque sabía por anticipado su respuesta.

—No me tientes, muchacho, que bastante tengo ya. —Sacudió la cabeza—. En este instante no me lo pensaría, si pudiera cerrar los ojos y aparecer allí…

—Ese superpoder no lo tienes —hablé con diversión.

—Algún día os sorprenderé a todos. —Sonrió de medio lado.

—¿Tienes mucho lío por ahí?

—Demasiados a la vez. Hemos avanzado y tengo varias cosas entre manos, por eso quería hablar contigo cara a cara.

—¿Qué pasa?

—Lamento ser yo quien os estropee la calma, como siempre. A partir de ahora tenéis que estar muy atentos a los teléfonos, en cualquier momento os puedo llamar para deciros que se os acabaron los días de descanso, por ahora. Voy a ponerte al día de los últimos acontecimientos, para que me des tu opinión.

Puse toda mi atención en sus palabras. Conforme avanzaba en su explicación, fui memorizando todos los detalles importantes. No pasé por alto ni lo más mínimo. Una vez finalizó, le comenté mi punto de vista sobre el asunto y la forma en la que actuaría yo, a pesar de que todavía debía pensar bien en ello, teniendo la información en mis manos. Estuvimos hablando durante más de media hora, metidos por completo en la conversación.

—De acuerdo, así lo haré —me dijo.

—Mantenme informado. No dudes en marcar mi número, da igual a la hora que sea —le pedí.

—Tranquilo, Kenan. Serás el primero al que llamaré si surge alguna novedad.

—Está bien.

—Por el momento continúa disfrutando del tiempo de descanso, porque en cuanto vuelvas al trabajo, ni te acordarás de los días que estáis pasando ahí.

—Créeme, no se me olvidarán.

—Te dejo. Entro en una reunión dentro de unos minutos, para que me den más dolores de cabeza.

—Que vaya bien. Estamos en contacto.

Corté la videollamada y apagué el ordenador. Cuando cerré la tapa del portátil, dirigí la vista hacia la ventana del salón. Comencé a darle forma en mi cabeza a todo lo que habíamos hablado. Durante un tiempo no me moví, aislado del todo del lugar en el que me encontraba.

Al reaccionar, bajé la mirada a la pantalla del teléfono que tenía al lado de la pierna, en el sofá. La activé viendo que Diego me había enviado el correo electrónico con todos los archivos que le había pedido. Me pasé un buen rato memorizando los datos, analizándolos y dándoles sentido a mi forma de ver.

El descanso que estábamos teniendo estaba a punto de finalizar. Lo tuve claro, fue más una intuición que una realidad inminente. Bloqueé el móvil y lo coloqué junto al portátil, para salir de la casa. Necesitaba un baño en el agua fría del río, con urgencia.

Hacia él me dirigí, y conforme me acercaba y dejaba la casa atrás, empecé a escuchar las voces de mis amigos. Se encontraban bastante apartados de varios grupos de chicos jóvenes que estaban repartidos entre el agua y las toallas que habían colocado cerca de la orilla.

—Eh, tío —me dijo Jairo—. Pensábamos que ya no vendrías. ¿Has estado muy ocupado y entretenido teniendo la casa para ti solo? —Sonrió con picardía.

—Le he sacado provecho, sobre todo a tu habitación y a tu cama —le respondí, imitando su gesto.

—¡No me jodas! ¿Tengo que lavar las sábanas? —Agrandó los ojos, provocando que Dago y Sheila se rieran.

—Kenan es muy meticuloso, seguramente no habrá manchado nada —comentó Dago, sin perder la diversión.

—Siento desilusionaros, pero he tenido las manos muy ocupadas en otras cosas. Para vuestra información, mi cuerpo y mis necesidades están muy bien servidas y cubiertas. Lo que no puedo decir de vosotros, ¿me equivoco? —Los piqué con mi relación con Gwen.

—Ah, ahí no entro —se lamentó Sheila, levantándose de la toalla en la que había estado sentada.

—Yo tengo en el bote a la camarera de la taberna —dijo Jairo.

—Eso sería hace unos días. Han pasado unos cuantos desde que no la ves. —Lo pinchó Dago—. No puedo hablar por Maddi, pero tú no has dejado de mencionarla, lo que nos da la pista de que en el bote te tiene ella a ti.

—Céntrate en tus cosas. —Bufó Jairo—. No estaría mal que nos contaras cómo vas con Mel. El otro día tardaste mucho en volver a la casa, después de ir a su tienda. —Arqueó una ceja mirando a Dago, mientras salían los dos del agua—. Todos sabéis que si no he visto a Maddi es porque está mala y recuperándose, idiota.

—La invité a desayunar y lo alargamos —contestó Dago, refiriéndose a Mel—. Pasamos un buen rato.

—¿Y no te enseñó los probadores o el almacén de la tienda? —Quiso saber Sheila.

Acompañó a sus palabras con varios elevamientos de cejas, poniendo gestos divertidos.

—No —negó Dago, con una sonrisa de medio lado—. Había varios clientes dentro y no le di tiempo a que me ofreciera nada. Le propuse ir a la cafetería o al bar más cercano y aceptó de inmediato. La chica que trabaja para ella, Nerea, se quedó a cargo del negocio.

—Perdiste una buena oportunidad —comentó Jairo.

—¿Quién lo dice? —le contradijo Dago— No tienes ni idea de lo que pasó entre nosotros, y no lo vas a saber. —Le dejó claro, antes de que volviera a hablar.

—¿Y con qué te has retrasado? —me preguntó Sheila.

—He recibido un mensaje de Gonzalo. Me pedía que nos conectáramos por videollamada y eso es lo que hemos hecho. He hablado con él por el ordenador.

—Hasta ahora le bastaba con llamadas de teléfono. ¿Va todo bien? —Quiso saber Dago.

—Seguro que sí. —Le quitó importancia, Jairo—. Está claro que quería ver a Kenan, para quedarse conforme con que todo nos va genial.

—En parte sí —les confirmé—. Pero hay bastante más.

—No fastidies —dijo Sheila.

—Voy a darme un baño, lo necesito. Cuando salga hablamos en la casa.

—Me adelanto para preparar las cervezas y algo de picoteo, me da a mí que lo vamos a necesitar —sugirió Dago.

Asentí mientras me descalzaba y caminé hasta la orilla. Iba preparado con el bañador desde hacía bastante, era lo único que llevaba puesto. Entré despacio en el agua, notando cada centímetro de piel que fue cubriéndome. Estaba fría de cojones, si un baño aquí no te activaba, no lo conseguiría nada.

Cuando el agua me cubrió por la cadera, me lancé para mojarme entero. Disfruté por unos minutos de la sensación, hasta que el sofoco de mi cuerpo desapareció totalmente y decidí ponerle fin, para salir. Jairo y Dago se habían ido hacia la casa, pero Sheila me esperaba con la toalla en la que había estado sentada entre las manos.

—Gracias —le dije cuando me la ofreció para que me secara.

—¿Mejor? —Se interesó.

—Sí. —Le hice un guiño—. Aquí se te aclaran las ideas al instante.

—O se te van del todo, que es lo que me pasa a mí porque entro gritando y salgo aullando. —Soltó una carcajada y sonreí.

—No hacía falta que te quedaras.

—Lo sé, pero quería hacerlo.

Me sequé en silencio y cuando terminé, me puse las deportivas y me enrollé la toalla en la cintura, para escurrir al máximo el bañador.

—¿Me lo vas a preguntar? —le pregunté mirándola de reojo, cuando empezamos a caminar hacia la casa.

—¿Tan mal te ha parecido lo que te ha dicho Gonzalo? —Quiso saber—. Te he notado agobiado cuando has llegado.

—Solo estaba dándole vueltas a todo. Nos irá bien, sabes que Gonzalo se encargará de organizar hasta el más mínimo detalle.

—Eso no me preocupa.

—¿Entonces es porque se nos terminan los días de tranquilidad?

—Un poco, pero no hace falta que te diga que me encanta mi trabajo, al igual que a vosotros. Lo que no me gustan son los dolores de cabeza que me provocan. —Hizo una mueca.

—Estamos aquí precisamente por eso.

—Lo sé y no nos ha ido tan mal, ¿verdad?

—No —dije pensativo.

—¿Hablarás con Gwen?

—Por el momento no, quién sabe cuándo volveremos a saber de Gonzalo. Cuando llegue el momento lo haré, antes es una tontería. Lo evitaré hasta que pueda. ¿Qué tal tú con Izan?

—Buenooo… nos escribimos mensajes, pero no todos los días. Cuando sucede, podemos perder la noción del tiempo hablando, pero después, nada. Pueden pasar varios sin saber nada de él. —Se encogió de hombros.

—Es un avance.

—El que dentro de poco se terminará —soltó un suspiro.

—O no. Nadie puede asegurarlo.

—¿Ahora estás optimista? —habló reflejando diversión en su voz.

—¿Cuándo no lo soy? —Arqueé una ceja, subiendo los primeros escalones del porche.

—Mmm… también es verdad. —Rio—. Si no fuera por ti, muchas veces nos hubiéramos hundido en la misera.

—¿Ahora estás pesimista? —Igualé su pregunta, pero dándole un significado totalmente opuesto a la suya.

—Solo hago constar los hechos. —Me hizo un guiño—. Lo único que necesitas es abrir la boca para que nosotros nos vengamos arriba. —Se encogió de hombros.

—Es todo un honor. —Sonreí de medio lado.

—El que te mereces y te has ganado a pulso. —Me lanzó un beso al aire.

Dago y Jairo nos esperaban sentados a la mesa del porche. Nos unimos a ellos, ocupando las sillas vacías. Habían sacado varios cuencos y platos con patatas chips, olivas, berberechos, frutos secos, gambas cocidas y hummus, acompañado por triángulos de pan y tiras de zanahoria.

Cogí mi cerveza y le di un buen trago. Intenté no reírme, los ojos de mis amigos estaban puestos en mí y en todo lo que hacía, a la expectativa de lo siguiente que dijera.

Borré la diversión de mi expresión. Me puse serio, lo que les dio una pista de cómo iba a ser la conversación.

—Todavía no es seguro —empecé a hablar—, pero Gonzalo ya me ha advertido de que los días de tranquilidad se nos van a terminar.

—¿Qué opinas tú después de hablar con él? —me preguntó Dago, con la misma seriedad.

—Que no se equivoca. —Tamborileé los dedos en la mesa—. Iros mentalizando de que en cualquier momento tendremos que movernos y lo que ello conlleva.

—Estamos listos, tío —asintió Jairo—. ¿No? —Se dirigió a Sheila y Dago.

—Siempre. —Sonrió de medio lado Dago.

Sheila no comentó nada y los tres la miramos.

—¿Qué queréis que os diga? ¿Qué me jode no haberme acostado con Izan cuando está claro que nos ha faltado muy poco para dar el paso definitivo? ¿Qué he desperdiciado un tiempo precioso? ¿Que se me resiste a mí, porque no consigo bajar del todo sus barreras?

»Pues sí, a todo, pero eso no quita que esté más que preparada para seguiros. Siempre va a ser así. —Se encogió de hombros—. Fue bonito mientras duró, aunque podría haber sido la bomba —soltó un suspiro.

—Vaya, gracias por darnos tantos detalles de golpe de cómo está tu relación con Izan, si se puede llamar de esa forma —comentó Jairo, conteniendo la risa.

—De nada. —Le hizo un guiño ella—. Es que esto me pone sentimental y de muy mala leche. —Bufó.

—Trabájalo —le dijo Dago, para después reír por cómo lo miró Sheila.

—No soy la única que tiene que hacerlo. Si queréis, os recuerdo vuestras situaciones con Maddi y con Mel. Habéis fallado tanto como yo. —Sonrió con picardía.

—Cuando tienes la razón, hay que dártela —habló Jairo, levantando su botellín de cerveza.

Todos lo imitamos, los chocamos y bebimos.

—De los cuatro, el único que se salva y ha sido inteligente es Kenan —añadió Sheila.

—Yo no me quejo del ritmo que llevo, es el que he querido marcar —comentó Dago—. Y que tengamos que trabajar, cuando sea, no significa que

después no pueda regresar aquí en otras condiciones. —Arqueó una ceja—. Incluso será mucho más interesante por muchos motivos. Lo sabéis.

—Os pongo al día de lo que me ha contado Gonzalo —intervine, cambiando de tema.

Volví a tener la atención de los tres y continué hablando. El aperitivo fue desapareciendo y tuvimos que reponer la bebida varias veces, porque una vez terminé, estuvimos intercambiando opiniones.

Capítulo 35



Gwen

—Hola, cariño —saludé a mi hermana, con una gran sonrisa.

—¡Gwen! —Se lanzó a mis brazos y la apreté contra mí— ¡Ya estoy bien buena!

—Ya lo veo. —Solté una carcajada—. No sabes cómo me alegro. —Le revolví el pelo.

—¿Vas a quedarte?

—No. Izan y Mel me están esperando, pero quería verte otra vez. —Le di un beso en la mejilla.

Eran las siete y media de la tarde. Después de la buena noche que había pasado, sin rastro de fiebre, Suri se despertó mucho más animada. Las fuerzas las había ido recuperando a lo largo del día, aunque aún le quedaba un poco para tener la misma energía de siempre.

A pesar de que mi padre me adelantó cómo se encontraba, vine a la casa con Izan, cuando terminamos de desayunar en el bar donde trabajaba Luis. Quise asegurarme de que Suri continuaba estable y mejorando. Nuestra visita le subió más el ánimo y nos quedamos con ella una hora, tiempo que aprovechó Inés para ir a comprar al supermercado algunas cosas que le faltaban para prepararle a mi hermana su comida preferida.

—Dales besitos de mi parte.

—Lo haré, cariño, y los recibirán encantados.

—Hola, Gwen —me saludó Inés, apareciendo a la espalda de Suri.

Estábamos en la puerta principal, mi hermana se había encargado de abrirme.

—Hola. —Le sonreí—. Llamadme para cualquier cosa que necesitéis —les pedí.

—Tranquila, tenemos provisiones de todo —aseguró Inés.

—Perfecto. Me voy ya, pasadlo muy bien.

—Sí. —Dio una palmada Suri—. Vamos a ver una película en el sofá y a comer palomitas.

—Por quinta o sexta vez, ya he perdido la cuenta —comentó Inés y las tres reímos.

Me acerqué a ella para darle dos besos y a mi hermana le llené la cara de ellos, mientras la abrazaba, haciéndola reír. Me despedí definitivamente desde la acera y cuando cerraron la puerta, me monté en la motocicleta para tomar rumbo al centro del pueblo.

Izan me esperaba en su casa. Iba a dejar la motocicleta en su garaje para olvidarme de ella y así ir caminando con mi amigo a buscar a Mel. El plan era sentarnos en alguna terraza de los bares del centro, nos tomaríamos las primeras consumiciones y lo alargaríamos para cenar. Todavía no teníamos claro cómo cerraríamos la noche, quizá en la taberna, o tal vez nos animaríamos para ir al *pub* que más nos gustaba.

Estaba por ver. Me encontraba pensando en ello cuando de repente pegué un frenazo para no chocar con el coche de delante. Era el de Francisco, un vecino. Lo había reconocido nada más verlo. Me había mantenido detrás de

él yendo los dos a buen ritmo, pero me comí la distancia de seguridad que había entre los dos, cuando se paró de golpe.

No me lo esperaba, más que nada porque donde nos encontrábamos no tenía motivos para hacerlo. Al salir de la casa de mi padre, decidí tomar el camino más corto y rápido para llegar a la de Izan, por la carretera que bordeaba el pueblo por las afueras. En este punto mi casa estaba bastante cerca.

Levanté la mirada, más allá del vehículo de Francisco, para encontrar el motivo de su reacción. A muy poca distancia vi algunos vehículos parados por delante del de él y noté enseguida un poco de alboroto, lo que consiguió alertarme más.

Los primeros que vi moverse fueron los pocos vecinos que caminaban por la acera y los que salieron de sus coches, después los siguieron los que se encontraban en sus casas. Empezaron a salir a la calle, alertados por los ruidos.

Me bajé de la motocicleta observando lo poco que veía desde mi posición y la dejé olvidada, después de apagar el motor, colocar el caballete y colgar el bolso en el manillar. Caminé por el lateral del coche y me paré frente a la ventanilla.

—¿Estás bien, Francisco? —le pregunté al hombre.

Apoyé las manos en el techo, inclinándome hacia él.

—Gwen —dijo sorprendido, parpadeando varias veces seguidas—. Lo siento. ¡Qué susto me he dado!

—No tienes que disculparte. —Le sonreí para tranquilizarlo—. Aparte del susto, ¿te has dado algún golpe?

—No, no… —Negó con la cabeza—. Solo estoy muy tenso. Me he distraído únicamente un segundo para cambiar la emisora de radio, pero cuando he vuelto a mirar hacia la carretera… no he tardado casi nada, el

tiempo ha sido insignificante y no esperaba encontrarme con esto, pensaba que iba a chocarme.

—De acuerdo. Intenta relajarte, ya ha pasado. Has reaccionado a tiempo y estupendamente. —Volví a sonreírle, colocando una mano en su hombro, para hacer contacto con él.

Si algo había aprendido, por experiencia personal, es que ese pequeño detalle ayudaba mucho porque transmitía cercanía y anulaba algunas sensaciones desagradables. El contacto físico, transmitiendo cariño, siempre era bien recibido.

—Ahora vuelvo, voy a ver qué ha pasado.

Me separé despacio del coche, justo cuando Francisco abría la puerta.

—Te acompaño, hija. Yo también quiero enterarme —asentí.

—Pon los intermitentes de emergencia para alertar a los vehículos que se acerquen.

Lo hizo y volví a caminar con Francisco a mi lado. Pasamos por la hilera de los primeros coches vacíos y para mi sorpresa, después de dejar atrás tres de ellos, a una distancia amplia, nos encontramos con más en la misma situación.

Desde la motocicleta no me había fijado con tanto detalle, hasta dónde llegaban, porque después de echar un vistazo a la zona más cercana a nosotros, mi preocupación la había centrado en comprobar cómo se encontraba mi vecino.

La cola era muy larga, más de lo que había calculado en un principio. Cuando por fin llegamos al inicio de todo, nos topamos con una barrera de vecinos. Hablaban entre ellos, sorprendidos, preguntándose cómo podía ser. Ocupaban todo el ancho de la carretera, formando un círculo extenso.

Escucharlos aumentó mi curiosidad y me hice paso entre ellos, sonriéndoles y saludándolos. Me devolvieron las mismas muestras de afecto.

—Oh, por favor. —Jadeó Francisco junto a mí. Me había seguido—. ¿Cómo es posible esta barbaridad?

Por unos instantes, unos largos segundos, no conseguí apartar la vista del animal muerto que estaba tumbado en mitad de la carretera. Levanté la cabeza despacio y observé muy atentamente los alrededores.

En la parte del pueblo en la que nos encontrábamos, las últimas casas estaban situadas a mi izquierda. Al otro lado, a mi derecha, se alzaba la primera línea de árboles que daban paso a una arboleda espesa. Estaba separada por la acera y la carretera por la que habíamos llegado, circulando hasta aquí.

Como ya he dicho, justo en esta ubicación, se marcaba el final de las viviendas de esta zona del pueblo, a lo largo de la calle, y comenzaba la naturaleza. A una buena distancia, recto hacia abajo, se encontraban el río, más vegetación y la extensión más grande de bosque. Aunque la que tenía a mi derecha era enorme.

—Sí, lo he visto.

La voz alta de una vecina, Amanda, me hizo girarme para buscarla entre todos los que había.

—¿Estás segura? Nadie de aquí osaría hacer tal cosa —le habló Martín, desconcertado. Él vivía a dos parcelas de la de Amanda.

—Es que no era del pueblo, ni me sonaba. No lo he reconocido, pero lo he visto perfectamente —insistió.

—¿A qué te refieres, Amanda? —le pregunté con delicadeza al verla muy nerviosa. Me acerqué despacio.

—Gwen… Estaba sentada frente al ventanal del salón, sabes que me gusta leer en el sillón mientras el sol me calienta —asentí—. Desde ahí tengo buena visión de la calle y de la carretera, por eso me ha llamado la atención ver a un hombre cargando con este pobre animal. —Lo señaló, sin mirarlo directamente.

»Lo ha dejado en medio de la carretera y me he puesto nerviosa al distinguir la sangre. También porque podía provocar un accidente si alguien pasaba por aquí un poco despistado, sobre todo conforme se vaya haciendo de noche.

—¿Lo ha dejado y se ha ido? —Quise saber.

—Sí. —Movió la cabeza de arriba abajo, varias veces—. Cuando se ha incorporado, se ha quedado un rato quieto, observando hacia los lados. Después lo he perdido de vista —dijo mostrando más sus nervios.

—Pero ¿quién narices querría hacer algo así? —Jadeó otra vecina, Maite —. Es una aberración. Dios mío, pobre animal. —Se tapó la cara.

Empezaron a hablar todos a la vez, el incidente los había afectado y sus voces se alzaron.

—Tranquilos —les pedí, levantando las manos—. Seguramente ha sido un accidente.

—¿Tú crees, Gwen? —me preguntó Francisco.

—El único sentido que hay para que Amanda no lo conociera, es que su destino fuese otro. Esta carretera es la única que comunica con la de curvas que trae hasta aquí y el siguiente pueblo. Seguramente el animal se le cruzó en el camino y el golpe lo mató.

»¿Cuál es el motivo para que ese hombre lo dejara en medio de la carretera? No lo sé, pero tal vez lo hizo para que lo encontráramos, para no dejarlo abandonado en el bosque y expuesto a la intemperie.

Tuve que hablar con muchísima confianza porque una gran mayoría asintieron dándome la razón y el resto se quedaron pensativos, pero conformes también. Por mi parte no me creía mis propias palabras, pero en esta situación la mentira era la mejor vía de escape para tranquilizarlos a todos.

—Volved a lo que estabais haciendo: caminar, a vuestras casas… iros tranquilos —les pedí—. ¿Voluntarios para cargar con el animal? Tenemos

que quitarlo de la carretera.

Fueron muchos los hombres que dieron un paso al frente, pero al final cargamos con el animal Francisco, Arturo, Miguel y yo. El tamaño era considerable y pesaba bastante. Nos adentramos en el bosque para dejarlo con cuidado entre los árboles, lo suficientemente separado de las casas.

—¿Se queda aquí definitivamente? —preguntó Miguel.

—No. Hablaré con Manuel, con el remolque de su tractor podremos llevarlo a un lugar en el que enterrarlo —le respondí.

—Bien pensando —comentó Arturo, mirando de reojo al animal—. Qué mala suerte y qué muerte ha tenido. —Tragó saliva, negando.

—Vamos a pensar que no sufrió, que fue rápido —dije, acariciándole el brazo.

—Sí. Tienes razón, Gwen —asintió—. No nos queda otra.

—Tendríamos que acercar al animal a la carretera para que a Manuel le sea más fácil cargarlo. Con el tractor y el remolque no podrá entrar —comentó Francisco.

—Tiene cuerdas y correas, eso no es problema —dijo Miguel—. Podrá tirar de él y subirlo.

—Es verdad, no había pensado en eso —suspiró Francisco.

—Iros tranquilos —les pedí—. Voy a llamar a Manuel y lo espero aquí hasta que llegue. Seguro que no tarda.

—Necesitamos una ducha con urgencia —comentó Francisco, observándose las manos, los brazos y la ropa.

—Pues aprovechad. —Les hice un guiño.

Se despidieron de mí, en esta ocasión evitamos el contacto porque todos estábamos de la misma forma.

Cuando me quedé sola y desaparecieron de mi vista, después de asegurarme de que mis vecinos estaban lejos, bajé la mirada al animal. Me agaché en cuclillas, mirando con detenimiento sus heridas. Definitivamente, no había sido un jodido accidente, ni por asomo. Apreté la mandíbula y sin levantarme, recorrí con la vista el bosque que me rodeaba.

Le cerré los ojos al animal, tocándolo con cuidado y con una especie de caricia, y pasados unos minutos, me incorporé despacio. Empecé a caminar, alejándome de él. Cuando llegué a la carretera, ya estaba vacía de vehículos y de personas, y sonreí al ver que los vecinos habían limpiado del asfalto las manchas de sangre.

Alguien, seguramente Francisco, me había hecho el favor de apartar la motocicleta para llevarla encima de la acera. Me dirigí hasta ella, me limpié las palmas de las manos en la camiseta porque un poco más de suciedad no hacía la diferencia, y levanté el sillín. Con el trapo de tela que saqué intenté limpiarme mejor las manos.

El intento se quedó solo en eso porque me las puse peor. Al menos me quité lo más gordo para tocar el bolso. Una vez que cogí el móvil de dentro, lo guardé en el compartimento del asiento y bajé el sillín, para volver a alejarme.

Mientras cruzaba la carretera, desbloqueé el teléfono y vi que tenía una llamada perdida de Izan. Se la devolví.

—¿Te has perdido? —me preguntó con humor— Si es que no te puedo dejar sola.

—Necesito que vengas donde estoy. —Mi tono de voz eliminó todo rastro de diversión.

—¿Y dónde se supone que estás? ¿En tu casa?

—No, hace rato que salí con la motocicleta. Me he pasado a ver a Suri, pero yendo para tu casa me he encontrado con una situación inesperada en la carretera y quiero que vengas. Te paso la ubicación exacta.

—¿Estás bien? —me preguntó serio, mientras lo escuchaba moverse.

—Sí, no te preocupes. Pero te lo advierto, no te asustes cuando me veas.

—¿Qué mierda significa eso?

—Estoy cubierta de sangre que no es mía.

—Joder, Gwen. ¿Qué cojones…?

—Es de un animal. Cuando llegues, te lo cuento todo.

—Vale. Estoy montándome en la motocicleta. Envíame la ubicación, enseguida estoy contigo. —Sonreí.

—Déjala junto a la mía, te veré.

Colgamos y le mandé la localización. Me guardé el móvil en el bolsillo trasero del pantalón corto y me quedé entre los primeros árboles, oculta de la vista para los vecinos y sus casas.

Capítulo 36



—Menos mal que me has avisado, porque si no… —dijo Izan en cuanto me vio, sacudiendo la cabeza—. ¿Cuéntame bien qué narices ha pasado para que estés así? ¿Seguro que no hay sangre tuya entre toda la que veo? —Me recorrió el cuerpo con la vista.

Se paró frente a mí, mi sonrisa le relajó.

—Estoy bien —le aseguré.

—Empieza a explicármelo todo.

—Ven.

Me moví yendo en la dirección del animal. Estaba anocheciendo, pero todavía teníamos buena visión al no estar muy adentro del bosque. Las luces de las farolas de la calle también ayudaban, aportando algo de claridad.

No quería encender la linterna del móvil para no llamar la atención de nadie, e Izan pensó lo mismo porque no hizo el intento de sacar el suyo.

—¿Qué cojones…? —dijo cuando el cuerpo fue lo suficiente visible como para ver su aspecto y sus heridas.

—Como te he dicho, iba circulando por esta carretera para llegar antes a tu casa. Todo iba bien, hasta que he tenido que frenar de golpe —empecé a explicarle cuando nos paramos cerca del animal. Giró la cabeza hacia mí—.

Tenía al coche de Francisco delante y este se detuvo de repente, faltó muy poco que me empotrara contra su maletero.

»También fue fallo mío porque iba pensando y estaba distraída. El caso es que no era el único, había una fila de coches parados y el motivo era este. —Señalé al animal—. Todos los vecinos de la zona y los que pasaban por aquí, tanto a pie como en sus vehículos, se reunieron alrededor del cuerpo.

»Te puedes imaginar el desconcierto que mostraban al verlo de esta forma. Amanda ha sido la única que ha podido aportarnos información. Según nos contó, estaba leyendo frente al ventanal de su salón cuando vio a un hombre cargando con el animal muerto.

»No lo reconoció, ha asegurado que no lo había visto nunca, ni siquiera de pasada. Ese hombre dejó al animal en medio de la carretera y se fue, tal cual y sin más. Me he inventado una teoría sobre la marcha, para tranquilizarlos, porque todos estaban muy nerviosos.

—¿Cuál?

—Que lo habían atropellado por accidente y que quien lo hizo, estaba de paso en el pueblo, porque esta carretera es la única directa que comunica la de curvas con el siguiente pueblo. También les he dicho que seguramente ese hombre eligió ese lugar para dejarlo para no abandonar su cuerpo en el bosque, a la merced de los animales y demás. —Me encogí de hombros.

—¿Y te han creído? —Arqueó una ceja.

—Sí, porque querían y necesitaban creerme. Es mejor aferrarse a eso que a otra realidad diferente.

—¿Amanda vio el vehículo de ese hombre? ¿Algún detalle más? —Quiso saber y negué.

—Lo habría mencionado en algún momento de su explicación.

Izan bajó la mirada al animal y se agachó, quedándose de cuclillas a su lado.

—Los cortes son limpios y muy precisos, Gwen. Lo han rajado de arriba abajo, y no una vez. —Su voz sonó segura porque sabía apreciar las

diferencias. Continuó observando con detalle todas las heridas mortales.

—Lo sé. —Solté el aire despacio—. Lo han matado a propósito, como también lo dejaron a la vista.

—Es un puñetero mensaje. —Buscó mi mirada.

—También lo sé.

—Esto no es obra de cualquiera. —Apretó la mandíbula—. Tenemos que llamar a Diego.

—Soy consciente —susurré. No quería creerlo realmente porque si estábamos en lo cierto, suponía demasiado para afrontarlo—. Primero quería que lo vieras y contarte lo que había pasado. Ahora lo que más urge es llamar a Manuel.

»Les he dicho a Francisco, a Miguel y a Arturo que iba a hacerlo porque él puede cargar al animal en el remolque de su tractor. Después buscaremos un buen lugar para enterrarlo y a continuación haremos el resto. Hay que sacarlo de aquí para que nadie vuelva a verlo. En esta calle viven varios niños pequeños.

—De acuerdo. —Se levantó despacio, pasándose las manos por el pelo—. Y tienes que tirar esa ropa y darte una ducha. —Sacudió la cabeza y asentí.

—¿Has hablado con Mel? Estará esperándonos.

—La he llamado viniendo, para decirle que suspendíamos la salida de hoy.

—¿Te ha preguntado por qué?

—Es Mel. —Con eso lo dijo todo. Sonrió de medio lado—. He intuido que pasaba algo más y me he adelantado. Le he dicho que nos ha surgido un tema de trabajo, que no se preocupara y que nos veríamos mañana.

—¿Se ha quedado intranquila?

—No. Relájate.

—Vale —solté un suspiro—. Más tarde la llamaré. Bueno, dependiendo de la hora en la que terminemos.

—La llamaremos cualquiera de los dos, o hablamos a la vez con ella. Así la avisamos de que la sacaremos del trabajo para desayunar.

—Sí. —Sonreí.

—Ahora a lo importante. —Bajó la mirada al animal—. Llama a Manuel, antes de que sea más tarde.

Cogí el móvil y busqué su número. El hombre descolgó al segundo tono, sorprendido y preocupado por la hora que era. Su reacción fue la normal porque era bastante raro que lo llamara, no solía ser habitual y menos de noche. Una vez lo saludé, le expliqué lo que había pasado y le pedí ayuda, indicándole exactamente dónde nos encontrábamos y las intenciones que teníamos.

Como ya sabíamos, aceptó enseguida. Nos comentó a Izan y a mí que esperáramos unos veinte minutos porque tenía que ir hasta la nave en la que dejaba el tractor y el remolque, enganchar el último y ponerse en movimiento. Le dije que no había problema, que no corriera y que tuviera cuidado, que no nos moveríamos durante el tiempo que fuese necesario.

—¿Qué opinas? —le pregunté a mi amigo, guardándome el móvil.

—No lo sé, Gwen —habló pensativo, con la vista enfocada en algún punto del bosque—. Con sinceridad, espero estar equivocándome porque todo lo que se me pasa por la cabeza supone un gran problema para nosotros.

—Quizá le estamos dando demasiada importancia y sacando las cosas de contexto —murmuré—. Lo mismo la teoría que les he dado a los vecinos no se aleja mucho de la realidad. Al menos una parte.

—Vamos, no me jodas. Sabes perfectamente que esto no es corriente, ni por asomo. Da igual como se mire. —Señaló hacia el animal, con los ojos fijos en los míos.

»Jamás hemos vivido algo así y nos hemos encontrado con bastantes cuerpos muertos de animales, a lo largo de los años, en nuestras exploraciones de los bosques y de toda la zona. Incluso por algún accidente. La diferencia es mayúscula, no puedes negar la evidencia de sus heridas. Respóndeme, ¿por qué aquí y ahora precisamente?

—¿Qué quieres decir?

—Un desconocido se molesta en cargar con el animal en estas condiciones, cubierto de sangre y destrozado, y se para a dejarlo en medio de esta puñetera carretera, cortando el tráfico a propósito. Es incoherente. Un desconocido del que nadie ha visto de dónde ha salido y cómo se ha ido.

»Tienes razón, los vecinos han querido creerte y aferrarse a tu teoría porque si lo pensaran… el morro del vehículo habría quedado destrozado por el impacto, al chocar con el animal. Es grande de cojones e incluso es muy probable que el coche hubiese quedado inservible

»El peso del animal es lo de menos, yo también podría cargar con él, aunque me cagaría en todo. El tema es que, tal y como apareció ese tío, se esfumó. Tampoco le preocupó que lo vieran, no intentó ocultarse. Piensa y céntrate, tienes que reconocer todas las evidencias y sé que lo haces, pero solo las quieres asumir, en parte, por lo que supone.

»¿Ha sido una coincidencia, justo en este pueblo en el que vivimos los dos? ¿Cuántas veces pasas por esta zona, Gwen? Incluso sin la motocicleta eliges esta ruta muchas veces porque acortas el camino. —Se cruzó de brazos —. Tu casa está demasiado cerca.

—¿Qué estás insinuando? Todo lo que dices es mucho suponer. —Sacudí la cabeza, dando un paso atrás.

—¿No me digas? ¿En serio? —Elevó las dos cejas—. Perdóname, pero los años que hace que trabajamos en lo mismo me han vuelto demasiado cauteloso, perceptivo y desconfiado.

—El trabajo no nos ha perseguido hasta aquí, Izan. —Tragué saliva.

—¿Lo afirmas? ¿Cómo lo sabes y estás tan segura? Ni tú misma te crees lo que acabas de decir. Aquella puñetera noche, la peor de mi vida porque casi

te mueres en mis brazos, nos la jugaron. Te recuerdo que estaban esperándonos, que alguien de dentro dio el chivatazo para delatarnos.

»Diego no ha podido saber quién mierda es el traidor, todavía está trabajando a escondidas en eso. Todos tenemos claro lo que sucedió y lo que implica. ¿Y si han facilitado los datos personales de todos los que estábamos dentro del operativo, poniéndonos en el punto de mira?

»¿Te has parado a pensarlo? Porque yo no he podido quitármelo de la cabeza. Te recuerdo también que fuimos con una intención muy clara a aquella mansión, armados de la cabeza a los pies, y con el propósito de terminar con todo lo que se nos pusiera por delante.

»Cuando nos atacaron, matamos a bastantes de los peleles que trabajaban para el jefe de la mafia italiana, más de una docena, y esos tíos no se andan con rodeos. Si los jodes te marcan como objetivo y no desisten hasta conseguirlo, tarden el tiempo que tarden.

—Lo estás pintando cada vez peor —negué.

—Sé realista, Gwen.

—No puedo serlo. —Alcé la voz, espantando a varios pájaros que alzaron el vuelo sobre nuestras cabezas—. No puedo serlo, Izan —repetí jadeando—. Porque si lo soy… aquí viven todas las personas que queremos y nos importan. No… no…

—Eh, mírame —me pidió, acortando la distancia que nos separaba. Me agarró la cara con las manos—. Tranquilízate. Yo estoy igual de jodido que tú pensando en esa posibilidad, por eso mismo tenemos que actuar rápido y si es necesario, largarnos de aquí por un tiempo indeterminado. Hasta que desmantelemos la organización y aniquilemos todo lo relacionado con ella.

—¿Y cómo mierda vamos a hacer eso si desde aquella noche les perdimos la pista? No tenemos ni puñetera idea hacia dónde se trasladaron, ni dónde permanecen, o si cabe la posibilidad de que el jefe y los altos cargos de la organización hayan regresado a Italia.

—Diego y nuestros compañeros continúan trabajando en ello. No te he dicho nada sobre la nueva información que han conseguido, pero te aseguro que no tenemos las manos vacías.

—¿Por qué me estoy enterando de eso ahora? —Agrandé los ojos.

—Porque Diego me ordenó que te mantuviera al margen.

—Qué mierda, Izan… —Lo aparté de un empujón—. ¿Desde cuándo nos ocultamos cosas tú y yo?

—Lo siento —apretó la mandíbula—, pero no me arrepiento. —Bufé—. Gwen, has pasado por mucho y volvería a protegerte si se me presentara la ocasión.

—No fui la única que salió herida aquella jodida noche. —Apreté los puños a los costados—. César, Carlos y Rubén, también, y seguro que ellos están al tanto de todo después de recuperarse. ¿Me equivoco?

Su silencio me dio la respuesta y más rabia me dio ser la única del equipo que vivía en la ignorancia con respecto a la misión.

—No me lo puedo creer.

—No me arrepiento, volvería a actuar de la misma forma —insistió—. Cuando vivas la experiencia desde el otro lado, cuando sientas lo que yo sentí —el desgarro, la desesperación, la pena y la ansiedad, porque la vida de una de las personas más importantes para mí pendía de un hilo—, lo entenderás. Esa persona eres tú, Gwen. La que más quiero, la que lo es todo. Una parte vital de mi puñetera vida. Entonces, y solo entonces, te tragarás esas palabras de «no me lo puedo creer».

»Casi pierdes la vida en mis brazos. Después, no sé por cuánto tiempo, moriste en el quirófano enfrentándote a los daños de tu herida, a la cirugía y a la restauración. Si no te hubiesen reanimado, si el cirujano y todo el personal médico no hubiesen luchado para traerte de vuelta, sin darse por vencidos, y si no te hubiesen hecho la transfusión de sangre, no lo habrías contado y te habrías quedado en esa puñetera camilla del quirófano.

»Y para rematarlo, días más tarde recaíste aquí y todo volvió a empezar. Discúlpanos a todos tus compañeros y al jefe por querer protegerte durante un tiempo, pero todos estuvimos de acuerdo en la decisión y ninguno nos echaríamos para atrás si tuviéramos que volver a tomarla.

»Es muy simple, Gwen, piensa. Tú no lo ves de la misma manera, pero quienes lo vivimos desde fuera, atormentados y destrozados… hay cosas que no se pueden borrar porque dejan una jodida marca de por vida. Todavía tengo pesadillas en las que te pierdo.

—Lo siento —susurré con la vista nublada por las lágrimas—. Pero también tenía derecho a saberlo, intenté preguntarle a Diego.

—No íbamos a dejarte al margen, solo queríamos esperar. Joder, estamos de vacaciones. —Se pasó las manos por el pelo.

—¿Qué pasa con los demás? —le pregunté nerviosa.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Si lo que has dicho es cierto, lo de que nos hemos quedado expuestos, nuestros compañeros y sus familias también corren peligro.

—En cuanto hablemos con Diego, lo pondremos al tanto de todo. Eh. —Volvió a acercarse a mí, colocando las manos sobre mis hombros—. Si los teléfonos no nos han sonado, es buena señal, vamos a pensar en eso. ¿Vale? Seguro que todos están bien. —Tragué saliva.

—Quiero irme de aquí. No puedo…

—Mañana mismo, si hace falta. Cuando hablemos con Diego, lo decidimos —asentí.

Escuché un ruido a mi espalda e instintivamente me llevé la mano a donde solía llevar la funda del arma. Lógicamente, fue en vano, no la llevaba conmigo. Izan y yo observamos hacia la oscuridad, en silencio, entre los árboles, sin encontrar quién o qué había provocado el sonido.

Estábamos a punto de movernos para comprobarlo nosotros, cuando un cuerpo se hizo visible. Se mostró ante nosotros, caminando en nuestra dirección con tranquilidad, y entreabrí los labios.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Kenan.

Se paró a unos pasos. Con una intensidad en la mirada que me erizó la piel, me recorrió el cuerpo varias veces. Las manchas de sangre eran alarmantes, pero él simplemente se entretuvo en observarme con mucho detenimiento, comprobando que estaba bien. Después, sus ojos se dirigieron varias veces el animal y de vuelta a nosotros, hasta que los mantuvo fijos en los míos.

—¿Es una pregunta recurrente que haces en los bosques? —Arqueó una ceja—. Estoy reviviendo la otra vez que te encontré en la parte opuesta a esta, por donde pasa el río. Me preguntaste lo mismo y mi respuesta también sigue siendo la misma. —Se señaló.

—Estaba haciendo ejercicio —dijo Izan, frotándome los brazos para tranquilizarme.

Al darme la vuelta, mi amigo se había quedado a mi espalda. Kenan llevaba un pantalón corto de deporte, una riñonera de buen tamaño en la cintura y una camiseta de tirantes anchos. El sudor cubría algunas zonas de esta última prenda. Era más que evidente lo que estaba haciendo por aquí y como no, con respecto a él, parecía que yo siempre me daba cuenta tarde de lo obvio.

—Exactamente —confirmó Kenan—. ¿La pregunta correcta es qué hacéis vosotros al lado de…? —Señaló al animal—. Imagino que toda la sangre que tienes encima es de él —asentí.

—¿Por qué has elegido correr por esta parte del pueblo? —continué preguntándole.

—Aquí estoy ahora, pero ya me lo he recorrido todo —respondió Kenan, cruzándose de brazos—. Hace bastante que salí de la casa, necesitaba quemar un poco de energía antes de dar el día por finalizado. ¿Hay algún motivo por el que me estás haciendo tantas preguntas? —Ladeó un poco la cabeza, acortando la distancia conmigo.

—No —murmuré cuando se paró enfrente.

Durante unos breves segundos nos mantuvimos la mirada. Noté enseguida cómo la suya me analizaba. Con esos puñeteros ojos que mostraban

inteligencia parecía que podía saberlo todo. Ojos que se habían convertido en mi perdición, aunque lo fueron desde que lo conocí, por lo diferentes que eran.

—¿Qué ha pasado? —Quiso saber al cabo de un rato.

Desvió la vista para dirigirla de nuevo al animal. Lo observó de cerca, el cuerpo y la zona que lo rodeaba. Si se sorprendió o no al verlo en ese estado, no lo reflejó de ninguna manera. No hubo asco, ni sorpresa.

Fue Izan quién le explicó lo que había sucedido, lo que me había encontrado circulando con la motocicleta y cómo entre varios vecinos y yo habíamos trasladado al animal hasta aquí, para sacarlo de la carretera. De ahí toda la sangre que me cubría.

Cuando Izan terminó diciéndole que hacíamos todavía al lado del animal, y empezaban a comentar la situación, varios pitidos llamaron nuestra atención. Manuel acababa de llegar.

Capítulo 37



Kenan

Uno puede esperar ver y encontrar muchas cosas en los bosques, en la naturaleza, pero siempre dentro de unos límites lógicos y razonables relacionados con el entorno por el que te mueves. Y nada de ello se aproximaba a la escena que me había encontrado, con Gwen cubierta de sangre, con Izan detrás de ella, y con el cuerpo sin vida y destrozado de un animal de gran tamaño, cerca de ellos.

Lo primero que me había atraído habían sido las voces de los dos, al reconocerlas. Por ese motivo cambié la trayectoria que llevaba corriendo y me dirigí hacia la carretera, siguiendo los sonidos que fueron variando de volumen. Hasta que no me acerqué lo suficiente, no conseguí entender lo que decían y lo que escuché me puso en alerta y no me gustó nada, en absoluto.

Al hacerme visible, mantuve la expresión normal, incluso al ver a un lado de sus pies a la víctima de la escena que me encontré. No me hizo falta prestarle mucha atención al animal para saber que sus heridas se alejaban mucho de lo normal. Alguien se las había hecho, con mucha maldad y precisión. Esa fue otra de las cosas que mantuve en silencio, guardándomela para mí.

Me había llevado un buen impacto al ver a Gwen. Si no fuese porque la encontré de pie y se mantenía estable, con una postura recta que indicaba que estaba bien y que no tenía ninguna herida, ni daño, me habría asustado y actuado de una manera muy diferente.

Mantuve la calma, ocultando la preocupación y la alarma que había saltado en mi interior, en cierta forma. Lo bordé, era algo innato en mí, porque ni Gwen ni Izan detectaron mi alteración y lo rápido que empezó a funcionar mi cabeza, yendo de una teoría a otra.

Toda la sangre que Gwen tenía encima era alarmante, estaba cubierta de rojo, en su mayoría: la ropa, los brazos, las manos, parte de las piernas que llevaba al aire por unos pantalones cortos vaqueros, e incluso en la cara tenía algunos refregones que se había hecho al tocársela sin darse cuenta.

Solo tardé unas milésimas de segundos en darle sentido a la escena, en cuanto vi al animal muerto, abierto y cómo estaba la hierba a su alrededor. Al menos desde el principio entendí una parte de lo que había sucedido para que Gwen estuviera así, aunque me faltaron muchos datos que Izan terminó por aclararme cuando me contó lo que había pasado.

—Eh, Gwen, Izan.

La voz de un hombre de mediana edad me sacó de mis pensamientos. Sabía su nombre, Manuel, tal y como me habían informado al explicarme qué hacían aquí esperando. Manuel estacionó junto a la cuneta y se bajó del tractor. Caminó hasta nosotros, sorteando los primeros árboles.

—Joder, chicos. ¡Qué horror! —dijo cuando vio bien al animal.

Una cosa era que te lo explicaran y otra muy diferente apreciarlo por ti mismo, viendo el alcance de los daños.

—Sí —habló Gwen—. Gracias por venir, Manuel. —Le sonrió.

—Siempre que lo necesitéis —asintió el hombre.

—Mañana te invito a lo que quieras —le dijo Izan, apretándole un hombro.

—Chico, no apuntes tan alto que te puedes arrepentir. —Rieron—. Hola. —Se dirigió a mí.

—Hola. Soy Kenan. —Le ofrecí una mano que aceptó sonriente.

—Encantado. Yo Manuel. Bueno, pues toca trabajar. —Hizo una mueca—. Voy a por las cuerdas y las correas para arrastrarlo. Lo dejaré cerca de la cuneta para poder cargarlo en el remolque.

—Dánoslo todo, nosotros nos encargamos —le pidió Gwen.

—Ay, hija, cómo te has puesto. —Sacudió la cabeza, mirándola de los pies a la cabeza.

—No es nada que no solucione una buena ducha. —Le quitó importancia ella—. La que estoy deseando darme, por cierto. Vamos a terminar rápido.

—Sí. Ahora vuelvo —dijo Manuel, antes de darnos la espalda.

Se alejó de nosotros para ir al tractor. Me acerqué a Gwen y me incliné a su espalda, rozándole la oreja al hablar.

—Espero que en esa ducha esté incluido yo —le susurré.

—¿Te interesa? —me preguntó en tono bajo.

—¿Lo dudas? Teniendo en cuenta que hoy al final no nos hemos visto y que encima te encuentro así, de buenas a primeras…

—No te has pasado por mi casa.

—Quería que descansaras por la mañana y el resto del día mis amigos me han liado. Iba a llamarte cuando llegara a la casa, después de ducharme.

—Mmm… tú también la necesitas.

—Como el comer, si es contigo. —Le apresé el lóbulo de la oreja y se estremeció.

Me aparté de golpe, viendo la sonrisa pícara de Izan. Tenía la atención puesta en Manuel, pero nos había escuchado perfectamente. Cuando el hombre regresó con las cuerdas y las correas, nos encargamos nosotros de

rodear al animal para sujetarlo bien y lo dejamos preparado para que con el tractor tirara de él, para arrastrarlo.

Así lo hizo Manuel después de arrancar el tractor. Subirlo al remolque fue fácil, no nos costó mucho esfuerzo porque lo encaró y lo bajó, para que solo tuviéramos que empujarlo al interior.

—¿Dónde queréis que lo lleve? —nos preguntó Manuel cuando terminamos, después de cubrir el cuerpo con una lona.

—Te acompañamos —respondió Izan. Nos miró a Gwen y a mí y asentimos.

—¿Tienes prisa? —Quiso saber ella.

—No. —Sonreí de medio lado—. Ya te he dicho cuál es mi plan para cuando terminemos.

—Entonces, montaros. Delante solo caben dos; el otro tendrá que ir en el remolque.

—Gwen irá a tu lado. Kenan y yo nos apañamos en el remolque —habló Izan.

—Perfecto —asintió Manuel.

Así lo hicimos, nos dividimos. Subí al remolque y me senté en una esquina, Izan lo hizo en la otra. El tractor empezó a moverse y a circular por la carretera. De no ser por la situación, habría disfrutado del paseo. Aproveché entonces para enviar un mensaje a mis amigos y avisarles de que tardaría. Les dije que no me esperaran despiertos porque iba a estar con Gwen.

—La noche ha dado un giro radical, ¿eh? —hablé, con la cabeza girada hacia Izan.

—Ya te digo, ahora mismo tendríamos que estar con Mel, tomándonos unas cervezas y tapeando en el centro del pueblo —negó—. En cambio,

cuando acabemos con esto, me iré a casa a darme una ducha. —Se miró las manos y los brazos manchados—. Con Gwen ya no cuento, por hoy está ocupada. —Me miró.

—Si quieres, cuando nos lavemos, podemos ir a cenar los tres, no creo que sea muy tarde —le propuse.

—No te preocupes. Me vendrá bien estar tranquilo. Gracias por incluirme.

—Eres importante para Gwen y si no me equivoco, con el tiempo que hace que nos conocemos tú y yo, nos llevamos muy bien.

—Las dos afirmaciones son ciertas —asintió—. Pero me da a mí que vuestra ducha no va a ser la misma que la mía. —Sonrió con picardía y le devolví el gesto.

—Gwen estaba nerviosa cuando he llegado. —Dejé caer.

—Se lo ha encontrado todo de golpe, ha sido un poco caótico y desconcertante.

—Después de ver cómo está el animal, ¿de verdad crees lo que me has dicho? No hay que ser un experto para darse cuenta de las diferencias, Izan.

Se quedó mirándome fijamente durante unos largos segundos, hasta que soltó el aire despacio.

—Solo puedo decirte que no me parece normal. No tengo explicación para lo que ha sucedido, pero está claro que alguien se ha ensañado con el animal y quería que lo encontraran —asentí.

—¿Seguro que no puedes decirme nada más?

—Sí —confirmó con rotundidad.

—¿O tal vez no quieres, o no puedes? —lo tanteé.

—Kenan… no sé qué estás pensando, pero yo también me he sorprendido por la llamada de Gwen y por lo que me he encontrado cuando he llegado junto a ella. Ha sido una sorpresa desagradable para todos. Lo único que puedo añadir es que nunca había sucedido algo parecido.

—¿Y qué opinas?

—No lo sé. —Miró hacia la calle por la que pasábamos.

Faltaban pocas para que Manuel se desviara hacia la zona verde en la que estaba ubicada la casa de alquiler en la que me quedaba con mis amigos. Imaginaba que Gwen guiaría a Manuel hacia una parte apartada y alejada del bosque, a la que el tractor pudiera acceder con el remolque. Una fuera del alcance de la vista y para que el animal pudiera encontrar un poco de paz bajo tierra. Fijé la vista en las palas que había en un lateral del remolque, las que utilizaríamos dentro de poco.

Continuamos en silencio, no quería presionarlo. Disimulaba bastante bien, pero igualmente noté a Izan pensativo y un poco inquieto.

Vi pasar de largo la casa de alquiler, Manuel siguió hacia delante, hasta que aminoró la velocidad y giró a la derecha. Sobre la hierba, avanzó. Paró pasados unos minutos, muy cerca de una hilera de árboles.

Nos bajamos de un salto del remolque, justo cuando Gwen y Manuel caminaban hacia la parte trasera.

—¿Qué os parece aquí? —nos preguntó ella.

—Yo no soy el más indicado para opinar —dije—. No sé si por aquí pasa mucha gente.

—Está bien —respondió Izan, sonriéndole.

—Hay que enterrarlo profundo para que los animales no lleguen a él —comentó Manuel.

Todos estuvimos de acuerdo. Con las luces del tractor iluminándonos, Izan y yo empezamos a cavar. Casi cuarenta minutos después estábamos rodeados de montones de tierra. Manuel acercó más el remolqué y lo bajó cuando lo avisamos. El animal cayó en el agujero y lo dejamos cubierto por la lona, antes de empezar a devolver la tierra a su lugar. Cuando terminamos nos quedamos satisfechos, después de aplanar el terreno lo mejor que pudimos, para que no se notara la diferencia.

Seguí con la mirada a Gwen. Caminó hacia un lateral y arrancó varios tallos verdes. Volvió y se agachó, para enterrar las bases de los tallos donde estaba el animal. Se encargó de que pareciera que habían nacido de la tierra. Todos la observamos en silencio, en una especie de respeto.

—Te dejamos libre, Manuel —le habló cuando se levantó y se puso delante de él—. Muchas gracias, por todo. No quiero abrazarte ahora. —Se señaló el cuerpo.

—No hay de qué, Gwen. No hacen falta las gracias. —Le sonrió y nos miró a Izan y a mí—. Espero que para cuando os vayáis a dormir todo esté mejor.

—Seguro. —Le hizo un guiño Izan.

—¿Me necesitáis para algo más? ¿Os acerco a por las motocicletas? —les preguntó.

—No te preocupes, yo me encargo. Tengo el coche cerca —dije interviniendo.

—De acuerdo, pues entonces me voy.

Le di la mano al hombre, al igual que hizo Izan. Gwen optó por dos besos, evitando rozarlo mucho. Manuel se fue con el tractor y nosotros tomamos la dirección de la casa de alquiler. Tardamos unos minutos en llegar y dado cómo iba Gwen, se quedaron apartados.

Entré en la casa vacía a por la llave del coche, la que estaba en un cuenco sobre el mueble del recibidor. Mis amigos no estaban, debían haber salido a

cenar por el pueblo, dando un paseo. Seguramente me lo habían dicho por mensaje, pero desde que les escribí para contarles mis planes, no había vuelto a mirarlo.

Aproveché para coger ropa limpia y algunas cosas más, las guardé en una mochila y salí de la casa. Me monté en el coche y paré a unos metros para que Gwen e Izan se montaran. Cuando llegamos a la carretera donde tenían las motocicletas, me despedí de Izan.

—Nos vemos pronto —le dije, ofreciéndole la mano.

—Dalo por hecho. —Me sonrió, estrechándomela.

Gwen y él se dieron un abrazo, sin que les importara la suciedad, y nos quedamos solos, viendo cómo la motocicleta de Izan se perdía de la vista al final de la calle.

—Te sigo a tu casa.

—Así que iba en serio lo de la ducha. —Se mordió el labio inferior.

Me moví para quedarme frente a ella y la agarré de la nuca, acercando su cuerpo al mío.

—Te he echado de menos —susurré sobre sus labios, inclinado hacia ella.

—Yo también —murmuró.

—Pues vamos a ponerle remedio. —Curvé los labios, antes de unirlos a los suyos.

El beso no fue breve, le puse la intensidad necesaria para transmitirle el significado de mis palabras. Cuando nos separamos, volví al coche y esperé a que sacara el bolso de debajo del sillón. Se montó y arrancó, para incorporarse a la carretera. Con ella circulando por delante, recorrimos la distancia hasta su casa. Gwen accedió al garaje, yo estacioné junto a la acera, justo enfrente de la entrada.

Me colgué la mochila al hombro y nos encontramos en la puerta principal. Abrió y me agarró de la mano, de esa forma entramos y nos dirigimos hacia la escalera, para ir al baño de su habitación.

—¿Estás bien? —Le retiré el pelo de los hombros.

—Sí. —Sonrió un poco.

—¿Seguro? —insistí y asintió—. ¿Te apetece salir a cenar cuando terminemos?

—Prefiero quedarme aquí, si no te importa.

—Para nada. Me parece una idea estupenda, así te tengo para mí solo. —Le acaricié las mejillas.

—Estoy hecha un desastre —soltó un suspiro.

—Estás preciosa. —Me incliné para rozarle los labios con los míos—. Pero debes estar cansada.

—Un poquito. La ducha me espabilará, me sentará bien.

—¿Qué te parece una ducha para lavarnos y después un baño relajante?

—Es la mejor idea que podías proponerme. —Sonrió.

—Después pedimos la cena, o preparamos algo rápido.

—En el congelador tengo *pizzas*.

—Pues ya sabemos qué vamos a cenar. —La besé, pero esta vez me aparté rápido.

Gwen cogió dos toallas grandes y las dejó cerca de la bañera, mientras yo abría el grifo, para dejar que el agua corriera hasta que saliera a buena temperatura.

Capítulo 38



Gwen

No podía quitarme de la cabeza la llamada que teníamos que hacerle a Diego, aunque estaba segura de que Izan hablaría con él para informarle. No lo habíamos comentado, tampoco me había hecho algún gesto para dármelo a entender, pero como nuestros planes habían cambiado por la aparición de Kenan, no hacía falta que me dijera cómo actuaría.

Al igual que también se encargaría de llamar a Mel, para decirle que pasaríamos por la mañana para raptarla del trabajo y llevarla a desayunar. Me enteraría al día siguiente de todo, al menos lo esperaba, pensando en nuestro jefe. Sí, Izan, ya no volvería a ocultarme nada del trabajo, como había hecho por mi propio bien.

A estas alturas ya era un sin sentido. A pesar de que me había sentado muy mal enterarme de que me habían mantenido al margen de todo lo relacionado con la misión, porque desde que me hirieron se convirtió en algo personal para mí, entendía y era muy consciente del motivo por el que habían actuado de esa forma. Escuchar el dolor y el sufrimiento de Izan me había afectado.

Me centré y miré al hombre que tenía delante, mientras él tiraba de su camiseta de tirantes y se la quitaba por la cabeza. Sin apartar los ojos de los míos, se desabrochó la riñonera y la dejó sobre el mueble del lavamanos. Continuó desprendiéndose del pantalón corto de deporte, del bóxer, de los calcetines y las deportivas. Me humedecí los labios al verlo completamente desnudo frente a mí, era demasiado perfecto para mi autocontrol.

—¿Qué vas a hacer con esta ropa? —me preguntó refiriéndose a la mía, mientras agarraba el bajo de la camiseta.

—No sé si tiene arreglo, la sangre ya está seca —respondí levantando los brazos, ayudándolo a sacármela.

La lanzó al suelo y me rodeó con los brazos. Sus manos encontraron el cierre del sujetador. Lo desenganchó y deslizó despacio los tirantes por mis hombros. La prenda cayó al suelo, también manchada. Esa era la única prenda que intentaría rescatar, lavándola de todas las formas posibles. Formaba parte del conjunto con la braga que llevaba puesta y me encantaba. Si conseguía dejarlo como nuevo o no, eso ya era otro tema.

Me estremecí cuando los dedos de Kenan rozaron las puntas erectas de mis pezones. Las acarició y presionó. Se alejó de ellas con un tirón y siguió deslizando las yemas de los dedos hacia abajo. Sin dejar de mirarnos, desvió una mano hacia el costado donde tenía la cicatriz. La tocó con suavidad de arriba abajo, varias veces, mientras su otra mano me desabrochaba el pantalón corto vaquero.

Cuando lo abrió, abandonó mi cicatriz y tiró hacia abajo de la cinturilla, con los dedos metidos por la goma de la braga. Lo arrastró todo, dejándome como él, desnuda por completo. Contuve la respiración cuando se arrodilló frente a mí. Apartó los ojos de los míos y se acercó para besarme por encima del ombligo.

Solté un suspiro tembloroso al sentir sus labios carnosos, dándome besos húmedos, haciendo un camino con ellos descendiente, hasta que llegó al pubis. Metí las manos entre los mechones de su pelo y se lo acaricié. Me tensé y estremecí cuando me separó la carne sensible, dejando expuesto el centro de mi placer.

Tuve un cortocircuito por unos instantes, al sentir su lengua pasar por encima. Me lamió el clítoris y ejercí un poco de fuerza en su pelo, jadeando. No tuvo que pedirme, ni que hacer nada para que abriera más las piernas. Le di todo el acceso posible que la postura me permitía.

Las pulsaciones se me aceleraron y Kenan se encargó de que se me dispararan y de que empezara a respirar entrecortadamente, mientras me succionaba el clítoris y uno de sus dedos tanteaba mi entrada.

La acarició, arrastrando mis fluidos, y coló en mi interior un par de dedos. Gemí y tuve que agarrarme con la mano libre al mueble del baño. Empezaban a fallarme las piernas ante las sensaciones y la intensidad que me estaba haciendo sentir.

—Kenan… —Jadeé, inclinando más la cadera hacia su boca.

Pensaba que mencionar su nombre en forma de súplica, porque sí, fue una súplica en toda regla, como una montaña de grande, cuando creía que lo incitaría a acelerar los movimientos de los dedos que sacaba y entraba, y los de su lengua y sus labios centrados en volverme loca, se apartó y buscó mi mirada.

Solté un quejido y sonrió de medio lado, lamiéndose los labios, para después hacer lo mismo con sus dedos. La imagen me incendió más de lo que estaba, mi necesidad aumentó. Colocó las manos en la parte de fuera de mis piernas y las bajó, acariciándome la piel erizada. Me quitó el calzado y me sacó por los pies la braga y el pantalón corto, liberándome de todo.

Se puso de pie y pasó por mi lado, sin tocarme. Mi desesperación empezaba a sobrepasar muchos límites. Lo quería ya, todo de él, de todas las formas, dentro, fuera, o como leches quisiera, pero…

—Ven —me pidió ofreciéndome la mano.

Me resigné a que por el momento Kenan tenía otra intención. Suspiré y coloqué la mano sobre la suya. Entró en la bañera seguido por mí. El agua empezó a mojarnos, más a él que a mí, por la posición en la que nos quedamos. Las invirtió y entonces el agua me empapó el pelo. Cerré los ojos por la sensación. A nuestros pies el agua se puso rosada, al arrastrar un poco de la sangre que me cubría.

Kenan alargó un brazo para coger a mi espalda la esponja y vertió jabón en ella. La humedeció antes de alejarme del contacto directo del agua. En

silencio, se dedicó a frotar mi piel, poniendo más empeño en las zonas que tenía manchadas. Lo observé con atención, a su concentración y al cuidado que le ponía en cada pasada.

Primero fue el cuello, los hombros y las manos, después pasó por mi pecho, la barriga, la espalda y las nalgas, hasta que terminó con las piernas y los pies. Cuando se dio por satisfecho, soltó la esponja y se echó champú en las manos. Cerré los ojos al instante y me relajé por completo, al sentirlas masajeándome la cabeza.

Me enjabonó el pelo, tomándose su tiempo. Al notar el agua sobre mi cabeza otra vez, supe que ese pequeño momento de placer también había finalizado. Me encantaba que me la tocaran, me calmaba mucho y era capaz de quedarme dormida.

Kenan había descolgado la alcachofa de la ducha y con ella en la mano, me enjuagó entera.

—Ahora lo último, lo más importante.

Al escucharlo, abrí los ojos y me mordí el labio inferior, al ver cómo volvía a llenarse la palma de la mano, esta vez con jabón, mientras con la otra mantenía la alcachofa sujeta. Vertió una buena cantidad y colocó una pierna entre las mías. Me las abrió para tener completo acceso a mi zona íntima, hacia la que se dirigió.

La primera pasada me hizo soltar un suspiro tembloroso. Continuaba muy excitada, a pesar de la pausa. Deslizó la mano por toda la zona, sin dejarse ningún pliegue ni rincón por frotar. Fue separando la piel conforme movía los dedos.

—Hay que hacerlo bien —susurró con voz ronca.

—Muy bien. —Estuve totalmente de acuerdo, provocando que sus labios se curvaran hacia un lado.

Durante un tiempo que me pareció interminable, y a la vez muy breve, me masajeó el sexo, dedicándole mucha atención al punto duro y excitado que no

dejó de calentar con su contacto. Me faltó poco para ponerme a llorar cuando se retiró, pero sentí un gran alivio porque dirigió directamente el agua a esa zona para enjuagarme. Reaccioné abriendo más las piernas.

—¿Bien? —me preguntó, aunque lo sabía de sobra.

—Tienes que dejarlo bien limpio —murmuré.

—Sí, ¿eh? Te lo acepto, pero ten claro que voy a ensuciarte mucho después —gemí al escucharlo.

Que acompañara al agua con sus dedos, acercando la presión, fue mi perdición. Me corrí temblando, jadeando y gimiendo, diciendo su nombre entrecortadamente, mientras me apoyaba en las baldosas para no perder el equilibrio.

Cuando terminó, colocó la manguera arriba y la dejó colgada, pegándose a mí. Bajó la cabeza para besarme y lo recibí y le correspondí igualando la intensidad y la fuerza con la que se apoderó de mis labios. Su erección dura y tensa, palpitante, quedó encerrada entre nuestros cuerpos.

—Tu turno —susurré.

Apoyé las manos en su pecho y lo empujé con suavidad, para que se separara lo suficiente. No dijo nada, pero no hizo falta, su expresión habló por él.

Tal y como Kenan había hecho conmigo, le lavé el pelo y recorrí todo su cuerpo con la esponja, dejando un rastro de espuma a mi paso. Mimé cada músculo, cada parte de su piel, hasta que dejé caer la esponja y lo imité, echándome jabón en la mano. Siseó y soltó el aire entre los dientes, cuando le limpié a conciencia el glande y le rodeé el miembro, ejerciendo presión, para deslizar la mano hacia abajo y de vuelta hacia arriba.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Te daré la respuesta cuando termines —respondió y sonreí con picardía.

Me dediqué a excitarlo, a calentarlo al máximo. Cuando noté que se tensaba y acercaba las manos para separar la mía, fui más rápida que él y me aparté. No fui muy lejos, me llené la palma con sus testículos y se los masajeé, esparciendo el jabón.

—Mierda… Gwen… —habló con voz ronca y profunda.

Orgullosa por cómo estaba y cómo lo había puesto, di un paso atrás y cogí la manguera, para dirigir la alcachofa hacia él. Le acaricié el pelo retirándole el champú, lo mismo que hice por todo su cuerpo, dejándolo reluciente.

Durante todo el proceso, no pude desviar por mucho tiempo la mirada de su miembro. Dispuesta a darle un poco más de lo que me había ofrecido, esperé a que en el suelo de la bañera no hubiera espuma y me agaché para poner el tapón. La bañera empezó a llenarse para nuestro baño.

Mientras el agua subía poco a poco de nivel, me arrodillé frente a él. Apretó la mandíbula, retirándome el pelo mojado hacia atrás, y no lo hice esperar más. Todos sus músculos se pusieron rígidos cuando hice desaparecer el glande entre mis labios. Lo lamí y succioné, provocando que Kenan jadeara.

Mi boca se llenó de él, cuando me introduje su erección. Me agarró del pelo, en una coleta improvisada, y empecé un baile que fue llevándolo al límite. Tanto, que no pudo resistirse a guiarme él, dirigiendo mis movimientos a su antojo y exigencia, con su cadera yendo al encuentro de mi boca.

A esas alturas mi humedad había vuelto con intensidad y luché contra la necesidad que sentía entre las piernas. Kenan dio un paso atrás, apartándome de golpe de su miembro. Me lamí los labios, viéndolo mojado y brillante. Se agachó frente a mí y me llevó con él, cuando apoyó la espalda en la pared ovalada de la bañera.

Me quedé recostada entre sus piernas abiertas, notando cómo su miembro se clavaba en la zona baja de mi espalda. Kenan cerró el grifo cuando el agua me cubrió por debajo de los pechos, justo antes de que desaparecieran debajo del agua.

Me los cubrió con las manos y me pegó más a él. Empezó a jugar otra vez con mis pezones y yo, que ya no podía más, me giré entre sus brazos y me subí encima de él.

—Gwen… no…

—Tomo anticonceptivos —lo interrumpí, tranquilizándolo.

—Joder… —Soltó el aire de golpe, agarrándome con fuerza de las caderas.

Me acomodé en una mejor postura, hasta que mis piernas quedaron a los lados de su cuerpo. Busqué con la mano su miembro y lo guie a mi entrada sin más preámbulos. Cuando el glande me llenó, me dejé caer de golpe.

Soltamos un gemido al unísono ante la sensación de plenitud, porque así me sentí. Notaba cómo me estiraba, la tensión por el tamaño de su miembro, con una pincelada de molestia que fue tan breve como el tiempo que tardé en moverme sobre él.

Sus manos me ayudaron, las mías lo agarraron de la nuca y de un hombro, mientras rozaba mi pecho con el suyo. Las sensaciones fueron demasiado. Mis pezones rozaban su piel. Su miembro entraba y salía de mí, llegando hasta lo más profundo. Nuestros sexos se encontraban al quedar encajado por completo en mi interior. Y sus dedos, sobre mi clítoris, terminaron de perderme.

Caí por el precipicio del placer más absoluto, deshaciéndome entre sus brazos, con todas las partes de nuestros cuerpos tocándose. Grité y me aferré a él, y cuando perdí momentáneamente las fuerzas, fue Kenan quien tomó el control. Hasta que llegó su turno y se liberó dentro de mí, con gruñidos y gemidos.

Sentada encima, con su miembro llenándome, notando todavía las palpitaciones que me estremecían, nos quedamos abrazados. Apoyé la mejilla en su hombro y cerré los ojos. La experiencia había superado con creces a todos las anteriores que habíamos tenido, únicamente por el simple hecho de hacerlo piel contra piel, sin ninguna barrera entre nosotros.

Sin separarnos, solté un suspiro tembloroso, cansado. Empecé a adormecerme y que Kenan empezara a acariciarme la espalda, cubiertos de agua, no me lo puso fácil para mantener los ojos abiertos.

Cuando conseguí abrirlos, ya no había agua a nuestro alrededor, ni estábamos acomodados en la bañera. No me había enterado, pero en algún momento en el que había estado dormida, Kenan me había sacado en brazos. Ahora me encontraba en mi cama, sobre la colcha, con una toalla enrollada en el cuerpo y otra debajo de la cabeza.

Lo busqué por la habitación, pero no lo encontré. Tampoco escuché ruidos, por lo que me incorporé despacio y me levanté de la cama. Fui hasta el armario y me vestí con una camiseta ancha que me llegaba por debajo del trasero. Fue lo único que me puse, obvié la ropa interior porque tenía una intención muy clara que llevaría a cabo.

Para eso necesitaba a Kenan, por lo que salí de la habitación y bajé la escalera. Lo encontré en la cocina, moviéndose por la estancia. Me apoyé en el marco de la puerta y crucé los brazos. Lo único que cubría su cuerpo era la toalla anudada a su cintura.

«Muy fácil y rápido deshacerme de ella», pensé sonriendo.

—¿Vas a estar mucho tiempo mirándome, en vez de hacer algo? —me preguntó sin apartar la vista del horno.

Solté una carcajada porque ese «algo» los dos sabíamos muy bien lo que era y lo íbamos a disfrutar durante varias veces, antes de que cayéramos rendidos en la cama.

Capítulo 39



Me estiré en la cama y sonreí, antes de abrir los ojos a un nuevo día. Sentía el cuerpo pesado, no dolorido, pero sí notaba los efectos de pasar una noche muy intensa.

Giré la cabeza para mirar a mi lado, donde hasta hacía poco había estado tumbado Kenan. Todavía distinguía su olor por toda la habitación, y más en las sábanas.

Me había despertado al escucharlo en el baño. Antes de quedarnos dormidos, le comenté que había quedado con Izan para ir a desayunar con Mel, así que me dijo que aprovecharía para irse temprano. Cuando salió del baño se acercó a mí y después de algunas caricias, besos y abrazos, me quedé tumbada en la cama cuando se fue.

Media hora después, aquí continuaba y ya no podía retrasarme más para activarme. Tenía un mensaje de Izan en el que me avisaba que pasaría a las ocho y media. Me quedaba el tiempo justo para ducharme y arreglarme, sobre todo porque Izan siempre se adelantaba.

Me levanté de la cama y fui directa al baño. Me recogí el pelo para no mojármelo y tardé pocos minutos debajo del agua. Cuando terminé me vestí con un mono de color caqui de pantalón corto. Me llegaba por encima de la mitad de los muslos. En la parte alta el cuello era de corte redondo, por delante y por detrás, y tenía tirantes anchos. Me encantaba, era muy cómodo, quedaba un poco ancho y la tela era muy fresca.

Me puse unas sandalias y cogí un bolso más grande al que había utilizado los últimos días. Lo llené con el móvil y con todo lo que iba a necesitar, y lo dejé abierto encima de la cama. Caminé hasta la cómoda, abrí el segundo cajón y aparté las camisetas, hasta que apareció mi arma.

La cogí notando su peso en la mano, experimentando la sensación conocida de seguridad. A pesar de que sabía que estaba cargada y de que la última vez que la cogí días atrás lo comprobé, volví a hacerlo. Era una manía, pero también me aseguraba de que el mecanismo funcionaba bien. Después de lo que sucedió el día anterior, necesitaba sentir que la llevaba encima, por ese motivo la guardé con su funda dentro del bolso.

Fui al armario, bajé una caja de balas de una estantería alta y cogí las suficientes para quedarme tranquila. Aunque en mi mente no entraba la posibilidad de utilizarlas. Ni por asomo. Con ellas también guardadas en un bolsillo que formaba parte de la funda del arma, cerré la cremallera del bolso y regresé al baño para peinarme. Me hice un moño alto, suelto y despeinado, y me puse brillo en los labios.

Cuando estuve lista, me colgué el bolso cruzado al hombro. Estaba bajando los primeros escalones cuando el timbre sonó.

«Justo a tiempo», pensé y sonreí.

—Buenos días, señor puntual —le dije a mi amigo, al abrir la puerta.

—Buenos días, preciosa. Ya veo que para ti son mejores que para mí.

Sonrió con picardía cuando me reí. Cerré la puerta y caminamos hasta la verja, la que también cerré echando el cerrojo desde la acera.

—¿Hablaste con Diego? —No pude retrasar más la pregunta.

—Sí.

—¿Y? —Lo miré con atención cuando se montaba en su motocicleta— ¿No vas a contármelo antes de ir a por Mel? —insistí.

—Tenemos tiempo, sube —me pidió.

Solté un suspiro y lo hice. Me senté detrás de él y le rodeé la cintura con los brazos. Izan arrancó y circuló por las carreteras, yendo directo a su casa. Como siempre, estacionaría en su garaje. Pasamos por la misma carretera en la que sucedió lo del animal muerto y comprobamos que todo estaba tranquilo y bien. No dudaba de que Izan había venido a mi casa haciendo este trayecto, para asegurarse antes.

Llegamos a su garaje pocos minutos después. Lo dejamos atrás, andando por el centro del pueblo.

—Izan… —Llamé su atención.

—Informé a Diego —dijo aminorando el paso. Me pegó a él rodeándome los hombros con el brazo—. Le conté lo que te encontraste, la información que te proporcionó Amanda y todo lo que vino después.

—¿Y qué te dijo? —Quise saber en la pausa que hizo— ¿Tenemos que preocuparnos? ¿Le sacaste el tema de irnos de aquí? —hablé intranquila.

—Gwen, relájate —me pidió, apretándome ligeramente el brazo con la mano.

Fue un gesto para darme consuelo, pero no me sirvió de mucho.

—Diego opinó como nosotros. Llegó a la misma conclusión al saber cómo actuó el desconocido, y en cuanto le detallé las heridas que tenía el animal. Todos coincidimos en que no es normal, incluso Kenan me lo dijo.

—¿Kenan? —Me sorprendí.

—Sí, cuando íbamos en el remolque —asintió—. Ya quedamos en que los vecinos se creyeron la versión que les diste porque quisieron aferrarse a ella, no porque fuera factible. Cualquiera con ojos en la cara hubiera tenido el mismo pensamiento que nosotros, por lo tanto, Kenan también.

—Se ha ido de mi casa esta mañana temprano y en todo el tiempo que hemos pasado juntos no me ha preguntado, ni me ha hablado de lo de ayer —susurré.

—Porque es un hombre inteligente. —Sonrió de medio lado y puse los ojos en blanco—. Para que te quedes tranquila, nuestros compañeros están bien. Aunque alguno ha notado algo raro.

—¿Raro? ¿Cómo qué? —Contuve la respiración— ¿Y quién de ellos? —Le agarré la mano que le colgaba de mi hombro, necesitando más contacto.

—Hace unos días Darío le comentó a Diego que había recibido varios paquetes sin remitente. Le extrañó, pero, aunque ha hablado con la agencia para que le dieran información, no ha conseguido ningún dato de la persona que hizo el envío.

—¿Y qué le llegó?

—Nada.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño.

—Los paquetes estaban vacíos. Con eso y con lo que le conté anoche, Diego ha puesto en alerta a todo el equipo. A partir de ahora estarán muy pendientes de su entorno, de cualquier cosa que les llame la atención. Diego también les ha puesto protección.

—El mío también —susurré—. El paquete que recibí, con el que me viste cuando viniste a mi casa, estaba vacío. Lo tiré enseguida, sin darle importancia. O más bien no quise dársela —nos miramos fijamente, hablándonos con la mirada.

—Hablaré con Diego —dijo pensativo.

—¿Y nosotros qué tenemos que hacer? ¿Nos vamos?

—El jefe me pidió que no hiciéramos movimientos extraños.

—¿Eso qué significa?

—Que nos quedamos en el pueblo, pero estamos incluidos en la protección. Ya tiene que estar viajando hasta aquí un equipo de apoyo, supongo que llegarán al final de la tarde. Tranquila, no se acercarán a nosotros, a no ser que haga falta y lo necesitemos. Pero vete haciendo a la idea de que nos rondarán por nuestra seguridad.

—Así que el protocolo se ha puesto en marcha y todavía no tenemos nada claro —susurré.

—Mejor así, por nuestra parte, lo agradezco. Diego me dejó claro que no iba a arriesgarse porque coincidió conmigo cuando le dije que nuestros datos personales podían haberse quedado expuestos.

—Joder —siseé, apretándole la mano.

—Lo único que nos queda es estar muy atentos y no bajar la guardia, por el momento. La orden del jefe es muy clara, quiere que cada día le escribamos o le llamemos varias veces. La última antes de acostarnos.

—No puedo quedarme aquí, Izan —susurré—. Tenemos que proteger a los nuestros.

—¿Prefieres que nos vayamos y que dejemos a su suerte a las personas que queremos? —me preguntó serio— Porque si estamos con el culo al aire, lo están también nuestras familias y amigos.

—No. —Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza.

—Mírame, Gwen —me pidió en un tono muy flojo y levanté los párpados —. Sé que esto te afecta de una forma diferente que a mí. —Me acarició las mejillas, retirándome varias lágrimas que se habían escapado de mis ojos.

»Tienes miedo, yo también, pero los dos somos fuertes y estamos habituados a sobrellevar las situaciones de tensión y ese puñetero miedo —asentí—. A partir de ahora iremos con las armas a todos lados, sin excepciones.

—La llevo en el bolso —le confirmé y sonrió al haberme anticipado.

—Perfecto. —Se tocó la riñonera de piel que se había puesto hoy y comprendí que también iba armado—. Tenemos que hacer como si no pasara nada, continuar como siempre. ¿De acuerdo? No podemos preocupar a nadie.

—Vale —murmuré y cogí una bocanada de aire—. No te preocupes, puedo con ello.

—Lo sé.

Se inclinó para darme un beso en la frente antes de ponerse a mi lado. Volvimos a caminar en silencio, yendo directos hacia la tienda de Mel. Después de girar en la esquina de su calle, accedimos a la que nuestra amiga tenía la tienda.

Eliminé el rastro de las lágrimas para que no se notara nada y respiré varias veces profundo. Sonreí adelantando el gesto que iba a mostrarle a Mel e Izan me imitó. Él no tuvo que fingir, la sonrisa le salió sola al ver la mía. Nos miramos unos segundos cuando nos paramos en la puerta y asentimos.

—¡Aquí están mis chicos! ¡Por fin, me muero de hambre! —Nos recibió animada Mel.

—Hola —saludamos a las dos, también a Nerea. La chica nos correspondió sonriente.

—No tardaré —le dijo nuestra amiga—. Cualquier cosa, llámame, estaré cerca.

—Vete tranquila —asintió Nerea.

Se dieron un beso en la mejilla y Mel caminó en nuestra dirección. Ya estaba preparada, nos había estado esperando. Salimos de la tienda y nos dirigimos hacia la zona de los bares. Nos decidimos por el que trabajaba Luis de camarero y ocupamos una mesa en la terraza.

—Buenos días, chicos. —Se acercó enseguida a nosotros—. ¿Cómo va?

—Genial —le respondió Mel, alegre.

Yo aproveché para mirar disimuladamente por la zona. Eché un vistazo rápido a todo lo que nos rodeaba, fijándome en las personas que caminaban tranquilamente, las que salían de los comercios y las que estaban sentadas como nosotros, en las diferentes terrazas que había. Era como cualquier otro día viendo caras conocidas, todo estaba normal.

—Tres desayunos completos —le pidió Izan a Luis. Su voz me hizo centrarme en él.

—Sí. Zumos, cafés con leche, y tostadas con jamón.

—Trae también una botella de agua —añadí.

—Marchando todo. —Nos hizo un guiño, Luis.

Se alejó de nosotros y nuestra amiga pasó la mirada de Izan a mí.

—¿Qué? —le preguntó él.

—Solo quería asegurarme de verdad de que lo que me dijiste anoche cuando me llamaste, era cierto. Os veo a los dos bien y tranquilos.

—¿Cómo creías que estábamos? —le pregunté con diversión, como lo haría en cualquier momento.

—Yo qué sé. —Se encogió de hombros—. Al menos os sigo teniendo aquí, temía que me dijerais que os teníais que ir. —Hizo una mueca.

—Eso no va a pasar. Seguimos de vacaciones —le aseguró Izan.

Me tragué el bufido a tiempo.

—Oh, ¡si es que lo sabía! —dijo Mel, dando un golpe en la mesa.

—¿Qué dices? —Arqueé una ceja.

—¿Os acordáis del chisme que os conté?

—¿Cuál de ellos? —le preguntó con humor Izan, provocando que ella riera.

—El de que vieron a Manuel salir muy temprano de la casa de Carmen. —Sonrió con picardía—. También os dije que no tardaríamos en verlos juntos, y ahí los tenéis. ¡Jo, qué monos son! —Curvó los labios hacia abajo.

Divertida, busqué a los vecinos con la mirada. En mis labios apareció una gran sonrisa al localizarlos. Por si os lo estáis preguntado, sí, el Manuel que vino en nuestra ayuda con el tractor para trasladar al animal y llevarlo a un lugar tranquilo para enterrarlo, era el mismo que estaba paseando por la calle en este instante, agarrado de la mano de Carmen.

Por fin se dejaban ver juntos y me encantaba que fuese así. Se lo merecían y no tenían ningún motivo para ocultarse ni ellos, ni lo que sentían el uno por el otro. Cuando Manuel nos vio, nos saludó sonriente desde lejos y le correspondimos de la misma forma. Carmen parecía un poco cohibida, avergonzada, pero cuando él le rodeó los hombros con un brazo, pareció que se le pasó todo. Más sonreí, satisfecha.

—Sí que son monos. Me acaban de alegrar el día —confirmé.

—Vamos a celebrarlo por ellos. —Rio Mel y nos contagió.

Luis nos trajo los desayunos y se unió a nosotros cuando faltaba poco para que termináramos. Ocupó una silla en cuanto estuvo libre de trabajo y estuvimos un rato hablando, hasta que le pagamos y nos despedimos. Entonces entró en el bar y nosotros dimos un paseo, con la intención de pasarnos por la taberna.

—¡Gwen! —Escuché a mi espalda y me paré, para girarme.

Sonreí al ver a Celia. Tenía una mano levantada hacia mí y una gran sonrisa en los labios. Caminaba en el mismo sentido que nosotros y aceleró los pasos.

—Hola —dijo al pararse enfrente—. Perdona. —Miró a mis amigos—. Te he visto y quería saludarte.

—No tienes que disculparte, me alegro de que me hayas llamado. —Me acerqué para darle dos besos que me devolvió—. Ellos son Izan y Mel, mis amigos. —Se los presenté.

—Encantada de conoceros —habló animada.

—Igualmente. —Le correspondieron ellos.

—Celia es la hija de Amelia —les dije para que supieran quién era.

—Oh, ¡qué sorpresa y alegría! —Reaccionó Mel. Derrochó su simpatía habitual—. Tu madre viene mucho a mi tienda y solemos tomarnos un café rápido. Me ha hablado mucho de ti.

—Espero que tengas una buena opinión —Celia habló con una timidez que me sorprendió.

—Por supuesto. —Le hizo un guiño mi amiga—. Hoy está siendo un gran día. —Acortó la distancia que las separaba y la abrazó como si la conociera de toda la vida.

Fruncí los labios. Celia se relajó al instante y aceptó el gesto de afecto, igualándolo. Izan optó por darle un par de besos en las mejillas.

—¿Tienes algo que hacer? —le pregunté— Íbamos un rato a la taberna.

—Me viene perfecto. Llevo una hora caminando de un lado para el otro, dando un paseo. Estaba a punto de pararme para tomarme un café. Mi madre se despierta más tarde, seguramente acaba de hacerlo, pero yo estoy acostumbrada a madrugar.

—Pues vamos. —Le sonreí.

Capítulo 40



Durante el pequeño recorrido hasta la taberna, Mel y Celia no dejaron de hablar. Mi amiga le preguntó cómo era vivir en Londres y Celia se extendió en su explicación. Nos hizo reír a los tres con varios comentarios y expresiones, y riendo, entramos en la taberna.

El olor familiar me hizo sonreír. Quitando el pequeño mal rato que había pasado, por lo demás estaba yendo genial. Mel tenía razón, estaba siendo un gran día, y esa sensación se amplificó cuando mi padre apareció por el pasillo y vino directo a saludarnos con abrazos y besos. Lo que sucedió a continuación, y durante los siguientes minutos, encendió una chispa de esperanza en mí.

—Celia, este es mi padre, Alonso. Papá, ella es la hija de Amelia. —Los presenté y enseguida vi el reconocimiento en sus expresiones.

—Es todo un placer conocerte al fin en persona, Alonso —dijo Celia, adelantándose para ofrecerle la mano.

—Lo mismo digo, Celia. —Le correspondió él, aceptando el gesto.

En ese breve contacto, mientras se miraban fijamente, algo saltó por los aires entre los dos. Lo sentí, lo supe sin la necesidad de indagar. Conocía perfectamente a mi padre, me sabía de memoria todos sus gestos y reacciones. Simplemente, lo vi, y, aunque fue fugaz, me levantó mucho más el ánimo y avivó mi ilusión. Acababa de presenciar un milagro.

Fuimos todos hacia la barra y apoyé los brazos en ella, mirando, divertida a todos. Izan también se había dado cuenta de que algo estaba pasando, Mel estaba entretenida, observando con mucha atención a mi padre y a Celia.

—¿Queréis tomar algo? —nos preguntó mi padre, centrándose en mí, en su lugar seguro. Le sonreí.

—Nosotros acabamos de desayunar —le contesté.

—Yo te agradecería un capuchino —le pidió Celia y mi padre asintió.

Apartó muy rápido la mirada de ella y nos dio la espalda.

—¿Has visto eso? —me susurró al oído Mel y fruncí los labios.

—Sí —hablé flojito también—. Ha sido muy interesante.

—Ya te digo. ¡Qué fuerte! Si me lo dicen, no me lo creo, tu padre se ha quedado atontado por unos segundos. ¡Ay, mi Alonso…!

Solté una carcajada, no la pude contener. Izan nos miró divertido, intuyendo de lo que hablábamos. Celia nos sonrió, sin enterarse de nada.

—¡Chicos!

Al escuchar a Maddi, giramos las cabezas y nos acercamos a ella. Todos nos alegramos de verla de vuelta. La abrazamos y se lo dijimos.

—Aún estoy un poco floja, pero nada más —nos comentó—. Dichoso resfriado. Uf, lo he pasado fatal. —Puso los ojos en blanco.

—Lo importante es que ya lo has superado. —Le hice un guiño.

—Y se lo va a tomar con mucha calma durante unos días —dijo mi padre, colocando el capuchino delante de Celia.

—Gracias, Alonso. —Le agradeció Celia.

—De nada —asintió él, mirándola de nuevo fijamente.

Estaba segura de que se estaba preguntando qué tenía de diferente esa mujer del resto. Teniendo en cuenta que, a mi padre, desde que faltó mi madre, ninguna le había interesado, ni llamado la atención… Y cuando digo ninguna, es que era así, sin excepción. Daba igual lo atractiva que fuera quien se le acercara, siempre las había rechazado a todas.

Verse en este instante intrigado y atrapado por algo que no comprendía, le estaba desconcertando.

—¿A qué te refieres, papá? —Quise saber, para ayudarlo a suavizar un poco la situación.

—Tu padre me ha prohibido que haga los turnos completos durante esta semana. —Fue Maddi quién me lo aclaró—. Dice que tengo que recuperarme del todo y por eso solo acepta que venga por las mañanas algunas horas sueltas. —Se encogió de hombros—. Si fuera por él no estaría aquí todavía.

—Aprovecha que tienes un jefe genial. —Rio Mel.

—Sí. Es un lujo. —Nos hizo un guiño, Maddi.

—No me hagáis tanto la pelota —negó mi padre y nos reímos.

—Yo creo que tienen razón, Alonso —intervino Celia, dejando callado a mi padre—. Al menos así lo pienso, por lo que estoy escuchando. —Se ruborizó.

—Gracias. —Carraspeó él. Mis ojos hasta brillaron de la emoción—. Casi he criado a todos estos chicos y…

—Se nota el respeto y el amor —le interrumpió Celia, asintiendo.

—Tienes toda la razón, Celia —dijo Mel, sonriéndole—. Alonso es muy especial, tienes que conocerlo.

Fruncí los labios. Mi amiga empezaba a mover sus hilos para darles un empujón.

—Aunque resulte raro, tengo la sensación de que lo conozco bastante —dijo con timidez Celia, mirando de reojo a mi padre—. Mi madre siempre está hablando de Alonso y todo lo que me ha dicho al cabo de los años son cosas muy buenas.

—Vaya —dijo mi padre, entre sorprendido e inquieto.

Lo último fue porque nunca se había sentido cómodo con los halagos, y en este caso menos, viniendo de Celia, que ya de por sí lo ponía nervioso.

—Sería otro placer poder tomar un café contigo para conocernos de tú a tú.

Fue una proposición en toda regla de Celia. Los ojos de todos iban de ella hacia él, estábamos totalmente absorbidos por el intercambio que se estaba dando. ¡Cómo para no estarlo! Era algo único y tal vez irrepetible.

—Acepto encantado cuando quieras. —Fue la respuesta de mi padre y tuve que retener un gran suspiro y las ganas de llorar.

Mi primer pensamiento fue que se negaría, aunque lo hiciera con amabilidad, diciéndole que se lo agradecía. Pero me sorprendió gratamente cómo reaccionó. Me dejó aún más claro que algo se había encendido dentro de él y recé, sí, recé, pidiendo por favor que hubiera un buen acercamiento entre ellos para que lo que desprendían diera sus frutos.

Celia me caía genial, era una gran mujer. Independiente, con un trabajo estupendo que podía realizar donde quisiera, y encima también se sentía sola, al igual que mi padre, por mucho que él se negara a aceptar que necesitaba a alguien a su lado.

Que Celia viviera en Londres no era un inconveniente, tenía mucha facilidad de movimiento y por todo lo que ella me había explicado, estaba segura de que volvería a España con los ojos cerrados, sin necesitar un empujón para tomar la decisión de trasladarse.

Izan inició una conversación de las que solíamos tener, para relajar el ambiente. Se había cargado a nuestro alrededor por la tensión que se respiraba. Una muy buena.

Nos quedamos en la taberna el tiempo suficiente para que Celia se terminara el capuchino. Durante ese tiempo apareció Ezra y nos saludó a todos, antes de incorporarse al trabajo. Celia se pidió otro capuchino, estaba claro que quería alargar el momento, por lo que Izan, Mel y yo, decidimos con una mirada que nos íbamos para que todo fluyera con naturalidad entre mi padre y Celia.

Mi padre echó a Maddi, literalmente. Nos reímos cuando tuvo que empujarla con delicadeza hasta la puerta, porque ella quería quedarse un rato más. Nos despedimos de mi padre, de Ezra y de Celia, que fueron los únicos que se quedaron, junto a los clientes. Salimos entusiasmados y emocionados, por lo que habíamos presenciado y por lo que podía pasar.

Fue nuestro tema de conversación hasta que nos fuimos despidiendo, un tema que se quedaría entre nosotros, lógicamente. Maddi entró en el portal de su edificio, Mel se quedó en su tienda. Izan y yo fuimos a la casa de mi amigo. Por mucho que le dije que me apetecía dar un paseo, no me hizo caso y me llevó a casa en la motocicleta.

—Hablamos más tarde —le dije cuando me bajé frente mi entrada.

—Sí. Avísame cuando te despiertes de la siesta.

—Hecho. —Le sonreí, antes de abrazarlo.

—Estate tranquila, ¿vale? Cualquier cosa, llámame —me susurró al oído, apretándome con los brazos.

—De acuerdo. Me ha sentado genial la mañana —le aseguré cuando nos separamos.

—Me alegro —asintió—. Ha dado mucho de sí. —Sonrió de medio lado.

—Ya te digo. —Me reí—. Joder, ojalá que mi padre y Celia…

—Controla la emoción para que no te lleves una decepción, solo dales tiempo. Tu padre ha experimentado hoy un gran cambio que era impensable para él, y para todos. Necesita digerirlo, analizarlo, y darse cuenta, llegado el momento, de lo que quiere realmente. Por mucho que vaya en contra de su voluntad, por el respeto y el amor hacia tu madre.

—Sí —solté un suspiro.

Le di un beso en la mejilla y abrí la verja. Me despedí por última vez con la mano desde la puerta y abrí. Izan no se fue hasta que entré y cerré.

Capítulo 41



Eran cerca de las siete de la tarde cuando salí de la ducha. Había quedado con mis amigos para cenar y tomarnos una copa después. Me venía genial, distraerme, lo necesitaba. En esta ocasión iría por mi cuenta al centro del pueblo, directa a la casa de Izan, para dejar la motocicleta en su garaje.

Salí del baño con la toalla enrollada y fui al armario. Saqué un pantalón corto de vestir y una camiseta de tirantes anchos que se ajustaba a mi cuerpo como una segunda piel. Hacía un conjunto muy bonito porque la camiseta tenía brillos y destacaba. Me puse la ropa interior y continué con todo lo demás. Me calcé las sandalias y volví al baño, para pintarme los labios y cepillarme el pelo.

Opté por dejármelo suelto, pero me puse en la muñeca una goma, por si me agobiaba. Me había arreglado antes de tiempo, hasta las nueve menos cuarto no me encontraría con mis amigos, pero como tenía la intención de pasarme por la casa de mi padre para ver a Suri…

Me colgué cruzado el bolso que había utilizado por la mañana, el que continuaba teniendo en su interior lo mismo, y salí de la habitación. Comprobé que todas las ventanas de la planta principal estaban cerradas y, por último, la corredera.

Cuando me quedé satisfecha, caminé por el salón, directa al garaje. Me monté en la motocicleta y arranqué. La puerta se abrió frente a mí y como siempre hacía, esperé a que bajara. En cuanto escuché cómo encajaba, me incorporé a la carretera.

Hacía una temperatura perfecta y sentir cómo mi cuerpo frenaba el aire me sentó de maravilla. Me faltaban pocos metros para llegar frente a la casa de mi padre, cuando noté vibrar el móvil dentro del bolso.

Estacioné al lado de la acera, me pasé las manos por la melena para arreglar un poco los enredos que se me habían hecho en el breve trayecto, y sin desmontar, busqué el teléfono y devolví la llamada.

—Hola, papá —lo saludé.

—Hola, cariño.

—¿Cómo va la tarde?

—Bien, bien. Te he llamado para pedirte un favor.

—¿Cuál? Dime.

—¿Puedes pasarte por casa?

—Mmm… me he adelantado a ti —dije sonriendo.

—¿Sí?

—Ajá. Acabo de parar en la puerta con la motocicleta, por eso no te he cogido la llamada.

—Estupendo.

—¿Pasa algo? —Dirigí la mirada hacia la entrada.

—No, pero hace un rato que estoy llamando a Inés y no me lo coge. Sé que muchas veces se le olvida y deja el teléfono en silencio. Solo quería que te pasaras para advertirla, por mi salud mental. —Noté la diversión en su voz—. Ahora mismo me es imposible ir yo, Ezra ha salido un rato para ir a su piso y estoy solo en la taberna.

—Tranquilo —dije bajando el tono de voz.

Mis ojos empezaron a moverse de un lado al otro, de la puerta los desvié hacia los laterales, las ventanas, las cortinas inmóviles, las zonas de césped… desde donde me encontraba no alcanzaba a ver el jardín y la piscina. Esa zona estaba protegida de la vista de cualquiera por privacidad.

—Te llamo enseguida —añadí.

—Gracias, hija.

—Por favor, papá. —Sacudí la cabeza.

—Gracias, hija —repitió ignorándome y sonreí, aunque no fue una sonrisa completa.

—De nada, padre. —Lo piqué, provocando que riera—. Voy a ver a las chicas y te aviso. Suri te llamará después.

—De acuerdo, perfecto.

—Te dejo.

Con esa breve despedida, me guardé el móvil en el bolso, dejándolo abierto. Me bajé despacio de la motocicleta, mientras observaba la calle en ambos sentidos. Mi locura fue en aumento conforme pasaban los segundos. No había motivo para ello, pero después de los últimos acontecimientos… A Inés solía pasarle mucho lo del teléfono, como bien había dicho mi padre.

Me alejé de la acera, prestando atención a todos los sonidos. No escuché ninguno que procediera de la zona de la piscina, por lo que las chicas no estaban dándose un baño. Igualmente, me desvié y miré en esa dirección. Comprobé que estaba en lo cierto. El jardín estaba solitario, al igual que el que quedaba al otro lado de la casa. Pasé por delante del ventanal del salón varias veces y todas ellas me asomé por él. La estancia estaba vacía, el sofá y toda la zona que se veía.

Entonces me dirigí hacia la puerta y pulsé el timbre, intentando tranquilizarme. Seguramente estaban en la habitación de Suri, o tal vez en la cocina. Llevé la vista hacia la ventana que daba a esta última. Nadie abrió la

puerta principal, ni diferencié algún ruido que me indicara que se acercaban para abrir.

Fruncí ligeramente el ceño y por instinto, metí la mano en el bolso. No quería sacar el arma por si mi hermana aparecía de repente, pero me quedé rozándola con los dedos, mientras esperaba. Mi paciencia tenía un límite, el que en este momento fue muy escaso.

—Todo está bien —me dije a mí misma, susurrando.

Volví a pulsar el timbre y como obtuve el mismo resultado, nada, aparté la mano del arma y la llevé al bolsillo interno del bolso. Saqué la llave de la casa de mi padre que siempre llevaba encima cuando estaba en el pueblo, y la metí en la cerradura.

La moví despacio, siendo lo más silenciosa posible. Tenía mucha práctica en ello, de todas las veces que llegué de madrugada en el pasado, cuando todavía vivía aquí. Cuando hizo clic, antes de acceder al interior, puse el móvil en silencio.

En ese punto mis nervios superaban a mi razón y me dio igual sacar el arma. Lo hice y rodeé con fuerza la empuñadura, al mismo tiempo que empujaba la puerta. Si me encontraba con Suri, sería rápida para ocultarla de la vista.

Entré rápido, sigilosa, observando con mucho detalle todo lo que me rodeaba. El salón estaba como habitualmente, en perfecto estado. Lo único que estaba un poco movido de posición era el cojín preferido de mi hermana, de haber estado ahí.

Miré hacia la cocina, hacia la zona abierta de la escalera y hacia el pasillo de esta planta. El interior se encontraba en completo silencio. ¿Y si habían salido a dar una vuelta? ¿O a comprar algo? Sería algo muy normal, lo mismo, dentro de poco, Inés y Suri aparecían en la taberna y mi padre me llamaría para decírmelo.

Esas teorías eran muy bonitas, idílicas, pero las descarté porque necesitaba comprobar que el resto de la vivienda estuviera bien. Comencé por la planta

baja, entré en todas las estancias, incluso en el aseo. No vi nada destacable y subí la escalera, sujetando el arma a un costado de mi cuerpo. Lo único que escuché fueron mis propios pasos.

Revisé todos los espacios, miré hasta debajo de las camas. Cogí una bocanada de aire y me paré frente a la puerta de mi hermana. Estaba entreabierta y era la única que me faltaba por comprobar. Llevé la mano con el arma a mi espalda y empujé la madera despacio.

El choque visual fue fuerte, me quedé sin respiración por unos segundos. Lo primero que captó mi atención fue la butaca volcada, el escritorio desplazado y la colcha que habían arrojado al suelo, dejándola alejada de la cama y enrollada. Después la pulsera que había tirada en el suelo.

Tragué saliva y apunté hacia delante. Mis ojos se movieron como locos de un lado al otro, incluso dentro del baño. Definitivamente, no estaban en la casa, pero tampoco donde había imaginado. Solté el aire despacio, guardándome el arma en la cinturilla del pantalón, en la espalda.

Llegué frente a la pulsera y me puse de rodillas en el suelo. La cogí y la observé con un nudo en la garganta. Se había roto, era de cuerda. Mi hermana siempre la llevaba puesta porque se la regalé yo, le tenía muchísimo cariño y desde ese momento no se la había quitado para nada. Decía que le traía suerte porque venía de mí.

Cerré los dedos y apreté la pulsera dentro de la mano, con la respiración agitada. Los ojos se me humedecieron y la presión en el pecho se hizo insoportable. Ser consciente de que a Suri le había sucedido algo malo, por mi culpa, me destrozó. Parpadeé varias veces rápido, la humedad de los ojos no me dejaba ver bien.

Levanté la cabeza y observé otra vez todo lo que estaba mal aquí. Era el único espacio que se encontraba así. Cabían dos posibilidades para ello: que las hubieran sorprendido en esta habitación, o que las chicas escucharan o vieran algo en la planta baja, y subieran corriendo si Inés se había dejado el teléfono aquí. En este último caso, no habrían encontrado otra escapatoria. Descartaron salir a la calle, eso quería decir que fueron varios los que asaltaron la casa y no tuvieron esa opción.

—¿Dónde mierda estáis? —Jadeé, doblándome sobre mí misma, hacia el suelo.

Me permití un tiempo muy breve para llorar, sabía en lo más profundo de mi interior que lo que más temía se había hecho realidad.

Lloré por no saber dónde se encontraba Suri, lloré por Inés, la chica dulce y simpática que la cuidaba como si fuera de nuestra familia, lloré por lo que les habían podido hacer, lloré por la desesperación y la rabia inmensa que me recorrió, lloré por sentirme devastada…

Hasta que me incorporé de golpe, casi de un salto. Me guardé la pulsera de mi hermana en un bolsillo porque iba a devolvérsela. Se la pondría otra vez, podía hacer otro nudo. Tragué saliva y salí corriendo de la habitación, pero me paré de repente cuando escuché el motor rugir de un vehículo. A mitad de la escalera, giré la cabeza de golpe hacia la zona posterior de la casa.

Me tragué un grito de impotencia y terminé de bajar saltando los escalones, dispuesta a llegar a quién estaba huyendo de aquí y a llevármelo por delante. Con el arma apuntando hacia el frente, caminé rápido hacia la puerta estrecha que daba acceso a la parte trasera. La cerradura aparentemente estaba intacta, pero la habían abierto. El pomo giró con el movimiento de mi mano. La abrí con tanta fuerza, que la madera se estrelló y rebotó contra la pared.

Justo cuando tuve una buena visión de la zona verde, vi un todoterreno alejarse a gran velocidad, yendo directo hacia el camino de montaña que pasaba por detrás de la vivienda de mi padre.

Solté un rugido o un grito, no fui muy consciente de lo que salió de mi garganta, antes de dar el primer paso para empezar a correr. Mi intención era llegar hasta el camino para ver hacia dónde se dirigía el vehículo, porque era una recta muy larga. Una vez lo supiera, iría a por la motocicleta que me facilitaría llegar muy rápido hasta mi objetivo.

De repente, solté un jadeo por la impresión. No llegué muy lejos en mi carrera cuando me vi tumbada bocabajo sobre la hierba, con un cuerpo sobre mí y una mano tapándome la boca. Forcejeé y al ser consciente de que no

podía librarme de él en la posición en la que me había quedado, con su peso inmovilizándome, dirigí la pistola hacia atrás, para disparar.

—Tranquila, fierecilla. Soy yo, Kenan.

Escuchar su voz me dejó más impactada. ¿Qué hacía aquí Kenan, en la casa de mi padre? ¿Por qué me había derribado para tirarme al suelo? ¿Por qué no me estaba preguntando qué narices hacía con un arma? ¿Y por qué cojones continuaba sobre mí en esta situación?

Me quedé en blanco por completo, pero no duró por mucho tiempo.

Capítulo 42



Kenan

—¿Qué mierda estás haciendo? —siseó, moviéndose debajo de mí.

—Salvarte la vida. No van a volver a herirte esos desgraciados estando yo cerca.

—¿Qué…? —Jadeó.

—Si quieres que te suelte y me aparte, tranquilízate. Te aconsejo que lo hagas rápido, tenemos que movernos de la misma forma para llegar cuanto antes hasta tu hermana y la chica que la cuida, Inés.

Gimió al escucharme y se quedó muy quieta, rígida.

Le quité el arma de la mano y se la coloqué en la cinturilla del pantalón, al final de la espalda. Se mantuvo con las manos y la mejilla apoyadas en la hierba, mirándome de reojo.

Iba vestido completamente de negro, con un pantalón largo y una camiseta de manga corta. Mi apariencia no era destacable a simple vista, pero claro, estaba el hecho de que llevaba la funda del arma en un costado, agarrada por una correa. Ese gran detalle le hizo abrir los ojos al máximo.

—¿Qué… qué está pasando? ¿Quién eres? —Consiguió preguntarme al fin.

Se giró tumbada y la agarré de un brazo. Tiré de su cuerpo, hasta que estuvo de pie frente a mí.

—Hay mucho que explicar, o tal vez no. Puedo ser muy rápido y conciso, pero lo que tenemos que hablar puede esperar.

—Inés y mi hermana… —Tragó saliva.

—Lo sé. —Le recordé—. He llegado justo a tiempo de ver cómo las sacaban de la casa y las montaban en el todoterreno.

—¿Y no has hecho nada? —Alzó la voz, fijando la vista en mi arma.

—No —respondí y apretó los puños—. Al menos yo no.

—¿Qué quieres decir? —Buscó mi mirada.

—Que también te he visto a ti llegar y me he quedado por ese motivo.

—Por mí… ¿Por mí? —gritó.

—Gwen, tranquilízate. —Miré hacia los lados. Por suerte las casas de los vecinos quedaban muy apartadas—. No vamos a perder de vista al todoterreno, lo estamos siguiendo.

—¿Quiénes? —preguntó jadeando.

—Mis amigos —respondí y entreabrió los labios.

—No… no lo entiendo —habló en tono bajo.

Se giró hacia la dirección por la que se había ido el todoterreno. Sin decirle nada, la agarré de la mano y empecé a caminar, rodeando la casa.

—¿A dónde vamos? ¿Qué haces?

—A mi coche, para llegar hasta mis amigos, lo que nos llevará hasta tu hermana e Inés. Llama a Izan —le pedí—. El equipo de apoyo extra que está

viajando para protegeros todavía tardará en aparecer por el pueblo.

—¿Cómo sabes…? ¿Extra?

Me quedé en silencio, concentrado al máximo en salir de la zona cuanto antes. Llegamos a la acera de la calle principal y llevé a Gwen hasta mi coche. Cuando abrí la puerta del conductor, se quedó en la del copiloto, observándome seria. No se movió, por lo que me subí igualmente.

—No voy a perder más tiempo y sé que tú tampoco quieres, así que te aconsejo que montes porque voy a largarme de aquí —le advertí, arrancando.

Soltó un grito, pero se sentó a mi lado. Me puse en marcha, aceleré y activé la pantalla táctil. En ella aparecieron dos señales que iban en la misma dirección, separadas por una buena distancia.

—¿Qué son? —me preguntó intranquila.

—Las señales del todoterreno que perseguimos y la del vehículo que alquilé hace unos días, para tener más libertad de movimiento. Estábamos esperando que esto sucediera en cualquier momento, después de la última información que recibí.

—Kenan… —Tragó saliva.

Me concentré en la carretera, la dejé atrás, desviándome hacia el camino de tierra que bordeaba la última línea de casas de esta zona. Iban bastante por delante de nosotros, pero no me preocupaba.

—Ahora que te has relajado un poco y me escuchas con más atención, voy a empezar por el principio —le dije, mirándola de reojo. Asintió con la cabeza girada hacia mí—. Nuestra llegada a este pueblo fue por un objetivo claro, no tenía que ver con las vacaciones. —Fijé la vista hacia delante.

»Vinimos por el caso en el que trabajáis, Izan y tú, para protegeros. —Jadeó—. Desde el principio supe quién eras, en el sentido de que había visto fotografías tuyas, me habían explicado un poco sobre ti y yo también investigué por mi cuenta. Con Izan sucedió lo mismo.

»No lo notaste, controlo demasiado bien mis reacciones y se me da muy bien despistar, pero me sorprendió mucho dar contigo nada más llegar al pueblo. De madrugada, cuando este nos dejó tirados en la carretera de curvas. —Golpeé el volante.

»Desde que estamos aquí hemos estado rondándoos a Izan y a ti, de día y de noche. Muchas de esas veces no habéis sido conscientes porque era nuestro propósito, otras, como ya sabes, hemos quedado en grupo. Sin contar las ocasiones en las que nosotros hemos estado juntos.

»Por lo que te he dicho hasta ahora estoy muy bien informado de todo, incluso de que viene hacia aquí el que se considera el segundo equipo de apoyo para vosotros. El primero somos mis amigos y yo. Mi jefe me tiene al tanto de todas las novedades y de los pasos que se dan.

»También supe desde el inicio que estabas herida y cómo sucedió todo, el antes, el durante y el después. Ese es el motivo por el que te insistí tanto en algunos momentos y puede que te pareciera pesado. Quería que me lo dijeras, o por lo menos, que me contaras que estabas recién operada. Al final te quedaste al descubierto a la fuerza.

»He leído tantas veces el informe que me pasaron, el de la misión que llevasteis a cabo, que me lo sé de memoria. Por cierto, si hubiera sabido cómo terminarías por animarte para que te metieras en el río, aquella vez que nos arrastró la corriente, te aseguro que jamás te lo habría propuesto.

»Del mismo modo que habría evitado lanzarme sobre ti después, cuando regresábamos. No pensaba que estuvieras hasta ese punto de mal. —Sacudí la cabeza, apretando la mandíbula.

»Como te he comentado y ves —señalé la pantalla táctil del coche—, tenemos controlado el todoterreno en el que se han llevado a tu hermana y a Inés. No es el único. En el momento en el que supimos que habían aparecido en el pueblo, nos acercamos a la casona que ocuparon, para colocar los dispositivos de seguimiento en todos los vehículos que llegaron pertenecientes a la organización.

»La señal me ha llevado hasta la casa de tu padre y mis amigos se han quedado a la espera de seguirles el rastro. Lo que sucedió con el animal, colmó el vaso y estaba cantado de quién era obra. A partir de ahí nos preparamos a conciencia para que en cualquier momento saltara todo por los aires.

»No podía advertirte, sabes cómo va esto. —Volví a mirarla de reojo—. Me refiero a que esos tíos llegaron al pueblo hace bastante. Han estado

organizándose, planificando cómo lo iban a hacer. ¿Quieres saber una gran noticia?

—¿Cuál? —murmuró.

—El mismísimo jefe de la organización y varios de los altos cargos se han desplazado hasta aquí. —Sonreí de medio lado—. Los muy desgraciados se han puesto una diana fácil, al viajar al pueblo para cobrarse personalmente la venganza de vuestra misión fallida y por lo que ocurrió en ella.

—Nosotros no fallamos —dijo con rabia.

—Lo sé. También estamos trabajando en eso. Ya tenemos localizado al responsable que os vendió. —Apreté la mandíbula—. Una vez caiga aquí el jefe de la mafia a la cabeza, junto a los que lo acompañan, iremos a por él. Igualmente, otros de mi equipo tienen controlados a todos los demás de la organización que no han venido, están a la espera de terminar definitivamente con todo.

»Por si vas a preguntármelo, no estoy autorizado para desvelar quién os ha traicionado. Eso corre a cuenta de tu jefe, el que desde ayer está en contacto con el mío. Hasta hace poco nosotros hemos trabajado por nuestra cuenta. Tenemos plena libertad de movimiento y de acción, mi equipo está por encima del vuestro, en una escala superior.

»Ha llegado el momento. Vamos a pillarlos entre todos, Gwen. La venganza será nuestra con la desarticulación de la organización, con todo lo que implica. Sé que temes por tu hermana e Inés, lo entiendo, pero tenemos la situación bajo control. Nos ha costado mucho llegar a este punto y sabemos que no les harán ningún daño. Os quieren a Izan y a ti. ¿Qué piensas?

—Sinceramente, no lo sé. Me he quedado… —negó.

—Llama a Izan. —Le recordé—. Explícaselo todo lo más rápido posible y envíale tu ubicación, para que llegue hasta nosotros.

Se recogió el pelo en una coleta alta y sacó el móvil del bolso.

—También tengo que llamar a mi padre, está esperando que lo haga. —Tragó saliva con dificultad, mirando fijamente la pantalla del teléfono—. No sé qué decirle. —Cerró los ojos con fuerza—. Tendría que haberme adelantado.

—¿Qué quieres decir?

—Hace un tiempo me encontré abierta una ventana en mi casa. Me extrañó, no suelo cometer esos fallos, pero le quité importancia asumiendo que me había despistado. La ventana da a la habitación que utilizo de despacho y biblioteca, pero el interior estaba perfecto, al igual que el resto de la casa.

»Tendría que haber anticipado que algo estaba cambiando. —Sacudió la cabeza—. Hasta ahora no lo he hablado con nadie porque no lo había relacionado, al no ver nada fuera de lugar. Todo estaba bien y yo…

—No podías saberlo, tu pensamiento fue el normal —la interrumpí—. Y supe que accedieron a tu casa. —Noté su mirada fija en mí—. Como también que salieron rápido, con las manos vacías.

—¿Por qué no me dijiste nada en ese momento, cualquier cosa sin delatarte?

—Tampoco me estaba permitido. —Apreté la mandíbula—. No he dejado de estar pendiente de ti, era lo único que podía hacer: cuidarte y protegerte.

—¿Por eso te acercaste tanto a mí? ¿Por eso nos acostamos?

Giré la cabeza hacia ella, con el ceño fruncido.

—Nos acostamos porque me vuelves loco, en todos los sentidos. Nuestra intimidad queda fuera de la mierda que nos rodea en el trabajo. —Le dejé claro—. Cuando te vi por primera vez en las fotografías me llamaste la atención, pero desde que te vi en persona… me sentí muy atraído por ti.

»Luché contra mis sentimientos y reacciones. Claro que lo hice, joder, no podía bajar la guardia siendo tú quien eras, pero es evidente que fracasé. Fallé porque besarte, acostarme contigo como has dicho, o follarte y tenerte entre mis brazos, son experiencias a las que no quería ni podía resistirme.

»Era lo que más deseaba y salté por encima de mis obligaciones, aunque nunca las dejé de lado. Simplemente, lo llevé todo para delante y te puedo asegurar que no me arrepiento de nada, Gwen. Volvería a actuar de la misma forma.

»No se te ocurra pensar que te he utilizado por la misión, porque te estarías equivocando, por completo. Lo que siento por ti, el deseo y la necesidad, van mucho más allá de mi propio control. —Tragó saliva, con los ojos brillantes.

Nos quedamos en silencio, por mi parte no quise presionarla más porque tenía que asumir demasiada información de golpe. Después de unos minutos marcó el número de Izan y habló con él. Él tuvo la reacción que esperaba, por lo que no me sorprendió. Gwen lo puso al tanto de absolutamente todo y le envió su ubicación.

—Vale, ten cuidado —le pidió cuando se despidieron, antes de colgar—. Viene directo a nosotros, estaba en su casa esperándome —me informó y asentí.

—¿Vas a llamar a tu padre? —La miré de reojo.

—Joder. —Se tapó la cara con las manos.

—¿Sabe a lo que te dedicas?

—Sí. Bueno… —Carraspeó—. Solo sabe que Izan y yo somos policías, pero no que estamos muy activos en una unidad especial. Nunca le he dicho qué hago exactamente cuando me voy a la ciudad por temporadas —soltó un suspiro.

»He evitado preocuparlo, ni siquiera le he contado que me hirieron y que tengo una cicatriz en el costado que me ha dado muchos dolores de cabeza —negó con pesadez.

—Lo último encontrarás el momento para decírselo, pero ahora tienes que ser lo más sincera posible con él. Vamos de cabeza a un operativo, asaltaremos la casona en cuanto se haga de noche. Alonso tiene que saber la verdad de la situación actual de sus hijas. Estáis las dos implicadas y como has dicho, se preocupa mucho por vosotras, como debe ser.

—Dios mío. —Jadeó y bufó. Soltó uno detrás del otro.

La siguiente llamada que hizo fue la más dura y tensa. Gwen marcó el número de su padre y se sinceró con él, en parte. Se centró únicamente en el día de hoy. Le explicó lo que había pasado, con lo que se había encontrado al entrar en su casa.

Desde mi posición escuché perfectamente a Alonso, su desesperación y su voz alta. El llanto de ambos me afectó y apreté el agarre de las manos en el volante.

Debo decir que Alonso en ningún momento le recriminó nada a su hija mayor. Asumió las malas noticias y las digirió de una forma honorable. Se despidieron antes de colgar de una manera muy emotiva y Gwen le prometió que volvería con Suri. Cuando dejó el móvil en sus piernas, dirigió la mirada hacia la ventanilla.

—¿Estás bien? —le pregunté al cabo de unos minutos.

—Ahora mismo, no —susurró.

Iba a continuar hablando, pero lo retrasó el sonido de una llamada que saltó por los altavoces. En la pantalla vi que se trataba de Jairo. Descolgué, con Gwen atenta.

—¿Cómo va? —Quise saber, mirando de reojo las dos señales de los vehículos.

—Kenan, tío, me he separado de Dago y Sheila. —Fruncí el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado para que modifiques el plan?

—En el trayecto nos hemos encontrado a la chica que cuida de Suri, Inés. Estaba tirada a un lado del camino. Por las lesiones que tiene la han sacado del todoterreno a la fuerza, mientras circulaba.

Gwen jadeó y se llevó una mano al pecho. Me adelanté a su pregunta.

—¿Cómo está?

—Ahora mismo, inconsciente, pero es por los golpes que se ha llevado en la caída. Tiene pulso y es estable. Aparte de algunos cortes en los brazos, piernas y en la cara, parece estar bien. Me he quedado a su lado, Dago y Sheila han continuado. Voy a cargar con Inés para llevarla al pueblo, al hospital. No sé si tiene algo roto. Eso es todo, saldrá de esta.

—De acuerdo, encárgate y ve informándome —le pedí acelerando—. Te queda un largo camino a pie.

—Tranquilo, puedo con ello. Te escribiré en cuanto pueda.

Nos despedimos y la llamada se cortó.

—¿Y mi hermana? —preguntó con voz temblorosa Gwen.

—De ella no van a deshacerse —respondí convencido—. Sheila y Dago están cerca de ellos, Suri estará bien. No les interesa hacerle daño a una niña pequeña y llegaremos a tiempo por si cambian de opinión.

Acerqué la mano a la suya que reposaba encima de su pierna y se la rodeé. Sentí un gran alivio cuando no me apartó. La posibilidad de que rechazara mi contacto porque se sintiera defraudada y traicionada por mí, por todo lo que me había visto obligado a hacer, me había tenido intranquilo e inquieto.

Todas las emociones y las sensaciones negativas desaparecieron de golpe, cuando entrelazó los dedos con los míos y me agarró con fuerza.

Capítulo 43



Gwen

Íbamos por detrás del coche de los amigos de Kenan, separados por seguridad por metros de distancia. Por fin habíamos llegado hasta ellos. En el trayecto hasta aquí nos encontramos con Jairo e Inés. Él adelantó mucho recorrido llevándola en brazos, Inés mantenía los ojos abiertos por breves espacios de tiempo, pero volvía a cerrarlos rápido.

En una de esas veces me vio y varias lágrimas le resbalaron por las mejillas. Lo único que pudo pronunciar fue el nombre de mi hermana, desconsolada. Le acaricié la cara, tranquilizándola, diciéndoselo también con palabras.

Hacía ya tiempo que los dejamos atrás, esperaba que Jairo hubiese llegado ya al pueblo. Dentro de lo malo, me quedé tranquila al ver en persona a Inés y comprobar que se recuperaría pronto.

Me habría encantado poder ayudarlos, llevarlos hasta el hospital, pero no podíamos retroceder lo que habíamos avanzado. Suri nos necesitaba y yo necesitaba estar lo más cerca posible de mi hermana, hasta que la tuviera entre mis brazos.

Hablar con mi padre y confesarle que se la habían llevado junto a Inés me destrozó. Cuando entré en esta profesión, creí que estaba y que estaría preparada para todo lo que llegara. Qué equivocada había estado, nadie te previene de la magnitud de lo que puedes llegar a enfrentar. Y yo que pensaba que era consciente de los riesgos… Podía soportarlo todo, menos

que mi familia, de sangre o de corazón, saliera perjudicada. Ellos eran intocables de todas las formas imaginables.

Miré por el espejo retrovisor y sonreí un poco, con tristeza. Izan nos seguía de cerca. Desde que lo avisé de lo que había pasado, le había vuelto a llamar para explicarle lo de Inés. Él me devolvió la llamada porque también se encontró con Jairo y con ella, bastante próximos al pueblo.

Centré la atención hacia delante cuando noté que Kenan reducía la velocidad. Salió del camino de tierra, desviándose hacia la izquierda, siguiendo la señal del coche de sus amigos y compañeros. Izan hizo lo mismo y yendo despacio, en una zona donde nos quedamos apartados de la vista, Kenan paró el coche.

La única que vi al instante fue a Sheila. Estaba apoyada en el maletero, con los brazos cruzados. Nos bajamos del vehículo y esperé a Izan. Mi amigo caminó rápido hacia mí y me envolvió en un fuerte abrazo. No hacían falta más palabras, solo necesitábamos reconfortarnos el uno al otro. Escondí la cara en su pecho y me permití venirme abajo durante unos segundos.

—Vamos a salir de esta, con Suri a nuestro lado —me susurró al oído y me estremecí. Cuando pude, asentí y lo miré.

—Debe tener tanto miedo… —Tragué con dificultad.

—Falta poco para que esté de vuelta con nosotros, piensa en eso.

—Si algo sale mal, yo…

—Borra ese pensamiento —me pidió agarrándome la cara—. No lo permitiremos.

Cerré los ojos unos instantes y cuando nos recompusimos, nos acercamos a Kenan y Sheila.

—Hola —nos saludó ella, con una mano levantada.

—Hola. —Le correspondió Izan, serio.

Se mostró muy distante y frío. Sheila se lo tomó como algo personal, por el giro que habían dado los acontecimientos. La expresión de ella se cubrió de tristeza, pero lo que no supo interpretar es que mi amigo no actuaba así por ella, sino por la situación en la que se encontraba mi hermana, y por el miedo y la incertidumbre que sentía por eso mismo.

—¿Y Dago? —pregunté después de ver que no estaba en el interior del coche, ni a nuestro alrededor.

—Ha ido a pie siguiendo la señal del todoterreno. Se quedará observando la zona, memorizando todos los detalles que nos servirán cuando tengamos que actuar. El número de tíos que protegen los alrededores de la casona, los que hay dentro, las veces que salen y entran… nos encontraremos con él allí, cuando llegue el momento —me comentó Kenan y asentí.

—¿A qué esperamos nosotros? —Quiso saber Izan.

—Al resto de nuestro equipo —le respondió Sheila, sorprendiéndonos—. Llegaron hace unos días, pero se han mantenido apartados de nosotros —nos aclaró—. En pocos minutos estarán aquí.

—¿Cuántos son?

—Cuatro más —dijo Kenan.

En total seríamos nueve para la misión, hasta que se sumara el equipo que Diego había enviado para ayudarnos. Izan había hablado con nuestro jefe durante el trayecto. Le había puesto al día y Diego le había confirmado que tendríamos el refuerzo en poco menos de una hora. Eso quería decir que en el momento en el que asaltáramos la casona, por la noche, estaríamos al completo para entrar en acción.

Por lo que le comentó Diego a Izan, Kenan estaba al mando del operativo. Lo busqué con la mirada, aún me parecía increíble saber quién era en realidad y qué lo había traído hasta el pueblo. Después de su aclaración, de decirme que lo nuestro no había sido una mentira, le creí. No tenía motivos para no hacerlo, y más porque vi la sinceridad en su expresión seria y lo sentí en la firmeza de su voz.

El choque de enterarme de todo había sido bastante grande, pero me sentía mucho más tranquila, confiada y segura, teniéndolo a mi lado y con toda la ayuda que suponía.

—Ahí están —dijo de repente Sheila y me giré, para ver acercarse un coche.

De él se bajaron cuatro personas, dos mujeres y dos hombres. En cuanto llegaron junto a nosotros abrazaron a Sheila y a Kenan y este último nos presentó a Izan y a mí.

—Vamos a repasar nuestro plan —comentó hacia sus compañeros—. Estad muy atentos —nos pidió a Izan y a mí.

Mi amigo y yo asentimos, antes de que todos rodeáramos el coche. Kenan sacó de los asientos traseros una libreta grande, la que abrió y colocó sobre el capó. Durante una media hora expuso cómo tenían pensado acercarse y adentrarse en la casona, los pasos que iban a dar. Después de responder varias preguntas, se centró en nosotros.

—Como ya he dicho, mi equipo y el vuestro que viene de camino, nos encargaremos de los exteriores y de abriros paso en el interior. Vosotros dos solo tenéis un objetivo, encontrar a Suri y sacarla de ahí. El resto es para los demás.

Asentimos conformes y continuamos hablando de los posibles problemas que podríamos encontrarnos. Hasta que el equipo de apoyo que nos envió Diego llegó hasta donde nos encontrábamos a las nueve y cuarto de la noche. Fue gracias a que Izan compartió su ubicación con el que estaba a cargo de los seis que formaban el equipo.

Después de las presentaciones y de volver a repasar el plan para las nuevas incorporaciones, por fin nos movimos. Los nervios estaban acabando conmigo.

Cuando llegamos donde nos esperaba Dago, saqué la funda del arma y dejé el bolso en el maletero. Uno de los pensamientos recurrentes que tenía es que no había cogido suficientes balas. Esperaba no tener que disparar mucho, ya

que, como nos había informado Kenan, él y el resto se encargarían de despejarnos el camino.

Ojalá fuera tan simple. Una hora más tarde, bien entrada la noche, nos preparamos para entrar en acción.

—Gwen. —Me giré hacia Kenan. Caminaba despacio hacia mí.

—¿Sí?

—Ten mucho cuidado. —Me acarició la mandíbula y tragué saliva. Fue un gesto dulce, lleno de muchas cosas que no me dijo.

—Tú también —susurré.

—No te separes de Izan, y a la inversa. Os quiero juntos —asentí—. Todo va a ir bien.

—Vale. —Cogí una bocanada de aire.

—Ten la mente despejada y concentrada, solo piensa que tu hermana te espera.

Fruncí los labios y moví la cabeza afirmándoselo, al no poder responderle por el nudo que se me había formado en la garganta.

Me agarró de la nuca y se acercó a mí.

—Nos vemos cuando terminemos —susurró sobre mis labios—. No mires atrás, no te detengas ante nada. Vuela hacia tu hermana, los demás os cubrimos. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Ha llegado el momento de hacer justicia. —Me hizo un guiño y sonreí.

Me salió una sonrisa sincera, amplia, por las ganas que tenía de que se hiciese realidad.

A la orden de Kenan todos nos pusimos en movimiento, sabiendo cada uno cuál era nuestro papel en el operativo. Nos acercamos sigilosamente a la casona, la que descubrí por primera vez al llegar aquí. La zona en la que estábamos ya no correspondía al pueblo, estaba muy alejada y, a pesar de que con Mel e Izan había recorrido muchísimo terreno desde jóvenes, hasta aquí no llegamos nunca.

La construcción parecía abandonada, pero, por otra parte, era el sitio ideal para esconderse y pasar desapercibidos. Aunque los tíos que la rodeaban y la vigilaban desde el exterior llamaban mucho la atención. Más que nada porque iban armados y no se ocultaban.

Esos fueron los primeros en caer, poco a poco y en silencio, gracias a los silenciadores. Agradecí que menos Izan y yo que no íbamos tan preparados, todos utilizaran los silenciadores para no alertar a los de dentro. Pensar en un mal movimiento que pudiera perjudicar a Suri me volvía loca.

Y como suele ocurrir en estas situaciones, todo se desató en cuestión de segundos. En el momento en el que accedimos a la casona, colándonos en ella, todo se convirtió en una locura de disparos, cuerpos cayendo, contacto físico y gritos. Izan y yo seguimos a rajatabla el plan, mientras los demás se alternaban para abrirnos camino y despejárnoslo. La sincronización fue vital.

Contuve el aliento cuando Kenan pasó corriendo por mi lado, disparando y atacando. No se paró, iba flechado hacia su objetivo: el jefe de la mafia. Varios de los nuestros se quedaron fuera, asegurando todas las vías de escape para que ninguno de la organización saliera. Si ocurría, los estarían esperando.

Cuando perdí de vista a Kenan y desapareció por una esquina, entre todo el caos, los disparos que se sucedieron en su dirección me dejaron sin respiración. Le habían disparado porque él llevaba silenciador. Tragué saliva y me obligué a seguir, a no bajar el ritmo, tal y como me había pedido u ordenado.

Me dirigí a la escalera que en otro tiempo seguramente fue preciosa, pero que en este instante parecía que podía desplomarse en cualquier momento. Subí los escalones de dos en dos, con Izan a mi lado.

Fue mi amigo el que le dio una patada a la puerta correcta. La tumbó, las bisagras se rompieron y la madera cayó al suelo con un golpe seco. Agrandé los ojos al localizar a mi hermana tumbada de lado y acurrucada en una esquina de una habitación vacía de muebles. Me lancé hacia ella, mientras Izan nos cubría, sin perder de vista la puerta y el pasillo.

—¡¡Suri!! —Jadeé—. Cariño, soy yo. Gwen —la llamé desesperada, observando su cuerpo.

Me aseguré de que no tenía ninguna herida, no vi ningún daño en ella.

No levantó la cabeza, la tenía apoyada en las rodillas, agarrándose con fuerza las piernas con los brazos. Intenté tocarla y se encogió, asustada. Lo único que se me ocurrió para que me reconociera rápido, para que escuchara realmente mi voz y volviera a mí…

—La etimología del nombre de Suri (su origen, su historia, su evolución y su significado a lo largo del tiempo) se remonta a los antiguos orígenes persas. Deriva de la palabra persa «sur» que significa rojo. Suri simboliza la belleza vibrante y cautivadora de una rosa roja… es un emblema del amor, la pasión y la elegancia. Y en hebreo significa princesa. Todo eso fuiste tú para mí en cuanto te vi por primera vez.

Remarqué, palabra por palabra, las que ella se sabía de memoria. Cuando terminé, se movió muy despacio y…

—¿Gwen? —susurró.

—Sí, cariño. Soy yo, tu hermana.

Soltó un quejido mezclado con el llanto, al mismo tiempo que se incorporaba de golpe y se lanzaba a mis brazos.

—Ya está, vamos a sacarte de aquí —murmuré apretándola.

—Tengo mucho miedo, hay mucho ruido. —Hipó—. Hay hombres malos.

—Lo sé, pequeña. —Me aparté un poco, pero se aferró a mí con más fuerza—. Dentro de poco todo habrá desaparecido. Ahora necesito que hagas algo por mí.

—Yo la llevo en brazos —intervino Izan y le sonreí.

—¿El qué? —me preguntó Suri.

—Ya has oído a Izan. Cuando te coja, saldremos corriendo de este lugar y nos iremos muy lejos, ¿de acuerdo? Tienes que estar muy quieta y no levantar la cabeza de su hombro. No mires hacia ningún lado, mantén los ojos cerrados —asintió a todo conforme fui diciéndolo—. Perfecto. —Le sonreí, antes de darle varios besos en las mejillas.

Antes de soltarla, olí su pelo y cerré los ojos con fuerza.

—Te quiero —susurré.

—Yo también. —Volvió a llorar.

Me levanté con ella e Izan no tardó en cogerla en brazos. Me puse delante de ellos, dirigiendo el arma hacia delante, y de esa forma salimos de la habitación. La cantidad de disparos que se escuchaba era ensordecedora, pero noté una pequeña diferencia. Eran menos que cuando entramos.

En nuestro camino no nos encontramos con Kenan, Sheila ni Dago. Temí por ellos, y por los otros que no pude pararme a ver bien. Izan corrió detrás de mí llevando a Suri bien sujeta y la noche dio paso a una especie de calma cuando conseguimos salir de la casona y nos alejamos de la acción, con la ayuda de los compañeros que estaban fuera, protegiéndonos las espaldas.

—¡Gwen! —gritó Suri cuando nos paramos en un llano, casi al lado de los vehículos.

—¡Cariño! —Me dejé caer al suelo de rodillas y abrí los brazos.

Mi hermana volvió a lanzarse sobre mí y la atrapé con fuerza. Nos quedamos abrazadas por largo tiempo, con Izan a nuestro lado,

observándonos emocionado. Cuando mi hermana se calmó y dejó de llorar, le retiré el pelo de la cara.

—Tengo algo para ti.

—¿El qué? —Sonreí al ver su curiosidad. Se le había iluminado la mirada.

—Esto —dije, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón.

Abrí la palma hacia arriba, con la pulsera de cuerda que le regalé tiempo atrás.

—¡Mi pulsera! —Agrandó los ojos—. Estaba muy triste, me la rompieron. —Le temblaron los labios—. Pensaba que la había perdido. —Curvó los labios hacia abajo.

—Pues ya ves que no. —Le di un beso en la frente y se acurrucó contra mí —. Tenías razón.

—¿En qué?

—Da suerte —dije mientras se la colocaba en la muñeca.

Se la até en silencio y cuando la tuvo puesta, la miró con mucha atención, con una sonrisa preciosa.

—¡Izan! —dijo de repente, reaccionando.

Mi amigo soltó una carcajada. Mi hermana se levantó de un salto y volvió a sus brazos.

—No sabes lo contento que estoy de volver a verte, preciosa. —Le dio un beso en la cabeza.

—Y yo. —Apretó los brazos alrededor del cuello de mi amigo.

Me senté sobre la hierba, mirando en la dirección de la casona. Los tres éramos los únicos que nos habíamos alejado del peligro, y los nervios y el

miedo regresaron con fuerza.

—Kenan… —susurré.

Doblé las rodillas y me las rodeé con los brazos, sin apartar la vista por donde tenían que volver.

Capítulo 44



Casi dos semanas después…

—Hija, ¿por qué no dejas eso y te vas para casa? —me preguntó mi padre.

—Me viene bien para entretenerme —le respondí.

—¿No has quedado con Izan y con Mel? —Me observó con atención.

—No. Deja de mirarme así, estoy bien. —Bufé.

—No sé cómo te estoy mirando. —Arqueó una ceja—. Ah, si te refieres como un padre preocupado por su hija mayor, pues sí. —Se cruzó de brazos —. Desde que Kenan se fue del pueblo, no levantas cabeza y tu ánimo está por los suelos.

—Que yo sepa, me pongo en pie cada mañana —negué—. Estás exagerando.

—Gwen.

Solté un suspiro y lancé el trapo en la encimera de la cocina. Estaba en la casa de mi padre, eran las siete y media de la tarde y me había dado por la limpieza. Hacía casi dos horas que entré en la cocina y empecé a limpiársela en profundidad, como si le hiciera falta, cuando no era así.

Mi padre se había tomado el día libre en la taberna. Suri estaba jugando con dos amigas en el jardín. Él me había dado una gran alegría, aunque me

había advertido que no me emocionara mucho. ¿El motivo? Esta noche había quedado con Celia. Tenían la primera cita, sin embargo, él no la consideraba como tal.

Al final, el café se había convertido en una cerveza, o dos, o en un buen vino. El cambio era muy prometedor, confiaba plenamente en Celia para conseguir que mi padre se soltara y se dejara llevar un poco, o mucho, estaba por ver.

—¿Por qué no quedas con tus amigos?

—He estado toda la mañana con ellos. Todavía continúo con vosotros y cuando me vaya, me apetece estar en mi casa. —Me encogí de hombros.

—Nunca has rechazado una salida.

—Es que no lo he hecho, simplemente no ha surgido. —Puse los ojos en blanco.

Mi padre caminó hasta mí y me agarró la cara con las manos. Nuestras miradas conectaron.

—Hija, no pasa nada por admitir que estás mal. —Me sonrió con cariño—. Con la partida de Kenan sientes un gran vacío, pero estoy seguro de que no será así por mucho tiempo. No estés tan triste.

—No lo puedo evitar —susurré.

—Lo sé. Y yo no puedo evitar agobiarte porque me preocupas. Rescatasteis a tu hermana, está sana y salva. Volví a la vida en cuanto me llamaste para decírmelo, al igual que por saber que tú estabas bien. Me costó asumir que mi hija mayor casi se muere en un quirófano, dos veces, y que yo no sabía nada.

»He aceptado y enfrentado muchas cosas desde dos semanas atrás. Ya sé en qué trabajas realmente, los peligros que corres junto a Izan, pero también me siento muy orgulloso de la hija que tengo. De tus valores, de tu fuerza, de tu determinación…

»Eres una luchadora nata y quiero que lo recuerdes siempre, da igual los obstáculos que tengas que sortear. Has sido mi gran apoyo desde que tu madre nos dejó, un pilar fundamental de esta familia. Quiero verte feliz, que sonrías y te rías, que te diviertas con tus amigos como hacías hasta hace poco.

»Ahora no tienes ganas de nada y siempre que puedes te encierras en tu casa. Has perdido la chispa de alegría y lo entiendo, los temas del corazón y de los sentimientos son muy complicados. ¡Qué te voy a decir yo! Pero sé que Kenan volverá y…

—Papá.

—La experiencia es un grado.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que, aunque no soy muy mayor, los años me han dado mucha experiencia y tengo para dar y regalar. —Sonrió de medio lado—. Date tiempo, pero no para consumirte y empeorar, sino para reconstruirte y salir hacia delante. Todo se pondrá en su lugar.

—Te quiero. —Lo abracé y cerré los ojos.

—Yo también te quiero. Tu hermana y tú sois mi vida entera. —Apoyó la barbilla en mi cabeza.

—¡¡Yo también quiero un abrazo!! —gritó Suri.

Apareció en la puerta de la cocina y la miramos, riendo. Vino corriendo hasta nosotros y nos rodeó con los brazos.

—¿Ya te vas? —me preguntó.

—Sí. —Le di un beso en la mejilla—. Inés debe estar a punto de llegar.

Por suerte, tal y como intuimos todos, Inés solo tuvo rasguños y golpes por la caída brusca desde el todoterreno. El médico de urgencias que la atendió verificó con pruebas que no tenía nada roto. Salió del hospital pocas horas

después de llegar. También era una gran suerte que la experiencia traumática no la había cambiado. No le dejó ningún trauma y desde que la llamé para decirle que Suri estaba bien, su alegría habitual regresó.

—Papá, ¿te vas a poner muy guapo para tu cita? —le preguntó Suri con ilusión.

—Otra vez… —se quejó él, poniendo los ojos en blanco— ¡No tengo una cita!

—Samanta me ha dicho hace un rato —se refirió a una de sus amigas que estaba en el jardín— que cuando un hombre y una mujer quedan es porque se gustan mucho y es una cita para darse besitos.

—Pero bueno… —Se sorprendió nuestro padre. Yo fruncí los labios, conteniéndome para no reírme.

—Samanta tiene toda la razón —afirmé calentando el ambiente.

—Gwen, ¿no te ibas ya? —dijo mi padre, echándome directamente. Solté una carcajada. Al verme, sus labios se curvaron—. Anda, dejadme tranquilo —nos pidió, revolviéndole el pelo a Suri—. Sigue jugando, cariño. Voy a darme una ducha antes de que llegue Inés.

—Eso, ponte bien guapo y huele como un pecado —dijo Suri, riendo.

Me dio un fuerte abrazo como despedida y se alejó corriendo, para reunirse con sus amigas.

—¿Ha dicho que huela como un pecado? ¿En serio? ¿Quién narices le ha enseñado eso? ¿Dónde lo ha escuchado? —me preguntó asombrado.

—Ah, a mí no me mires. —Levanté las manos—. Me he quedado igual que tú. —Sonreí con picardía—. Si quieres un consejo de tu hija mayor…

—No. —Salió de la cocina y lo seguí.

—Pues como decía. —Continué, ignorándolo—. Si quieres un consejo de tu hija mayor, haz caso a la menor. —Le hice un guiño y sacudió la cabeza.

Lo abracé en medio del salón, contacto que alargamos bastante rato.

—Pásatelo estupendamente, ¿vale? —susurré— Yo también quiero que seas feliz y ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que mamá, esté donde esté, ahora mismo está sonriendo por verte ilusionado.

—Gwen…

—Lo digo en serio. —Me separé lo suficiente para mirarlo a la cara—. Sé que vuestro amor era único y especial, pero no eres mayor, papá. Te queda mucha vida por delante y te mereces ser feliz. Por ese amor que sentíais, sé que mamá compartirá esa felicidad contigo, con nosotros, porque siempre querrá vernos bien y avanzar.

Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla. Lo dejé callado, emocionado, y cogí el bolso de la silla. Me lo colgué al hombro y salí de la casa de mi padre, para ir a la mía dando un paseo.

Me lo tomé con calma, yendo despacio. Como siempre me sucedía cuando me relajaba un poco, el recuerdo de Kenan me asaltó. En esta ocasión el de cuando volví a verlo regresando de la casona…

Me levanté de golpe de la hierba, en cuanto distinguí varias figuras en la oscuridad. Algunas de ellas iluminaban el camino con una linterna y proyectaban unas sombras raras en la noche. Contuve la respiración al ver a Kenan. Caminaba directo hacia mí, con una sonrisa de medio lado.

Se paró enfrente, muy cerca, y entonces me di cuenta de la sangre que le manchaba la ropa. No es que la distinguiera porque iba vestido de negro y siendo de noche… pero tenía la camiseta muy pegada al cuerpo y no era por el sudor.

—Te han herido… —Jadeé.

—No es nada, solo algunos rasguños. —Le quitó importancia y busqué su mirada—. Te lo prometo.

Colocó una mano en mi cadera y me acercó a él.

—¿Los habéis cogido? —le pregunté, nerviosa.

—Mucho mejor que eso.

—No ha quedado nadie vivo. —Me mordí el labio inferior y asintió.

—Se acabó por ahora —me confirmó y solté un suspiro.

Miró por encima de mi hombro y sonrió al ver a Suri, sentada en el capó del coche junto a Izan.

—Te llevo al hospital, tienen que mirarte. ¿Los demás están bien?

—Sobreviviremos, estamos en pie. —Me hizo un guiño—. No puedo perder más tiempo.

—¿Cómo?

—Tengo que irme, Gwen. Cuando lleguemos a la casa cargaremos las cosas y le escribiré un mensaje a Saúl, es muy tarde para llamarlo. Ya estaba avisado de que la dejaríamos en cualquier momento.

—¿Por qué? ¿Ya? ¿No puedes esperar al menos hasta mañana? —Hice una mueca.

—Cuanto antes nos vayamos, antes llegaremos a la ciudad. Tu jefe está viajando hasta aquí y el mío me espera. Varios de nuestros equipos han atacado ya al resto de los componentes de la organización y, a pesar de que ha sido un éxito, debo estar allí.

»En este lugar hemos terminado, pero aún tenemos que atrapar al que filtró la información sobre vosotros, poniéndoos en peligro a ti y a tu equipo.

Con eso remataremos la jugada. —Se inclinó sobre mí y me susurró cerca de los labios.

»Créeme, voy a asegurarme de que pague por cada una de las dos veces que estuviste a punto de morir. —Su determinación me desarmó. Tragué saliva con dificultad.

Nos besamos con las ganas y la desesperación que sentíamos, en un beso profundo e intenso que me dejó temblando.

Esa fue la última vez que vi a Kenan, cuando conseguimos dejar de besarnos, se montó en su coche, junto a sus amigos, y se alejó de mí, del pueblo, y de todo. El resto de sus compañeros hicieron lo mismo. Los únicos que nos quedamos fuimos el equipo de apoyo que vino a ayudarnos por orden de Diego, Izan y yo.

Nuestro jefe llegó al día siguiente para vernos, para que le contáramos cómo transcurrió la misión, pero, sobre todo, para asegurarse por él mismo de que estábamos bien.

Solté un suspiro cuando me di cuenta de que me había parado en la acera, mientras mi mente se trasladaba a casi dos semanas atrás. Volví a caminar y pocos minutos después llegué a mi casa.

Iba tan concentrada en mis cosas que no me di cuenta de la presencia que estaba dentro de mi parcela. Cerré el cerrojo de la verja y caminé por el camino asfaltado, directa hacia la puerta.

—Por fin.

Esas pocas palabras me dejaron paralizada, hasta que me giré de golpe. Kenan estaba apoyado en el muro que separaba la propiedad de la acera, con los tobillos y los brazos cruzados, observándome con una sonrisa.

—No sabía cuánto tardarías en regresar de la casa de tu padre. He hablado con Izan.

—Kenan…

—El mismo. —Me hizo un guiño—. ¿Y esa sorpresa? ¿Acaso pensabas que no volvería?

—Yo… no sé. —Recorrí su cuerpo con la vista— ¿Estás bien? ¿Recuperado del todo?

—Ya te dije que solo me hicieron algunos rasguños.

—¿Es lo que me encontraré si te quito la ropa?

—Mmm… me encanta escuchar eso nada más llegar. Lo estaba deseando.

Se impulsó del muro y caminó hacia mí.

—Te he echado de menos —me dijo en tono bajo, colocándome el pelo detrás de las orejas.

—Estás aquí —hablé como si no me lo creyera.

—Creía que te había dejado muy claros mis sentimientos. —Ladeó la cabeza—. Voy a tener que esforzarme más.

Solté un pequeño grito cuando me cogió en brazos, de repente. Le rodeé la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

—¿Cuánto más? —Me mordí el labio inferior.

—Hasta que grites que lo entiendes, mientras te lo hago saber una y otra vez, sin descanso.

Gemí por sus palabras y por el contacto de su boca. Se apoderó de la mía, mientras me quitaba de la mano la llave de la casa. Se encargó de abrir, yo estaba muy ocupada besándolo y buscando su lengua con la mía, pegándome a su cuerpo.

Lo había echado tanto de menos…

—¿Vas a quedarte? —le pregunté con la respiración entrecortada, cuando subía las escaleras cargando conmigo.

—Voy a quedarme contigo siempre, que es diferente. El lugar me da igual.

La intensidad de sus ojos me atrapó y me deshizo por completo. Y tal y como me dijo, cuando entramos en mi habitación, se esforzó durante muchas horas en demostrarme sus sentimientos con caricias, con besos cargados de deseo, con besos dulces y tiernos, con sexo apasionado y descontrolado, y haciéndome el amor, sin dejar de mirarnos, mientras me llenaba sin descanso y me hacía sentir plena, en todos los sentidos.

Epílogo



Diez años más tarde…

Ahí está mi marido, mirándome con intensidad con esos ojos ámbar que me vuelven loca.

La sonrisa que le dediqué escondía mucho y como siempre sucedía con cada uno de mis gestos, Kenan la interpretó perfectamente.

Levantó el botellín de cerveza hacia mí y se lo llevó a los labios, sin dejar de mirarme. Mi padre y Dago estaban a su lado, los tres eran los encargados de preparar la barbacoa.

Yo llevaba un rato tumbada en la hamaca. Cerré los ojos con la vista hacia el cielo y sonreí al escuchar los gritos de Suri y Mel.

Mi querida hermana ya había alcanzado la mayoría de edad. Era una mujer preciosa, auténtica y alegre. Pura vitalidad. Y mi amiga estaba compartiendo con ella consejos para la cita que Suri tenía esta noche. Había quedado con un chico del que llevaba hablándonos durante varios meses y por lo visto, el gran día había llegado.

Yo ya había hablado con ella, así que sabía perfectamente qué estaban cuchicheando muy cerca de mí. Este año mi hermana había finalizado el bachillerato con unas notas inmejorables y estaba preparada para continuar con sus estudios superiores. Tenía muchos planes y cuando los contaba parecían prometedores. No me cabía duda de que conseguiría todo lo que se

propusiera. Todo estaba a su favor: el carácter, el ímpetu, la dedicación, la fuerza y las ganas.

Abrí un ojo al notar que no me daba el sol en la cara y sonreí al ver a Liam, mi hijo y de Kenan de cinco años. No era el único que teníamos, Alba era la primogénita con siete años.

La última vez que vi a Liam estaba jugando a las cartas con mis abuelos: Pablo y María. Por lo visto, ya se había aburrido, o se había escapado de ellos, para esconderse.

No me dio tiempo a abrir la boca, cuando mi hijo soltó una risilla baja y salió corriendo. Miré hacia atrás y fruncí los labios. Míriam lo estaba buscando y fue tras él, pensando que Liam estaba jugando. En realidad, era así, porque por mucho que Liam se quejara, le encantaba que ella lo siguiera a todas partes. Los dos apuntaban alto. Míriam era la hija de Mel y de Dago, y como su madre, tenía una energía extraordinaria.

Estábamos en mi casa del pueblo, a la que veníamos siempre que las obligaciones nos daban un respiro, y durante dos meses completos en verano. Vivimos entre la ciudad y el pueblo, en la primera en el ático de Kenan. Es muy amplio y espacioso, ubicado en el centro, con dos plantas de altura. Cada vez que me refiero a las propiedades de uno y de otro tengo la manía de mencionarlas de esa forma. No había podido quitármela, pero hacía muchos años que ambas viviendas eran de los dos.

En lo laboral, Kenan y yo continuábamos igual, dedicados a nuestras profesiones. Mentiría si dijera que fue fácil. Para nada, pero lo supimos sobrellevar y llegó un punto en el que la adaptación se dio sola. Nunca dejábamos de preocuparnos por el otro, y por nuestros amigos, pero eran las vidas que elegimos. En las únicas épocas en las que bajé el ritmo fueron las dos veces que me enteré de que estaba embarazada y en el transcurso de los meses posteriores, lógicamente.

Para ser sincera, llevábamos un par de años planteándonos aflojar. El jefe de Kenan, Gonzalo, quería pedir la jubilación anticipada, por lo que todo apuntaba a que mi marido era el candidato que lo sustituiría. Por mi parte,

creía que había llegado el momento de dar prioridad a otras cosas muy importantes de mi vida.

Nos casamos un año después de estar viviendo juntos y compaginándolo todo. Celebramos una boda muy bonita y emotiva, precisamente aquí, en mi casa del pueblo, en la casa de los dos. Nos dimos el «sí, quiero» en el jardín, donde también comimos, y después, vestidos de novios, recorrimos todo el pueblo montados en mi motocicleta, arrastrando las latas que le pusieron nuestros amigos. El jaleo que montamos fue bastante grande, sacamos a las calles a todos los vecinos, los que nos aplaudieron y también improvisaron, lanzándonos hasta flores de sus maceteros. Fue un día inolvidable, de muchas emociones, alegrías y risas.

Como invitados no faltaron Amelia, la madre de Celia; Ernesto, el asesor de mi padre; Inés, la chica dulce que cuidó durante muchos años a Suri y que terminó convirtiéndose en la mejor amiga de mi hermana; los compañeros que formaban equipo con Kenan; Mariam, Santi, Elena y Samuel, al igual que los del mío: César, Darío, Arturo y Miguel; también asistieron mis vecinos de toda la vida: Manuel y Carmen; Amanda; Martín; Mario, el mecánico; Luis, el camarero del bar al que más nos gustaba ir, y Nerea, la empleada de Mel. Y lógicamente nuestros amigos íntimos y familias, con sus respectivas parejas.

Sobre Manuel y Carmen, os comento que hoy día continúan juntos y enamorados. Forman una pareja preciosa y querida por todos.

Y como no podía ser de otra forma, al día de nuestra boda le pusimos fin de madrugada en la taberna Sueños, en la de mi padre. Las puertas estuvieron abiertas para todo aquel que quiso celebrarlo con nosotros, aunque otra cosa es que consiguieran entrar. Todo el pueblo se reunió en el mismo sitio y al final nos trasladamos al descampado del hotel, en el que solían estacionar los coches. Mi padre fue previsor y advirtió que lo dejaran vacío un día antes.

La taberna continuaba acogiendo a todos los que considerábamos una gran familia, a nuestros vecinos. Era un lugar en el que se compartían muchas cosas y que había sido testigo de muchísimas otras, y así seguiría siendo. Mi padre seguía al frente de ella, acompañado por Ezra y Maddi. Al igual que sucedía con el hotel. El único cambio que hubo en este es que Amelia, la

socia de mi padre, le vendió sus acciones a su hija Celia. Fue de esa forma, por petición de Celia, Amelia estaba en contra de que su propia hija le pagara, pero al final Celia consiguió que lo entendiera. Así que desde hacía años los propietarios del hotel eran ella y mi padre. Si es que estaba predestinado a suceder, el destino, la vida, o como queráis llamarlo, tiene unas formas muy curiosas de ir encajando todas las piezas, hasta que forma un puzle perfecto.

Es correcto lo que estáis pensado. Sí, desde hacía diez años, mi padre y Celia están juntos. El milagro que tanto esperé, por el que tanto pedí, se me concedió. Podría decir que fue gracias a Celia que era más lanzada, pero mentiría porque mi padre se dio cuenta muy rápido de que sus emociones y sentimientos cambiaban y se aceleraban cada vez que estaba cerca de ella. Para mi padre fue dar un grandísimo paso, por el amor y la memoria de mi madre, pero al final tuvo que sucumbir a sus necesidades y deseos, dándose cuenta de que las palabras que le dije una vez eran muy ciertas. No podía morir en vida porque él seguía respirando, y eso empezó a aprenderlo desde la primera cita que tuvo con Celia. De la que por cierto, llegó a las siete de la mañana. No os penséis que intimaron y perdieron la noción del tiempo por ese motivo. No, la perdieron hablando, conociéndose, contándose la vida de cada uno e indagando en sus ilusiones. Pusieron en una balanza todo lo importante para ambos. Fue un acercamiento en toda regla, en la intimidad de la taberna cuando todo lo demás cerró. Las citas entre ellos se convirtieron en habituales, hasta que un día sucedió lo que tenía que pasar. Celia que, empezó a plantearse con anterioridad regresar a España para estar cerca de su madre, no dudó en dejar atrás su vida en Londres para regresar directa al pueblo. Una vez que encuentras el amor no quieres alejarte de él y es exactamente lo que le pasó a ella. Fue el impulso que necesitó y se dio a sí misma una solución rápida, cuando se le sumaron la inquietud y la preocupación por separarse de mi padre. Gracias a su profesión y trayectoria, disponía de la libertad de poder trabajar desde cualquier parte. Estuvo viviendo con su madre solo unos días, hasta que mi padre le pidió que se trasladara con él a su casa, porque no tenía sentido estar separados. Querían aprovechar al máximo posible todo el tiempo que podían estar juntos y lo llevaron a cabo. Mi padre se dio una gran oportunidad a sí mismo y sobra decir cuál fue la respuesta de ella, y también cómo de enamorados están y continúan. Mi hermana acogió a Celia estupendamente desde el principio, como no podía ser de otra forma: con cariño, alegría e ilusión. Por todo ello,

sé que mi madre descansa muy en paz y debe tener una sonrisa constante dibujada en los labios. Al menos en mi corazón es así.

Ahora me centro en hablaros de nuestros amigos íntimos, en cómo les había ido.

Empiezo por Mel. Mi amiga seguía teniendo su tienda en el pueblo, le iba de maravilla. Con los años la venta *online* había hecho crecer mucho sus beneficios y más feliz no podía estar. Todo sacrificio tiene su recompensa, tarde lo que tarde en llegar y de la forma que sea. Nerea la acompañaba, como siempre, y entre las dos lo manejaban todo a la perfección. Aunque el mayor peso y carga lógicamente se la llevaba Mel al ser la dueña. En el tema sentimental, pues aquí entra en escena Dago, el amigo y compañero de Kenan. Lo que en un principio fue un tonteo y mucho interés por parte de mi amiga, para Dago fue bastante más. Desde el inicio, él se lo tomó muy en serio, aunque no lo expresó como tal, pero sí que lo mostró con sus acciones. Fue despacio con Mel. Un café, una cita improvisada para desayunar, una visita a la tienda, charlas bajo la luna como testigo… y así podría continuar. Dago se ganó el corazón de Mel, y cuando él se fue con Kenan y sus amigos de vuelta a la ciudad, mi amiga lo pasó muy mal. Llevó fatal su ausencia, yo no fui la única que sufrí la de Kenan. Hasta que Dago regresó y lo hizo con fuerza, arrasando con las pocas dudas que pudieron quedar flotando entre los dos. Desde entonces estaban juntos, eran una pareja feliz, una que se separaba por obligación en las temporadas en las que Dago trabajaba en una misión. Por suerte, nuestros trabajos, al absorbernos por la dedicación, el esfuerzo y la peligrosidad que vivíamos en ellos, nos ofrecían muchos días de descanso para poder desconectar. Y ahí era cuando Dago iba al pueblo para quedarse en la casa de Mel. Están casados, como he dicho anteriormente, tienen una hija, Míriam, y están planteándose ampliar la familia.

Sobre mi gran amigo Izan, mi hermano de corazón y una parte vital de mí. Su vida dio un giro radical. No en el trabajo porque continuamos formando equipo y somos inseparables, pero sí en el terreno íntimo y personal. Si algo frenaba a Izan para tener una relación, era la complejidad de sobrellevarla por todo el tiempo que tenía que aislarse y desaparecer en su trabajo. Lo vivió en varios intentos que hizo, hasta que tuvo que darse por vencido y empezó a poner barreras para no pasarlo mal. No todo el mundo es capaz de adaptarse a

las ausencias, y tampoco a enfrentar los miedos y dudas que pueden acarrear dichas ausencias. Enterarse de que Sheila lo comprendía perfectamente, que formaba parte de su mundo, y que incluso ella estaba por encima de él, trabajando en misiones diferentes y a veces algo más comprometidas, fue como si algo se activara en mi amigo. Siempre le hago la broma de que iba a ciegas, rodeado de oscuridad, y Sheila prendió una cerilla para que siguiera su estela. Y así fue, ninguno de los dos tuvo problema en dar un paso al frente y hablar claro. La tristeza que sintió Sheila cuando Izan le habló con frialdad, la noche en la que atacamos la casona, desapareció en cuanto él se presentó delante de ella y sin mediar palabra, acalló sus inseguridades con un beso que postergaron demasiado. Así comenzó lo que hoy día es una gran historia de amor. Llevan seis años casados, en los que han tenido dos hijos: Héctor y Nico. Izan y Sheila tienen una vida idéntica a la mía con Kenan, me refiero a que viven entre la ciudad, en el piso de ella, y en el pueblo, en la casa de mi amigo, siempre que pueden.

Jairo y Maddi es otra de las grandes parejas. Como ya he mencionado, ella continúa trabajando en la taberna para mi padre. Pero la relación entre ambos no se dio tan rápida como con los demás. No se lo tomaron en serio hasta que pasaron bastantes meses. Al principio tonteaban e intimaban cada vez que Jairo venía al pueblo, lo que solía ocurrir cuando seguía a sus amigos. Donde iban unos, iba el otro. Jairo visitaba a Maddi en la taberna y se quedaba con ella un rato. Quedaban cuando Maddi no trabajaba, se acostaban cada vez que les apetecía, lo que era en todas las ocasiones que se veían. Cuando estaban juntos solo tenían ojos para el otro, pero cuando se separaban, lo llevaban a rajatabla y cada uno tiraba por su camino. Estuvieron de esa forma como unos siete meses, que si sí, que si no, hasta que en una de las veces que Jairo vino al pueblo vio a Maddi sentada a la mesa de una terraza con Roberto, un chico con muy buena planta y simpático. ¿El problema? Que Roberto vivía en el pueblo de al lado y Maddi lo tenía muy al alcance. Eso enfureció a Jairo, pero claro, tuvo que contenerse porque no tenía una relación con Maddi. Aquellos días dieron para mucho y marcó un antes y un después para ellos. A Maddi le gustaba Roberto en el sentido de que era muy agradable disfrutar de los ratos que pasaba en su compañía y también porque era muy guapo, pero no sentía nada por él. Del que estaba enamorada, era de Jairo. La sinceridad es un tesoro que puede ahorrarte muchos problemas y dolores de cabeza, eso es lo que aprendieron en tiempo récord. Solo tuvieron que sentarse a hablar, aunque cabe destacar que lo hicieron en horizontal,

sobre una superficie muy cómoda como lo es la cama de Maddi. Aquel fue el pistoletazo de salida, desde entonces iniciaron una relación que continúa siendo tan intensa como al inicio. Privarse de lo que se desea por miedos nunca lleva a un buen final, pero por suerte ellos supieron rectificar a tiempo. Dentro de cuatro meses celebraremos la boda de ambos, hasta el momento no han tenido la necesidad de hacerlo, pero en un poco más de tiempo daremos la bienvenida a Andrea. Ella es el motivo por el que quieren formalizar la unión que tienen más que consolidada. Maddi está embarazada, todavía de muy poco, pero ya se le nota la barriguita por la que Jairo, el futuro padre, se desvive.

Y, por último, no podían faltar Ezra y Abel. De ellos no puedo aportaros novedades. Los conocisteis, siendo pareja, una estable y sincera, en la que el amor y el respeto eran la base principal, y continúan de la misma forma. La felicidad de Ezra era que Abel se sintiese bien y realizado, su trabajo en la taberna, y tenernos a sus amigos cerca. Para Abel era lo mismo, pero añadiendo lo eufórico que se sentía dominando el programa informático del hotel, gracias a la ayuda de Celia. Lo llevaría muy mal si no fuese el caso, porque Sandra dejó el trabajo a los pocos días de mi primer encuentro con Celia, el que fue pasado por agua y con paraguas londinense chafado.

Todos tenemos claro que nuestra tranquilidad definitiva la tenemos en el pueblo, siempre hacíamos planes para cuando llegara el momento de vivir permanentemente aquí. Incluso Jairo, sí, aunque parezca mentira. A pesar de sus reticencias iniciales, cada vez le costaba más volver a la ciudad por trabajo.

Una gran lección de vida es que, las experiencias más dolorosas pueden derivar en algo maravilloso. No se puede generalizar, pero si sucede… Vivirlas no es nada agradable, pero en los casos favorables, cuando llegas al final del recorrido, cuando le das un sentido diferente, tu perspectiva cambia por completo. Lo viví y experimenté en mi trabajo, cuando casi perdí la vida y la misión de aquella fatídica noche en la que resulté herida de gravedad, me llevó directa a mi destino: Kenan.

Noté la caricia de unos labios sobre los míos y sonreí. Entreabrí los ojos y me encontré con los de mi marido. Todavía me dejaba medio ida observarlos.

Él imitó mi gesto y sonrió, mientras continuó rozándomelos. Se había sentado en el borde de la hamaca y lo abracé para sentirlo más cerca.

Si nos paramos a pensar, ¿cuántas cosas en la vida necesitas para ser realmente feliz? Yo lo tengo muy claro y lucharé cada día del resto de mi vida para conservar lo que he conseguido y tengo.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu